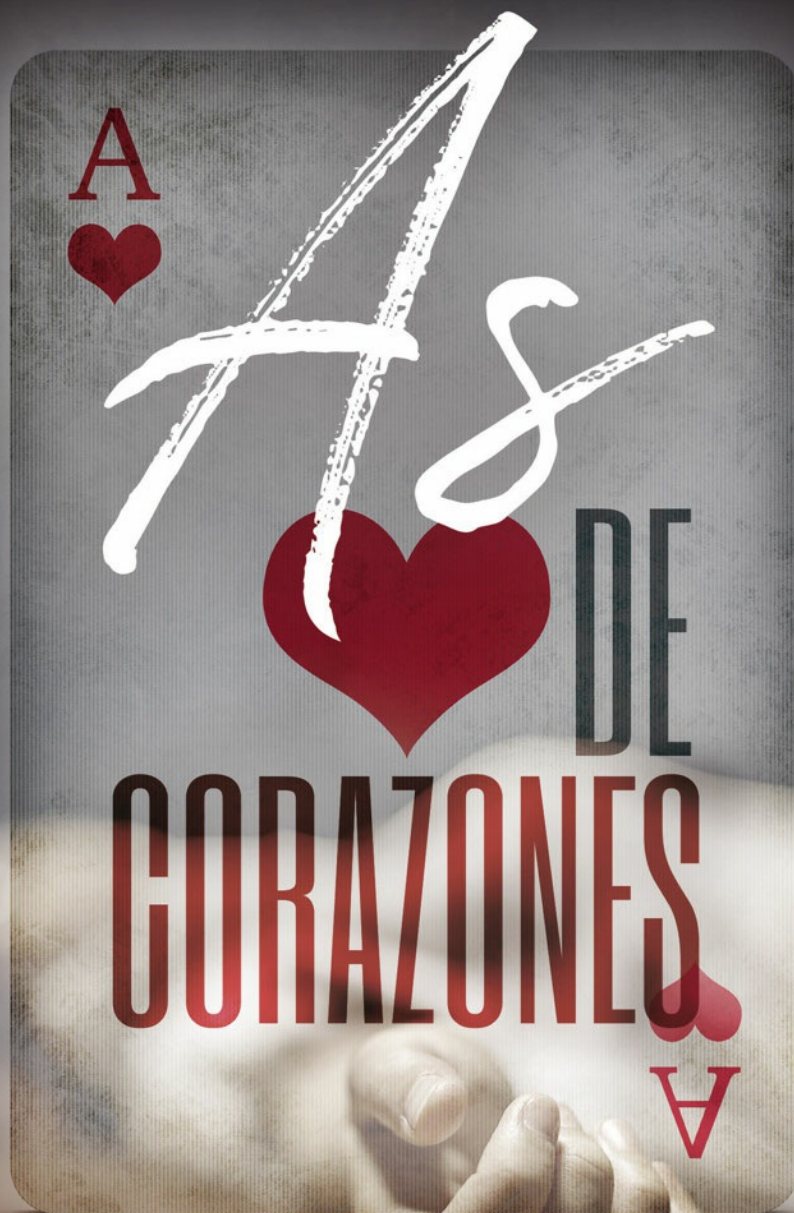


DAVID CASTILLO



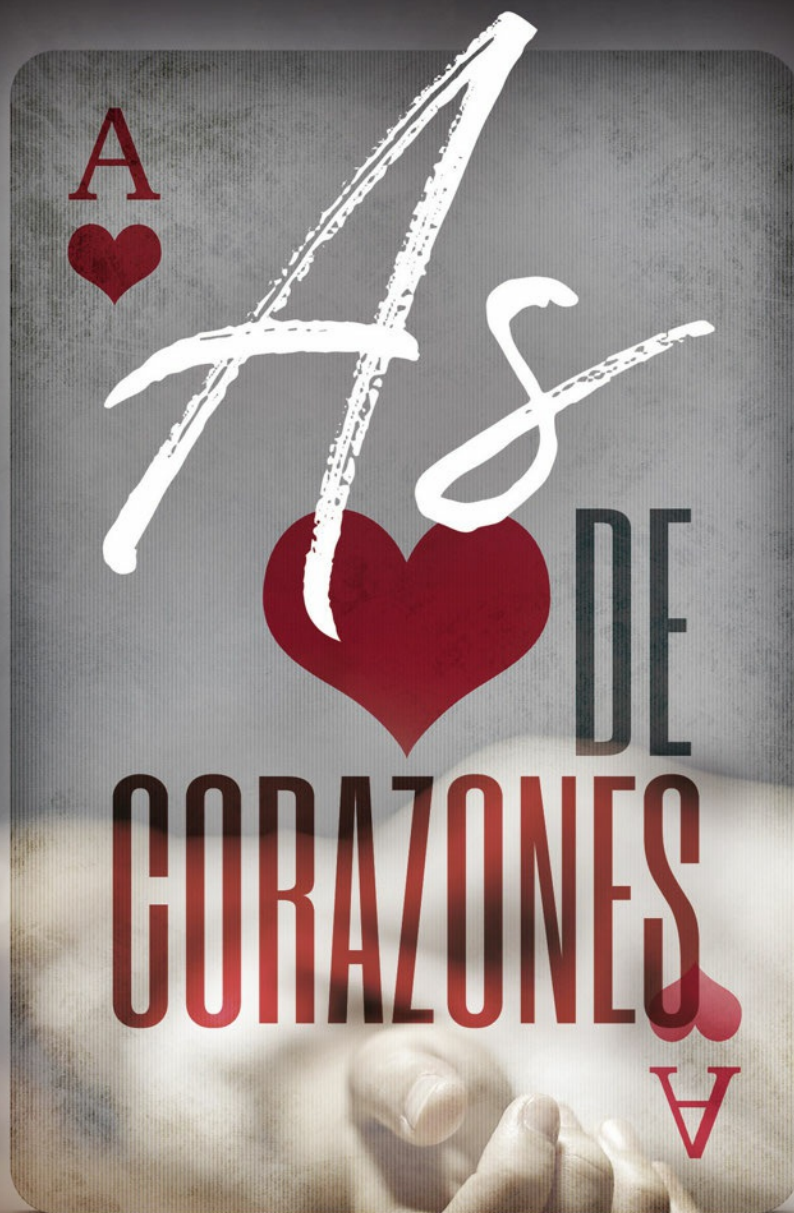
UNIVERSO
de LETRAS 

DAVID CASTILLO



UNIVERSO
de LETRAS

DAVID CASTILLO



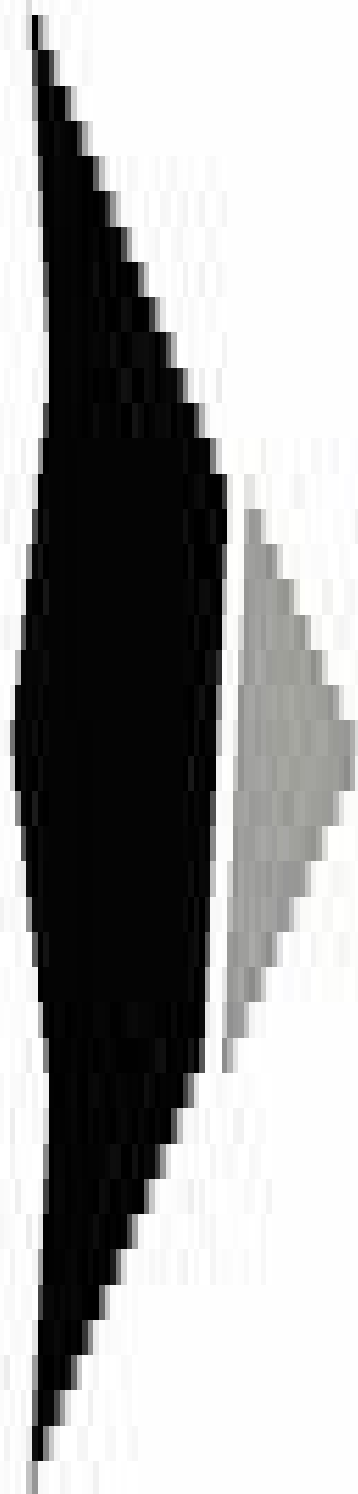
UNIVERSO
de LETRAS

As de Corazones

David Castillo

UNIVERSO

ALMA



As de Corazones

David Castillo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© David Castillo, 2023

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras

www.universodeletras.com

Primera edición: 2023

ISBN: 9788419614612

ISBN eBook: 9788419612618

A Joan Pau, gracias por tanto.

Gracias por tu mano a mano.

Te quiero.

A la ciudad de París, porque

*«Ser parisino no es haber nacido en París,
sino renacer allí».*

Sacha Guitry

Prólogo de Ana Saá Brandón

«Friends will be friends»

Algo que me encanta más allá de leer es observar estanterías repletas de libros, ver lo diferentes que son los títulos —incluso de un mismo autor—, las imágenes de las portadas, el tamaño de los ejemplares..., best sellers que conviven junto a obras menos conocidas. Hay libros que nos encantan, otros que nos hacen reflexionar y también, admitámoslo, algunos que nos gustan menos. Sea cual sea, todos tienen algo en común que su publicación es un verdadero premio para los autores, que han dedicado muchas horas a crear personajes, pensar una trama y jugar con las palabras para que los lectores podamos engancharnos a una historia.

Me imagino —porque de momento no he escrito nada más extenso que relatos cortos y artículos para prensa— que se viven nervios e incertidumbre pensando en cómo será acogida la novela, si gustará o no a los lectores... y que estos se intensifican especialmente cuando se es un autor novel. Por eso, en estas primeras líneas, y antes de que tú, lector o lectora, te sumerjas en una historia de intriga, suspense y engaños, quiero felicitar al autor. David, amigo, a veces el trabajo y las tareas habituales del día a día nos llevan a tener poco tiempo para disfrutar de los hobbies o afrontar nuevos retos, como es escribir un libro, pero ¿verdad que ha merecido la pena? Gracias por el encargo de escribir las líneas que introducen tu primera novela, ha sido un verdadero regalo para mí.

He vivido muy de cerca el proceso de creación del libro que ahora tienes entre manos y puedo asegurar que, detrás de una lectura entretenida y con instantes de tensión, hay noches de insomnio, viajes con libreta y ordenador, cafés de tertulia sobre los avances del libro, intercambio de feedback o llamadas terapéuticas que acaban infundiendo ánimo y energía para seguir. Todo esto se queda como parte del aprendizaje y crecimiento personal y profesional para llegar hasta aquí, a la publicación de un thriller con tintes homófobos, pinceladas de violencia de género y nula ética periodística.

La novela negra se ha extendido en los últimos años hasta convertirse en uno de los géneros de ficción más leído y vendido, llegando a convertir títulos literarios a películas o series de televisión. Debido a la acción que se va intensificando según avanza la narración y la violencia de los hechos, no es de extrañar que los lectores se enganchen fácilmente a la trama. Estás a punto de adentrarte en un thriller de suspense, pero no esperes una investigación policiaca al uso. Aquí la búsqueda de pistas para desvelar los hechos no es solo cosa de los agentes, sino que un periodista corrupto —o dos periodistas corruptos— asume un rol diligente más allá de informar con fuentes oficiales acerca de lo que ha pasado.

Los periodistas preguntan, escuchan y observan. Se hacen muchas cuestiones, recuerdan sucesos

o artículos que han escrito antes y tienen sus fuentes de confianza —en alguna ocasión incluso off the record—. En mi primer trabajo como periodista, aunque escribía para la sección de Sociedad y Cultura de un periódico regional, tenía muy cerca a los compañeros que cubrían sucesos. Me llamaba siempre la atención la manera en la que hablaban de fallecidos, cómo hacían las llamadas de rigor a sus fuentes habituales para tener más información, cómo reaccionaban a hechos o detalles que a muchos nos pondrían la piel de gallina. No estoy diciendo que no tengan sensibilidad ante un crimen, un accidente o un caso de violencia de género ni mucho menos, pero sí es cierto que hablan sobre eso con más normalidad o naturalidad que el resto.

Por ello, más allá de que en la novela negra no pueden faltar los policías, lo cierto es que los periodistas van ganando presencia en este género. Aquí lo vemos ya desde el inicio, cuando se presenta al personaje principal, Fran, un periodista sin escrúpulos con un gran afán de protagonismo, prepotencia y egocentrismo. Busca el reconocimiento en su profesión a toda costa, sin importarle si tiene que pisar a alguien. Un periodista que se salta la ética profesional sin miramientos, que es consciente de ello y de lo que no tiene ni el menor remordimiento. Este perfil, llevado al extremo, hace que la historia siga un ritmo y un racionamiento diferentes, manteniéndonos en vilo página tras página.

Los amantes de los libros vemos enseguida la similitud entre la literatura y los viajes: vivimos experiencias únicas que nos llevan a descubrir nuevos lugares, sensaciones, emociones, olores, sabores... En esta novela, las descripciones de los sitios y de los personajes tienen un papel destacado. Calles de París o rincones de Madrid se entrelazan con el lado más psicológico de los protagonistas, haciéndonos empatizar o sentir aversión hacia ellos. De hecho, esto viene a confirmar que una de las características de la novela negra es que lo que piensan los personajes, la forma que tienen de comportarse o los diálogos que mantienen nos dan, en ocasiones, muchas pistas acerca de la trama o el crimen. Aquí no faltan los giros inesperados que pueden llegar a confundir al lector en cuanto al rol de cada personaje.

No deja de ser fascinante el poder de las palabras que, a través de las expresiones o descripciones precisas, nos pueden llegar a generar alegría, angustia o expectación e invitarnos a sumergirnos en una historia de verdadera intriga. La hora en la que ocurre un suceso, la ubicación escogida y la preferencia de los personajes por un lugar, como pasa al comienzo de esta novela, ya nos hace imaginarnos aspectos de los personajes y nos abre a sensaciones o presentimientos de lo que vendrá a continuación.

Capítulo uno

I can't make you love me

Eran las cinco y media de la mañana, el teléfono de Fran volvía a sonar. Hacía exactamente tres horas y cuarto que había vuelto de un pub en Le Marais. A Fran le gustaba mucho esa zona y a su mujer no tanto.

Le Marais es el barrio gay de París. Un lugar encantador a la par que pintoresco. Un sitio sofisticado que se distingue por sus calles de adoquines, ventanas pintadas, patios escondidos, pequeños restaurantes, tiendas de moda y una estética muy muy cuidada. Es el refugio de Fran en sus momentos de estrés. Elena, su mujer, que no es persona de salir por la noche, prefería pasear por un bonito parque a la luz del día sin necesidad de aguantar las actitudes de según qué gente. Esto los ha llevado a más de una discusión. Elena acompaña a Fran en la mayoría de sus viajes, ella es crítica culinaria y viajar tanto le resulta muy positivo y rentable para su trabajo; pero no está dispuesta a aguantar que su marido llegue cada día borracho a las tantas de la madrugada. Últimamente, las discusiones son constantes y cada vez el tono de estas es más elevado, incluso han estado a punto de llegar a las manos en más de una ocasión.

Fran lleva dos semanas muy involucrado en la investigación de la chica que apareció muerta en una de las calles laterales de la Gare du Nord, una de las estaciones de tren más importantes de París. Es un periodista de raza que siempre dice que el alcohol y la noche le ayudan a pensar.

La investigación policial no estaba nada avanzada, la división de la Policía encargada del crimen se encontraba realmente perdida, no tenía ni la más remota idea de por dónde empezar, y Fran estaba dispuesto a pasarles por delante, sentía que había llegado su hora; hacía más de años que se dedicaba a esto, que viajaba incesantemente en busca de la noticia, de su noticia, de la noticia que le hiciera brillar, que le convirtiera en una estrella mediática y, dicho sea de paso, que cubriera el ego tan grande que poseía. Sí, Fran era un egocéntrico y un ególatra de manual.

Era una chica rubia, con pelo corto, semidesnuda, a la que habían quemado la cara con ácido, indocumentada, tal vez china o japonesa, y que había aparecido con una carta de póker en la mano. Eso era todo lo que la Policía —aparentemente— sabía y parecía poco interesada en llegar a más. El comisario se delató a los pocos segundos de comenzar a hablar en la rueda de prensa: «Se ha encontrado una chica extranjera, aparentemente oriental, que todos podemos imaginar a qué se dedicaba...». Cuando un mando policial iniciaba así una comunicación, claramente estaba diciendo: «Extranjera, seguramente sin papeles, puta y habrá que ver si no se había metido nada». Vamos, que las ganas de investigar eran más bien pocas y Fran siempre ha creído que, si esto le hubiera ocurrido a una francesita, medio París estaría paralizado buscando pistas para resolver este crimen. Desafortunadamente, no era el caso, y eso a Fran le daba una ventaja

competitiva, cuanto menos investigue la gente y la Policía, más podía investigar él. Si encontraba información crucial sobre ese caso, podría convertirse en el periodista del año y llevar su carrera a lo más alto.

La Policía había solicitado muestras de ADN para tratar de relacionar el asesinato con la última persona que pudiera haber mantenido relaciones sexuales con la víctima, pero no fue posible. Al cargo del caso estaban Isabelle y Martin, dos jóvenes inspectores que eran hermanos y que habían demostrado antes ser un tándem muy preparado como para asumir una investigación por asesinato, por eso el comisario Pommier había decidido confiar en ellos esta investigación.

El comisario Pommier había cambiado mucho en el último tiempo, volviéndose más serio, más exigente. Fue el comisario más joven del cuerpo cuando accedió al cargo. Toda su vida había sido animador sociocultural y mago. Jamás hubiera imaginado dejar el mundo del espectáculo y ser policía, pero el asesinato de su amigo Javier le cambió la vida para siempre. Se murió en sus brazos después de que alguien lo acuchillara por la espalda una noche en una discoteca para robarle. Desde esa noche se juró a sí mismo que encontraría al responsable y lucharía porque cosas así no volvieran a ocurrirle a nadie. Opositó al cuerpo de policía y sacó la mejor nota, trabajaba más de doce horas al día y ascendió muy rápidamente hasta conseguir ser el comisario. Estaba donde quería y pretendía jubilarse como comisario para poder volver al mundo de la magia, que nunca había dejado de apasionarle.

Fran llevaba dos semanas yendo de tienda en tienda pidiendo ver las cámaras de seguridad, haciéndose pasar por policía cuando hacía falta, hablando con todos y cada uno de los mendigos que rodeaban la estación. Había hablado con más de treinta personas y no tenía absolutamente nada.

La investigación policial no ha arrojado tampoco resultados significativos hasta el momento. Los inspectores encargados del caso, Isabelle y Martin, han revisado las cámaras de seguridad y han entrevistado también a varios testigos, pero hasta ahora no han encontrado ninguna pista sólida. El cadáver fue hallado en una calle lateral de la estación, en el lado de la rue Dunkerque junto a una antigua puerta accesorio que antiguamente daba acceso a la entrada para salidas de pasajeros, de hecho, aún hoy en día, en la parte frontal de la estación, se puede ver encima de unas puertas valladas unas letras grabadas en la pared: «Departures», aunque todo el mundo accede ya por la zona central o por el edificio nuevo que hay en el extremo totalmente opuesto a donde se descubrió el cadáver de la joven, usado para los trenes de alta velocidad. Seguramente, este es uno de los motivos de haber dejado el cadáver en el otro extremo, ya que esa esquina de la estación no está prácticamente transitada y debió ser muy fácil para el asesino dejarla allí. Lo más curioso del caso es que justo en esa puerta hay una cámara de seguridad enorme que, al parecer, llevaba mucho tiempo fuera de servicio. Pero ¿cómo sabía eso el asesino? ¿Qué le llevó a dejar un cadáver en pleno centro de París en una estación tan grande como la Gare du Nord, sin testigos y en una puerta que, además de estar muy cerca de la principal, tenía una cámara justo encima?

Los inspectores creían que el hecho de que se localizara una carta de póker en su mano podría significar tal vez que la víctima estuviera en algún juego de rol, o de azar o en la prostitución y que se tratara de algún ajuste de cuentas. Los forenses han analizado los restos de ácido encontrados y han determinado que se trataba de una sustancia muy corrosiva, difícil de lograr en

una tienda especializada, lo que les sugería que, o bien el asesino tenía algún conocimiento de química, o bien tenía acceso a productos químicos especiales o que, simplemente, lo compró en el mercado negro de internet, lo que hoy en día llaman la deep web o dark web.

Los inspectores también habían investigado el entorno de la chica, han hablado con los dueños de los bares y con los mendigos y vagabundos que frecuentan la zona, pero no han encontrado a nadie que pudiera darles información útil. Han procurado incluso buscar conexiones entre este caso y otros asesinatos o delitos similares, pero no han dado con nada relevante.

Suena el teléfono de Fran.

—Adrien, ¿por qué vuelves a llamarme a estas horas?

—Fran, otro muerto.

—¿Cómo? ¿Es una broma?

—No es ninguna broma.

—Adrien, no me jodas, son las cinco y media de la mañana.

—Fran, no es ninguna broma, ha aparecido otro cadáver junto al Louvre, la Policía está llegando en este momento y acordonando la zona. Sal de la maldita cama y ven para aquí.

Adrien era el compañero de batallas de Fran. Se conocieron hace bastante tiempo, al poco de que Adrien llegara a París, exactamente al cabo de diez días de dejar sus cosas en la primera habitación que compartió en un antiguo edificio lleno de humedades en Belleville, uno de los barrios más peligrosos de la capital francesa y del que se marcharía muy rápido, puesto que él quería explicar noticias, pero prefería evitar ser parte de ellas, y es que en esa zona la inseguridad y la mala gente parecían rodearle constantemente.

Él sabía perfectamente que Fran era un chulo, un egocéntrico y un imbécil, pero estaba dispuesto a aceptarlo por un sueldo y por ser parte de su vida, no solo profesional, sino también personal. Adrien está tremendamente enamorado de Fran, nunca se lo ha dicho y es perfectamente consciente de que está casado, por lo que imagina cuál sería su respuesta. Además, ha visto que muchas veces tiene tintes homófobos y por eso prefiere no mencionar el tema. No quiere perderlo bajo ningún concepto.

Fran no se lo pensó ni veinte segundos, dio un salto de la cama, se puso un abrigo largo y unas deportivas y salió corriendo de casa, vivía a escasos diez minutos del lugar del crimen si iba corriendo. Elena dormía tan profundamente que ni se enteró, ya estaba acostumbrada a sus horarios y sabía perfectamente que una pregunta casi siempre desencadenaba una discusión, así que optaba por callar.

Exactamente once minutos tardó en ver a Adrien con la primera patrulla de Policía, la zona aún no estaba totalmente acordonada y la ambulancia llegaba en ese instante. Adrien tenía sin duda muy buenas fuentes de información, por pocos minutos no se habían presentado antes que la Policía.

Era un chico joven, de nuevo, su cara estaba quemada con ácido y su cuerpo yacía en el suelo, con la camisa abierta y una carta en la mano.

El cadáver se situaba exactamente en la entrada que hay en la rue de Rivoli, viniendo desde la rue de Marengo. Entrando a mano izquierda. Era una de las entradas menos transitadas y estaba poco iluminada. Debió ser muy fácil hacerlo allí sin que nadie viera nada, aunque, sorprendentemente, parecía haber algún testigo en la zona.

—¡Joder, Adrien! Él también tiene una carta en la mano, ¡igual que la chica de Gare du Nord! Esto es algo serio. Podría tratarse de un asesino en serie o algo incluso peor.

—¿Peor que un asesino en serie? —preguntó Adrien pensativo.

—Sí, Adrien, todo puede ser peor en esta vida. Tenemos que tomarnos la investigación mucho más en serio, piensa que tenemos que conseguir ir siempre un paso por delante de la Policía, porque esa información es la que realmente nos van a pagar bien en los medios. ¿Entiendes? Información exclusiva, morbosa..., eso necesitamos para destacar.

—Te entiendo, Fran, pero baja la voz, lo que menos nos interesa es que los policías nos escuchen y sean consciente de que estamos atando cabos, ellos deben pensar que somos simples redactores que hemos venido a cubrir la noticia. No han de saber que estamos investigando también porque, si ven competencia, harán lo que sea necesario para eliminarnos de la investigación. —Adrien se percató de que Fran en algún instante había dejado de prestarle atención—. ¿Me estás escuchando, Fran?

Fran se quedó en silencio durante casi un minuto, estaba paralizado mirando al chico. Algo le llamaba la atención. Esa ropa, ese cuerpo..., le resultaban familiares... Sabía quién era. Era el chico de aquel bar. Fran se transportó a lo que el alcohol le dejaba recordar de esa noche. Él estaba en la barra solo bebiendo y este chico le golpeó mientras bailaba, el móvil de Fran cayó al suelo, le pidió varias veces disculpas, se agachó, lo recogió y observó a Fran con una mirada penetrante. Fran no recordaba haberle dicho nada más, solo que había mucha gente, todos enloquecidos con la canción que sonaba, no puede recordar cuál era, pero la gente estaba fuera de sí, era tarde, no debía faltar mucho tiempo para que aquel sitio cerrara.

—¿Fran? —le llamó Adrien al ver que Fran se había quedado casi hipnotizado.

—Vámonos, seguiremos trabajando en esto más tarde —dijo Fran con una voz autoritaria.

—Pero ¿cómo nos vamos a ir ya, Fran? Debemos quedarnos aquí para ver qué información podemos recoger.

—¡Vámonos, joder!

—Mira, no sé qué te pasa, pero no me voy a ir, yo me quedo. ¿Qué narices te ocurre?

Sin mediar palabra, Fran se marchó y desapareció. Adrien no entendía nada, pero tenía claro que aquella forma de comportarse y aquel cambio de actitud tan repentino por parte de Fran no era nada normal. Sin embargo, ahora debía centrarse en la muerte del chico, más tarde ya pensaría en

eso.

Los inspectores Isabelle y Martin llegaron a la escena del crimen y se encontraron un caos total. Los miembros del equipo forense estaban tratando de tomar diferentes muestras para el análisis posterior de la escena del crimen y un grupo de policías intentaban mantener a los curiosos a raya. El oficial al mando les hizo a los inspectores un breve resumen de lo que sabía hasta el momento; Adrien trataba de escuchar de modo disimulado la conversación para ver si conseguía algo de información adicional y preparar su noticia de la manera más detallada posible. Él era consciente de que el tipo de lectores de estas noticias querían los máximos detalles posibles, y no nos engañemos, cuanto más morbosos y escabrosos fueran, mejor.

Isabelle empezó a examinar la escena, mientras Martin hablaba con algunos de los posibles testigos que había en la zona. Lo primero que significaron es que los objetos de valor de la víctima estaban con él, por lo que claramente el robo quedaba totalmente descartado. Encontraron su documentación y decidieron ir a la vivienda del joven para tratar de encontrar más pistas. Asimismo, el teléfono de la víctima era analizado por el resto del equipo para ver si encontraban comunicaciones de algún tipo que pudieran proporcionarles algún indicio sobre qué había pasado allí aquella noche.

Todo fue en vano, en el teléfono no había nada sospechoso y en su apartamento estaba todo impoluto. Claramente, lo sucedido había sido de improviso e intencionado, ahora debían averiguar quién lo había hecho, con qué motivo y qué relación guardaba este chico con la supuesta prostituta encontrada días atrás en la Gare du Nord.

Cuando Fran volvió a casa, su mujer estaba esperándole en el sofá con cara de pocos amigos.

—¿Cuándo va a acabar esto, Fran? —le cuestionó nada más entrar.

—Déjame en paz, por favor, me voy a dormir.

—Dormir es lo que estábamos haciendo hasta que tu puñetero teléfono volvió a sonar.

—¿Y qué quieres que haga, Elena? Es mi trabajo.

—Pues tendrás que pensar cómo hacerlo, estoy cansada de pasar noches en vela por culpa de tu trabajo.

Fran se acercó a ella visiblemente alterado, puso su cara a escasos milímetros de la suya y la miró muy fijamente. Elena volvía a sentir miedo y ese aliento en su cara que nada bueno solía presagiar. No era la primera vez.

—Cuando no te guste esto, lo que tienes que hacer es coger las maletas y largarte, total, para lo que haces aquí...

—Ah, yo no pinto nada aquí ni en tu vida, ¿no?

—¿Recuerdas cuándo fue la última vez que me hiciste la cena, la última vez que follamos o la última vez que nos fuimos de viaje de vacaciones? No, ¿verdad? Yo tampoco.

—Pues igual deberías plantearte tú por qué no hemos hecho todo eso.

Fran se estaba alterando por momentos.

—Elena, coge tus cosas y lárgate. ¡Fuera! —gritó con los ojos fuera de sí.

—No pienso moverme de aquí.

Esa frase, lejos de calmar a Fran y darse cuenta de que Elena solo quería demostrarle que esto se podía hablar y arreglar, le enfureció aún más.

Se cruzó por primera vez una línea roja insalvable que se veía venir hace tiempo. Fran, fuera de sí, levantó la mano y, sin pensarlo ni un segundo, dio una bofetada a Elena y se fue a la habitación con una consigna muy clara:

—Sigue por ese camino y verás cómo acabarás. Igual deberías irte tú antes de que te mate yo. ¿Aún no has entendido que quien manda aquí soy yo?

Elena se quedó tendida en el sofá llorando sin parar, hace tiempo que era consciente de que eso iba a pasar y ahora, además, se sentía culpable de haber provocado que ocurriera.

«No entiendo qué ha sucedido para que haya pasado esto. ¿En qué instante he hecho o dicho algo tan malo como para que me haya pegado? Hace meses que no reconozco al Fran del que me enamoré.

Es verdad que hace mucho que no le hago la cena o que no tenemos sexo, pero es que él nunca está en casa, los dos trabajamos y nos mantenemos en una rutina de la que a veces es muy complicado salir. Muchas veces me voy a dormir sola y/o me despierto sola o le suena el maldito teléfono, se va de madrugada y no vuelve hasta la noche del día siguiente, si es que vuelve.

Él siempre ha querido que yo deje mi trabajo y me quede en casa, pero yo no deseo eso. Me niego a ser una mujer sumisa que el marido la mantenga y que esté encerrada en su casa todo el día limpiando, cocinando y viendo telenovelas, con el único objetivo de satisfacer a su marido y parir niños. Pero le quiero a él.

Debería pensar en cómo cambiar o mejorar para tenerlo contento y que esto no se repita. No puedo dejar de llorar cuando recuerdo todos los momentos felices que hemos vivido juntos. Recuerdo perfectamente el día en que nos vimos y nos miramos fijamente por primera vez, supe que era él la persona con la que quería compartir mi vida.

Su trabajo lo tiene atrapado últimamente. Está obsesionado con ser el mejor, ser famoso, reconocido, no sé..., no entiendo qué le puede aportar eso, pudiendo hacer su trabajo bien, vivir tranquilo y en la comodidad del anonimato. Tal vez sea eso lo que le supera y yo no he sabido verlo y gestionarlo.

Me apetece enviarle un mensaje, pedirle perdón y que venga al sofá conmigo, pero no sé si sería

lo correcto. De hecho, no entiendo cómo puede tener la frialdad de estar en la habitación escuchándome llorar y no salir. No hace falta que me pida disculpas si es culpa mía, pero, por lo menos, salir y sentarse junto a mí. ¿Quizá sea yo la que debería entrar a la habitación?, no lo sé, puede que sí, pero tengo miedo; miedo a que me vuelva a gritar, a que me pegue de nuevo, a que algo se rompa dentro de mí y ya nunca más pueda mirarle como el primer día.

No soy valiente, no me atrevo ni a escribirle ni a entrar. Eso me entristece más aún que el hecho de que él me escuche llorar y no salga aquí conmigo.

Me va a explotar la cabeza si sigo pensando y haciéndome tantas preguntas que no puedo responder.

¿Tal vez algo dentro de mí ya se ha roto? ¿Cómo será nuestra vida mañana? ¿Me volverá a abrazar? ¿Me volverá a besar como si esto hubiera sido solo una pesadilla? ¿Me volverá a mirar a los ojos y me hará sentir que puedo ir con él al fin del mundo?

Mañana me voy a Barcelona a un taller de cocina y ahora no sé si debo irme. Quizá es un error marcharme pronto por la mañana y no decirle nada, pero, si ahora no soy valiente y no me atrevo a entrar en la habitación, mucho menos lo seré mañana sabiendo que estará durmiendo y que no tiene nada de buen carácter al despertar.

Lo mejor será que me vaya sin avisar y, cuando esté allí, entonces lo llame para intentar hablar con él sobre lo sucedido, nuestra relación y cómo seguir caminando juntos olvidando lo que ha ocurrido».

Nueve de la mañana. Fran se despierta sin ningún tipo de remordimiento y baja las escaleras pensando que encontraría allí a Elena y el desayuno preparado, que es a lo que él estaba acostumbrado. Pues ni una cosa ni la otra. Tampoco le preocupó demasiado, cogió su mochila y se fue a casa de Adrien.

La realidad es que Elena se había marchado a Barcelona. Hace días que se lo había explicado a Fran, pero, como de costumbre, él estaba tan ocupado con su trabajo y con su vida fuera de casa que seguramente hizo ver como que la escuchaba, pero la realidad era otra bien diferente. Igualmente, él prefería que fuera así, tenía muchas cosas por hacer como para tener que prestar atención a cómo su mujer le ponía la cabeza como un bombo hablando de lo que sucedió anoche.

Llamó al timbre de Adrien hasta en siete ocasiones y nadie contestó. Aprovechó que una vecina entró con el periódico y el pan en la mano para pasar él detrás, subió hasta el tercer piso y siguió pulsando el timbre y golpeando la puerta como si no hubiera un mañana. Era un rasgo característico de Fran, además de su egocentrismo, que todo tenía que ser para ya, todo debía ser como y cuando él quería, y si Adrien en aquel instante estaba durmiendo porque hacía media hora que se había acostado, a Fran le daba absolutamente igual, él había llegado y debía ser atendido.

Quince minutos de incesantes llamadas le sirvieron para darse cuenta de que tal vez no estaba en casa. Optó por llamarle al móvil, el cual estaba apagado.

Justo cuando se daba la vuelta para marcharse de allí, Adrien subía las escaleras cargado de carpetas con documentación.

—¿Se puede saber dónde narices te habías metido? Llevo aquí una hora esperándote.

—Fran, rebaja el tono, no he dormido en toda la noche haciendo lo que tú deberías haber hecho.

Sorprendentemente, Fran se calló y no enfureció.

—Y ahora, antes de que me vaya a dormir, ¿me vas a explicar qué te pasó ayer?

—Adrien, no tengo por qué darte explicaciones de mi vida, cuéntame que has averiguado en todas estas horas.

Adrien abrió la puerta mientras replicaba a Fran.

—Mira, Fran, yo de tonto tengo muy poco, así que haz el favor de explicarme qué pasa con este chico, porque está claro que lo conoces.

—No digas estupideces, yo no lo conozco de nada.

—¿Tienes algo que ver con su muerte, Fran? Creo que sabes que puedes confiar lo suficiente en mí como para contármelo.

—¿Vas a decirme algo interesante sobre ese maricón o vas a seguir diciendo estupideces toda la mañana?

—¿Y tú cómo sabes que ese chico era gay?

—Saltaba a la vista...

—Fran, es la última vez que te lo voy a preguntar: ¿tienes algo que ver con ese chico?

—Adrien, es la última vez que te lo voy a preguntar: ¿quieres dejar de decir estupideces?

Adrien era consciente perfectamente de que algo estaba pasando. No cree que Fran estuviera relacionado con su muerte, pero estaba convencido al cien por cien de que le conocía o sabía algo acerca de él.

—Te voy a dejar aquí todos los papeles que he recopilado de las dos muertes, todas las notas que tomé anoche sobre lo que escuché allí y me voy a ir a dormir; cuando me despierte, espero que me cuentes la verdad. Espero que me cuentes de qué conocías a ese chico. Espero que me cuentes si este chico frecuentaba el mismo pub que tú por casualidad. Espero que me cuentes qué relación tenías con él y espero que me cuentes cuántas veces has estado en su casa.

Fran se quedó mudo durante tres segundos. Enrojeció de ira, fue hacia Adrien, lo cogió por el cuello y lo estampó contra la pared.

—Escúchame bien, porque solo te lo voy a repetir una vez, lo que yo haga con mi vida a ti te

importa una mierda, así que, si te quieres ir a dormir, te vas; si te quieres ir a follarte a una puta barata, te vas; si te quieres ir a emborrachar, te vas, pero que no se te vuelva a ocurrir insinuar ni por un momento que yo voy a determinados sitios a beber solo para zorrear con maricones como ese niño que solo son escoria de la sociedad.

Adrien no podía hablar y le empezaba a faltar el aire. Fran le soltó y Adrien se fue a su habitación.

Se tumbó en la cama, recuperó el aire y le sorprendió percatarse de que aquella situación le había ocasionado una extrema excitación. Tenía una erección como hacía mucho que no había tenido, y pensando en Fran había tenido muchísimas. Sentirlo tan cerca, notar su aliento, esa fuerza que ejercía..., para él había sido más una fantasía que una agresión. Tenía mucho calor, solo había una manera de remediar aquello, Fran era inalcanzable para él, pero se quitó la ropa y, acariciando su propio cuerpo desnudo en la cama, comenzó a tocarse, cada vez sudaba más, mordía un cojín por si Fran aún estaba en el piso y, casi sin darse cuenta, explotó de placer, pero seguía y seguía y seguía, aquella excitación no se detenía y volvió a llegar al orgasmo quedándose dormido, desnudo, manchado y terriblemente sudado encima de la cama.

Eran las tres y media cuando Adrien volvía a abrir los ojos. Como si estuviera en casa ajena, se envolvió en una toalla y salió corriendo a la ducha. En vano, porque hacía horas que Fran se había marchado. Al salir de la ducha vio que tenía dos llamadas de Fran y un mensaje de su amigo Albert, otro compañero que, después de haber ganado varios campeonatos de patinaje, había decidido retirarse y dedicarse a escribir pequeños relatos; para el periódico escribía relatos de novela negra y, para un blog de internet, relatos eróticos. Albert había sido publicista y, cansado de ese mundillo y del deporte, optó por aprovechar todo el dinero que había ahorrado para retirarse, como mínimo dos años, a París. Había alquilado un pequeño apartamento en el barrio de Montmatre y conoció a Adrien en una conocida aplicación de citas. Nunca llegó a pasar nada entre ellos, pero mantienen una bonita, sana y divertida amistad.

Quedaron a tomar un café y comer algo en Hotel de Ville. Adrien iba en el metro y aún sentía sofocos por lo que había ocurrido en su casa unas horas antes, estaba deseando explicarle a Albert lo que había pasado y también lo que estaban investigando, Albert no tendría información de primera mano porque tampoco le interesaba, pero seguro que le daba alguna indicación de cómo avanzar en la investigación, qué pistas seguir, etc.

Al salir del metro Albert lo esperaba ya allí, con sus auriculares blancos, como siempre, recostado sobre un árbol mirando el móvil. Le vio y sonrió con sus dientes perfectos de blanco reluciente.

—Vaya, qué bien te veo, qué buena cara haces... —le espetó a Adrien nada más cruzarse la mirada, con un tono de sorna muy marcado.

—Pues no es precisamente por lo que tú piensas. Buena cara de buena paja es, porque de nada más.

Albert rio a carcajadas.

—Pues ha debido ser muy buena, sí.

—Dos seguidas, no te digo más. Y podrían haber sido tres.

Albert no podía parar de reír.

—Vamos a sentarnos en esa terraza y me cuentas bien todo, por favor.

—¡Vamos!

Durante algo más de media hora le explicó quién era Fran y acerca de qué estaban investigando juntos. Le detalló lo que él sentía realmente por Fran y lo que había sucedido esta mañana en su casa. También le contó que no estaba bien con su mujer y que él tenía la esperanza de que un día pudiera confesarle lo que realmente sentía por él, quién sabe lo que podría llegar a pasar.

—Adrien, yo creo que este tipo de relación te puede llevar a un problema más serio. Este chico es heterosexual, no va a dejar a su mujer para irse contigo. Y, aunque esté mal con ella, si en algún instante la deja, será para irse con otra mujer, no con un hombre.

—Soy consciente, de hecho, él ni tan siquiera sabe que yo soy gay, pero hay veces que pienso que su «homofobia» o su trato a veces despectivo hacia personas como nosotros es precisamente para negar sus propios sentimientos.

—¿Qué me quieres decir, que este chico es gay y no quiere salir del armario?

—Algo así. Y eso me tiene hecho un lío.

—Es curioso.

—¿El qué? —dudó Adrien sorprendido.

—Yo me acosté con un chico hace algunos meses con un perfil muy parecido al que tú me describes y, hasta que me has dicho que estaba casado, he pensado que era el mismo. —Albert reía a carcajadas.

—¿Te imaginas?

—No, Adrien, no quiero imaginármelo. Además, este chico se llamaba Maurice.

Siguieron conversando durante otra media hora sobre cómo Adrien debía enfrentar esa situación y separar los sentimientos personales de su relación profesional. Albert fue tajante:

—Pájate pensando en él tantas veces como quieras, pero ni se te ocurra decirle lo que sientes por él, pues, en el mejor de los casos, te quedas sin trabajo, en el peor, te mata y apareces en cualquier callejón con una carta en la mano.

—¿Tú crees que él podría tener algo que ver y que por eso actuó la otra noche como te he contado?

—Mira, Adrien, yo ya no me fío de nadie en esta vida, pero tú, por si acaso, más vale que estés prevenido y vayas muy alerta con este chico, me dejas preocupado con lo que me has contado y con su agresividad, que parece ser una constante en su vida.

Se despidieron y Adrien no podía dejar de pensar en lo que le había dicho Albert, era consciente de que tenía toda la razón del mundo y debía mentalizarse que lo mejor que podía hacer era quitarse esa fantasía de su cabeza.

Miró el teléfono. Tenía dieciséis llamadas perdidas de Fran. Pensó que tal vez querría disculparse —ingenuo de él— y devolvió la llamada.

—Hombre, ya era hora, imbécil, te he llamado un millón de veces —recriminó Fran visiblemente enfadado.

—Estaba durmiendo y luego fui a una reunión con una fuente.

—Me importa tres narices lo que estuvieras haciendo, cuando yo te llame, me coges el teléfono, ¿entendido?

Adrien estaba perplejo, se sentía estúpido de haber pensado que habría en esa llamada el más mínimo sentimiento de disculpa.

—Lo siento, no volverá a pasar. Dime.

Fran rebajó el tono:

—Mientras tú dormías me llamó la bruja de mi mujer, la muy perra se ha ido a Barcelona a una de estas mierdas de cocina que ella hace. Total, que resulta que en el hotel donde se aloja ha aparecido una chica muerta. Entonces te he llamado para decirte que me voy para allá, estaré allí un par de días para ver a unos amigos. Si quieres venir, ya sabes, salgo dentro de un rato en el último vuelo barato que hay.

—¿Y a la muerta de Barcelona también la conoces?

Fran colgó el teléfono sin más.

Esta vez Adrien no iba a seguir sus pasos, en el fondo, sabía que era una oportunidad única para dormir con él en un hotel y tal vez en la misma cama, esa idea le excitaba muchísimo, pero no estaba dispuesto a estar siempre arrastrándose.

Fran embarcó en el vuelo y llegó puntual a Barcelona, tomó un taxi y se fue al hotel. Justo cuando entraba se encontró a Elena en la recepción con su maleta.

—Pero ¿ya te marchas? —le cuestionó con su tono impertinente habitual.

—Si me hubieras escuchado cuando te lo expliqué, sabrías que mañana tengo que estar a mediodía en París porque tengo una reunión con un editor de una revista de cocina inglesa a quien debo presentarle todo lo que he aprendido en Barcelona y tratar de cerrar un contrato con

él.

—¿Y no hablamos sobre lo que me explicaste por teléfono? ¿Para qué me has hecho venir entonces?

—Fran, te he hecho venir porque creía que te interesaba lo que estaba pasando aquí. No tuviste la decencia ni tan siquiera de decirme a qué hora llegabas, por lo que, como comprenderás, yo tengo que seguir con mi vida. No obstante, antes de que entres en cólera como de costumbre, te he dejado todas las notas de lo sucedido encima de la mesita de noche que hay en la habitación, también tienes dos contactos con los que hablé de lo ocurrido que, seguramente, puedan serte útiles. Y ahora, si no tienes nada más que decir y no te puedo ayudar en nada más, por favor, déjame pasar que mi taxi debe estar esperándome.

Fran quedó perplejo. Nuevamente, igual que con Adrien, optó por no contestar con sus salidas de tono usuales y fue al mostrador de recepción para registrarse en la misma habitación donde Elena había dormido estas dos noches.

Elena estaba en realidad destrozada, aunque trató de mostrarse firme y algo distante para ver si él mostraba el más mínimo gesto de arrepentimiento, cercanía o cariño. No podía parar de escuchar una y otra vez dentro de su cabeza la conversación por teléfono que tuvieron.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Pues esperando que me digas dónde narices estás y por qué no estabas esta mañana en casa cuando me desperté. No he desayunado porque no habías preparado nada.

—Fran, te dije que tenía que ir a Barcelona a un taller de cocina que era muy interesante para mí y muy importante para mi trabajo. De hecho, no quiero volver a lo de anoche, pero ¿recuerdas que fuiste tú el que precisamente me dijo que cogiera mis maletas y me marchara?

—Tú eres tonta. ¿Y crees que realmente quería eso? Lo que quiero es que te comportes como una mujer normal, estés por tu marido y aceptes de una puñetera vez que en esta casa mando yo.

Ese «normal» tenía a Elena muy desconcertada. ¿Qué era para él una mujer normal? Pero prefirió no debatir.

—Lo siento, Fran, siento mucho lo que ocurrió anoche, te prometo que trataré de ser la mujer que tú esperas que sea y que podamos ser felices juntos.

—Pues a ver si lo consigues.

Una muestra más de frialdad que a Elena la rompía por dentro, pero que, aun así, parecía dispuesta a aceptar mientras trataba de convertirse en la mujer normal que tanto Fran deseaba.

—Bueno, yo llamaba para contarte algo que ha pasado aquí y que creo que te puede interesar.

—Venga, cuenta.

Pese a esa respuesta, Elena evitó sus ganas de colgarle el teléfono, respiró hondo y empezó a explicarle el motivo de su llamada. Fran ni tan siquiera le dio las gracias.

Después del registro en la recepción, subió a la habitación ansioso por leer las notas que Elena le había dejado y por ver si podría llamar a esos contactos y quedar con ellos, a poder ser, esa misma noche.

El primer contacto era una de las personas del equipo de limpieza del hotel, ella fue quien encontró el cadáver de la chica. Estuvo hablando con ella por teléfono casi hasta medianoche. La mujer no quiso verse en persona con Fran bajo ningún concepto, la Policía le había advertido que no podía hablar de esto con nadie mientras duraba la investigación. ¿Y por qué decidió hablar por teléfono con Fran? Pues bien sencillo, por dinero. Fran sabe que, habitualmente, las buenas fuentes, si no es con dinero sobre la mesa, no se mueven, además, por la forma en que se hacía esa llamada la confidente estaba tranquila porque no corría ningún riesgo y ganaba un importante dinero que buena falta le hacía.

Fran activó la grabación de la llamada.

—Cuénteme, ¿qué ha sucedido?

—Según me ha explicado mi compañera de la tarde, ayer uno de los huéspedes se dirigió a ella porque oía ruidos raros en la habitación contigua para que abriera la puerta porque aquello era intolerable, a lo que ella le dijo que no estaba autorizada, pero que no se preocupara, que informaba de inmediato a la recepción. Cuando contactó con Juan, el responsable, le dijo que era un cliente habitual muy pesado, un poco extraño, y que no era necesario que le diera la mayor importancia, que siempre acostumbraba a quejarse por cualquier tontería, y que, por supuesto, ella no podía abrir la puerta de ninguna habitación ocupada y mucho menos para que un cliente abroncara a otro que supuestamente estaba teniendo una conducta inapropiada. Ella no le dio la más mínima importancia y acató las indicaciones del responsable del servicio, quien, según me han dicho, luego llamó a la habitación del cliente para interesarse por lo ocurrido y quedar bien con él. Esta mañana nos hemos saludado, pero ella no me ha contado nada, he comenzado a hacer mi zona de habitaciones y, al entrar en la cuarta habitación de la jornada, me he encontrado con aquella terrible situación.

—¿Podría describirme lo que ha visto?

—Era una chica joven, latina, muy morena de piel, con el pelo negro y rizado. Me impactó mucho la situación porque yo nunca imaginé que estuviera muerta. Después de saludarla varias veces y que no me respondiera, me acerqué a la cama y tenía un pequeño corte en la cara y los ojos abiertos y en blanco. En su mano tenía una carta. Solo había visto algo semejante en la televisión, y verlo tan cerca me dejó abrumada.

—¿Una carta?

—Sí, un as de corazones.

Fran quedó enmudecido, sin embargo, no quería desvelar nada. Era consciente de que podía ser el mismo asesino que en París y él tenía la exclusiva. Podría estar ante un asesino en serie y, sin

duda, esa podía ser la noticia que lo lanzara al estrellato, puede que incluso fuera estrellato mundial, porque ya estaríamos ante varios asesinatos con un nexo en común: una carta de póker en la escena del crimen.

—¿Sigue ahí?

Contuvo la emoción, la sorpresa y los nervios y continuó preguntando:

—Sí, perdón, se había perdido la comunicación. ¿Había sangre?

—Muy poca, la verdad, me pareció que solo tenía ese corte en la cara, pero luego escuché que bajo las sábanas había más.

—¿Bajo las sábanas? ¿A quién escuchó decir eso?

—Sí, bajo las sábanas. Lo escuché decir a alguna persona de los que estaban allí, no sé si era médico o policía. Entraba y salía gente constantemente de la habitación mientras un agente me interrogaba. Por lo visto, la señorita había tenido relaciones un poco agresivas o había sido violada, pero, según oí, la causa de la muerte había sido la asfixia con la almohada.

—¿Algo más que recuerde?

—Mmmm, la verdad es que no, fue todo muy rápido. Bueno, ¡sí! No sé si es importante, pero una de las personas dijo que muy probablemente fuera prostituta.

—Muchas gracias por su ayuda, la llamaré de nuevo si tengo alguna pregunta más. Le ha llegado el dinero que acordamos, ¿verdad?

—Sí, señor, muchas gracias.

El siguiente contacto era Juan, el jefe de recepción del hotel, quien, por lo visto, acompañó a los agentes de Policía a la habitación del huésped que se había quejado de los ruidos extraños.

La grabadora volvía a ponerse en marcha.

—¿Por qué no hicieron ningún caso a ese señor? Quizá, si lo hubieran hecho, ahora esa chica estaría viva.

—En realidad, fue porque se trata de un cliente habitual un tanto especial, es buen cliente, pero siempre se queja por absolutamente todo y, cuando estamos desbordados de trabajo, no podemos estar pendientes de según qué cosas.

—¿Y la dirección del hotel es consciente de esto?

—Claro, la directora fue precisamente quien nos ordenó que no volviéramos a hacerle caso porque siempre se quejaba por tonterías sin importancia, le gustaba llamar la atención.

—Entiendo. ¿Y qué fue entonces exactamente lo que escuchó supuestamente este señor?

—Él comentó que «ruidos molestos, lascivos y que no tenía por qué escuchar aquello». Nosotros entendimos que en la habitación de al lado estaban manteniendo relaciones sexuales y, claro, esto es un hotel, no es algo que podamos pedir a los clientes que no hagan como seguramente usted comprenderá.

—Sí, entiendo. ¿Y no vieron con quién entraba esta chica a la habitación?

—La chica muerta se registró sola, pero, claro, nosotros no podemos saber quién entró después.

Se quedó en silencio pensativo.

—Pero... —agregó dubitativo el recepcionista.

—¿Pero...?

—No, nada importante.

—Puede que sí lo sea, dígame.

—Uno de los huéspedes a los que interrogaron los policías dijo que creyó ver entrar a alguien que después entró en la 503.

—Pero esa es mi habitación, ¿no?

—Sí, pero usted no estaba aquí cuando ocurrieron los hechos o, como mínimo, no se había registrado aún en la habitación de su esposa.

—¿Está insinuando algo?

—No, caballero. Pero yo solo pude decirle a la Policía el día y la hora en la que su mujer se registró, pero desconozco si usted o su mujer hicieron algo anteriormente y si usted fue a la habitación antes de registrarse.

—Entonces, ¿lo que me intenta decir es que fue mi mujer la que mantuvo relaciones sexuales con la chica muerta?

—Yo no lo sé, señor, y el testigo tampoco me pareció que diera información muy rotunda a la Policía, de hecho, me dio la sensación de que, teniendo en cuenta que la suya es solo cinco habitaciones más allá de la 503 y el testigo lo vio desde el inicio del pasillo, que son exactamente diecinueve habitaciones de distancia, probablemente, confundiera en qué puerta entró.

—Seguramente sea eso, lo otro ya le digo yo que no tiene ningún sentido.

—Comprendo.

—Muchas gracias y estaremos en contacto si tuviera que hacerle alguna otra cuestión. Por favor, si se entera de alguna información más, le agradecería que me contactara, será totalmente anónimo, y, si la información es interesante, podría tener alguna recompensa económica para usted.

—Muy agradecido, que tenga una buena noche.

—Igualmente.

Fran tenía muy claro que Elena no podía haberse acostado con una mujer. Su ego y su complejo de macho alfa no le permitían creérselo, pero su vena periodística le impulsó a llamarla.

—Dime, Fran —respondió Elena con una clara voz de hastío.

—¿Esta es la contestación que le das a tu pareja?

—Es la que ahora mismo siento, no te puedo dar otra. Son casi las tres de la madrugada y estoy cansada. ¿Qué quieres? Estoy trabajando en lo de mañana y en breve me voy a dormir.

—¿Pasó algo en el hotel que debas contarme?

—¿Te parece poco lo de la tía muerta en la misma planta que yo dormía?

—¿Te la tiraste?

—¿Cómo? Tú estás enfermo, Fran. ¡Esto ya es lo que me faltaba por oír! —exclamó indignada.

Elena colgó el teléfono.

Era extraño, pero Fran no estaba enfadado. En su interior, el hecho de que ella hubiera colgado el teléfono era algo positivo para él, porque era lo que a su entender demostraba que Elena no se había acostado con otra mujer. Dentro de él, algo le decía que, si lo hubiera hecho con un hombre, la infidelidad no hubiera sido tan grave como con una mujer.

Fran se fue a dormir tranquilo aquella noche porque Elena le hubiera colgado. Pero en su cabeza no paraba de escuchar una y otra vez las versiones que le habían contado los dos empleados del hotel, mañana necesitaba volver a hablar con ellos y tratar de buscar testigos de lo sucedido.

Se despertó temprano al día siguiente, a las seis ya no podía dormir más y bajó a recepción. Juan seguía allí a punto de acabar su turno de noche.

—Buenos días, soy Fran Ballester. Eres Juan, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podemos hablar?

—Prefiero que no, caballero, ya le expliqué todo lo que sabía anoche.

—Pero... tengo algunas dudas que necesito aclarar.

—Mire, si tiene alguna duda, puede llamar aquí.

Juan buscó entre los papeles del mostrador y le dio una tarjeta.

—¿Quién es?

—Es uno de los policías que llevan la investigación de lo que ha ocurrido. Él podrá ayudarle, yo, como comprenderá, lo único que quiero es olvidar lo que ha sucedido.

—Gracias.

—A usted, buenos días.

La conversación había sido muy distante y Fran no estaba acostumbrado a no obtener lo que quería, asimismo, sabía que llamar a ese policía no iba a servir de nada porque no le iba a dar ningún detalle relevante de la investigación sin conocerlo. Nadie lo haría.

Fran optó por regresar al mostrador.

—Perdona —murmuró mirando a Juan desde un lateral, todo indicaba que buscaba cierta privacidad.

Juan le observó con mala cara, pero el deber de su puesto de trabajo le obligaba a acercarse y atender a un cliente que le reclamaba.

—Dígame.

—Mira, necesito acceder a información que tú puedes proporcionarme. Tengo dinero, te puede ir bien.

—Señor, usted tiene dinero y yo tengo principios, ya le he dicho que quiero irme a mi casa y olvidarme de todo.

—¿Mil euros?

—Señor, basta.

—¿Tres mil?

—¿Qué necesita?

Parecía que Juan ya no tenía principios ante una cantidad tan suculenta como esa.

—Ahora comenzamos a entendernos, amigo Juan. Necesito una lista de todas las personas alojadas en el hotel que entraran un día antes o el mismo día de la muerte de la chica y salieran ese día o el de después. También, que me dé acceso a las grabaciones de seguridad y una copia del documento de identidad de la chica asesinada.

—La lista puedo conseguirla, pero las grabaciones de seguridad se las llevó la Policía y el documento de identidad de la chica no lo guardamos, además, por lo que mencionó un policía, ella se registró con el nombre de Andrea, pero parece que tenía una documentación falsa. Además, cuando se registró venía de tomar algunas copas en Sutton y ni siquiera firmó el registro porque parece que no estaba en condiciones.

—¿Qué más crees que puedes darme?

—Pienso que una lista como esa ya justifica muy bien ese dinero.

—Bueno, tú dame la lista y luego, si tengo alguna pregunta, vendré a verte.

—Traiga mi dinero y tendrá la lista.

—Ve preparándola, voy a por el dinero y volveré.

—Por favor, no tarde porque en menos de una hora mi turno acaba y me tendré que ir.

—Hecho.

Fran fue a varios cajeros a retirar el dinero en efectivo. No era demasiado dinero para él y esa cantidad no levantaría sospechas, siempre podía decir que era para comprar algunas cosas en Barcelona que prefería pagar en efectivo. No era su mayor problema en ese momento y le parecía un precio justo si podía lograr información importante para su investigación.

Regresó al hotel y dejó el dinero en una bolsa de regalo que había comprado en un bazar para que la entrega no se produjera en el típico sobre blanco a la vista de cualquiera.

—Un regalo para ti —le anunció en cuanto entró al hotel aprovechando que no había nadie en la recepción.

—Muchas gracias, le dejo aquí lo que me pidió que imprimiera. Si necesita algo más, por favor, hágamelo saber.

—¿Nada más que creas que me puede ayudar?

—Si lo hay, le avisaré.

—Muy agradecido.

Era una conversación muy tensa, pero se produjo sin incidentes y, supuestamente, sin testigos. Parecía que ambos habían quedado satisfechos con el intercambio.

Fran corrió a su habitación para revisar esa lista de personas. Tenía que encontrar a alguien que fuera familiar para él, sabía lo que buscaba.

Horas después se sentía agotado. Había revisado toda la lista, había buscado en internet, había hecho llamadas y todo fue en balde. Ninguna de las diecisiete personas que estaban en aquella lista encajaban en el perfil de un asesino de esa magnitud.

Fran necesitaba información para argumentar su investigación. Precisaba sacar una noticia vendible de aquel viaje a Barcelona, pero no parecía una tarea fácil.

Ante la falta de resultados, Fran decidió tomar un descanso y salir a caminar por la ciudad. Quería despejar su mente y pensar en otras posibilidades para avanzar en su investigación.

Mientras caminaba, recordó que Juan le había mencionado que la tal Andrea había estado de fiesta el día del registro en una conocida discoteca barcelonesa. Quizás podría encontrar alguna pista o testigo que le ayudara a descubrir qué había pasado en aquella habitación la noche del asesinato.

Optó por ir a cenar porque no había comido nada más que cuatro galletas en todo el día, así aprovecharía para preguntar en la misma discoteca o en los bares cercanos si alguien recordaba algo de la tal Andrea esa noche.

Después de comerse un plato de pasta y de estar más de dos horas preguntando por la zona, encontró a un joven camarero que parecía recordar haberla visto en la discoteca.

—¿Andrea? Sí, estoy seguro de que la vi. No sé si se llamaba así, pero, por la foto que me enseñas, no tengo ninguna duda, era un pibón difícil de olvidar. Estaba con un chico alto, moreno, con barba. Se fueron juntos de aquí.

—¿Lo puedes describir con más detalle?

—Lo siento, no puedo, había mucha gente y no le presté atención. Solo recuerdo lo que te he dicho.

—¿No te acuerdas de nada más?

—Lo siento, no. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque esa chica está muerta, la han asesinado en su habitación de hotel.

—¡Qué horror!

—¿Y estás seguro de que ella estaba con un chico y salió de aquí con él?

—Segurísimo. No se separó de él en toda la noche y salieron de aquí juntos. Juntísimos diría yo.

—¿Y no viste nada sospechoso?

—No, lo siento, solo recuerdo haberla visto con ese chico, pero no parecían tener problemas ni nada por el estilo.

Fran anotó todo lo que el joven le había dicho y le dio las gracias antes de irse. Aquella información podía ser una pista, aunque vaga, pero era algo en lo que podía trabajar, además, había vuelto a confirmar que esa chica no estaba con Elena en la discoteca.

Volvió al hotel. Saludó a Juan, pero este hizo ver como que no iba con él el saludo y se metió en la zona interior de la recepción. Fran no le dio importancia y subió a su habitación, necesitaba procesar toda esa información, descansar y volver mañana por la mañana a París.

Capítulo dos

Sin ti no soy nada

Eran las cinco y cuatro minutos de la madrugada cuando las sirenas de la Policía se escuchaban en los alrededores de la plaza de los Vosges, una de las plazas más elegantes de París, además de ser, de hecho, la más antigua de la ciudad. Ocho coches de la Policía y dos ambulancias llenaban el lugar de luces azules frente a la que fuera la casa de Victor Hugo en París, donde se mudó justo unos días después de la publicación de *El jorobado de Notre Dame*.

La plaza era un cuadrado exacto con un parque en la zona central, cerca de quince agentes corrían de un lado al otro, Adrien estaba confuso. Acababa de llegar después de que una de sus fuentes le avisara.

No era la manera habitual de actuar en la escena de un crimen. Había sangre, al parecer, por varias zonas de la plaza, pero Adrien no había conseguido ver el cuerpo. Por lo visto, alguien había llamado para dar el aviso de forma anónima porque había ocurrido algún altercado en una de las galerías de arte que hay en la plaza, de hecho, era el único local que estaba con las luces encendidas. La rue de Birague, la rue de Béarn, que está en el extremo opuesto, y la rue Bourgeois estaban cortadas. La plaza estaba totalmente sellada y nadie podía entrar o salir. No entendía nada y ya había dado siete vueltas para ver qué estaba sucediendo.

Varios policías accedían a la galería de arte y varios agentes custodiaban cada una de las seis pistas que había en la plaza, entre ellas, cuatro manchas de sangre que consideran que podrían pertenecer a la víctima; una que no estaba en ningún sitio y que todo el mundo parecía estar buscando sin éxito.

Mientras Adrien esperaba en la puerta de la galería para tratar de obtener más información, llamó a Fran para informarle, él no estaba aún en París, al menos, que Adrien supiera, pero tenía que llamarle para contarle lo que estaba pasando. Todas las llamadas fueron sin éxito, no contestó. «Seguramente, estará dormido», pensó Adrien.

Los inspectores Isabelle y Martin llegaron a la escena del crimen y comenzaron a hablar con los agentes presentes. Les pidieron un resumen de lo que había sucedido. A medida que avanzaban las conversaciones, se dieron cuenta de que era muy extraño que localizaran manchas de sangre por todas partes y no hubiera ni rastro del cuerpo. Uno de los agentes que había en la escena les explicó que recibieron una llamada anónima para advertir del asesinato, por lo que en la situación que estaban con los otros dos muertos no podían dejarlo pasar como si fuera una broma. Debían revisar a fondo cada centímetro de esa plaza para comprobar si realmente era cierto o no.

De pronto, se oyeron gritos de alguien que decía repetidamente: «Ici, c'est ici, ici!» («¡Aquí, está aquí, aquí!»). Adrien miraba continuamente a su alrededor, pero era incapaz de detectar de dónde provenían esos gritos, dio corriendo una vuelta a la plaza, pero no había nadie, cuanto más se alejaba de la calle de la galería, más lejos se escuchaba. Observó hacia el cielo y vio cómo un potente foco desde un helicóptero de la Police Nationale alumbraba la azotea del edificio que albergaba en su planta baja la galería de arte contemporáneo.

Claramente, habían encontrado el cuerpo allí arriba y era evidente que Adrien no podría subir porque el acceso al edificio estaba acordonado. Solo le quedaba esperar en aquella calle repleta de gente para ver si conseguía hablar con alguien o alguno de sus contactos acudía a trabajar. Cualquier otro se hubiera ido a su casa a esperar, pero Adrien no era de los que se cansaban o rendían fácilmente, y mucho menos teniendo a su lado, o, mejor dicho, teniendo por encima a alguien como Fran. No podía evitar escuchar una y otra vez en su cabeza aquella frase que Fran tantas veces le había repetido: «Nunca te vayas de un lugar donde está ocurriendo una noticia. Tienes que ser siempre el último en marcharte, incluso cuando creas que tienes toda la información. En ocasiones, cuando nadie quiere hablar contigo, solo tienes que pararte a observar y a escuchar, siempre hay alguien que habla más fuerte de lo normal, o que habla con quien no debe o que hace algo que no debería hacer, y tú tienes que estar ahí para tratar de enterarte de algo, o, en el mejor de los casos, de todo».

Isabelle subió a la azotea mientras Martin continuaba abajo en la plaza acompañando a los diferentes agentes que tomaban muestras e investigaban la escena. Habló con testigos, analizó las pruebas físicas y buscó cualquier otro detalle que pudiera ayudar en la investigación, pero, lamentablemente, no tuvo éxito. La misma suerte corría Isabelle, en aquella azotea trató de reconstruir la secuencia de los acontecimientos que llevaron a ese crimen, procuró buscar motivos y la relación que podía tener con las muertes anteriores, pero la situación era muy compleja, ambos debían aceptar que esto no era algo que fueran a resolver en unos días, salvo que el asesino se entregara o tuviera algún error tan grande que se autodelatara.

Decidieron que era mejor retirarse y marcharse a casa a descansar y acordaron volver en unas horas para hablar con los vecinos del edificio. Antes de irse, Martin hizo una llamada a la central de la Policía para confirmar que el equipo forense estuviera en camino.

Empezaba a amanecer. Eran más de las seis. Algunos policías comenzaban a retirarse. Las ambulancias se habían marchado, evidentemente, no iban a ser necesarias. Adrien se sentía estúpido caminando sin sentido de un lado a otro, esperando escuchar algo, a que el dueño de la galería, a quien estaban interrogando dentro, saliera para tratar de hablar con él, pues la puerta del local permanecía cerrada y, pese a que abrían y cerraban constantemente por todo el sin cesar de gente que entraba y salía de allí, era absolutamente imposible escuchar algo.

Isabelle y Martin habían llegado a casa para descansar, pero era imposible que pudieran dormir. Se pusieron a revisar sus notas y analizar todo lo que habían visto en la escena del crimen. Aún era demasiado pronto para sacar conclusiones, pero se sentían optimistas. Tenían la convicción de que todas las muertes estaban relacionadas entre sí, solo necesitaban pruebas útiles y un poco de suerte y podrían resolver el caso. Esperaban que después algún vecino hubiera escuchado algo, que cualquier cámara de seguridad tuviera alguna imagen, que con la luz del día regresaran a la escena del crimen y dieran con algo que se les hubiera pasado por alto.

Llegó el forense. Adrien miró al coche y allí vio a la luz que pretendía que iluminara su camino. Sophie acompañaba al forense.

Sophie fue un amor universitario de Adrien. Ella no sabe que Adrien es gay y todo el mundo cree que aún sigue enamorada de él.

La última vez que se encontraron en una cena de amigos acabaron besándose apasionadamente en un rincón oscuro de una discoteca perdida en el centro de Niza. Casualmente, Sophie trabajaba allí en un centro de biología humana del que Adrien estaba haciendo un reportaje de investigación.

Se vieron durante semanas desde que aquella noche supo dónde trabajaba Sophie. Iban a cenar, se hacían detalles que, normalmente, solo se dedican las parejas, se fueron de viaje juntos un fin de semana, hacían vida de pareja en todos los sentidos, pero, cuando alguien de sus círculos les preguntaba, la respuesta era siempre bien diferente: por parte de Adrien, se limitaba a «es solo un rollito», «sí, estoy bien, pero no es nada serio» o, directamente, «es solo un polvo»; mientras que las respuestas que daba Sophie a los suyos eran «creo que estoy enamorada», «es el amor de mi vida» o «veo una vida junto a él».

Durante esas semanas, Adrien hizo uno de los mejores reportajes de investigación de su carrera gracias, evidentemente, a toda la información que recibía de parte de Sophie, sin la que no hubiera conseguido llegar a nada. Ella se la daba sin pensar en que eso acabaría donde acabó: en portada de todos los diarios del país y sobre la mesa de un juzgado. Gracias al reportaje de Adrien, se descubrió que un político de alto nivel recibía dinero por parte de miembros de la dirección del centro a cambio de aceptar autorizaciones, investigaciones o informes como válidos, que claramente no lo eran. El reportaje provocó que todos los miembros fueran detenidos por la Policía y enviados a prisión provisional a la espera del juicio, donde, previsiblemente, se iban a pasar muchos años. El centro cerró, Sophie, igual que el resto de los empleados, perdió su trabajo y decidió volver a París para comenzar una nueva etapa, de hecho, allí tenía a su familia y un buen grupo de amigos que estaba convencida de que le harían la vida un poco más fácil.

Los encuentros entre ellos fueron disminuyendo y Sophie perdió toda la ilusión que tenía en Adrien y comenzó a centrarse en su nuevo trabajo como ayudante de uno de los forenses de la ciudad.

Un día, mientras ella paseaba por los Champs-Élysées, se detuvo junto al monumento a Charles de Gaulle a escuchar a un político que parecía dar unas declaraciones a la prensa, y allí estaba Adrien. La más pura casualidad la había llevado a encontrárselo de nuevo, su corazón se había acelerado y muchos sentimientos del pasado se despertaron de nuevo. Adrien ya sabía en qué estaba trabajando y una vez más algo en su interior le dijo que le podría ser útil acercarse a ella, pero tenía claro que había una barrera que ahora ya, con el paso del tiempo, no quería cruzar, pero también que estar cerca de una ayudante de forense, en una ciudad como París, en la que siempre ocurren cosas interesantes, podría ser una muy buena oportunidad para él, asimismo, para demostrarle a Fran que era un periodista competitivo y bien informado con el que realmente merecía la pena trabajar.

Hablaban mucho y se veían frecuentemente, y algún que otro beso había caído, pero Sophie sentía que había un muro entre ellos y que aquello no podía funcionar de forma seria, pero había optado por dejarse llevar, aceptando que eso un día podría terminar y tal vez no de la manera a la que ella le gustaría, pero estaba determinada a vivir el momento, del mismo modo que Adrien estaba resuelto a aprovecharse todo lo que pudiera de aquella información para su éxito profesional.

Gracias a Sophie, Fran empezó a confiar más en Adrien. Días después de su encuentro en los Champs-Élysées fue cuando apareció el cuerpo de una joven junto a la Gare du Nord. Sophie creyó que ese instante era su oportunidad de retomar el contacto con Adrien. Eran casi las cinco y cuarto de la mañana, pero ella sabía que un periodista como Adrien nunca solía apagar o silenciar el teléfono por la noche. En una ciudad como París suceden muchas cosas, y una noticia implica facturar, a veces noticias absurdas o irrelevantes te permiten ganar cien euros en una noche con unas cuantas líneas de texto.

—¿Hola? —contestó Adrien con voz de dormido.

—Hola, Adrien —saludó Sophie con tono encantador e, incluso, seductor.

—¿Quién eres? —se interesó Adrien aún con los ojos cerrados y prácticamente dormido.

—¡Vaya!, ¿ya borraste mi número de tu agenda?

—¡Sophie! Perdón, no he borrado tu número, pero he cogido el teléfono con los ojos cerrados porque dormía y ni tan siquiera miré la pantalla.

—Bueno, ahora no puedo entretenerme, solo te llamo para decirte que nos acaban de avisar de que hay un cadáver en Gare du Nord.

—¿Un cadáver? ¿Qué ha pasado? Dime que no es una broma, por favor.

—¡No es ninguna broma, Adrien! ¡Sal ya de la cama si esto te interesa! —sostuvo Sophie muy seria y elevando la voz.

—Vale, vale, no te enfades.

—Te dejo, alguien podría escucharme y tengo que prepararme para salir.

—Oye...

—Dime, Adrien.

—Nada, que muchas gracias, que salgo en dos minutos para allá.

—De nada. Hasta ahora.

Aquel «que muchas gracias», en el tono que Adrien había usado, a Sophie le había hecho suspirar y su cabeza se había convertido por unos segundos en una nube de corazones, de la que solo su jefe podía bajarla al entrar en su oficina:

—Sophie, ¿estás lista?

Sophie contemplaba el techo con la cabeza apoyada sobre su mano.

—¡Sophie!, ¿estás bien?

—Jefe, perdón. Me he quedado pensando en el aviso.

Su jefe miró hacia arriba, suspiró y salió de la oficina diciéndole que dejara de pensar y que preparara todo, ya que saldrían en menos de quince minutos de la oficina hacia la escena del crimen.

Y llegó el momento esperado. Bajó del coche y sus ojos se clavaron en Adrien. Se acercó hacia él, le saludó con cortesía, pero sin cercanía, dado que no podía decirle nada porque había mucha gente, y su jefe no debía de ningún modo pensar que su mano derecha estaba relacionada íntimamente con alguien de la prensa. En cuestión de segundos, entró a la galería, no sin antes pararse frente a su puerta, donde había un enorme cartel con el nombre del local: «Marciano». Sonrió levemente y suspiró, pensando que nada bueno con ese nombre podría encontrar allí dentro.

Una vez dentro, envió un mensaje al móvil de Adrien:

«Nos vemos a las 12:30 en La Mere Catherine».

Adrien ya se frotaba las manos a sabiendas de que podría obtener toda la información acerca de lo que había ocurrido en la galería de plaza de los Vosges.

Eran casi las ocho y Adrien necesitaba un café para mantenerse en pie y seguir trabajando. Cogió su teléfono mientras se dirigía a casa de Fran y le llamó:

—Dime —apremió Fran con el tono desagradable que le caracterizaba.

—Estoy a dos minutos de tu casa. ¿Bajas, tomamos un café, te cuento todo lo de anoche y me explicas qué tal por Barcelona?

—¿Anoche? ¿Qué pasó anoche?

—Pon las noticias. Me parece increíble que no lo hayas visto ya.

—Tú preocúpate de tu vida y de tu trabajo, que bastante faena tienes, y deja a tu jefe que haga las cosas como y cuando considere.

Adrien no replicó, era absurdo. Estaba cansando de los aires de superioridad de Fran, pero creía que tenía que aguantarlo porque realmente era su jefe y así tenía que ser.

Mientras se hacía el silencio a lado y lado del teléfono, Fran encendió el televisor y enmudeció. Se había quedado dormido y se perdió la primera edición del informativo, pero él no rebajaba su tono.

—Espero que fueras a cubrir la noticia, que para algo te pago.

—¡Claro que fui! —confirmó Adrien con indignación—. Y te llamé, varias veces, pero ya debías dormir.

—Ok, nos vemos ahora en Le Loir.

Le Loir dans la Théière es un salón de té, cafetería, donde hacen unas tartas espectaculares. Allí Fran y Adrien se reunieron por primera vez y desde entonces ese era su punto de encuentro. Lógicamente, para Adrien aquello era algo más que un lugar de encuentro, se trataba del sitio donde le había conocido, y eso para él lo convertía en un sitio especial por sus sentimientos hacia Fran.

Recuerda perfectamente aquel día, tuvo que hacer quince minutos de cola para entrar, y Fran llegó tarde. Se sentó en una de las dos mesas que quedaban disponibles, mirando hacia la entrada. Lo vio entrar y algo se encendió dentro de él, era el chico más guapo que había visto desde hacía mucho tiempo.

Adrien llegó y Fran ya estaba sentado en su mesa habitual, siempre que podían se sentaban en la misma mesa, la segunda junto a la pared, a mano izquierda, después de subir las escaleras y haber echado un ojo al espectacular bufet de tartas.

—Hola, Fran.

—Buenos días.

—¿Estás bien?

—Claro, estoy perfectamente.

—Es verdad, olvidaba que ese era tu tono de siempre —comentó Adrien riendo para romper un poco el hielo.

—No le veo la gracia. ¿Puedes empezar a explicarme lo de anoche?

Adrien se puso serio, aunque estaba dolido por tener que aguantar siempre esos cortes y esa actitud de Fran.

—Pues aún no tengo toda la información, pero...

—¿Y entonces a qué hemos venido? —le interrumpió Fran bruscamente.

—¿Me dejas acabar, por favor?

—Sí, acaba, pero no tengo toda la mañana.

—He quedado para comer con Sophie.

—¡Vaya! Vuelves a las andadas de conquistador.

—Bueno, ella estuvo allí anoche, me envió un mensaje y hemos quedado hoy para comer juntos.

—¿Qué conseguiste tú?

—Realmente, poco. El muerto estaba en la azotea.

—¿En la azotea? —Los ojos de Fran se abrieron como platos.

—Sí, en el informativo de las nueve ya lo van a explicar con todo lujo de detalles seguramente. Entonces, solo di vueltas a la plaza como un tonto mientras los policías recogían algunas pruebas para ver si podía escuchar algo que se dijeran entre ellos. Pero, bueno, espero que antes de las dos de hoy te pueda dar información detallada con todo lo que me cuente Sophie. ¿Y Barcelona?

—Lo de Barcelona fue muy raro. Recuerdas que te dije que mi mujer me había llamado y que me iba para allá volando, ¿no?

—Sí.

—Vale, pues resulta que cuando yo llego ella está saliendo, me dejó dos notas en la habitación para que llamara a unas personas y se largó.

—¿Y hablaste con esas personas?

—¿Tú qué crees, imbécil?

—No hace falta insultarme, Fran.

—Es que haces preguntas de imbécil, tío. Claro que hablé con las dos personas y tengo las conversaciones grabadas. De hecho, te envié un email con el informe de lo sucedido. ¿Lo has leído?

—Sinceramente, solo por encima porque, con lo de ayer, no he tenido tiempo de leerlo con detalle.

—Bueno, lo importante, que uno de ellos me dio a entender que mi mujer era bollera.

—Tío, primero, no hables así y, luego, ¿estás loco? ¿Cómo va a ser Elena lesbiana?

—Yo creo que el tipo se lio, se confundió o algo. Según me dijo, había visto entrar a Elena en la habitación donde estaba la muerta.

—Pero tal vez era porque se conocían o necesitó ayuda y Elena se la dio.

—Sí, me imagino que es algo así, pero me he quedado rayado estas noches pensando en eso. Incluso fui a buscar información y un tipo me confirmó que la víctima permaneció toda la noche con un chico en la discoteca y se fueron los dos juntos. Apparently, Elena no estuvo allí con ella.

—Ni caso, Fran, deben ser cosas tuyas, en la cama siempre habéis funcionado muy bien, ¿no?

—Siempre, tío, ¡claro!

—¿Y tú sientes que ella queda satisfecha contigo?

—Mira, no te voy ni a contestar porque solo hay que mirarme para saber que soy más de lo que ella y cualquier mujer se merece.

—Tal vez ella necesita más..., pero si tú lo tienes tan claro. ¿Por qué piensas que ella es lesbiana? Aunque, bueno, si realmente fuera así, pues lo dejáis y ya está, que cada uno sea feliz por su lado.

—¡Basta!

—Bueno, Fran, pues si prefieres que ella esté acostándose con otras mujeres y tú estar en casa mirando la tele, adelante, también hay matrimonios que funcionan así.

—¡Basta! —atajó Fran dando un golpe en la mesa—. No sé para qué te cuento nada. Tú lo ves siempre todo muy fácil, yo ni voy a dejar a Elena ni voy a permitir que ella me deje a mí.

—Lo único que intentaba es que no pensaras en eso, Fran, nada más. A veces, la explicación más sencilla es la correcta y ya te digo yo que dudo muchísimo que Elena se haya acostado con una mujer. Me voy, te dejo tranquilo y después te llamo.

—¿Y quién te ha dicho que te puedes ir?

—Es que no necesito pedirte permiso, Fran, ya no —declaró Adrien de pie, se dio la vuelta y se dirigió a las escaleras para ir hacia la puerta.

—¡Tú! ¡Adrien! ¡Ven aquí! —bramó Fran puesto en pie mientras todas las personas de la cafetería le miraban.

Adrien se giró.

—Hablamos luego, Fran. —Bajó las escaleras y cerró la puerta casi en sus narices.

Fran estaba muy enfadado. Pagó la cuenta y salió de la cafetería dando un portazo y volviendo directo a su casa.

Mientras esto ocurría en Le Loir, Isabelle y Martin interrogaban a los vecinos del edificio.

—Buenos días, somos los inspectores Serrané —presentó Isabelle—. Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre lo que sucedió anoche. ¿Podría decirnos si escuchó algo fuera de lo normal?

—Buen día —correspondió el vecino—, sí, escuché un ruido fuerte en la azotea de madrugada. No estaba seguro de qué era, así que me asomé por la ventana por si veía algo.

—¿Y pudo ver algo? —indagó Martin.

—No pude ver nada en particular, solo escuché el ruido y luego nada. Pensé que sería algún vecino haciendo algo impropio a deshoras.

—El conserje nos ha dicho que ya todos los vecinos sabían lo que había pasado y que lo habían comentado todos juntos a primera hora de la mañana —observó Isabelle—. ¿Hay algún vecino que haya dicho que ha notado algo en particular o comportamientos sospechosos en los últimos días?

—Bueno, hay un hombre que vive en el segundo piso que parece tener muchos visitantes nocturnos, pero no puedo decir si eso es algo relevante para el caso.

—Muchas gracias, lo averiguaremos —concluyó Isabelle.

Isabelle y Martin fueron ahora al tercer piso.

—Buenos días —volvió a comenzar Isabelle—, somos los inspectores Serrané y nos gustaría hacerle algunas preguntas del incidente que ocurrió en el edificio anoche. ¿Podría decirnos si notó algo fuera de lo normal?

—Hola, no, no escuché nada en particular anoche, pero noté que había muchas luces encendidas en el edificio durante las últimas semanas —comentó la vecina—. No sé si eso puede ser importante para ustedes.

—¿Ha notado algún comportamiento extraño de algún vecino últimamente? —tomó la palabra Martin.

—Sí, hay un hombre en el segundo piso que siempre parece estar escuchando detrás de las puertas y mirando por las cerraduras. Está pendiente de todos y metiendo la nariz donde no le corresponde.

—Muchas gracias, hablaremos con él —se despidió Martin.

Se dirigieron al segundo piso.

—Buenos días, soy el inspector Martin y ella la inspectora Isabelle, nos gustaría hacerle algunas preguntas acerca del incidente que sucedió en el edificio anoche.

—Claro, díganme —aceptó el hombre.

—Hay algunos vecinos que nos han dicho que usted a veces tiene comportamientos extraños con otros vecinos, que tiene muchos visitantes nocturnos. ¿Dónde estaba anoche? —cuestionó Isabelle.

—Miren, en esta comunidad solo vive gente amargada que no soporta ver a un vecino más feliz que ellos. Si creen que por lo que hayan dicho cuatro cotillas yo tengo algo que ver, les informo que yo anoche estuve dando una conferencia en el hotel Villa Marquis, allí se lo pueden corroborar. De hecho, dormí allí y he llegado hoy sobre las ocho, cuando me he encontrado a todos los vecinos en el portal y me han explicado lo que había pasado. Y ahora, si no tienen nada

más que preguntarme, tengo mucho trabajo —contestó con cierto desaire.

Isabelle y Martin quedaron sorprendidos.

—Es todo de momento, muchas gracias.

El vecino cerró sin ni tan siquiera despedirse.

Ambos se miraron.

—No tenemos nada, Isabelle —expuso Martin aparentemente decaído.

—No te preocupes, encontraremos a quien haya hecho esto —aseguró Isabelle absolutamente convencida.

Al llegar a su apartamento, Adrien puso la alarma en el teléfono y pensó que era el instante de disfrutar de unas horas de sueño en aquella cama deshecha que parecía que aún guardaba el calor de cuando se fue de madrugada. Tomó su libreta que usaba a modo de diario y abrió un nuevo capítulo.

«Hoy lo he vuelto a ver, cada vez que lo hago me deshago, aunque a veces se comporte conmigo como un verdadero imbécil y me trate mal. Es algo que no debería aguantar de nadie, pero, por algún motivo, de él no solo lo tolero, sino que, además, me excita. Es como el esfuerzo por alcanzar un reto que parece inalcanzable. Fran no puede ni debe saber bajo ningún concepto que me gusta porque entonces le perdería o, incluso, me mataría, porque a veces se le cruzan los cables y me da hasta miedo, pero no solo me gusta, me pone y hasta pienso que le quiero, pero eso lógicamente no se lo he dicho a nadie, no soy capaz. Creo que a veces considero que no le quiero solo por el miedo a qué me dirá mi familia o mis amistades cuando les diga eso, me llamarían loco o me darían un bofetón para que reaccionara.

Solo esta vieja libreta sabe la verdad de todo. Aquí es donde escribo cuando llego a casa agotado y tengo ganas de gritar. No es fácil vivir así.

Mi vida no ha sido fácil y, frecuentemente, pienso en coger una maleta, llenarla de ropa y volar al primer destino que encuentre para allí empezar de cero. Parece una huida hacia adelante, y muy probablemente lo sea, pero hay veces en la vida que más vale huir que quedarte a malvivir con un problema si no eres capaz de enfrentarlo o el problema no tiene solución».

Se había quedado dormido con el cuaderno en la mano sin poder evitarlo. La alarma se puso a sonar y a sonar una y otra vez. La apagó. Volvió a sonar, no podía levantarse de ninguna manera, pero vio que habían pasado quince minutos más y dio un salto de la cama. No quería llegar tarde a su encuentro con Sophie, aunque parecía inevitable, llevaba más de diez minutos esperando un

taxi y tenía más de treinta minutos de camino, si es que el tráfico hoy no le complicaba aún más la situación.

La Mere Catherine es un restaurante que le traía muchos recuerdos, es el típico bistrot francés por excelencia, lleva abierto más de doscientos años junto a la basílica de Montmartre y abre todos los días a las nueve de la mañana hasta medianoche. Es un sitio encantador con una cocina excelente, pero, sobre todo, es un lugar cargado de historia. Este restaurante fue utilizado como presbiterio de la iglesia de Saint-Pierre de Montmartre y ahí Jacques Danton conoció a los discípulos que más tarde le impulsarían a provocar la caída del Antiguo Régimen y el establecimiento de la Primera República francesa.

Durante la batalla de París, allá por el año 1800, que marcó el final de las operaciones militares de la campaña francesa y el colapso del imperio napoleónico, los cosacos invasores se escabulleron para tomar una copa en La Mere Catherine, pero, al no tener permiso de sus oficiales superiores, exclamaron: «Bistró! Bistró!» («Pequeño restaurante»), que significaba algo así como «¡date prisa!, ¡date prisa!», y esta fue la expresión que dio nombre a los bistrot franceses actuales. Durante los años cincuenta, La Mere Catherine fue el restaurante más popular y uno de los más renombrados de París y se convirtió en una parada obligada para los turistas y un lugar atractivo para los parisinos. Hoy en día, sigue conservando una decoración respetuosa con su historia, y puedes disfrutar de una buena comida o cena mientras escuchas a alguien tocar el piano en un ambiente acogedor y parisino por excelencia.

Sophie se presentó puntual a la cita, como de costumbre. Adrien llegó quince minutos tarde, como de costumbre también.

Sophie sonreía, no podía evitar que sus ojos se iluminaran cada vez que veía a Adrien, ella era muy consciente de sus sentimientos hacia él, pero no quería aceptarlos, seguramente, para evitar hacerse daño a sí misma.

—¿Cómo estás? —quiso saber Sophie con su sonrisa de adolescente enamorada.

—Siempre estoy bien, ya lo sabes. No me gusta quejarme.

—¿Te ha ocurrido algo?

—Mi vida es ajetreada generalmente. Siempre me pasan cosas, pero estoy bien.

Se hizo un silencio tenso, de aquellos que parece que la conversación ha terminado o que alguno de los participantes no sabe cómo decir lo que ha venido precisamente a manifestar.

Evidentemente, Adrien tenía mucho interés en que Sophie le explicara todo lo que había sucedido, pero el sueño le tenía falta de reflejos y no sabía cómo enfocar una pregunta tan directa sin que Sophie se molestara y, en consecuencia, no le contara nada, así que optó por ser relativo y suave:

—¿Has podido dormir bien? Fue una noche intensa.

—Bueno, siempre lo son cuando sucede algo así, pero estoy acostumbrada. Venga, pregúntame.

Le estaba poniendo el camino muy fácil, pero era mejor hacerse un poco el tonto para no parecer un interesado. El camarero llegó en el instante oportuno.

—¿Qué desean tomar?, ¿han podido mirar la carta?

—¿Nos daría dos minutos más, por favor? —preguntó Sophie, que parecía más interesada en continuar con la conversación que en pedir la comida.

—Por supuesto, señora, volveré en unos minutos. —El camarero fue correcto, pero su cara delató que no le gustaba tener que volver a consultarles.

—¿Que te pregunte qué?

—Adrien, por favor, no me trates de estúpida. Si has accedido tan rápido a venir a comer conmigo aquí es porque quieres que te explique cosas de lo que pasó anoche.

—¿Por qué eres tan mal pensada? —soltó con una voz angelical.

—No soy mal pensada, soy realista. Llevas semanas evitándome, te he propuesto quedar en una decena de ocasiones y siempre has dicho que no podías, que estabas ocupado, que te encontrabas de viaje y un sinfín de excusas. Y justo hoy, que no has dormido y que tienes trabajo por hacer, accedes a venir a comer con una persona que trabaja en el equipo del forense que casualmente intervino anoche en una muerte que tú estás investigando.

Adrien quedó perplejo y le costaba salir de este apuro, en el fondo, Sophie tenía toda la razón y él era consciente de que estaba allí más por el interés de obtener información que por el placer de verla. No porque le cayera mal o no estuviera bien con ella, sino debido a que conocía sus sentimientos hacia él y lo que menos necesitaba en este momento de su vida Adrien era otro quebradero de cabeza.

Parece que el camarero hoy iba a ser su ángel de la guarda; volvió a la mesa para tomarles nota, lo que le permitió a Adrien tener un margen de tiempo para pensar.

—¿Han decidido ya los señores? —el tono del camarero se empezaba a alejar de la amabilidad.

—Sí, yo tomaré la ensalada de La Mere y él... —Miró a Adrien con mirada inquisidora dando a entender que pidiera rápido para poder continuar con la charla.

—Yo tomaré la fondue, por favor.

—¿Algo para beber?

—Agua está bien, gracias —señaló Sophie apresurada, ansiosa de que el camarero se marchara ya de la mesa.

—Muchas gracias, señores —respondió el camarero con cierta ironía.

Adrien optó por retomar la conversación ante los atentos ojos de Sophie de los que difícilmente iba a escapar.

—Claro que me apetece que me cuentes cosas de anoche, pero también tenía ganas de verte. Sé que tal vez he actuado mal contigo, si te he hecho sentir mal, te pido disculpas —disculpas que parecieron sinceras con esa voz de afligido.

—¿Qué quieres saber?

—Me sentiría mal respondiendo a esa pregunta después de lo que me has dicho. ¿Qué te parece si me cuentas cómo está tu vida?

—¿Te importa realmente?

—¡Claro que sí, Sophie! Eres mi amiga y me importa lo que te ocurra, lo que pase por tu cabeza, lo que hagas...

Sophie cambió su expresión, parece que comenzaba a creerse las palabras de Adrien.

—Pues mira, estoy en una etapa de mi vida en la que necesito un cambio.

—¿Vas a dejar el trabajo?

—Puede.

—¿Con todo lo que te ha costado llegar hasta aquí?

—Tal vez no cambie de trabajo, pero sí de ciudad.

—¿De ciudad? ¿Vas a volver a Niza?

—No, no voy a volver a Niza, voy a cambiar de ciudad y de país.

Adrien quedó perplejo, no entendía esa decisión.

—¿De país? ¿Por qué? ¿No eres feliz aquí?

—Sí, estoy pensando en irme a Barcelona o tal vez a África a colaborar con una ONG.

—Bueno, son dos cosas muy diferentes.

—Sí, lo sé, aún no he decidido qué haré. Pero tengo claro que me voy de París, Adrien, y que necesito un tiempo fuera de Francia.

Justo en ese momento llegó la comida.

—Pero si tú eras una enamorada de París, Sophie. ¿Qué te ha ocurrido para que ahora quieras marcharte?

—Yo era una enamorada de ti, Adrien. De todo lo que habíamos vivido aquí, de todo lo que compartimos en Niza. ¿Recuerdas las semanas que estuvimos aquí antes de que pasara todo lo de tu reportaje? Aquellos días te puedo asegurar que fueron de los más felices de mi vida. Yo estaba

realmente enamorada de ti, Adrien, yo paseaba cogida de tu mano, suspiraba y me decía a mí misma: «Esto es felicidad, Sophie, quiero esto para siempre». Y, de pronto, desapareciste y todo terminó. Luego vuelves a aparecer, me das cuatro miradas y una sonrisita y ya vuelvo a estar otra vez enganchada a ti.

Adrien no estaba sorprendido, lo sabía. Debía tener mucho tacto o la información que realmente le interesaba se quedaría en poder de Sophie para siempre, por tanto, su investigación no podría avanzar.

—Lo entiendo, Sophie, pero yo no siento lo mismo. Eres una chica estupenda, con la que cualquiera querría estar, no te quepa duda de eso.

—Cualquiera menos tú, ¿no?

—Pero no es por ti, de verdad, es por mí.

—Adrien, por favor, no me hagas reír, es la típica frase que se dice cuando no te gusta una persona.

—No es que no me gustes, Sophie... —Adrien bajó la cabeza.

—Ah, no, claro, es que no estás preparado, que te asusta ahora que me vaya, que no sabrías gestionar un compromiso..., ¿cuál es la excusa, Adrien? —Sophie se mostró enfadada y elevó la voz.

—No es una excusa, Sophie.

—¿Qué es entonces? —prorrumpió.

—Es que...

—¿¡Es que... qué, Adrien!?

—No sé... Por favor, no grites, todo el mundo nos mira.

—Nadie nos mira, Adrien, sé claro y no provoques que hable alto. ¿Qué te ocurre?

—No sé...

—Mira, Adrien, me voy, estoy cansada de esta conversación estúpida. Claramente, no fue una buena idea enviarte ese mensaje.

—¡No, por favor! —Adrien sentía que su investigación se iba al garete en cuestión de segundos si no le contaba a Sophie la verdad de por qué no quería estar con ella. Debía decidir rápido, muy rápido: ¿su secreto o su trabajo?

Fueron segundos eternos, interminables.

—Soy gay, Sophie.

Sophie se volvió a sentar en su silla patidifusa, tartamudeando.

—Ehm, ¿có-cómo? ¿Que e-res qué?

—Lo que has oído, Sophie.

Sonó el teléfono de Adrien, había olvidado ponerlo en silencio. Era Fran. Colgó, no era el momento más adecuado.

—¿Y tan difícil era haber empezado por ahí?

—No sabía cómo hacerlo, lo siento. Estoy confuso aún. A veces, sigo sintiendo atracción por algunas mujeres, pero considero que es mi propio subconsciente que me traiciona, porque realmente pienso que me gustan los hombres.

—Tal vez seas bisexual.

Volvían a llamar al teléfono de Adrien, esta vez vibraba. Era Fran de nuevo. Ante la cara de molestia de Sophie, optó por poner el teléfono en modo avión para que nadie les molestara durante la comida. Muy probablemente, aquello provocaría un gran enfado en Fran, porque él no soportaba que alguien no le contestara cuando llamaba, pero ahora era necesario, había una prioridad que atender.

—No lo sé, pero creo que no. —Ante la duda, lo mejor era cerrarle todas las puertas, para que la idea de que ellos dos pudieran tener algo desapareciera de su cabeza.

—No te voy a negar que estoy sorprendida, pero, en parte, me siento aliviada. No obstante, hubiera agradecido que me lo contaras antes.

—Lo sé, pero se lo he confesado a muy poca gente y no sabía cómo hacerlo.

—Ok, lo respeto entonces. Venga, dejemos este tema. ¿Qué quieres saber?

El tono de Sophie cambió por completo, pero, en el fondo, por dentro estaba rota, destrozada. Las esperanzas que tenía por reencauzar sus sentimientos y su relación con Adrien se habían esfumado con tan solo dos palabras.

Ahora, incluso, tenía sentimientos encontrados, por un lado, se sentía culpable del propio dolor que estaba sintiendo porque ella era quien había forzado aquella situación, en lugar de callarse, hablar de trabajo y disfrutar de la comida, y, por otro, se le pasaba por la cabeza que quizá no era mala idea no tirar la toalla y luchar por Adrien, al fin y al cabo, si hace tiempo era capaz de sentir cosas por ella y de excitarse sexualmente, ¿por qué ahora no? Tal vez, si ella conseguía hacérselo ver, él se olvidaría de eso, de lo que para ella podía ser una confusión o un capricho pasajero de Adrien, que ahora quería probar a ver qué se sentía al acostarse con hombres.

Adrien, por su lado, había perdido la esperanza de obtener información, aunque parece que la suerte hoy le volvía a sonreír.

—No sé, no quiero interrogarte tampoco. Cuéntame lo que a ti te apetezca.

—Qué poco periodista estás hoy..., no te reconozco. Bien, veamos. Se trataba de un chico joven, de unos veinticinco años, que llevaba casi mil euros en el bolsillo. No estaba documentado, pero, según nos dijo un policía, se trataba de un escort de nombre Eduard con el que ya habían coincidido alguna vez. El móvil del robo se ha descartado porque el dinero y su teléfono móvil estaban en sus bolsillos, se baraja la hipótesis de que pudiera ser un ajuste de cuentas que pueda estar relacionado con los otros asesinatos que han ocurrido estos días. Parece ser que este chico que iba a locales de copas a buscar clientes acababa bebiendo demasiado y se había metido en varios líos: robos de carteras a clientes, peleas, se había ido sin pagar de algunos locales, etc.

—¿Y por qué creen que está relacionado con el resto de las muertes?

—Esto no sé si debería contártelo, Adrien, es algo absolutamente confidencial.

—No te preocupes, puedes confiar en mí. Al fin y al cabo, te he contado lo que creo que es mi secreto mejor guardado.

—Ni una palabra de esto a nadie, Adrien, lo que te voy a decir a continuación no puede aparecer en ningún medio de comunicación porque estarías poniendo en riesgo una compleja investigación policial.

—No te preocupes, no diré nada a nadie —sostuvo Adrien, transmitiendo sinceridad en su expresión.

—A nadie, ni a tu jefe siquiera —puntualizó Sophie.

—A nadie, te lo prometo. ¿De qué se trata?

Sophie se acercó a él y le susurró:

—El chico tenía en su mano una carta del as de corazones, igual que los dos primeros muertos.

—Estoy muy sorprendido. Pero nadie dijo que los dos primeros cuerpos fuera una carta del as de corazones.

—Me imagino. Correcto, al principio, la Policía solo expuso que era una carta de póker y no le dio más relevancia, pero ahora han visto que siempre es la misma, lo que indica que estamos claramente ante un asesino en serie. ¿Quieres saber más?

Obviamente, Adrien lo deseaba, aunque estaba confundido y no sabía si debía explicarle a Sophie que la chica que apareció en Barcelona también tenía en su mano una carta del as de corazones. Una vez más sonó en su cabeza una de las frases de Fran: «Nunca des más información de la que te piden. Cuando hables con una fuente, no expliques, solo interactúa, pregunta». Y creía que de nuevo debía hacerle caso a él y omitió —al menos por ahora— ese detalle.

—Claro, Sophie, cuéntame todo lo que puedas, por favor, esto podría ser una de las

investigaciones más importantes de mi vida.

—Ok. El cuerpo presentaba signos de violencia sexual, pero no parecían relacionados con el crimen, es posible que la víctima hubiera tenido relaciones sexuales con algún cliente antes de su muerte, incluso que no fueran en el mismo día. No tenía signos de haber sido agredido violentamente.

—¿Tenía algún corte, herida, golpe...?

—No, nada de heridas, pero sí un golpe, aún no sabemos si fue el causante de la muerte.

El camarero regresó para retirar los platos y Sophie pidió la cuenta indicando que no tomarían nada más. Adrien quería un delicioso postre, pero, por algún motivo, ella optó por ni siquiera preguntarle. Probablemente, tenía prisa para retomar el trabajo o directamente la situación empezaba a sobrepasarle y quería marcharse de allí cuanto antes.

—¿Cuál fue la causa de la muerte entonces?

—Muerte por asfixia.

—¿Y la Policía ha encontrado huellas del asesino?

—No, la asfixia se hizo con una tela enrollada en su cuello.

—Lo que no entiendo es...

—Dime.

—¿Cómo llegó el cuerpo a la azotea?

—Al parecer, fue colocado desde la azotea de uno de los edificios colindantes. Son edificios de la misma altura y las azoteas están comunicadas, no debió ser difícil, el chico pesaba unos sesenta kilos y tenía marcas de arrastre en su espalda, lo que nos hace pensar que solo una persona intervino en el asesinato; si hubieran sido dos, lo lógico sería que entre ambos lo hubieran levantado y lo colocaran donde quisieran. Pero no se descarta que hubiera dos personas implicadas y que solo una lo arrastrara mientras el otro hacía otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Sí, tal vez preparar algo o eliminar huellas o pruebas.

—¿Y la sangre de la plaza?

—Creemos que no guarda relación.

—Entiendo. ¿Y nada más?

—Eso es todo lo que sabemos por el momento. Pero, si me entero de algo más, te lo haré saber.

—¿De verdad?

—Sí, Adrien, de verdad. Ahora me tengo que ir porque tengo que volver al trabajo para salir pronto e irme a casa a descansar, necesito dormir.

Adrien se levantó, salieron del restaurante y Sophie paró un taxi. Se giró para despedirse y Adrien la abrazó diciéndole al oído:

—Gracias.

Se quedó mirando cómo el taxi se iba, pensando en toda la información que Sophie le había dado y asumiendo que no podía contar a nadie lo de la carta, y eso incluía también a Fran. Al que precisamente debía llamar para ver qué quería.

Encendió el móvil y tenía siete llamadas perdidas. De nuevo, volvía a sentir el acoso de Fran cuando alguien no hacía lo que él quería, en este caso, haber atendido sus dos llamadas mientras comía. Respiró hondo para enfrentarse a todo lo que iba a tener que escuchar.

—¿Sigues vivo?

—Felizmente para ti, sí —dijo Adrien con tono irónico.

—¿Yo a ti para qué te pago?

—Para que haga mi trabajo.

—¿Y se puede saber por qué tengo que esperar para hablar contigo horas y no me coges el teléfono cuando te llamo? —increpó Fran con impertinencia.

—Precisamente, porque estaba haciendo mi trabajo. Por eso te llamo ahora.

—Te la estás jugando, Adrien, yo no quiero trabajar con gente que no obedece a su jefe.

—Fran, no voy a discutir, te he dicho que estaba trabajando. Yo trabajo contigo, pero no tengo que estar sumiso a ti veinticuatro horas, además del trabajo, también tengo vida personal, aunque en este caso, como te he dicho, estaba trabajando. Si en algún instante tienes alguna queja, solo tienes que decírmelo y dejamos de trabajar juntos.

—Veo que aún no has entendido. ¿Aún no entiendes que sin mí no eres nada ni nadie?

En otro momento Adrien no hubiera tenido jamás una conversación de este tipo, de hecho, seguramente le hubiera contestado la primera llamada que le hizo independientemente de la hora del día que hubiera sido.

Algo dentro de él había cambiado. Estaba asumiendo que podía volar solo, que no tenía que ser la sombra de nadie si no era porque fuera interesante para él.

—¿Y tú sin mí, Fran?

—¿Yo sin ti qué?

—¿Si tú sin mi eres algo o alguien?

—Tú estás muy crecidity, baja los humos, Adrien, estás excediéndote.

—Yo creo que no, Fran, estoy cansado de vivir a tu sombra, de estar siempre pendiente de tus caprichos o supeditado a tus órdenes. Mientras estás de borrachera muchas noches, el que está trabajando para facturar soy yo; mientras duermes hasta media mañana porque estás agotado de la noche anterior, el que trabaja soy yo y, mientras tú cometes errores o tratas mal a determinadas personas que por otro lado son vitales para nuestro trabajo, el que saca la cara por ti también soy yo.

Se hizo el silencio.

—¿Hola? ¿Fran?

Adrien oyó un suspiro y la llamada se cortó.

Ni corto ni perezoso, Adrien volvió a llamarle. Sin éxito. El teléfono estaba apagado.

Era increíble. No solo no hubo la bronca monumental que esperaba, sino que, además, había logrado dejarle sin palabras. Era como un niño pequeño, como no tenía nada que decir, se enfadaba y apagaba el teléfono. Pero Adrien estaba casi convencido de que volvería a llamarle, tal vez al día siguiente, pero había una sola cosa que a Fran podía hacerle tragarse su orgullo: el deseo de conocer una información sobre una noticia que sabía que otro tenía y él no.

Capítulo tres

No vales más que yo

Cinco y diez de la tarde. Hacía exactamente veinte minutos que Adrien había llegado a casa y decidió tumbarse en el sofá para dormir un rato y después poder sentarse a recomponer toda la información que tenía de los distintos crímenes.

Minutos más tarde, cuando estaba abrazado a su cojín y empezando a sentir cómo se iba del mundo terrenal para encontrarse con el mundo de los sueños, sonó el timbre. Hizo caso omiso diciéndose a sí mismo: «No pasa nada, sigue durmiendo, Adrien, no esperas a nadie». Volvieron a llamar. Relájate, Adrien, no escuchas nada». Volvieron a llamar, y ahora era de forma incesante. Adrien no se lo podía creer. Se levantó del sofá muy enfadado y fue hacia el interfono:

—¿Quién es? —profirió con un tono abrupto y tremendamente enfadado.

—Tu jefe. ¡Ábreme!

Lo que menos se esperaba Adrien es que fuera Fran y no tenía ningún tipo de ganas ahora mismo de hablar con él, pero, claro, sabía que, si no le abría, aquel era capaz de echar la puerta abajo. ¿Y si tal vez venía a declararse? ¿Y si le abría y por fin sus fantasías se hacían realidad?

Adrien se había quedado imaginando con el telefonillo en la mano y no había pulsado el botón para abrir la puerta. Sonó el timbre de nuevo.

—Voy, Fran, me estaba poniendo ropa.

—¡Ni que me fuera yo a asustar! ¡Venga, abre!

Adrien escuchaba a Fran subir por las escaleras y se estaba poniendo nervioso. Esa situación era excitante para él, aunque era muy consciente de que todo eso no eran más que sus fantasías y que muy probablemente Fran venía con ganas de discutir por lo que había pasado por la mañana y porque aún no le había contado la información que Sophie le había proporcionado en la comida.

—Hola, Fran —dijo Adrien con cara de indignado, con la puerta entreabierta, ejerciendo una barrera y dando a entender que no tenía interés de que entrara a su apartamento.

—¿No me vas a dejar entrar?

—Pues depende.

—Ya empiezas con tus tonterías. No me hagas enfadar ya y déjame entrar que, como tú comprenderás, no voy a hablar contigo en el rellano con la puerta de por medio y viéndote media cara.

El tono no era excesivamente agresivo, por lo que aceptó:

—Adelante.

—¿Cómo ha ido la comida con tu amiga?

—¿Eso es lo primero que vas a preguntarme? —le espetó Adrien con sarcasmo e indignación.

—¿Qué quieres que te pregunte si no?

—No, realmente, no quiero que me preguntes nada, pero sí que te disculpes por tu actitud de esta mañana.

—Yo no creo que tenga nada por lo que disculparme, sinceramente.

—¿Tú crees, Fran, que es normal tratar siempre mal a la gente que está contigo?

—Vaya, parece que hoy todos os habéis puesto de acuerdo para decirme lo mismo.

—¿Todos?

—Sí, vengo de casa y he tenido una discusión con Elena, me ha dicho lo mismo. Solo que a ella le he dado un bofetón y se ha callado rápido.

—¿Que has hecho qué? ¡Fran!

—Pues lo que oyes, lo normal cuando tu mujer se pasa de la raya, darle un buen guantazo para que aprenda quién manda aquí.

—Fran, no puedes hacer eso, tienes que ir ahora mismo a tu casa y pedirle disculpas a Elena. Y cuando digo ahora es ¡ahora!

—Tranquilo, después del bofetón, le he pegado un buen polvo que le ha gustado más que unas disculpas. Son cosas que pasan en los matrimonios, lo que pasa que tú no tienes ni idea, pero, si te casas con la rubita, ya verás que de vez en cuando tienes que darle un golpecito para que baje sus humos, que tiene pinta de tenerlos bien subidos.

—Yo no pienso pegar a nadie, Fran, yo no soy un maltratador.

—Yo tampoco, te estoy diciendo que nos hemos acostado después.

—Sí, pero eso no quita que esté mal lo que has hecho.

—No, hombre, no, es algo normal, son cosas que pasan.

—No estoy de acuerdo, Fran, pero, si supuestamente lo habéis arreglado, yo no me voy a meter, vosotros sabréis. si me entero que me estás mintiendo, iré a la policía y te denunciaré.

Fran rio a carcajadas.

—¡Tú qué me vas a denunciar a mí! ¿Qué harás si me llevan a prisión? ¿Morirte de hambre? — lanzó Fran en tono chulesco y soberbio.

—Ya te dije que no te necesitaba, Fran, haré mi trabajo mejor o peor que sin ti, pero de hambre ya te digo que no me moriré.

—Bueno, venga, déjate de rollos y cuéntame qué te ha dicho Sophie.

—Pues me ha comentado que se trata de un chico joven, de menos de treinta años, probablemente chapero porque llevaba un pastizal en el bolsillo.

—Interesante. ¿Y qué más?

—Poca cosa más.

—No me jodas, Adrien, ¿cuatro horas comiendo con tu amiguita, toda la noche en aquella plaza y diez palabras es lo que has conseguido?

—No..., bueno..., a ver..., estaba en la azotea, esto ya lo sabes, el cuerpo tenía signos de violencia sexual, algo que me parece normal teniendo en cuenta a lo que se dedicaba, y lo ahogaron enrollándole una tela al cuello.

—¿Nada más?

—No que yo recuerde.

—¿No saben nada más? ¿Seguro? —interrogaba insistentemente Fran.

—Que yo sepa, no, eso es todo lo que Sophie me ha contado, y no creo que se haya guardado nada conmigo, ya lo sabes.

—¿Te la has follado?

—Obviamente, no.

—Pues tal vez deberías hacerlo. ¿Quieres que te enseñe un video?

—¿Un video de qué?

—De lo que hemos hecho esta tarde Elena y yo.

—¿Le das un bofetón y después os grabáis un video manteniendo relaciones sexuales? Yo no

entiendo nada, sinceramente.

—Es que no hace falta que tú entiendas nada, es mi mujer, no la tuya. ¿Quieres verlo o no?

Adrien se moría por ver aquellas imágenes. Le parecerían algo fuera de lugar, no obstante, era su oportunidad de ver a Fran desnudo practicando sexo y tal vez incluso imaginarse que él podría estar en el sitio donde hace unas horas se encontraba Elena.

Fran tenía un cuerpo de lo que se conoce popularmente como Dios griego. Estaba perfectamente proporcionado, muy bien dotado, marcaba unos abdominales de ensueño y poseía unos brazos y unas piernas de vértigo. Pasaba muchas horas en el gimnasio y su cuerpo era pura fibra, además, contaba con unos pelitos en su abdomen que, por lo menos a Adrien, le volvían loco solo imaginando que podría pasar sus dedos por aquellos abdominales y acariciarlos.

—Bueno, si no quieres, no pasa nada, eh, yo era por enseñarte cómo hace las cosas un hombre de verdad.

—Sí, sí, a ver, enseñámelo.

Adrien tardó segundos en tener una erección. En aquel video vio cómo Fran entraba desnudo en la cama de Elena, que le decía ven con sus dedos. El teléfono grababa desde la cómoda que había en el ángulo derecho de la cama. Era una habitación pequeña y se podía apreciar todo a la perfección. Se veía el detalle del cuerpo de Fran al milímetro, también el de Elena unos segundos después que lo descubrió apartando la sábana blanca que lo cubría.

Fran la besaba sin cesar de la cabeza a los pies. Recorría su cuerpo una y otra vez con su lengua. Elena gemía y suspiraba a partes iguales, como si se fuera a quedar sin aire. Sin duda, estaba realmente excitada. Fran empezó a penetrarla y los gemidos cada vez eran mayores. Fran la miraba mientras apretaba sus senos y la cogía del cuello. Elena parecía tener los ojos en blanco, iba a estallar de placer. Fran cada vez lo hacía más rápido y Elena parecía querer más y más. Fran la cogía del cuello con más fuerza y casi sin esperarlo gritó de placer y Elena le acompañaba con un gran gemido. Habían alcanzado el orgasmo juntos.

Adrien perdió la cuenta de cuánto había durado ese video, pero estaba excitadísimo.

—¿Te ha gustado? ¿Has visto cómo gemía la muy perra? Y el estúpido aquel insinuando que era lesbiana..., ¡menudo imbécil! ¡Seguro que te has empalmado! —le espetó Fran con chulería.

—Anda, no digas tonterías —negó Adrien tratando de igualar su chulería y conteniendo las ganas de que se notara su excitación, incluso las ganas de tirarse encima de él.

—A ver, ponte de pie para que yo lo vea. —Fran reía y se levantó de la silla.

—Va, tío. Deja de decir estupideces. Y si se me pone dura, ¿qué? Sería como haber visto un video porno.

—Hombre, es que si te pone mi mujer igual te retuerzo el cuello, pringado.

—Puedes estar bien tranquilo, que es toda para ti.

Lo que no sabía Fran, y seguramente no podía llegar a imaginarse, es que, si esa excitación se había producido, por quien menos era es por su mujer. Si Fran supiera todas las noches que Adrien ha tenido fantasías con él, no se sabe cómo podría haber actuado.

—Bueno, entonces, ¿cómo seguimos con este asunto? Porque claramente todas las muertes están relacionadas y a manos de la misma persona o personas. —Adrien intentaba dejar de pensar en aquel video y que su corazón volviera al ritmo habitual.

—Cómo te gusta cambiar de tema. Venga, va, centrémonos.

Adrien suspiró aliviado, pero era imposible borrar esas imágenes de su cabeza.

—Hazme un repaso de todo lo que tenemos —pidió Fran mientras cogía una libreta con sus anotaciones.

—Bien, primer cadáver: Gare du Nord, mujer, menos de veinticinco años, rubia, pelo corto, semidesnuda, cara quemada con ácido, origen oriental, con una carta de póker en la mano. Posiblemente prostituta. Segundo cadáver: Louvre, hombre, veintidós años, moreno, francés, pelo corto, cara quemada con ácido, camisa abierta, carta en la mano. Tercer cadáver: Barcelona, mujer, menos de treinta años, pelo negro y rizado, muy morena de piel, latina. Había mantenido relaciones sexuales. Carta de as de corazones en la mano. Pequeño corte en la cara. Cuarto cadáver: plaza de los Vosges, azotea del edificio de la galería Marciano, hombre, veinticinco años, moreno, latino, escort, llevaba el móvil y mil euros en el bolsillo. Carta del as de corazones en la mano. Murió por asfixia con una tela enrollada en el cuello.

—¿Cómo has dicho?

—No entiendo, Fran, ¿sobre qué?

—No me habías dicho que el cuarto cadáver tenía también un as de corazones en la mano.

«¡Mierda!», se lamentó en sus pensamientos Adrien. Ya había metido la pata. Tenía que salir de esto como pudiera.

—A ver, Fran, te lo digo a ti, pero no lo podemos usar en ningún artículo ni explicarlo a nadie porque es algo que me ha contado Sophie de forma confidencial y que pondría su trabajo en riesgo si sale de aquí.

Fran estaba visiblemente molesto, pero optó por no darle mayor importancia y continuar:

—Dile a tu amiguita que no se preocupe, que no diré nada.

—Gracias. Vale, pues con todo esto sobre la mesa, ¿por dónde seguimos?

—Lo primero que hay que hacer es descartar el móvil del robo o el ajuste de cuentas, pues las víctimas que tenían dinero no se lo llevaron y el resto no lo tenían. Todos habían tenido

relaciones sexuales, muy probablemente, por trabajo o forzadas o ambas. Necesitamos saber también la causa exacta de la muerte porque solo sabemos la de la cuarta víctima. ¿Podrías hablar con Sophie y preguntarle?

—Lo voy a intentar, no creo que haya problema.

—Perfecto, yo me encargo de la chica de Barcelona, sé a quién le tengo que preguntar —afirmó Fran muy convencido.

—¿A quién?

—Tú preocúpate de lo tuyo y déjame a mí con lo mío.

—Vale, vale. Pensaba que éramos compañeros y lo compartíamos todo.

—Sí, claro, como tú compartiste lo del as de corazones en la mano del chico de la galería que te había contado tu amiguita.

Adrien se calló, sabía que eso era irrefutable, y hacerlo ocasionaría un conflicto innecesario, era mejor seguir avanzando en la investigación. Al fin y al cabo, se acabaría enterando más tarde o más temprano.

—También necesitamos saber si las dos primeras víctimas la carta que llevaban era la del as de corazones, seguramente, tu amiguita Sophie también te lo podrá decir. Es importante confirmarlo para tratar de establecer si hay alguna simbología con las cartas en general o solo el as de corazones por algún motivo en concreto.

—Ok, lo anoto y le consultaré a Sophie. —Adrien decidió omitir que ya conocía esa información.

—Luego, ¿qué crees que podría haber llevado al asesino a quemar la cara con ácido solo de los dos primeros?

—¿Una manera de hacerles sufrir, un símbolo...?

—Sí, pero no entiendo por qué a unos sí y a otros no. Es decir, por qué el asesino quería hacer sufrir o crear un símbolo a unos y a otros no.

—No lo sé, Fran, ¿podrías hablar con tu amiga la criminóloga?

—¿Con Ana?

—Sí, quizá ella nos podría echar una mano. Además, es periodista, por lo que es muy consciente del valor que tiene cierta información para una noticia, incluso podría ayudarnos a explicarla en nuestros textos de modo más cercano y claro al público.

—Bueno, bueno, a mí tampoco me tiene que dar nadie lecciones de redacción. Pero hablaré con ella para explicarle todo y escuchar su opinión para ver si podemos establecer algún nexo.

—Tal vez ella también pueda sugerirnos por qué no son siempre hombres o mujeres. Está claro que la violencia de género o la agresión machista tampoco sería el móvil del crimen, entonces, deberíamos averiguar qué es lo que impulsa al asesino o asesinos a ejecutar a sus víctimas.

—¿Y si fueran víctimas al azar?

—No lo parece, si no, el asesino no utilizaría la carta como firma.

—O sí... Puede que él quiera protagonismo, como la mayoría de asesinos de este tipo, y, para acrecentarlo, pone la carta encima de sus víctimas para dejar claro que es una obra suya y unir las investigaciones.

—Sí, como hacen los pintores con sus cuadros.

—Efectivamente.

La conversación siguió por casi dos horas más, pero todo eran conjeturas de este tipo. Sonó el teléfono de Fran mientras Adrien estaba casi dormido en el sofá.

—Hola, J. P., ¿cómo estás?

Se encerró en una habitación y no pudo escuchar nada más de la conversación, era ininteligible, desde el sofá Adrien no se enteraba de nada, y, si se levantaba, Fran salía y le pillaba escuchando, era mejor no imaginar cuáles serían las consecuencias. Así que Adrien optó por permanecer en el sofá semidormido, pero deseando que saliera Fran para cuestionarle. Tal vez era alguien que les iba a dar información acerca de la investigación.

Fran abrió la puerta de la habitación con una amplia sonrisa.

—¿Quién era? Pareces muy contento —se interesó Adrien antes de que Fran pudiera incluso salir del cuarto.

—Un amigo.

—¿Un amigo? ¿Y qué quería?

—Tío, era un amigo, ¿qué eres mi mujer ahora? ¿Qué explicaciones tengo que darte yo a ti?

—Hombre, no sé, pero nunca me has hablado de un amigo tuyo que se llamara J. P., y, si es algo relacionado con la investigación, podrías explicármelo, ¿no?

Fran se arrimó a él con gesto intimidatorio, le encantaba ponerse delante de las personas para amedrentarlas de cerca.

—Escúchame bien. Primero, era un amigo; segundo, no tienes por qué conocer a todos mis amigos; tercero, no tiene nada que ver con el trabajo; cuarto, no te metas donde no te llaman.

Adrien asintió y no dijo nada más sobre el tema, pero sabía que aquella respuesta ocultaba algo. Se quedó pensativo. Fran era un borde y un chulo, pero habitualmente lo era cuando tenía algo

que esconder. Llevaba mucho tiempo a su lado y comenzaba a conocerlo, parecía un tío complejo, pero, en el fondo, era más simple de lo que el propio Fran pensaba. De todas formas, aquellas situaciones de falsa intimidación a Adrien le gustaban, por lo que incluso pasaba por su cabeza el provocarlas más a menudo.

—¿No vas a decir nada más?

—¿Qué más quieres que diga, Fran? Ya lo has dicho tú todo, ¿no?

—Paso de ti, tío, eres muy cansino cuando quieres. Me voy con mi mujer a ver si me da menos la chapa que tú. Aunque creo que lo mejor será que me vaya a tomar un par de copas, ya sabes que el alcohol me inspira. ¿Te encargas de lo que hemos acordado y me mantienes informado?

—Vete a casa, Fran, y descansa; si lo prefieres, puedes dormir aquí, pero déjate de borracheras. Yo claro que me encargaré, es mi trabajo, ¿y tú?

—Claro, soy tu jefe, tengo que dar ejemplo.

—¿Seguro que no prefieres quedarte? Aquí hay alcohol también y, al menos, no la liarás.

—Irme de borrachera o dormir. Ser o no ser, esa es la cuestión.

Adrien suspiró, miró hacia arriba y sopló cansado de escuchar tonterías.

—Bueno, yo me voy a mi cama, tú haz lo que quieras, si te quieres quedar, te quedas; si te quieres ir, te vas. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —se despidió Fran apesadumbrado porque Adrien no le siguiera el juego.

Adrien estaba tan cansado que no quiso perder el tiempo en insistirle en que no saliera de copas, ya era mayorcito para saber lo que hacía con su vida. Él, agotado, se fue a la habitación para tumbarse en la cama y evitar dormirse en el sofá. Cayó rendido en cuestión de segundos.

«El reloj hace tictac mientras duermo profundamente sin ser consciente de que al día siguiente podría llegar tarde al trabajo, sentí que alguien entraba en mi cama. Solo podía ser Fran, pues estaba en la habitación de al lado.

Abrió la puerta y la cerró muy sigilosamente. Yo estaba dormido, pero lo escuchaba todo y sabía que era él y algo se me aceleraba, pero, cuando pensaba que solo venía a decirme que se iba a dormir a su casa o de borrachera a otro sitio, levantó con mucho cuidado la sábana y se metió en la cama.

No podía creerlo. ¿Qué estaba pasando? Tal vez simplemente se confundió de puerta. Era la posibilidad más certera.

Se tumbó mientras yo le daba la espalda y, de pronto, sentí su mano fría tocando mi cuerpo. Mis ojos se abrieron de repente, pero no supe reaccionar. Se acercó a mí y empezó a mordirme el

cuello mientras notaba su miembro muy duro en mi culo palpitando sin parar.

—Fran, ¿qué haces?

—Nada que no estés deseando.

—Estás bebido, vuelve al sofá, no hagas cosas de las que mañana te puedas arrepentir, por favor.

Claro, era evidente que difícilmente yo podría arrepentirme de que aquel miembro me penetrara salvajemente. Había tenido decenas de sueños eróticos con este momento, me había masturbado incontables veces pensando que su pene entraba en mi boca y me follaba sin cesar hasta eyacular en mi cara.

Y ahora estaba ahí y yo no podía casi ni moverme. No sabía qué tenía que hacer o cómo reaccionar.

—¿Te vas a quitar la ropa o tengo que quitártela yo?

Tenía la erección más descomunal que había tenido antes en mi vida. No supe responder ni reaccionar.

Sin pensarlo más de tres segundos, me arrancó los calzoncillos, sentí dolor cuando la costura se rompía, pero me daba igual.

Escupió en su mano y comenzó a meterme los dedos y a humedecer mi ano para que se lubricara. Nunca había sentido tanto placer. Aquella situación era totalmente indescriptible. No podía contenerme más y me corrí. Él no se dio cuenta y yo no tenía suficiente: quería más, por lo que tampoco iba a decirle que parara. Aquellos dedos me tenían en el séptimo cielo, entraban y salían sin cesar y yo gemía de placer. Estaba seguro de que volvería a correrme.

De pronto, sacó sus dedos, y se paró. Yo pensé que ahora se había percatado de lo que estaba haciendo y no solo todo se había acabado así, sino que ahora empezaría la peor parte. Estaba bien equivocado.

De pronto, noté que su pene hinchado y venoso entraba en mi ano sin miramientos y solo pude gritar. Aquello me había encantado. Sentía una mezcla de dolor y placer tan inmensa como indescriptible. Su miembro entraba y salía sin cesar, una y otra vez. Sin preservativo, sin contemplaciones. Yo me retorcí en la cama mordiendo mi almohada y estirando de las sábanas para evitar despertar a los vecinos con mis gritos.

La sacó, me dio la vuelta, me cogió fuerte del pelo y la metió dentro de mi boca. No podía creerlo.

Pipipipí, pipipipí, pipipipí.

Las ocho y cuarto. Hora de levantarse. Estaba muy sudado, había eyaculado en mi pijama y en la cama las sábanas estaban alborotadas y sucias, la colcha y las almohadas en el suelo, estaba todo como si una orgía hubiera sucedido allí. Todo había sido un sueño, pero ¡qué sueño!

Tenía que acabar con esto. Tenía que dejar de ver a Fran. No me hacía bien».

Adrien seguía completando las hojas de su diario, pero ahora que un nuevo día comenzaba y había descansado lo suficiente, era el momento de llamar a Sophie y tratar de convencerla para verse de nuevo. Esta vez debía ser claro y decirle que necesitaba su ayuda para avanzar en la investigación.

—Hola, Adrien, bonjour.

—Hola, Sophie. ¿Cómo estás?

—Bien, me he despertado hace un rato y tenía previsto ir a Lafayette a comprar unas cosas que necesito para la casa.

—¿Trabajas de noche hoy?

—No, hoy no trabajo, tengo día libre. Vuelvo mañana a media mañana. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Sí, necesito un poco de tu ayuda. Totalmente confidencial, como siempre, ya lo sabes. ¿Nos vemos en nuestra crepería y comemos algo juntos?

—Sí, no hay problema, ¿a las 12:30?

—Perfecto, allí nos vemos. Gracias, Sophie.

—De nada. Buen día, Adrien, hasta después.

Son las once de la mañana cuando Fran abre el primer ojo. Tenía una resaca espantosa y no recordaba haber bebido tanto. Elena no estaba en la cama.

—¿Elenaaaaa? —gritó Fran.

Elena acudió a la habitación.

—Dime.

—Buenos días, ¿no vienes a darme un beso?

Elena se acercó y le besó, pero no pudo contener lo que pensaba.

—Apestas a alcohol, Fran.

—No empieces, Elena, por favor, me duele mucho la cabeza.

—¿Y has pensado que, si no te cogieras esas borracheras, no te dolería? ¿Dónde fuiste anoche?

—¿Vas a empezar con tus interrogatorios?

—No, Fran, pero tienes que entender que, después de todo lo que ha pasado, yo necesito estar contigo. Necesito volver a creer en nuestra relación, en que esto va a algún sitio, que me abracés, que me beses, que tengamos sexo tan brutal como el del otro día..., muchas cosas.

—¿Eso quieres, sexo ahora?

—No estás entendiendo nada. ¿Dónde estuviste ayer? Porque no te vi en toda la tarde y llegaste pasadas las cuatro de la madrugada.

—¿Tan pronto?

—No seas estúpido, Fran, por favor, te estoy hablando en serio y bien.

—Estuve hasta muy tarde en casa de Adrien trabajando y después necesitaba salir a tomar una copa y despejarme.

—Pues se te hizo larga la copa. ¿Y dónde fuiste?

—Qué más da, Elena...

—¿Otra vez a los antros esos de maricones descamisados?

Fran rio.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? Es que al final comenzaré a pensar que estás conmigo como una tapadera y que lo que a ti te van realmente son los tíos.

Fran borró su sonrisa de la cara, enfureció y abofeteó a Elena.

Elena le miró con la vista rota, lloró y corrió a encerrarse en el baño.

Fran salió de la cama, fue para allá y golpeó la puerta. Fran no podía permitirse perder a Elena, debía mantener aquella relación de cualquier manera. Elena era hija de una importante empresaria madrileña con negocios alrededor del mundo, que le pasaba a su hija una importante manutención cada mes para que ella cumpliera sus sueños profesionales. De ese dinero que recibía ella, él, por supuesto, también disfrutaba, dado que Elena estaba tan enamorada que decidió ponerlo en una cuenta bancaria conjunta. Y era muy difícil pedirle explicaciones a Fran sobre lo que hacía con ese dinero y totalmente imposible quitarle el acceso o hacer que la transferencia de su madre volviera a su cuenta personal.

—¡Ábreme!

—No pienso abrirte, Fran, estoy harta de esto.

—Lo siento, perdón, es que me pones de los nervios con tus tonterías.

—¿Y por eso tienes que pegarme?

—Lo siento, me has hecho perder los nervios, perdóname, por favor.

—Da igual, Fran, vete.

—Amor, por favor, perdóname, te prometo que será la última vez que esto ocurra.

Elena y Fran se conocieron en una rueda de prensa de una de las empresas que tiene su madre. Elena era la responsable de comunicación. Según él, igual que su padre, ella no valía para nada más y por eso optaron por darle algún puesto sin relevancia en la empresa menos importante del grupo, donde se sintiera realizada, no molestara y tuviera un sueldo para poder vivir.

Elena recuerda perfectamente cómo sucedió. Ella estaba sentada en la mesa y, justo cuando acabó el acto, hizo ver que su bolígrafo caía del atril, justo delante del periodista que venía a cubrir el evento.

Bajó a recogerlo y allí estaba él esperándola con el bolígrafo en la mano.

—Creo que esto es tuyo —dijo Fran.

—Sí, muchas gracias —contestó Elena sonrojada.

—Solo es esto, ¿verdad?

—Sí —asintió ella tímidamente.

Bueno, yo podría ser tuyo también si tú quisieras.

Era una forma muy antigua de ligar, pero a Fran siempre le había funcionado y a Elena la enamoró justo en ese instantey con esa frase, inconsciente de lo que aceptar iba a suponer en su futuro más cercano.

—Podemos negociarlo esta noche mientras cenamos si quieres. —dijo Elena sonriendo y con un brillo en los ojos nunca antes visto.

—Claro, ¿a qué hora?

—Saldré de aquí a eso de las siete.

—A las siete en punto estaré aquí para recogerte.

—Nos vemos después entonces.

Ni la sonrisa, ni el tono enamorado ni el brillo en los ojos desapareció un solo segundo.

Cogió sus papeles, su bolígrafo —cómo no— y subió para su despacho, contando ansiosa las horas para que llegaran las siete y volver a ver a ese chico tan guapo que hacía meses que pensaba en él y nunca se había atrevido a decirle ni hola, por vergüenza y por el miedo a ser rechazada o no correspondida.

Ante el silencio de Elena, Fran fue a ducharse en el baño de invitados y cambiarse de ropa.

Regresó hacia el baño de la habitación, Elena seguía dentro. Llamó suavemente a la puerta.

—¿No vas a abrirme la puerta?, ¿de verdad?

—No —sostuvo Elena tajantemente.

—¿Pero no te das cuenta de que tú me has provocado? Y, aun así, te estoy diciendo que perdón y que te prometo que no volverá a ocurrir.

—Estoy cansada de tus promesas, Fran.

—Esta es de verdad, por favor, perdóname y abre la puerta.

No hubo más respuesta. Fran decidió coger sus cosas y marcharse a trabajar. Elena se quedó llorando encerrada en el baño hasta que pasó casi media hora después de escuchar que la puerta se había cerrado.

«No puedo más, esto se tiene que acabar. Estoy harta de sus malos modos. Ya lo olvidé una vez y se ha repetido, yo no quiero vivir con un maltratador ni con alguien que me oculta parte de su vida, que desaparece por las noches sin decir a dónde va, que su trabajo pasa por encima de todo y de todos, yo no quiero vivir así, pero le quiero, le amo con locura, le necesito en mi vida y tengo que conseguir que esto cambie.

En realidad, si lo pienso bien, hoy, al menos, me ha pedido perdón. Tal vez hoy se haya percatado de que no son formas de tratar a la mujer que quieres.

Tal vez debería buscar ayuda, no estoy bien. Mientras escribo estas líneas, por mi cabeza pasan sentimientos encontrados, tengo tantas ganas de besarle y de amarle como de empujarle por las escaleras. De hecho, la vez anterior, cuando me fui a Barcelona y ya había llorado suficiente, solo pensaba en cómo debía hacerle daño. Solo pensaba en verle sufrir, en verle llorar exactamente igual que estaba llorando yo. Pero luego, comprendía que esa no era la solución y que quería seguir con él.

Mi familia nunca entendería que me separara de él y supongo que eso es lo que más me hace aguantar esto y tratar de convencerme a mí misma de que esto puede cambiar, y tal vez su

perdón de hoy sea el principio de ese cambio.

Siento que mi cabeza vuelve a estallar. No estoy bien, no puedo vivir en este desequilibrio permanente, necesito ayuda».

Capítulo cuatro

Amor callado

Son las siete y media de la mañana. Fran llegó a Le Loir y pidió un croissant y un café con leche.

El camarero vino a su mesa a traerle lo que había pedido y le miró sonriente.

—Vaya, guapo, ¿qué haces por aquí tan temprano?

—Disculpa, ¿nos conocemos? —preguntó Fran sorprendido.

—Anoche me conocías bien —dijo el camarero riéndose pícaramente.

—No sé de qué me hablas.

—Ayer nos encontramos en el COX y estuviste, hasta que desapareciste, conmigo comiéndome la boca y haciéndome de todo en la zona oscura.

—Chico, creo que te equivocas, yo estoy casado y ayer estuve en mi casa.

—Sí, claro, en tu casa sería cuando llegaste borracho, porque hasta entonces te encantaba que te tocara el paquete allí.

—Acércate un segundo por favor —le pidió Fran al camarero moviendo su dedo índice para que se agachara cerca de su cara. Cogió al camarero por el cuello y apretó muy fuerte—. Escúchame, maricón, tú y yo no nos hemos visto nunca, ¿de acuerdo?

El camarero asintió varias veces rápidamente porque no podía hablar, le faltaba el aire. Fran le soltó y el camarero regresó a la barra corriendo y no volvió a acercarse a esa mesa.

Fran cogió su móvil para llamar a Ana, la amiga que era criminóloga y periodista y a la que necesitaba ver para pedirle ayuda en su investigación, le contestó el teléfono rápidamente feliz e ilusionada de ver su llamada.

—Hola, Fran, ¡amigo mío! ¿Cómo estás?

—Hola, guapa. Muy bien, ¿y tú?

—Pues genial, llevo unas semanas de nuevo en Madrid trabajando para el equipo de investigación de El Mundo y la verdad es que muy contenta con este cambio.

—Vaya, yo pensaba que aún estabas en París.

—No, en realidad, mi estancia en París siempre tuvo fecha de caducidad, es una ciudad muy estresante y yo me siento mejor en España.

—Pues justo te llamaba para invitarte a comer o a cenar y explicarte un tema a ver si podía contar con tu ayuda.

—Pues me apetece mucho verte, pero a comer o a cenar no podrá ser. Si quieres, puedes llamarme esta noche, hablamos por teléfono y te ayudo en lo que pueda. Siempre puedes contar conmigo.

—¿Puedo proponerte algo mejor?

—Claro, dime.

—Voy esta tarde/noche a Madrid, duermo allí, aprovecho para ver a unos amigos y mañana nos vemos tú y yo a la hora de comer. ¿Qué te parece? ¿Te va bien?

—Sí, genial.

—¿Seguro? No quiero tampoco hacerte cambiar tus planes si ya los tenías.

—No, de verdad, justo mañana no tengo nada programado durante el día, solo he quedado con una amiga para desayunar. El resto del día me adapto a lo que a ti te vaya mejor.

—¡Qué bien! Pues voy a reservar ahora billetes y hotel y, si todo va bien, mañana por la mañana te llamo y concretamos el lugar y la hora, ¿te parece bien?

—Me parece estupendo, Fran, hasta mañana.

—Hasta mañana, Ana, y gracias.

—No hay de qué, que tengas un buen día.

Fran no lo pensó ni un segundo y compró los billetes desde el móvil en ese mismo momento, reservó hotel y pidió la cuenta para marcharse a ver a Ana y también a Jean Paul, el amigo con quien habló la otra tarde y que había trabajado algunas veces para la Policía. Fran sentía que ese viaje podía ser clave para su investigación.

Eran las doce y veinte y, sorprendentemente, Adrien había llegado puntual a su encuentro con Sophie en Aux Meilleures Crêpes de París en Grands Boulevards. Es un sitio muy pequeño, pero tremendamente acogedor. Hace años era tan solo una esquina donde una señora y su hijo cocinaban crepes casi veinticuatro horas al día, siempre con unas colas eternas, pero se había ganado a pulso su nombre de preparar las mejores crepes de la ciudad. Adrien recordaba perfectamente cuando iba allí de pequeño con sus padres, de hecho, es de los pocos recuerdos agradables que tiene de su infancia, los días que por el trabajo de los padres tenían que ir a París.

Ellos tenían un pequeño negocio de ropa cerca de Niza y viajaban cada temporada a París para ver las últimas tendencias de moda, comprar género nuevo, hacer contactos con proveedores, etc.

El sueño de su madre siempre había sido tener una tienda en París, crecer empresarialmente y llegar a grandes clientes. Ella no sabía de diseño ni patronaje, pero de géneros, precios y calidades entendía como la que más. Para diseñar y hacer patrones siempre podría contratar a alguien.

Su padre tenía un problema con el alcohol y su madre lo aguantaba porque decía que un matrimonio era para toda la vida. Se emborrachaba prácticamente a diario y se iba a la tienda a trabajar en ese estado. Arremetía contra los clientes, era grosero y ordinario y eso provocó que muchos de ellos no volvieran a comprar allí.

Una cosa llevó a la otra y, como el alcohol y los bares nunca vienen solos, empezó a jugar y a gastarse el dinero del negocio en apuestas de todo tipo, en el bingo y en jugar a las cartas. Nunca ganaba nada, pero él siempre creía que en su siguiente jugada recuperaría lo anterior.

Un día, en una discusión en casa donde él venía más agresivo de lo normal, amenazó a su mujer con un cuchillo, esta forcejeó con él con tan mala suerte que el cuchillo lo hirió de muerte. La madre de Adrien fue detenida y en el juicio, pese a que intentó probar su inocencia alegando defensa propia, el jurado se la desestimó y la condenó a dieciocho años de cárcel; se suicidó a los pocos meses de estar interna.

Volvamos a Aux Meilleures Crêpes de París, cuando la señora falleció, su hijo, junto a dos amigos, creó una sociedad. Alquilaron el local de al lado y convirtieron la pequeña esquina de su madre en una crepería moderna con el sabor de siempre, donde aún hoy siguen disfrutando de ese éxito y tienen ya tres locales repartidos por la ciudad.

El teléfono sonaba e interrumpió a Adrien sus bucólicos pensamientos.

—Dime, Fran.

—Me voy a Madrid esta tarde.

—¿A qué?

—A hablar con la criminóloga.

—¿Pero esa chica no estaba en París?

—Y ahora está en Madrid, Adrien. ¿Tengo que darte muchas explicaciones más?

—No, no, tranquilo. Ya me contarás. ¿Vuelves mañana?

—No lo creo, seguramente, me quedaré allí un par de días.

—Ok, como veas. Espero tus noticias entonces.

—Sí, te informaré. Suerte con tu parte del trabajo.

—Justo ahora...

No pudo acabar la frase, Fran ya había colgado. A Adrien le parecía muy extraño este viaje a Madrid de repente y no se acababa de creer que fuera porque la amiga criminóloga se había mudado de la noche a la mañana, pero ahora no podía pensar en eso porque Sophie estaba a punto de llegar.

Sophie se presentó puntual como siempre, con esa elegancia parisina que la caracterizaba. Suavemente maquillada y con un abrigo largo blanco precioso.

—¡Qué guapa estás, Sophie! —exclamó Adrien dulcemente nada más verla acercarse a la mesa donde estaba sentado.

—Muchas gracias, Adrien. ¿Cómo estás? ¿Va bien la investigación? No haces buena cara.

—La verdad es que hoy no he dormido nada bien.

Pasados unos minutos, se aproximó la camarera a la mesa para tomar nota.

—¿Los señores han decidido?

—Dos crepes de jamón, queso, huevo y atún —Sophie respondió sin dudar y sin preguntar, ante la sorpresa de Adrien.

—Correcto —asintió Adrien sorprendido, con cara de resignado.

—Lo de siempre, ¿no?

—Sí, sí. Está bien por mí.

—Disculpa, igual pedí demasiado rápido y preferías otra cosa.

La camarera sonreía ante lo que parecía una pelea de enamorados.

—Los dos crepes, por favor, y agua mineral —confirmó Adrien sonriendo.

—Muchas gracias, enseguida lo traemos —mencionó la camarera con su eterna sonrisa de admiración al amor que se había imaginado en su cabeza.

Perdona de nuevo, ¿no te apetecía comer eso, Adrien?

—Que sí, que sí, de verdad. Solo que me sorprendió que aún te acordaras.

—¡Claro que me acuerdo! Hemos venido a este sitio decenas de veces y este crepe creo que lo hemos pedido siempre desde el primer día. ¿Recuerdas que lo pedimos a la vez sin haberlo hablado y nos reímos?

—¡Sí!, es cierto. Lo recuerdo perfectamente. —Sonrió Adrien, mirándola fijamente.

—Bueno, esto ya es el pasado, eso no volverá a ocurrir, esa complicidad se fue.

—Sophie, la complicidad sigue, solo que ahora es diferente, ahora es sin un sentimiento de amor.

—Mejor cambiemos de tema, Adrien, no quiero volver a sentirme mal hablando de lo mismo. Me estabas diciendo que no habías dormido bien. ¿Qué te ha sucedido? ¿Qué te preocupa?

De ninguna manera Adrien podía explicarle a Sophie su sueño erótico con Fran, él sabía que ella seguía teniendo sentimientos y hoy se lo había vuelto a demostrar, sería un error hablarle de sus fantasías con otros hombres, como mínimo, hasta que él tuviera la garantía de que Sophie había superado los sentimientos hacia él.

—Nos falta mucha información y estamos un poco perdidos con los testigos, en la chica de la Gare du Nord no encontramos a nadie a quien preguntar. En el chico del Louvre, las dos personas con quienes hablamos no nos dieron ningún detalle relevante o que no se hubiera publicado en otros medios de comunicación.

—A eso te voy a poder ayudar. ¿Qué más puedo hacer por ti?

—Necesito saber si podemos descartar totalmente el robo como motivo de los asesinatos y luego dos cosas más que serían fundamentales para nuestra investigación. La primera es saber la causa exacta de la muerte de dos de las cuatro víctimas, solo conocemos dos de ellas.

Llegaron los crepes.

—Un momento, detente. ¿Cuatro víctimas?

Adrien había vuelto a meter la pata. Por su cabeza volvía a pasar aquello de «tierra, trágame».

—Sí, de hecho, quería hablarte de esto también.

Sophie no le dio la más mínima importancia y siguió pendiente de su explicación. Adrien también era consciente de que esto era un toma y daca y, si él le daba algo de información a Sophie, seguramente, ella también sería más generosa al explicar los detalles de sus investigaciones.

—Y la segunda, y no menos importante, saber si las cartas que se encontraron en las escenas de los dos primeros crímenes eran un as de corazones.

Sophie suspiró mientras cortaba su crepe.

—Es mucha información la que me pides, Adrien. Piensa que hay bastantes cosas que son secreto de sumario porque el caso permanece abierto.

—Lo sé, pero tienes mi compromiso de que nada de esto saldrá publicado hasta que tú me lo digas. Se me ocurre que puedes explicarle a la Policía que tienes un buen amigo periodista que está a vuestra disposición para publicar lo que necesiten. Esto es habitual, ya lo sabes, utilizar a la prensa para hacer público determinados detalles de un suceso para ver la reacción de los

sospechosos o, incluso, que el culpable se delate a través de determinados movimientos.

—Me parece buena idea. ¿Y me contarás también lo de la tercera víctima?

—Sí.

—Ok, veamos. Lo primero de todo, el testigo de Gare du Nord. —Sophie sacó su teléfono—. Veamos... —comentaba mientras deslizaba su dedo en la pantalla—, ¡aquí está! Se llama Alfred, es un sin techo que ha colaborado con la Policía en otras ocasiones. Ellos descartaron su testimonio porque dieron por hecho que estaría alcoholizado en el instante de los hechos, pero te acabo de enviar por Whatsapp su contacto para que puedas hablar con él.

—Perdona, pero ¿un señor sin techo tiene teléfono móvil?

—La mayoría tienen, ya sé que es un sin sentido, pero cuenta con uno. ¿Sigo yo o me explicas lo de la tercera víctima?

—Lo que quieras, yo me he comprometido, sabes que yo siempre cumplo mi palabra.

—Bueno, no sé si siempre, pero vale. Sigo. Con respecto al móvil del robo...

—Y del chico del Louvre, ¿no tienes a nadie con quien podamos hablar? —interrumpió Adrien.

—No, de momento, no. Y, por favor, usa el singular, porque esta información es para ti y para tu trabajo, no para que luego se lleve el mérito el estúpido de tu jefe, o compañero o lo que sea. ¿Puedo seguir entonces?

—Sí, perdón, continúa.

—Con respecto al móvil del robo, hasta lo que yo sé, está total y absolutamente descartado, porque, como sabes, todas las víctimas fueron halladas con sus pertenencias, incluido dinero en efectivo. Acerca de la causa del fallecimiento, las dos primeras víctimas tenían un pinchazo en el cuello de un veneno que les causó la muerte casi inmediata. Y ahora lo de la tercera víctima.

—Pero esto del veneno me lo tienes que explicar bien, ¿no? Y te falta también lo de las cartas...

Sophie rio.

—Tú siempre quieres toda la información de la otra parte, pero tendrás que dar algo a cambio antes de obtener todo lo que desees, ¿no?

—Es la primera vez que pasa eso contigo —expuso Adrien sonriendo, pero siendo directo.

—Claro, porque ya aprendí de los errores del pasado. —Sophie también sonreía, pero era evidente el cruce velado de acusaciones entre ambos tapado por una sonrisa amigable.

—Bueno, por ser tú y porque eres mi amiga y no una simple fuente, te cuento lo de la chica de Barcelona.

—¿Barcelona? —dudó extrañada Sophie—. ¿La tercera víctima no es en París?

—No.

—Pero, Adrien, vamos a ver, en el mundo hay cada día miles de muertos, ¿qué tiene que ver aquí un muerto en Barcelona con lo que estamos investigando en París?

—Parece raro, ¿verdad?

—No lo parece, lo es. Y si era una treta tuya para sacarme información me voy a enfadar mucho, porque se supone que lo que me ibas a contar podía ser bueno para mi trabajo y sería absurdo que me cuentes algo de un muerto en Barcelona que a nosotros no nos importa nada.

—Entiendo... No os importa...

—No. ¿Estás jugando conmigo o riéndote de mí? Me estoy empezando a enfadar.

—No, no, yo entiendo que no os importe un muerto en Barcelona, una muerta en este caso. Pero seguro que, si te digo que esa víctima también tenía una carta en la mano y que era un as de corazones, la cosa comienza a interesarte.

—¿Cómooooooooooooo? —gritó Sophie.

Todo el restaurante los miraba.

—Perdón —dijo con un tono de vergüenza, agachando la cabeza—. Adrien, júrame que es verdad.

—Total y absolutamente verdad y corroborado, además, por un testimonio.

—Pero ¿estamos ante un asesino en serie internacional entonces?

—No lo sé, pero muy probablemente, sí —mencionó Adrien con un aplastante tono de seguridad en sus palabras.

—Adrien, yo necesito explicar esto a mis jefes, para que la Policía española y francesa se conecten y lleguen al final de este asunto. Y eso podría ayudarme mucho en mi trabajo, sabes que me lo debes.

—Sé que esto te podría ayudar, y a mí que me dejaras explicar lo de los pinchazos. ¿Dónde eran, por cierto?

—Pero esto es casi un chantaje, Adrien.

—No, Sophie, no lo veas así. Es un favor mutuo, es un intercambio de información. Es algo que hacemos los periodistas continuamente.

—Entiendo. Ok, voy a confiar en ti. ¿Me acabas de explicar lo de Barcelona, por favor?

—Sí. Ocurrió hace unas semanas. La mujer de Fran estaba en Barcelona por trabajo y la chica que apareció muerta estaba en el hotel donde ella se alojaba y llamó a Fran para contárselo, él cogió un avión y se fue para allá a ver qué había sucedido.

—¿Y cuál fue la causa de la muerte de esa chica?

—Pues no lo sabemos con exactitud, solo tenemos la versión de un testigo, Fran está tratando de confirmarlo, pero, hasta ahora, a ciencia cierta, solo sabemos que era una mujer, de menos de treinta de años, con cabello rizado, negro, latina, muy morena de piel y que tenía la carta del as de corazones en la mano. Presentaba un pequeño corte en la cara y había mantenido relaciones sexuales.

—¿Y no había más signos de violencia? ¿Grandes heridas?...

—Que nosotros sepamos, no.

—Muy probablemente, si el asesino es el mismo, esta chica muriera por un pinchazo de batracotoxina.

—¿Batra... qué?

—Batracotoxina. Es un veneno que se extrae de una rana asquerosa de color amarillo. La *Phyllobates terribilis*.

A Adrien le dieron sofocos y se estaba empezando a poner nervioso.

—Una... Una rana... ¿Una rana amarilla has dicho?

—Sí, Adrien, una rana amarilla y asquerosa. ¿Qué te pasa? Parece que te falta el aire.

—Nada, nada. Me ha sorprendido lo de la rana.

—¿Y por qué te has puesto tan nervioso? ¿Qué sabes tú de esa rana? —cuestionó Sophie con el ceño fruncido.

—Nada, de verdad. La vi en un documental y ahora todo me encaja.

—¿Qué te encaja, Adrien? No te entiendo, sinceramente. ¿Puedes explicarme la verdad?

—Esa es la verdad, Sophie.

Sophie no se creyó la versión de Adrien, sabía que algo estaba ocultando. Era muy sospechoso lo de Barcelona contado por quien, además, estaba supuestamente investigando las otras muertes, y necesitaba conocer más detalles de las investigaciones, conocer hasta dónde la Policía había hecho averiguaciones. Todo esto a Sophie le resultaba muy sospechoso y creía que debía poner esta información en conocimiento de su jefe, para que la Policía investigara si Adrien tenía algo que ver con esas muertes.

Todo esto pasaba por su cabeza mientras Adrien la observaba fijamente. Aquella situación la

estaba incomodando mucho y creía que lo mejor era marcharse. Ella conocía bien a Adrien, o eso consideraba, pero no quería tener nada que ver en aquello si realmente él estaba implicado en aquellas muertes o, incluso, si Adrien fuera el asesino.

—Vale, Adrien, pienso que es mejor que me vaya.

—¿Te pasa algo?

—No, solo que creo que no me estás contando toda la verdad, pero entiendo que es parte de tu trabajo, igual que yo no puedo compartirti determinadas cosas. —Sophie pensaba que así Adrien se tranquilizaría y no haría tonterías, y lo logró.

—No quería que te molestaras, lo siento. De verdad que no es nada importante. ¿Puedo publicar lo del pinchazo de veneno entonces como exclusiva?

—¿Puedo explicar a mis jefes lo del muerto de Barcelona?

—Sí, adelante. Pero yo no te he contado nada, Sophie, Fran me mataría.

—Pues ahí tienes también mi respuesta. Si alguien nos pregunta, ambos deberemos decir que no sabemos nada y que, seguramente, sería una filtración. Al fin y al cabo, ambas informaciones las manejan otras personas además de nosotros.

—Me parece bien. Gracias, Sophie.

—No hay de qué, Adrien. ¿Pagas tú, por favor? Se me ha hecho tarde y tengo que marcharme corriendo.

—Pensaba que era tu día libre.

—Sí, pero las personas también podemos tener compromisos en días libres —aclaró Sophie algo molesta mientras rebuscaba dinero en su bolso.

—No te preocupes, márchate.

—No, no quiero deberte nada, Adrien. —Encontró un billete de diez euros en el bolso y lo tiró encima de la mesa—. Con eso bastará. Nos vemos, Adrien, cuídate.

—Sophie, no te enfades. No te vayas así, por favor.

—Me marchó, Adrien, tengo cosas que hacer, no estoy enfadada. Cuídate.

Le acarició el hombro y se marchó.

Sophie estaba muy confundida. Fue rápidamente a su oficina, lo primero de todo era poner a su jefe en conocimiento de esta situación y tratar de que él le aconsejara sobre cómo proceder.

Bajó acelerada del taxi y entró corriendo al edificio. Subió dos plantas por las escaleras y, justo cuando llegaba a la oficina, se encontró con su jefe en el pasillo que venía con unas carpetas en

la mano.

—Sophie, ¿estás bien? ¿Qué te ocurre?

Sophie respiró profundamente tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué sucede para que estés así?

—Señor, discúlpeme, ¿podemos hablar en privado?

—Sí, claro, pasa a mi oficina.

Aquellos segundos le valieron a Sophie para reponerse y recuperar su ritmo de respiración.

—Siéntate, por favor, me estás preocupando. ¿Qué pasa?

—Verá, señor, necesito su consejo.

—Claro, dime.

—Imagínese que usted tiene un amigo, que es algo más que un amigo, algo así como un amor de la adolescencia y su amor platónico.

El forense no entendía nada y su cara lo denotaba claramente.

—Sí... —asintió confuso.

—Bien, pues piense que esta persona tan especial le cuenta algo que podría ser de importancia en una investigación policial. Quizá no sea finalmente algo relevante, pero ponerlo en conocimiento de la Policía implicaría señalar a esa persona y perderla para siempre por el simple hecho de haberla acusado, más grave aún si esa acusación fuera en falso.

—Sophie ¿a dónde quieres llegar? ¿Qué persona especial para ti está metida en un lío?

—No lo sé, jefe. Necesito su ayuda.

—Sophie, explícame la situación mejor y veré qué puedo hacer.

—Pero necesito que sea algo confidencial y, si es preciso, deje que yo actúe.

—Entendido, lo intentaré.

—Esta persona especial es un periodista que está investigando las muertes de las últimas semanas.

—¿Las del asesino de la carta?

—Sí. Hoy he ido a comer con él y él ya conocía el asunto de la batracotoxina.

—¿Sin que tú le dijeras nada?

—Sí, señor, no sé cómo obtuvo esa información... —Sophie necesitaba mentir para protegerse —. Cuando hemos comentado el tema de los pinchazos, por un momento, parece que ha tenido una iluminación y se ha puesto muy extraño y nervioso, ha dicho: «Ahora todo me encaja». Cuando le he preguntado sobre qué le encajaba, me ha cambiado de tema y me ha dado una excusa que era imposible de creer viendo su actitud: «Vi esa rana en un documental y ahora lo he recordado». Además, me ha explicado que ha habido otro muerto en Barcelona en circunstancias muy similares.

—Sophie, si crees que ese chico está implicado en los asesinatos, tienes que contarlo a la Policía. Lo que puedes hacer es pedirles que sean muy discretos con la fuente, considero que ellos lo entenderán y tratarán de respetarlo. ¿Quieres que llame a los inspectores del caso y que vengan? Tal vez estés más cómoda si se hace a modo de reunión informal en mi despacho.

—Sí, señor, se lo agradezco, sería más sencillo para mí.

Sophie comenzó a llorar.

—No llores, Sophie, estás haciendo lo correcto.

—No lo sé, señor, podría ser el amor de mi vida.

—Si el amor de tu vida es un asesino, debe ir a la cárcel, Sophie.

Sophie se rompió, no podía contener más la tristeza que tenía dentro.

El forense tomó el teléfono y llamó a los inspectores para que acudieran a su oficina. En unos minutos, Isabelle bajó de la quinta planta al despacho del forense. Golpeó la puerta y entró.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarlos? —se ofreció Isabelle muy prudente al ver la cara de Sophie.

—Sophie tiene algo que contarle.

—Dime, Sophie, te escucho.

Sophie intentaba parar de llorar y hablar, pero sollozaba. Trató como pudo de explicar la historia mientras Isabelle la escuchaba atentamente.

—¿Todo esto podrías hacerlo en una declaración oficial? —preguntó Isabelle.

—Preferiría evitarlo, la verdad. Es alguien especial para mí, si luego resulta que todo esto es una paranoia mía, preferiría que mi nombre no saliera en ningún sitio.

—Ya, pero el procedimiento...

—Ya sabemos lo que dice el procedimiento, inspectora, pero la he llamado personalmente para que entre compañeros podamos ayudarnos —interrumpió el jefe de Sophie.

—Entiendo, soy consciente de que es una situación muy complicada. Creo que hay algo que podemos hacer. Verás, nosotros ya estamos investigando también a Adrien, entonces, si te parece bien, yo tendré en cuenta todo lo que me has dicho para nuestra investigación, pero no voy a explicar a nadie más que esta conversación ha existido, además, me pondré en contacto con la Policía catalana para ver qué ha ocurrido en Barcelona, pero solo haré eso con tu compromiso de que, si finalmente el tal Adrien es realmente culpable o te demostramos que hay multitud de pruebas que lo incriminen, entonces sí firmarás una declaración con lo que me has explicado.

Sophie volvía a llorar, pero era muy consciente de que tenía que aceptar el trato que la inspectora le proponía, nadie le iba a dar algo mejor.

—Acepto —confirmó entre sollozos.

—Bien, pues yo me marchó. Si alguien pregunta, tú no te encontrabas bien y vine a tratar de ayudar y llevarte a casa.

—Vale. respondió Sophie mientras su jefe asentía con la cabeza.-

Muchas gracias inspectora.

Isabelle dejó la oficina del forense jefe reconstruyendo toda la información en su cabeza y tratando de hacerla encajar en la investigación. Puede que aquello fuera una pista importante y que tuvieran al asesino más cerca de lo que nunca pudieron haber imaginado.

Adrien llamó de inmediato a Fran, tan pronto como Sophie desapareció de su campo de visión.

—Dime.

—Fran, tenemos una exclusiva y un problema.

—¿Qué dices? ¿Qué te ha contado la rubita?

—¿Puedes llamarla por su nombre, por favor?

—Va, no te entretengas en detalles estúpidos, que me tengo que ir a Madrid y estoy preparando la maleta.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

—Adrien, ¿quieres dejar de preguntarme cosas irrelevantes y contarme lo que me tengas que contar?

—¿Podemos vernos, por favor?

—No sé si me tengo que preocupar o enfadar. Adrien, no te lo voy a repetir más, me tengo que ir al aeropuerto.

—¿A qué hora sale tu vuelo?

—A las siete y media embarco.

—Ok, nos da tiempo. ¿Dónde podemos vernos?

—Ven a mi casa mientras hago la maleta si quieres.

—Preferiría que no fuera en tu casa.

—¿Ahora también te da asco venir a mi casa? ¿No recuerdas quién manda aquí?

—No es asco, Fran, es que está tu mujer allí también, y no quiero sentirme incómodo.

—No está, puedes venir.

—Da igual, prefiero otro sitio, cosas mías, ya sabes.

—No hay quien te entienda de verdad, Adrien. ¿Bajo a Le Loir y nos vemos allí?

—Vale, pero necesitaré unos veinte o veinticinco minutos para llegar.

—Adrien, me tengo que ir al aeropuerto.

—Fran, estoy en Grands Boulevards, pido un taxi.

—Date prisa, no voy a perder el avión por tus tonterías. Y más te vale que lo que tienes que explicarme sea realmente tan importante como dices.

—Ahora nos vemos.

Fran se quedó realmente preocupado por lo que Adrien tenía que compartirle, parecía realmente importante, incluso grave.

El Escondite de Villanueva, muy cerca de la conocidísima calle Serrano de Madrid, era el restaurante preferido de Ana y allí había quedado con Fran. Estaba realmente afectada porque Fran llevaba dos días en Madrid y un problema renal le había impedido verlo. La misma noche que Fran estaba volando hacia Madrid. Le llamó para decirle que cambiara su vuelo, pero ya era tarde.

—Este es el buzón de voz de Fran Ballester, deje su mensaje.

—Hola, Fran, estoy en el Ramón y Cajal en urgencias, creo que tengo un cólico de riñón y no saben si tendrán que dejarme aquí ingresada esta noche en observación, llámame cuando escuches mi mensaje, por favor.

Fran no escuchó el mensaje hasta el día siguiente, su vuelo había tenido problemas para aterrizar

en el aeropuerto de Barajas y había llegado con casi dos horas de retraso. Tomó un taxi nada más salir de la terminal, directo al hotel, pidió cena al servicio de habitaciones y se echó a dormir.

A la jornada siguiente, al despertar, mientras revisaba sus alertas de prensa, vio que había un mensaje en el buzón de voz de Ana y decidió escucharlo.

Fran se mostró decaído. Estaba preocupado por si Ana estaba bien, pero realmente más le intranquilizaba pensar si habría hecho ese viaje a Madrid para nada. Bueno, para nada no porque tenía claro que esa noche saldría si no podía ver a Ana. La llamó para salir de dudas.

—Hola, Fran

—Perdón, ¿estabas dormida?

—Un poco, pero no te preocupes, no pasa nada. ¿Escuchaste mi mensaje?

La verdad es que lo acabo de oír ahora, mi avión tuvo retraso y llegué muy tarde al hotel. Pensé que ya te llamaría por la mañana. ¿Cómo te encuentras? ¿Sigues en el hospital?

—Bueno, estoy bien. Me confirmaron que se trataba de un cólico nefrítico, me han dejado aquí toda la noche y, en principio, si todo está bien, después del mediodía deberían darme el alta. Me han dicho que en un día o dos con la medicación que me han dado ya debería estar al cien por cien recuperada. Lo único es que hoy no me siento con fuerza de vernos. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Estaré aquí cuatro días, Ana, así que no te preocupes, hoy descansa y mañana también; si pasado o al otro estás recuperada, entonces nos vemos.

—Ay, menos mal, pensaba que solo estarías un día o dos, me inquietaba hacerte venir para nada.

—No hay ningún problema, lo primero es tu salud, Ana. Yo tengo otras cosas que hacer en Madrid. Ahora céntrate en recuperarte y avísame cuando te den el alta para saber que estás bien y en casa.

—Vale, Fran, muchas gracias.

—No hay de qué. Mejórate.

Fran estaba realmente molesto y enfadado por no poder ver a Ana cuando él quería, pero, claro, no podía demostrárselo por razones evidentes, y muy en el fondo también era consciente de que se trataba de algo sobrevenido que Ana no podía prever. Así que optó por tomárselo con paciencia y cruzar los dedos para que se recuperara rápido y pudiera verla antes de regresar a París.

Hoy no era un día para ver a nadie. Fran se sentía cansado. En el fondo, era su propia frustración de no conseguir lo que quería lo que le amargaba. Dedicó todo el día a caminar por Madrid, a pensar en la investigación, a hacer hipótesis y conjeturas un tanto sin sentido, porque nadie las escuchaba. Él deseaba estar solo, bueno, acompañado solamente por su frustración.

Era la tercera vez que Elena le llamaba y Fran pensó que lo mejor sería contestar para que no siguiera molestándole.

—Hola, Elena.

—Hola, Fran, ¿qué haces en Madrid?

—¿Cómo sabes que estoy en Madrid? —Fran se extrañó.

—No me gusta que me contesten a una pregunta con otra, Fran.

—Elena, si lo que pretendes es discutir, no me apetece, estoy cansado. He venido a Madrid por trabajo.

—¿Y no te parecía normal haberme avisado? Yo tenía que ir a Madrid también a un evento, podríamos haber ido juntos.

—Elena, prefiero estar solo. Así también me echarás de menos y aprenderás a valorarme como pareja.

—¿Qué tengo que valorar? ¿A un maltratador?

—No te consiento que me llames maltratador, cualquiera diría que te di una paliza.

—Ah, ¿lo que me hiciste te parece poco?

—Elena, hice lo que tenía que hacer, mejor dicho, lo que tú misma provocaste que hiciese. Si no me tocaras tanto las narices, eso no hubiera pasado.

—¿Tú me quieres, Fran?

—Claro que te quiero.

—Pues empieza a demostrármelo o tendré que pensar seriamente si esta relación debe continuar.

—Elena, tú sin mí no eres nadie, ¿quién te va a querer?

Silencio al otro lado del teléfono.

—¿Elena?

Elena había colgado. Pretendía así demostrarle que no era tan sumisa como Fran creía, aunque ella era consciente de que no quería perderlo. Elena amaba a Fran con locura.

Fran se echó a dormir sin el más mínimo remordimiento de conciencia.

Al día siguiente, Fran insistió en cuanto salió de la cama y llamó a Ana.

—Hola, Fran —saludó Ana con mejor tono de voz que la jornada anterior.

—Hola, Ana. ¿Cómo te encuentras?, ¿ya estás en casa?

—Estoy un poco mejor, ayer al final me tuve que quedar ingresada porque tenía mucho dolor, pero hoy me siento bien, me han dicho que antes del mediodía seguramente me darán el alta; probablemente, mañana podremos vernos.

—No te preocupes, y, si no, pasado mañana —comentó Fran intentando ser cortés. Pero, si por él fuera, se verían hoy mismo.

—Sí, yo te iré avisando más tarde cuando esté en casa y mañana a ver cómo me encuentro, ¿te parece bien?

—Perfecto. Cuídate mucho y ojalá que mañana nos podamos ver.

—Muchas gracias, Fran, estamos en contacto.

—Un abrazo fuerte.

—Otro para ti.

Hoy la conversación le había parecido más esperanzadora y no quería perder el día como lo hizo ayer. Así que optó por llamar a Jean Paul para tratar de quedar a comer con él.

Jean Paul era un antiguo amigo de Fran que había conocido en unas vacaciones en Mallorca. Él era profesor en una escuela de primaria por vocación, pero, antes de eso, había estudiado criminología y colaboraba puntualmente con la Policía Nacional española, ahora estaba en uno de los mejores momentos de su vida gracias a que podía compaginar estos dos trabajos y dedicarse a sus dos pasiones.

Durante esas vacaciones en un año en el que Jean Paul no había conseguido trabajo, Fran le propuso ir con él a París, allí conocía un par de bares donde podría trabajar de camarero, él se comprometió a hablar con el dueño y estaba seguro de que no tendría ningún problema.

La madre de Jean Paul era francesa, y él detestaba Francia porque allí nunca le fue bien. Él empezó a poder vivir su vida cuando se mudó a Mallorca a casa de su tía. Pero aquella Francia que él conocía era un pueblo y pensó que París sería muy diferente.

Aceptó sin pensarlo y sin consultarlo con nadie, carecía de trabajo y tenía allí una oportunidad. Serían unos meses y luego ya vería si se quedaba o si volvía en función de sus necesidades y de las ofertas de trabajo que tuviese en España.

Jean Paul aceptó tan rápido porque pensaba que de ahí podría surgir un tórrido romance con Fran. Le parecía un chico muy atractivo y, además, le había prometido conseguirle un trabajo sin pedirle nada a cambio. Seguro que, como mínimo, una noche de sexo podrían tener.

Todos esos pensamientos se derrumbaron la primera noche en París. Jean Paul estaba alojado en un pequeño hotel mientras encontraba un piso que pudiera pagar con el sueldo que iba a cobrar en el Krash, el bar de Le Marais donde Fran le había buscado trabajo. Recibió una llamada de

Fran.

—¡Hola, Fran! —respondió Jean Paul contento y visiblemente exaltado.

—Bienvenue a París. ¿Qué tal tu llegada?

—Muy bien, muy contento. Esto es muy distinto a lo que yo recordaba del pueblo donde vivía con mi madre, es una ciudad espectacular, nada que ver con aquello. Esta mañana fui al bar y ya he firmado todos los papeles. Comienzo mañana por la noche. Me gustaría invitarte hoy a cenar para agradecerte tu ayuda.

—Vale, se lo diré a mi mujer y más tarde te confirmo, así aprovechamos y la conoces a ella también.

Se hizo el silencio. Jean Paul sentía que se había llevado un mazazo enorme al escuchar «a mi mujer». Se sentía estúpido. «¿Cómo que a su mujer? ¿Pero si yo conocí a Fran en un sitio de ambiente en Mallorca? Claro, a los sitios de ambiente también van heteros», le replicaba su propia conciencia.

—¿Sigues ahí, Jean Paul?

—Sí, perdón, se ha debido interrumpir la comunicación —declaró para intentar salir del apuro y ser cortés—. Claro, decía que será un placer conocerla.

En ese instante había sido la falsedad en persona. Pero, claro, ¿qué iba a decir? Él estaba agradecido con Fran y, por mucho que le pusiera, ahora ya tenía claro que no pasaría nada entre ellos. Ahora tenía que hacerse el simpático con ella, ser educado con Fran por la oportunidad que le había dado y terminar la cena cuanto antes. Al volver al hotel, debería quitarse todos los pájaros de la cabeza y las fantasías que se había montado en su mente medio enamoradiza, medio sexual y, al día siguiente, empezar con mucha fuerza.

—Vale, pues, si te parece bien, nos podemos ver en... ¿Te gusta la comida italiana? —consultó Fran mientras pensaba en un sitio para ir a cenar los tres.

—¡Sí, me encanta todo lo italiano!

Fran rio.

—¿Todo, todo? —lanzó Fran con tono pícaro.

—Perdón, me refería a la comida —aclaró Jean Paul sonrojado.

—¿Qué tipo de comida? —prosiguió Fran, riendo sin parar.

—¡Fran! Que me estoy poniendo rojo, no me hagas esas preguntas. —Jean Paul también reía para distraer la tensión que experimentaba.

—¡Eres muy majo! ¡Me caes muy bien! Bueno, si te parece bien, nos podemos ver a las siete y media en el Comptoir Gourmet.

—Mmmmm, claro, donde tú digas. Yo no conozco nada aquí.

—Es un restaurante italiano justo al lado del Krash. Está cerca de tu hotel, seguro que has pasado por delante. Luego te envío la ubicación. Y, si te apetece, después de cenar podemos tomar algo allí y así te vas familiarizando con el ambiente parisino y con el sitio donde trabajarás.

—Vale, pues allí nos vemos, me parece una buena idea.

—Vale, au revoir.

—Adiós, Fran, gracias por todo.

—De nada, nos vemos luego.

Jean Paul estaba algo confuso. El Krash era un bar de ambiente y, según le pareció ver por la mañana cuando fue a firmar el contrato, tenía un cuarto oscuro o algo muy parecido en el sótano. ¿En serio Fran iba a llevar a su mujer a ese sitio a tomar una copa? ¿De verdad un hetero hace bromas como las que ha hecho él durante la conversación?

Jean Paul decidió parar su mente de criminólogo antes de que sus eternas preguntas le hicieran cancelar la cena, puesto que, claramente, algo no le cuadraba, pero la verdad es que le apetecía mucho saber más acerca de ese caso en particular.

—¡Hola, Fran! —Jean Paul, como siempre, sonaba tan enérgico y simpático.

—Hola, Jean Paul. ¿Cómo estás?

—Bien, justo me acabo de despertar hace un rato y quería hacer la maleta, mañana me voy unos días a Mallorca. ¿Y tú?

—Pues yo estoy justamente en Madrid. He considerado que tal vez podríamos vernos y comentar lo que te avancé el otro día por teléfono.

Jean Paul se paró a pensar. No estaba seguro de si le apetecía mucho volver a ver a Fran en persona. En realidad, el otro día le dijo por teléfono que sí por cortesía, pero no esperaba que esto se fuera a producir tan rápido.

—La verdad es que hoy estoy un poco liado, Fran.

—¿Pero tendrás que comer no? —preguntó Fran con su tono dictatorial.

—Sí, claro, pero...

—Pero nada... —inquirió Fran.

—Es que tengo que hacer la maleta, prepararme todo, etc.

—Bueno, pero vamos a comer pronto y luego lo preparas, ¿no? Yo no le veo tanto problema, Jean Paul.

No sabía cómo salir de esta, así que respiró, se armó de valor y aceptó:

—Vale, Fran. Pues nos vemos en un rato para comer.

—¡Genial! Pensaba que me iba a costar más convencerte.

Jean Paul lo hubiera matado y se sentía estúpido porque sentía que podría haber dicho que no perfectamente, pero ahora ya no podía hacer nada.

—Ya ves, debo ser un chico fácil. ¿Dónde quedamos?

—¿En el Salvador Bachiller de Gran Vía te va bien?

—Vale. ¿Hora? Pronto, por favor...

—Sí, abren a las once, ¿quedamos a las doce?

—Vale. Nos vemos en un rato entonces, Fran. ¡Hasta luego!

—¡Adiós!

Fran ya contaba con un plan y se sentía satisfecho. Tenía algo que hacer y, además, podría aprovechar para consultarle su opinión sobre las muertes que estaba investigando.

Jean Paul llegó a las doce menos cuarto con la esperanza de que, si Fran se presentaba antes, empezar antes también su encuentro y, así, antes acabarían. Estaba realmente agobiado por todas las cosas que tenía que hacer antes de volverse a la isla.

Son las doce y cinco minutos y allí no aparecía. Pensó en darle cinco minutos más de cortesía, luego lo llamaría.

Eran las doce y cuarto y no solo no llegaba, sino que ni tan siquiera le enviaba un mensaje para avisarlo de su retraso, y eso enfadaba mucho a Jean Paul. Cogió el teléfono y marcó su número.

—Dime, Jean Paul, ya llego.

—Fran, llevo aquí más de media hora, si llegas tarde, creo que lo mínimo que podrías hacer es avisarme.

—No te enfades, había tráfico y no he visto qué hora era hasta ahora. En tres minutos estoy ahí, te lo prometo.

—Vale. —Jean Paul colgó abruptamente.

Efectivamente, llegó en tres minutos. Bajó del coche y Fran fue a abrazarle.

—Lo siento, de verdad, te prometo que no he visto qué hora era. Se me fue el santo al cielo, había tráfico y miraba a la gente pasar embobado.

—Ya está, da igual, lo importante es que estás aquí. No puedo entretenerme mucho, ya sabes que tengo cosas que hacer. ¿Entramos? —Jean Paul seguía manteniendo un tono distante.

—Entremos.

Se sentaron en una mesa con unos sofás de mimbre, muy acogedora e íntima, donde el resto de las clientes no podían verlos ni escucharlos, una celosía separaba su mesa del resto. Era un local que a mediodía no solía tener mucha gente, por lo que Fran estaba convencido de que allí podrían hablar con total normalidad, tranquilidad y seguridad.

—Bueno, ¿se te ha pasado ya el enfado? —quiso saber Fran en un tono conciliador.

—Sí, ya está, no te preocupes, pero es que esperar a la gente me saca de mis casillas y, si encima no me avisan, más aún, además, hoy es que voy realmente a tope por todo lo que tengo que preparar y no estoy como para perder el tiempo, pero ya está, de verdad. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, tengo mucho trabajo ahora mismo, pero estoy bien —expuso Fran, imaginando cuál sería la siguiente pregunta.

—Vaya, ¿en qué estás trabajando?

Bingo, Fran había acertado, tenía la conversación justo donde él quería.

—Pues estoy investigando un asesino en serie.

—¡Ostras! Eso suena muy interesante —saltó Jean Paul cambiando su cara de enfadado por el retraso de Fran y mostrando una postura de total interés hacia lo que este tenía que contarle.

—Lo es. Por eso quería quedar contigo, para explicarte todo lo que tengo y que tú me dieras tu opinión.

—Claro, cuéntame.

—¿Ya saben qué tomarán los señores? —Apareció el camarero.

—¿Tú lo sabes, Jean Paul? —Fran ojeaba la carta rápidamente.

—Sí, yo tomaré... ¿Algo de pasta tenéis?

—No, señor, lo lamento, pero no tenemos ningún plato de pasta en la carta —advirtió el camarero sin prisa porque decidieran, pero sin moverse de al lado de su mesa.

—¡Yo ya lo sé! —exclamó Fran.

—Dígame, señor, ¿qué tomará?

—La hamburguesa gourmet, sin cebolla, por favor.

—¿No te gusta la cebolla? ¡Qué chico tan raro!

—No es que no me guste, es que tengo una alergia severa, si un trozo de cebolla pasa por mi boca, puede que me caiga en redondo al suelo.

El camarero suspiraba para recordarles que seguía allí.

—Perdón. Pues yo tomaré... el tartar exótico.

Fran rio.

—¿Será tan exótico como tú el tartar? —prorrumpió.

Jean Paul quedó de nuevo sorprendido por preguntas de ese estilo, teniendo en cuenta lo que pasó en París, no sabía cómo tenía que tomárselo. Pero ahora ya había transcurrido mucho tiempo, y Jean Paul tenía el convencimiento de que nada de eso debía volver a suceder, de hecho, hasta lo que él sabía, Fran seguía felizmente casado o, al menos, casado.

—Para beber, por favor, ¿qué desean? preguntó el camarero empleó a usar un tono de persona cansado de esperar.

—¿Agua para los dos? —sugirió Jean Paul.

—Para mí una copa de vino blanco, por favor.

—Muchas gracias, señores, en breve se lo traemos todo. —El camarero respiró aliviado.

—Bueno, explícame —ordenó Jean Paul, que estaba realmente muy interesado en el asunto del asesino en serie.

—Bien. Supongo que no hace falta decirte que esto es una conversación confidencial y nada de lo que te cuento puede salir de aquí, ¿correcto?

—Claro, Fran, puedes confiar en mí.

Fran estuvo hablando por más de media hora, detallando cada aspecto de las cuatro muertes que hasta ahora conocía ante el silencio de Jean Paul, quien lo escuchaba atentamente, sin atreverse a preguntar hasta que Fran hubiera concluido su exposición.

—¡Madre mía! ¡Es increíble! —clamó Jean Paul cuando escuchó la última frase de Fran.

—¿Qué opinas tú?

—Yo creo que claramente se trata de un asesino en serie con un claro motivo para matar a sus víctimas. ¿No habéis encontrado ningún relacionante?

—Hasta ahora, no. No parece que ninguna de las víctimas se conociera o que estas coincidieran

en algún momento de sus vidas.

—Sin embargo, el asesino las ha matado y ha dejado la misma carta en todas las escenas del crimen...

—Correcto —confirmó Fran, esperando alguna conclusión que él no supiera ya.

—Me llama la atención que...

—Sí, dime. —Fran estaba ansioso.

—Me llama la atención que todas las víctimas o bien se dedicaban a la prostitución, o bien habían mantenido relaciones sexuales previas a su muerte.

—Sí, eso parece.

—¿Y no habéis tenido acceso a muestras de ADN? —consultó Jean Paul extrañado.

—Sí, y en la información que tenemos, no hay ninguna muestra de ADN que estuviera presente en más de una escena del crimen.

—Lo que quiere decir que, o el asesino es muy cuidadoso, o que no es un asesino, sino más de uno.

—¿Y entonces la carta?

—Podrían conocerse, podría ser un imitador o, incluso, un plan conjunto de varias personas. ¿Qué os ha llevado a pensar que solo era una?

—Si te soy sincero, no lo sé. Hemos llegado a esa conclusión a raíz de la información de las fuentes y de los documentos que hemos podido ver de los investigadores. —Fran empezaba a estar confuso.

—¿Y no tenéis ningún sospechoso?

—Bueno..., realmente, no... —Fran se mostraba ahora entre turbado y dubitativo.

—No pareces muy seguro de tu respuesta —observó Jean Paul mirándole fijamente a los ojos—. ¿Hay algo que no me has contado?

—No..., en realidad, sobre la investigación te lo he dicho todo...

—¿Pero...? —Jean Paul no era tonto, conocía a Fran, era criminólogo y sabía que la persona que tenía delante quería compartirle algo más.

—Pero tengo un compañero... que... No sé...

—Fran, suéltalo ya. ¿Sospechas de él?

—A ver, yo considero que él es incapaz de algo así, aunque...

Jean Paul le cortó rápidamente:

—Te sorprenderías la de casos de supuestas buenas personas con cara de ángel que he visto durante todos estos años. Te vuelvo a preguntar: ¿sospechas de él?

—A ver, no tengo fundamento como tal, pero se muestra muy raro conmigo hace meses, quiere saber absolutamente todo lo que ha ocurrido en la investigación, queda con una amiga que trabaja con un forense continuamente para conocer todos los detalles de las investigaciones, hemos discutido precisamente por su actitud extraña y lo he despedido.

—¿Cómo que lo has despedido?

—Sí, el otro día me hizo vernos a toda prisa justo después de comer con una exnovia suya.

—¿La tal Sophie?

—Sí, exacto. Y realizó insinuaciones que no me gustaron nada, la cosa se calentó y le acabé diciendo que, si no confiaba en mí, mejor que dejara de trabajar conmigo.

—¿Qué insinuaciones?

—Pues, resumidamente, que yo tenía algo que ver con los asesinatos.

—Y eso no es cierto, ¿no?

—¿Otro igual? ¿Quieres que te envíe a la mierda a ti también?

—No, no. —Jean Paul rio—. Me encanta cuando te enfadas.

—Pues a mí no me hace gracia. Bueno, pues eso, que se puso a hacerme preguntas super raras y a insinuar cosas que no me gustaron. Me sentí interrogado, acosado y no creía que tuviera que darle ningún tipo de explicación a él.

—Bueno, todo eso podría ser perfectamente porque es un periodista puntilloso que le gusta conocer de primera mano toda la información para dar lo mejor de él en su trabajo, ¿no? A mí me parece muy extraño que alguien con ese perfil pueda ser un asesino en serie, pero, como te he dicho, ya nada me sorprendería.

—Sí, pero no sé... No me hagas mucho caso, tal vez solo sea que yo soy un paranoico y que me he enfadado con él...

—¿Quieres que lo investigue?

—Pero... tú no eres detective. ¿Cómo lo harás?

—Bueno, puedo ir a París, coincidir con él y tratar de hacerme su amigo. Si tú te encargas de los gastos, por mí no hay problema.

—Hombre, si al final descubrimos que él es el asesino, sería sin duda la exclusiva de mi vida.

A Fran volvía a cegarle el afán de ser el periodista del siglo y no dudó ni un segundo en aceptar la propuesta.

—Adelante, yo asumiré todos los gastos. Pero, por favor, no te pases porque tampoco soy millonario.

—No te preocupes, me haré pasar por un turista low cost y me acercaré a él para ver qué puedo sacar.

—Entonces, ¿vendrás a París?

—Donde tú me digas —señaló Jean Paul seguro de lo que tenía que hacer.

—En realidad, estoy pensando que él tiene que ir a Mallorca en breve para preparar un reportaje que nos han encargado. Puede que sea mejor hacerlo allí, ¿no? Así te ahorras el viaje y yo, los gastos.

—Bueno, puede ser en Mallorca, pero mis horas de trabajo y los gastos de comidas, copas y lo que sea sí que te los tendría que cobrar, Fran.

—Sí, claro, eso lo asumo yo sin problema.

—Vale, tenemos un trato entonces. Llámame o escíbeme cuando tengas más detalles y yo me encargo de organizarlo todo.

—Genial. ¿Pedimos la cuenta?

Fran ya tenía lo que quería, por lo que no tenía mucho sentido seguir allí. Pidieron la cuenta, pagó Fran y se marcharon del restaurante.

Esa misma tarde creyó que podía ser un buen momento para insistir a Ana y no dudó en llamarla.

—Hola, Fran.

—Hola, Ana. ¿Cómo ha ido el médico? ¿Ya te han dado el alta?

—¡Sí! Estoy muy contenta y me encuentro mucho mejor.

—Me alegro. ¿Quieres que nos veamos esta tarde?

—La verdad es que no me apetece mucho salir a la calle, pero, si quieres venir a casa un rato, podemos tomar un café juntos.

—Vale, ¿a las cuatro?

—Perfecto. Te envío ahora en un mensaje la ubicación. ¡Hasta dentro de un rato!

—¡Genial! Te veo después.

Fran llegó puntual a su encuentro y fue directo al grano nada más entrar por la puerta.

—Ana, necesito tu ayuda.

—Dime.

Fran estuvo durante casi una hora explicando a Ana toda la investigación. Solo hablaba él, Ana se mantenía estupefacta y solo asentía.

—En realidad, es un tema muy complicado, Fran, no sé si yo puedo ayudarte demasiado. Piensa que yo me centré en el periodismo, en la publicidad, y hace mucho tiempo que no investigo asuntos como este.

—Lo sé. ¿Pero qué opinas tú con toda esta información?

—A ver, tiene toda la pinta de ser un asesino en serie. Yo creo que sería muy importante que os centréis en el motivo. Es decir, ¿por qué el asesino elige a estas personas, por qué las mata, como las escoge...? Tal vez incluso encontrar un relacionante entre ellas.

—Lo he mirado todo, no se conocían de nada. Aparentemente, no tenían ni conocidos en común, ni familiares ni han compartido trabajos. Estoy perdido totalmente y mi carrera va en ello.

—No exageres, Fran...

—No exagero, Ana, yo estoy cansado de ser un periodista de trinchera, quiero que todo el trabajo que he hecho durante estos años sea reconocido.

—Entiendo lo que quieres decir, pero piensa que en el anonimato se vive mucho mejor, como mínimo, mucho más tranquilo.

—Yo no deseo estar tranquilo. Yo ansío ser reconocido.

Ana estaba un poco sorprendida por tan elevada dosis de egocentrismo y ganas de protagonismo, pero prefirió no polemizar con él.

—Yo me comprometo contigo a hacer un par de llamadas y, si me entero de algo, te ayudaré, pero no te puedo prometer nada, mis contactos son muy limitados y yo estoy en otra vida, ya que poco tiene que ver con el periodismo de sucesos y los crímenes.

—¿Crees que podrías representarme?

—¿Representarte? —dudó Ana extrañada.

—Sí, como ahora estás en el mundo de la publicidad, quizá puedas ser mi agente. ¡Nos podemos forrar, Ana! ¿Tú sabes lo que tenemos entre manos?

—Sí, soy consciente de que es un caso muy importante, pero, como te decía, yo vivo muy muy

tranquila en el anonimato, no busco ser reconocida por nadie.

—Bueno, pero puedes representarme igual, ¿no?

—Yo tengo mucho trabajo, Fran..., y nunca he sido representante de nadie...

—Vamos, que no quieres ayudarme.

—Yo no he dicho eso, te he prometido que haré un par de llamadas y te pasaré la información que consiga, total y absolutamente para ti.

—Ya ves tú...

—Si no te sirve, no lo hago...

—¿Ahora me haces chantaje emocional?

—No hay chantaje alguno, Fran, pero me da la sensación de que te estás enfadando solo porque no te estoy diciendo lo que quieres oír.

—Pues mira, sí, estoy enfadado y me estoy conteniendo porque estás enferma, porque me pareces muy mala persona...

—Fran, te estás pasando...

—Mira, me voy. Que te vaya bien. —Se levantó del sofá visiblemente alterado y fue hacia la puerta.

—¡Fran! ¡No estás bien! ¿Quieres sentarte aquí, por favor?

—Que te den, Ana.

—¡Fran!

Fran ya ni se giró, dio un portazo y se marchó escaleras abajo.

Capítulo cinco

Venganza

«Llevo casi cuatro horas en este maldito garaje. Tengo la seguridad de que más tarde o más temprano aparecerá.

Soy una persona que se fija en todos los detalles, recuerdo perfectamente cómo cogió la llave de su BMW cuando se levantó de la mesa.

Iba a ser muy fácil, solo tenía que esperar. Tenía la certeza de que en un momento u otro aparecería. No sé cómo lo haré, pero esta vez tiene que salir bien.

Es un chico poco corpulento, jovencito y poca cosa. Creo que será rápido.

Han pasado cerca de seis horas y no entiendo por qué tarda tanto en aparecer. No entiendo de qué hablan o qué hacen. No puedo dormirme, aunque ya he mirado mis redes sociales, he leído todos los portales de prensa posible, he visto varios videos en Youtube. Los nervios y la sensación de agobio se apoderan de mí, pero debo permanecer aquí.

Decidí salir del coche y estirar las piernas dentro del propio garaje, justo en el instante de poner un pie en el suelo, le vi salir por el acceso al hotel. El único acceso. Solo quedaban dos BMW en todo el parking y ambos estaban al final de este.

Pasó por delante de mí como esperaba, con su cara de felicidad, su chaqueta de cuero negra, unos pantalones muy ajustados y unas deportivas amarillas, bordeé la columna para ponerme detrás y él notó algo. Aceleró su paso discretamente. Yo apresuré el mío, no podía perderlo. Se giró y, entonces, me abalancé sobre él. Tenía más fuerza de la que pensaba.

Lo tiré al suelo mientras le tapaba boca. Debo confesar que esa situación me había excitado mucho. Pero no había ido allí a eso. Había venido a acabar con él. Sentí el poder en mis manos mientras cogía su cuello y no podía hablar. Movía sus piernas cada vez más despacio.

Tenía la confianza en que aquello ya era su fin y, sin saber cómo, me empujó, me tiró contra el suelo y empezó a correr.

No podía creerlo ni permitir que se escapara. Me levanté del suelo rápidamente. Solo tuve que correr medio minuto para alcanzarlo. Lo cogí por la espalda, lo lancé al suelo. Con una mano le aguantaba sus brazos para que no los moviera y con la otra sacaba la bolsa que tenía preparada en el bolsillo. Mi idea inicial no era usar las manos, pero no pude resistir la tentación, el placer que sentí era enorme. Tenía su vida entre mis manos y eso me producía una

sensación de poder, excitación y bienestar muy difícil de describir. Debía acabar con aquello rápido, no podía arriesgarme a que alguien nos encontrara.

Su boca sangraba y su nariz también, al tirarme encima de él, su cara se había aplastado contra el suelo. No me dio ninguna lástima. No lo dudé ni un segundo. Con una mano puse su cabeza dentro de la bolsa y apreté fuerte para dejarlo sin oxígeno cuanto antes. Había leído en internet que era cuestión de entre dos y cuatro minutos que dejara de respirar.

Perdí la noción del tiempo y realmente se me hizo eterno. Creo que cuando noté que sus brazos y sus piernas dejaban de moverse, aguanté un poco más para saborear hasta el final ese momento de placer y para asegurarme que aquel cabrón no volvería a levantarse.

Y así fue. Lo dejé allí tirado, como lo que era, un escombros de la sociedad, y desaparecí de ese hotel».

Son las siete de la mañana y comienza el informativo:

—Buenos días. Lo ha vuelto a hacer. El asesino del as de corazones ha actuado de nuevo. Esta vez ha ocurrido en Madrid, en un conocido hotel de la mítica calle Serrano. Desde el lugar de los hechos nos informa un periodista que estaba precisamente alojado en ese mismo hotel, Fran Ballester. Buenos días.

«Me quedé helado. Aún no había tenido tiempo de despertarme y escucho su maldito nombre en el informativo. Al final, este imbécil está consiguiendo lo que quería: ser el protagonista absoluto y relanzar su carrera.

Ayer estuve en ese hotel. Sabía que se alojaría allí, siempre lo hace cuando viene a trabajar a Madrid. Por si todo esto fuera poco, me siento rematadamente idiota, podría haber conseguido yo la noticia si hubiera tenido un poco más de paciencia. Debería haberme quedado allí y no haber desistido tan pronto. Debería haber esperado en la recepción a que él saliera de su habitación, tendría que hacerlo más tarde o más temprano. Necesito hablar con él, quiero seguir trabajando con él y solo de esa forma será capaz de ver mis sentimientos.

No entiendo aún el motivo de su enfado y de que me haya despedido. A veces, además de sentirme estúpido, me noto algo bipolar. Cambio de opinión acerca de él en cuestión de minutos. Hace dos días lo hubiera matado, tenía ganas de estrangularle por su empecinamiento en no escucharme y que, por no aceptar que no tenía la razón, optara por la vía fácil de despedirme.

Llegué a mi casa con unas ganas terribles de poner mis manos en su cuello y apretar hasta que se quedara sin aire. Necesitaba, aunque solo fuera por unos minutos, sentirme poderoso, que tenía poder sobre él, que me pidiera perdón y clemencia al mismo tiempo, que supiera lo que es el dolor que sus palabras, sus comentarios y sus gestos llevan provocando en mí años y años. Eso fue lo que me impulsó a irme al aeropuerto y coger el primer avión a Madrid.

No pensé en nada en absoluto más que en enfrentarme a él, en que viera que sí que tengo los cojones que él tanto me reclama y que siempre afirma que tantos años en la profesión le sirven para detectar cuándo un tío es inútil y que yo era el más claro ejemplo.

La espera en el aeropuerto se me hizo eterna y no logré dormir en el avión porque un maldito niño sentado en la fila de atrás no hacía otra cosa que llorar y patear mi asiento.

Llegué a Barajas con mi mochila, cogí un taxi y fui directo al hotel. Ahí fue donde más estúpido me sentí. Entré en el hotel y estaba sentado en un sillón de la entrada hablando con un chico, riendo, como si nada hubiera pasado, me vio entrar, le dijo algo y se fueron hacia el ascensor... Sí, habían pasado cerca de nueve horas desde que salí de mi casa con un enfado monumental y llego allí, me mira como si viera a un desconocido y se levanta con una frialdad absoluta, se mete en un ascensor y desaparece.

—Señor, ¿le puedo ayudar? ¿Desea algo? —me preguntó el recepcionista hasta en cuatro ocasiones. La cuarta salió de detrás del mostrador para interesarse por si estaba bien.

—¿Podría decirme en qué habitación está el señor que estaba aquí sentado en el sofá verde?

—Lo lamento, pero no podemos facilitar esa información por la seguridad y protección de nuestros clientes, caballero.

—Entiendo, ¿pero si le escribo una nota se la puede hacer llegar a su habitación?

—Por supuesto, caballero, estamos aquí para ayudarle. Acompañeme al mostrador y le doy un papel y un bolígrafo.

Era fácil y rápido escribir aquella nota: “Te arrepentirás de esta, maldito cretino, no encontrarás a nadie como yo”.

Me di cuenta de que el recepcionista había leído perfectamente lo que había puesto. De hecho, era absurdo que le dijera nada, pues, en el instante en que le diera el papel doblado, él podría leerlo antes de subirlo a la habitación de Fran si hubiera querido. De hecho, yo lo hubiera hecho.

Así que le agradecí su ayuda y me fui a la cafetería de enfrente a tomarme una cerveza para preparar el trabajo que tenía que hacer dentro de dos días en Palma de Mallorca antes de regresar a París».

La cabeza de Fran iba a explotar. Tenía otro muerto sobre la mesa, desconocía por dónde empezar a hilar esta investigación y estaba muy preocupado porque él pudiera salir salpicado de esto, pero sabía que se lo jugaba todo, se hallaba muy convencido de que este era su momento y su carrera daría un giro de ciento ochenta grados.

Eran las diez y siete minutos de la mañana y ya había hecho la séptima llamada intentando averiguar quién era la víctima de Madrid, cómo había muerto, qué había ocurrido y qué la unía

con la víctima anterior.

Fran sabía que toda esa información era muy necesaria para establecer cuál era la vinculación con el resto de los asesinados. Solo así podría hacer su investigación eficiente y más avanzada que la Policía. Su triunfo total vendría si cazaba al asesino del as de corazones antes que los inspectores. Era consciente de que era peligroso, que algunas cosas estarían fuera de la ley, pero le daba igual, su ego era tan grande que pasaría por encima de todo y de todos los que hicieran falta para alcanzar su objetivo.

Solo han pasado trece minutos y su teléfono se iluminaba. Parece ser que sus llamadas habían dado sus frutos y alguien del juzgado le contactaba para decirle que estaba dispuesto a contarle información acerca del caso.

—¿Sí?

—Hola, ¿Fran Ballester?

—Sí.

—Soy Delta. Beta me ha dado tu teléfono, creo que tengo cosas que te pueden interesar, trabajo en un juzgado.

Beta, como era conocido por su nombre en clave, se trataba de un buen contacto en la Policía española que Fran tenía desde hace muchos años, por razones evidentes, no desvelaba su nombre real en las conversaciones y siempre utilizaba pseudónimo.

—Claro, cuéntame —apremió Fran ansioso por escuchar información.

—Prefiero que nos veamos. Trae el dinero.

—¿Qué dinero?

—¿Beta no te ha dicho que hay que pagar por mis servicios?

—No.

—Pues yo sin dinero no me muevo.

—Mira, soy amigo de Beta desde hace mucho. ¿Él sabe que pretendes cobrarme?

—Me imagino que debe saberlo, yo no trabajo gratis.

—¿Eres consciente de que esto es una investigación muy importante?

—Sí, por eso te cobro a precio de investigación importante.

—¿Cuánto quieres?

—Diez mil euros, en efectivo.

—Pero tú debes estar loco, ¿no? ¿De dónde coño crees que voy a sacar yo diez mil euros en media hora?

—Todos sabemos que eres capaz, Fran.

—¿Sabes que podría localizar esta llamada y estarías detenido antes del mediodía?

—Claro que lo sé, Fran, y todos sabemos que tú eres el primer interesado en no hacer eso, te quedarías sin la información y perderías a Beta, pues jamás te perdonaría hacerle eso a un amigo.

—¿Puedo pagarte cuando use la información?

—¿Tú piensas que soy tonto o qué? ¿En serio piensas que te voy a dar una información sin cobrar primero para que la uses a tu antojo y luego yo no vea un euro?

—Te estoy pidiendo ayuda.

—¿También te pidió ayuda alguna de las víctimas que aparecen con una carta en la mano?

—¿Cómo? —Fran estaba muy sorprendido por aquella pregunta y la insinuación no le gustaba nada.

—Mira, esta conversación ya está durando demasiado, si te interesa, estaré en la cafetería del hotel Meliá Castilla a las tres en punto de la tarde.

Sin mediar palabra, Fran colgó.

Era evidente que no iba a desaprovechar la oportunidad de tener esa información y mucho menos si provenía de una fuente tan fiable como un trabajador del juzgado que investigaba la muerte de Madrid.

Su cabeza reflexionó acerca de dónde podría sacar ese dinero sin dejar rastro. De las cuentas bancarias ni pensarlo y pedirlo a alguien en tan poco tiempo era muy complicado.

A Fran la impaciencia le podía y cada minuto que pasaba en su reloj a él se le antojaba una hora. No desayunó ni comió. Solo ansiaba que fueran ya las tres de la tarde.

Cogió el metro y fue a la única persona que creyó que podría darle ese dinero de forma rápida y sin preguntas, era uno de sus contactos en Madrid, quien, a cambio, le pidió algunas criptomonedas que Fran guardaba para estos asuntos un tanto turbios, dado que estas operaciones no dejaban rastro.

Como si de una película se tratara, Fran salió de la casa de este contacto con una mochila barata cargada de billetes. Paseaba por la calle con la seguridad que le caracterizaba, pero muy consciente de que en su espalda llevaba diez mil euros que no podía perder bajo ningún concepto; pese a su actitud, era incapaz de no estar nervioso.

A las dos y cuarto ya se encontraba en el hotel. Allí se sentía más seguro que en la calle con esa mochila. Aprovechó para pedir una botella de agua y tratar de relajarse. Era importante que la

persona que venía a verle no le viera nervioso, más bien al contrario: como un periodista de raza acostumbrado a hacer este tipo de operaciones al que no se le podía tomar el pelo de ninguna manera.

Faltaban cinco minutos para las tres de la tarde y Fran ya no podía esperar más. Su pierna derecha se había quedado entumecida sentado en aquel sofá, se levantó y justo alguien le susurró por detrás:

—¿Te marchas ya?

Fran se giró y se encontró a un hombre de metro setenta de estatura, casi sin pelo, barba muy poblada, desaliñado, rozando la edad de jubilación y cargado de carpetas llenas de documentos.

—¿Delta?

—Encantado, Fran.

—¿Has traído lo que te pedí?

—Claro, soy una persona de palabra, pero, como comprenderás, quiero ver primero la información.

—Sentémonos.

Delta puso encima de la mesa una de las carpetas, Fran la abrió y su rostro quedó absolutamente blanco.

—Si esta es tu cara y solo has visto la foto, verás cuando empieces a leer toda la información. ¿Acaso lo conoces?

—No, no, perdón. Por un momento, creí que era un amigo, pero, al mirarlo, bien, he comprobado que no.

Mentira absoluta. Sabía perfectamente que era Jordan, el chico con el que tomaba una copa cuando Adrien entró al hotel.

—Bueno, entonces supongo que te interesa lo que ves, así que todo esto es para ti, e imagino que lo que hay dentro de esa mochila es para mí, ¿cierto?

—Sí, todo tuyo. Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo. Este es mi número de teléfono por si alguna vez necesitas algo. Recuerda que todos los mensajes o llamadas deberemos hablar en clave. No puedo jugármela.

—Te entiendo perfectamente, soy una persona seria y profesional, no vas a tener ningún problema conmigo.

—Eso espero. Me voy que me espera mi familia en casa. Cuídate y, sobre todo, ve con cuidado, esto es un tema serio y peligroso.

Fran tomó las carpetas más nervioso aún de lo que se sentía cuando iba al encuentro de Delta. No entendía que de nuevo una persona que había estado con él apareciese muerta de la nada al día siguiente. Ahora era más que evidente que había cosas que unían todos los crímenes, y uno de ellos era él, ahora solo faltaba saber ¿quién, por qué y para qué?

Jordan Aurelio Pinto García. Veintidós años. Nacionalidad colombiana. Permiso de residencia E83784782. Causa de la muerte: asfixia por bolsa.

Fran no salía de su asombro. Algo muy turbio estaba ocurriendo aquí. Alguien podría estar tratando de tenderle una trampa, tal vez incluso de hacerle pasar por el asesino, pero él creía que tenía la conciencia bien tranquila. Sí, creía. Porque también era consciente de que muchas veces cuando se emborrachaba perdía absolutamente la cabeza, pero consideraba que no tanto como para matar a alguien.

Entonces decidió afrontar la investigación bajo la premisa de que él no estaba involucrado en los hechos.

«Repasemos los asesinatos:

Primer cadáver: Gare du Nord, mujer, menos de veinticinco años, rubia, pelo corto, semidesnuda, cara quemada con ácido, origen oriental, con una carta de póker en la mano. Posiblemente, prostituta. Hace un tiempo me acosté con una prostituta y tal vez fuera ella, pero carece de sentido, ha pasado mucho de eso.

Segundo cadáver: Louvre, hombre, veintidós años, moreno, francés, pelo corto, cara quemada con ácido, camisa abierta, carta en la mano. Le conozco de un pub.

Tercer cadáver: Barcelona, mujer, menos de treinta años, pelo negro y rizado, muy morena de piel, latina. Había mantenido relaciones sexuales. Carta de as de corazones en la mano. Pequeño corte en la cara. No se sabe su identidad, ¿podría ser alguien relacionada conmigo?

Cuarto cadáver: plaza de los Vosges, azotea del edificio de la galería Marciano, hombre, veinticinco años, moreno, latino, escort, llevaba el móvil y mil euros en el bolsillo. Carta del as de corazones en la mano. Murió por asfixia con una tela enrollada en el cuello.

Quinto cadáver: Jordan. Tomé una copa con él anoche».

No tenía ni la más remota idea de por dónde empezar. Optó por acabar los trabajos por los que había venido a Madrid y regresar a París cuanto antes para centrarse desde allí en todos y cada uno de los detalles de las muertes y procurar llegar a alguna conclusión válida que le llevara a avanzar en una investigación que hoy en día le tenía obsesionado y confundido, y ahora también preocupado.

Fran estaba cansado del retraso del avión, llevaba una hora y media sentado en la entrada a la

dichosa puerta J52 de aquel aeropuerto y nadie le daba explicaciones de por qué el vuelo se estaba retrasando, ni tan siquiera a qué hora tenía previsto que salieran.

Adrien estaba tan solo unas puertas más allá, a menos de cincuenta metros preparado para tomar su avión a Palma de Mallorca, habían pasado el control de seguridad con una diferencia de escasos minutos, pero el destino dispuso que no se encontraran.

Mientras comía una chocolatina, dos policías nacionales se acercaron a él.

—Buenas tardes, ¿Fran Ballester?

—Sí, soy yo.

—Tiene que acompañarnos, por favor.

—Me temo que no, yo tengo que coger un avión. ¿De qué se trata?

—Tiene que acompañarnos, en comisaría le explicaremos de qué se trata. Coja sus cosas, por favor.

—Miren, yo no voy a coger nada más que el avión que debería salir en breve.

—Bien, como usted quiera, Fran Ballester, está usted detenido y acusado de asesinato. Por favor, póngase de pie para esposarlo.

—¿Cómo? Esto es claramente un error.

—Sí, señor. Estamos acostumbrados a que nos digan eso. Por favor, no lo haga más complicado, levántese y, si es un error, en la comisaría del aeropuerto lo aclararemos.

Fran se levantó desencajado. Por un segundo, parecía una persona normal. La chulería que alimentaba su persona día a día había desaparecido. Se dejó poner las esposas sin resistencia y acompañó a los dos policías. Entraron por la pasarela que conecta la terminal con el avión, bajaron por unas escalerillas anexas y subieron al coche de Policía.

Fran tenía ganas de protagonismo y un ego enorme, y hoy lo había logrado relativamente, cerca de cuarenta personas miraban asombrados la detención. Él solo pensaba en el bochorno de que aquel supuesto error se pudiera filtrar a la prensa y fuera el final de su carrera. Hoy en día, cualquier persona con un teléfono móvil en la mano cree que es un periodista en potencia. Por esta vez, al menos en eso, había tenido suerte.

En cuestión de unos minutos, llegaron a la comisaría del aeropuerto, le acompañaron a una sala y le quitaron las esposas.

A los pocos minutos, se presentaron dos policías vestidos de paisano.

—Buenas tardes, señor Ballester.

—Hola.

—¿Sabe usted por qué está aquí y de qué se le acusa?

—Yo no he matado a nadie.

—Bueno, eso es lo que vamos a tratar de averiguar.

—Por ahora, está usted detenido, tiene derecho a guardar silencio, a no declarar en su contra, a ser asistido por un abogado, a informar a una persona de su detención y a una llamada.

—Le he dicho que yo no he matado a nadie.

—¿Podría explicarnos entonces de qué conoce a este chico?

—¿Podrían ustedes explicarme por qué no han leído entre mis derechos que puedo solicitar un habeas corpus?

—Caballero, si quiere complicar la situación, adelante, pero solo servirá para alargar esto.

El agente puso encima de la mesa la fotografía del chico con el que Fran había estado tomando algo la noche anterior. A Fran le cambió la cara. Descartó solicitar el habeas corpus. Creía que, colaborando y explicando su verdad, aquello acabaría rápidamente.

—¿Podría explicarnos entonces de qué conoce a este chico? —insistió uno de los policías sin apartar su vista de los ojos de Fran.

—Lo conocí... Lo conocí en el hotel.

—¿En el hotel?

—Sí, estaba tomando una copa después de trabajar, él se acercó a mí y estuvimos hablando.

—¿Y de qué hablaron?

—Señor agente, con todos los respetos, pero llevaba dos o tres copas y no soy capaz de recordar de qué hablamos.

—¿Y no se conocían de antes?

—Le he dicho que no. De todos modos, ¿no me ha dicho que tengo derecho a que venga un abogado?

—Sí, ¿tiene abogado en Madrid?

—No, pueden llamar a uno de oficio. Además solicito hacer la llamada que me corresponde.

—Ningún problema. ¡Compañero! —advirtió el agente a un uniformado—, por favor, solicita un abogado de oficio para el señor Ballester. Mientras mi compañero hace las gestiones, puede usted llamar a quien desee.

—¿Puedo ir a alguna sala?

—No, señor, la llamada debe producirse en presencia de un agente de Policía, y solo puede ser una.

—Me parece increíble esta falta de respeto a la intimidad de una persona.

—Señor, nosotros no hacemos las leyes, solo nos preocupamos por cumplirlas. Desconozco si usted puede contactar con alguien que esté fuera para pedirle que destruya pruebas.

—Lo que usted diga.

Fran no sabía a quién llamar. Solo tenía una oportunidad. Siempre rodeado de tanta gente y ahora tan solo. Contaba con cuatro nombres que podrían ayudarlo, o eso pensaba: Adrien, Elena, Ana o Jean Paul. Adrien continuaba enfadado con él, mucho más después de haberle ignorado al verlo en el hotel y teniendo en cuenta que, si estaba allí, muy probablemente, era para hablar con él. Elena mucho peor que Adrien, se sentía resentida y dolida, Fran pensaba que una mujer con esos sentimientos era muy peligrosa y vengativa. Ana estaría más interesada en contar la noticia por encima de todo que en sacarlo de allí y, si fuese allí, sería más para entrevistarle que para asegurar su libertad. Así pues, solo le quedaba la opción de Jean Paul, quien, al fin y al cabo, tenía contactos dentro de la Policía, seguro que en algo podría echarle una mano.

Fran se hallaba bastante nervioso. Hacía mucho tiempo que no se sentía así. Cada tono que daba el teléfono y Jean Paul no contestaba para él era una eternidad. Descolgó al sexto tono.

—Hola, Fran, me pillas muy liado ahora mismo. Acabo de llegar a Palma para lo de tu amigo y no puedo hablar mucho...

—Jean Paul —atajó Fran bruscamente—, escúchame, por favor: estoy detenido.

—¿Cómo dices? Es una broma, ¿no? No tengo tiempo para eso, Fran, de verdad.

—Ojalá lo fuera. Estoy detenido en el aeropuerto de Barajas.

—Pero...

—Me acusan de haber matado a un chico.

—¿El de las noticias?

—Sí.

—Pero si has dado tú la noticia esta mañana, lo he escuchado.

—Ya lo sé, y a esa hora yo ni sabía quién era la víctima, pero, por algún motivo, esta gente piensa que yo lo he matado. ¿Puedes hacer algo por ayudarme, por favor?

—Claro, Fran, si es necesario, me volveré a Madrid hoy mismo. Voy a hacer unas llamadas y te voy a enviar también a un abogado.

—Bueno, me han dicho que llamaban a uno.

—Ni de coña permitas que te atienda uno de oficio.

—Diles que tu abogada será Antonia García y que la voy a llamar yo ahora para explicárselo, que ellos mismos la llamen también. ¿Quieres que avise a alguien más? ¿Se lo cuento a Elena o a Adrien?

—No, por favor, no hables con nadie de esto, queda entre tú y yo.

—Señor, tiene que ir finalizando la llamada —le requirió uno de los policías.

—Te tengo que dejar, Jean Paul.

—Sí, Fran, no te preocupes, si tú no has hecho nada, mi amiga Antonia te sacará de allí.

—¡Claro que no he hecho nada! —estalló Fran.

—Vale, vale, entonces tranquilo. Estaré pendiente de todo. Cuídate, estate tranquilo y no la lées, ¿vale?

—Gracias por tu ayuda.

—No hay de qué, hablamos pronto, todo irá bien, ya verás.

—Gracias, amigo.

El policía se volvió a acercar hacia él.

—Bien, ahora nos tiene que acompañar abajo hasta que llegue su abogado.

—Cancelen el abogado de oficio y llamen a la abogada Antonia García. ¿No puedo esperar aquí mientras ella viene? ¿Es necesario que me metan en una jaula de esas?

—Lo lamento, pero es el procedimiento. Ahora mi compañero buscará el contacto y llamará a esa abogada, pero, hasta entonces, acompáñeme, por favor.

Fran fue con el agente sin rechistar.

Llegaron a otra sala donde le esperaban dos agentes más.

—Por favor, apague su teléfono móvil, quítese el reloj, pulseras, todo lo que lleve en sus bolsillos, el cinturón y los cordones de los zapatos.

—¿Los cordones de los zapatos? —cuestionó Fran extrañado.

—Sí, caballero, para evitar que haga usted una tontería ahí dentro.

—¿Pero qué tontería quieren que haga? Les he dicho que yo no he matado a nadie.

—Muy bien, señor, esto está lleno siempre de inocentes. Mañana se lo explica usted al juez y él ya decidirá si usted es inocente o no. Por favor, ¿puede hacer lo que le he dicho?

La rabia destrozaba a Fran por dentro, pero sabía que no tenía más remedio.

—Muchas gracias. Por favor, póngase ahora mirando a la pared, con los brazos levantados y las piernas abiertas para cachearle.

—Sí, no vaya a ser que lleve una pistola oculta que haya pasado por el control de seguridad del aeropuerto. ¡Es ridículo!

—Señor, es el procedimiento, si le parece ridículo, cuando usted salga de aquí, se va al Ministerio del Interior y pone una queja.

—Lo haré, no tengan la menor duda.

Fran fue cacheado y despojado de todo lo que llevaba encima, tal y como marca el procedimiento, menos de su ropa y sus zapatos. Sin cordones, eso sí. Finalizado esto, un agente le acompañó a una de las celdas.

Al cabo de unos minutos, alguien vino a buscarle y Fran tenía toda la esperanza de que fuera su abogada. Se equivocaba.

—Caballero, venga conmigo.

—¿Dónde vamos? ¿Ha llegado mi abogada?

—No, su abogada aún va a tardar. Vamos a realizarle la ficha de detenido y la revisión médica.

—¿Y esto no podemos hacerlo una vez venga mi abogada?

—No, señor, para esto no es necesario la presencia de su abogada.

—Pero es que todo esto es un error.

—Si esto es un error, luego esta ficha se destruye y todo arreglado, pero, mientras tanto, tenemos que seguir con el procedimiento. Siéntese ahí y mire de frente. Cuando yo le diga, póngase de perfil.

Clic, clic, clic. Se tomaron las fotografías.

—Coloque aquí su mano. —Fran apretó la mano sobre una almohadilla de tinta negra—. Ahora póngala aquí y después sus dedos en los cuadros correspondientes.

Fran no rechistó a nada, puesto que nada iba a cambiar aquello.

—Ahora la doctora le va a hacer una pequeña revisión.

Fran siguió en silencio mientras aquella mujer, que ni tan siquiera le había saludado, le hacía el

chequeo.

—¿Toma alguna medicación? ¿Alguna enfermedad destacable? ¿Alguna alergia conocida?

—No.

—¿No a qué? —inquirió la doctora con claro desdén por su trabajo y por el detenido.

—No a todo, señora.

—Gracias, ya te lo puedes llevar entonces.

El policía volvió a acompañar a Fran en el camino inverso hasta su celda.

—¿Quiere algo?

—Agua, por favor —pidió Fran.

—Vale, ahora se la traeremos.

—¿Papel y boli podría ser?

—No es habitual, pero voy a preguntarlo.

Al cabo de unos minutos el agente regresó.

—Un vaso de agua por aquí, papel y rotulador, bolígrafo no está permitido.

Fran no se molestó en preguntar por qué y respondió con un simple «gracias».

«Tengo frío y esta manta que me han dado me genera más asco que calor. No sé qué hora es, pero ya llevo mucho rato aquí, o eso me parece. No entiendo por qué no llega mi abogada para sacarme de aquí.»

¿Quién coño me ha tendido esta trampa? Porque solo puede ser eso: una trampa. Pero ¿por qué? ¿Para qué? Yo no recuerdo haber matado a nadie. Un momento, yo no lo recuerdo. Pero ¿y si lo hice? Tampoco bebí tanto en realidad, pero es cierto que mezclé vino, luego whisky y también ginebra. ¡Pero estuvimos muchas horas! ¿Quizá aquel chico me metió algo en alguna copa sin que yo me enterara? ¿Por qué era tan simpático conmigo?

Estoy empezando a venirme abajo. Necesito que me saquen de aquí. Han venido a traerme una bandeja con comida, si es que a eso se le podía llamar comida, por lo que ya debe ser la hora de la cena y mi abogada aún no ha venido».

—¡Agente! ¡Agente! ¿Hay alguien?

Se acercó un policía a la puerta.

—Dígame, ¿qué le sucede?

—¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto.

—¿Cómo que las nueve y cuarto?

—Sí, caballero, las nueve y dieciséis minutos exactamente.

—¿Y me puede decir entonces dónde coño está mi abogada? Porque, si es esa hora, quiere decir que llevo aquí más de cuatro horas desde que se me llevaron de mi puerta de embarque sin ninguna prueba.

—Caballero, su abogada ya está informada, iré a preguntar y le informaré. Mientras tanto, aproveche para comer porque en breve será trasladado.

—¿Trasladado a dónde? ¿Por qué?

—Mis compañeros le darán más información dentro de media hora.

«¿Y ahora adónde me llevan? ¿Dónde está la abogada? Esto es todo muy raro. ¿Y si alguien me intenta hacer daño? ¿Y si es Jean Paul que está dolido aún conmigo por lo que pasó en París y ha montado todo esto para vengarse? Tal vez no ha montado esto, pero ¿y si no ha llamado a la abogada para tenerme aquí más tiempo encerrado? Tampoco era para tanto lo que ocurrió, yo lo recuerdo perfectamente.

Habíamos quedado para cenar en un italiano porque él me dijo que le gustaba y yo aproveché para que conociera a Elena. Recuerdo que él se reía mucho y nos lo pasamos bien. En algún momento me dio la sensación de que él intentaba tocarme con los pies bajo la mesa, incluso que se acercaba demasiado a mí o que me ponía miradas raras cuando Elena consultaba el móvil o cuando se fue al baño. Y a mí la verdad es que ese juego me gustaba, me resultaba divertido, pero solo eso, un juego, a mí me gustan las mujeres, ¡estoy casado!

Después de cenar propuse ir a tomar una copa al local donde Jean Paul comenzaba al día siguiente a trabajar y Elena dijo que ella prefería irse a descansar y propuso que era mejor que Jean Paul fuera solo para enfrentarse a lo que se encontraría. La verdad es que ese comentario me pareció fuera de lugar porque, claramente, lo que ella no quería es que yo fuera allí de copas. Tenía verdadero odio a que yo saliera de noche y ella nunca entendía por qué yo necesitaba ese rato de desconexión, ella tenía otras cosas que la hacían desconectar y evadirse de sus preocupaciones, a mí me evade beber y ver a otra gente, hablar con desconocidos de quienes no recordaría ni su cara y que muy probablemente no volvería a ver en mi vida.

Por ese motivo opté por decirle a Elena que ella se fuera a casa, pero que yo me quedaba con

Jean Paul a tomar una copa y que después regresaría. Ella se enfadó muchísimo y ni tan siquiera se despidió de nosotros, se giró, entró en un taxi y se fue. Yo ya estaba acostumbrado a esas escenas y no le di la más mínima importancia.

Jean Paul estaba muy agradecido porque le hubiera encontrado trabajo y yo creía que allí empezaba una bonita amistad. Nunca está de más tener amigos, y contactos, siempre he pensado igual, y esa manera de ver las cosas me ha ayudado frecuentemente en mi trabajo.

Entramos en el local, saludé a uno de los dueños y estuvimos hablando los tres un rato con la primera copa. Mi propósito era que él también se sintiera cómodo de cara al trabajo. Un chupito, dos, la segunda copa, tres chupitos, cuatro, cinco, tercera copa... Y así se nos fue la noche de las manos. De madrugada ni él ni yo regíamos muy bien y no sé cómo acabamos bajando a la zona oscura que tenía el Krash. Los dos entramos riendo y allí dentro había mucha gente. Nos movíamos y la gente nos tocaba. De pronto, estaba apoyado en una pared, muy mareado. Sentí que alguien me desabrochaba el pantalón y en cuestión de segundos estaba haciéndome una felación. Yo no entendía nada, pero no podía reaccionar y creía que me gustaba. Supongo que el alcohol no me dejó disfrutar y golpeé a la persona que estaba arrodillada frente a mí, me subí el pantalón y seguí caminando a la vez que llamaba a Jean Paul. Salí de la zona oscura y me volví a sentar en la barra.

Él salió al cabo de unos minutos, vino directamente a mí y me dio un golpe en el brazo preguntándome que qué coño me pasaba, que si estaba loco. Yo me disculpé, no sabía que era él quien estaba haciendo eso. Me dijo con el labio sangrando que le había jodido la noche, que era un imbécil y se marchó de allí.

La música estaba muy alta y yo muy alcoholizado, la verdad es que ni reaccioné, seguí allí bebiendo sin darle la mayor importancia a lo que había ocurrido, de hecho, no era consciente ni de que se había marchado del local, pensé que había vuelto a la zona oscura. Me levanté del taburete para ir a buscarle y pedirle disculpas. No me aguantaba en pie. Entré en aquel agujero oscuro lleno de gente y me volví a apoyar en una pared llamándole. Alguien vino e hizo lo mismo que él. Yo le hablaba, pero él no me decía nada, solo me tocaba. Yo estaba muy excitado, no entendía nada, sabía que el alcohol estaba provocando todo aquello, pero era incapaz de moverme. Esa persona tenía mi pene en su boca y jugaba con él con locura. El alcohol me tenía tan perjudicado que la situación me excitaba como jamás había sucedido. Mi pene entraba en su boca una y otra vez y recuerdo que él, o tal vez alguien muy cerca de mí, gemía sin parar. No sé cuánto tiempo llevaba en aquella situación, pero creo que poco. Eyaculé en su boca porque no pude avisarlo y a él no pareció disgustarle. Se acercó a mi oído y me dijo: “Eres un fiero”, y desapareció de mi reducidísimo campo visual. Yo caí al suelo. No sé cuánto tiempo estuve allí, volví a recuperar el sentido cuando encendieron las luces y ya no quedaba nadie dentro. Me levanté, me subí los pantalones y me marché.

Llamé a Jean Paul decenas de veces y nunca me contestó hasta que nos encontramos al cabo de muchos meses en la calle y retomamos el contacto».

—¡Ballester! —llamó de pronto una voz nueva por la ventanilla de la celda.

Fran había vuelto a perder la noción del tiempo.

—¿Ya está aquí mi abogada?

—No, su abogada no va a venir hasta mañana. Salga, cogemos sus cosas y nos vamos.

—¿Ya me puedo ir a casa entonces?

—No, señor, le trasladamos al Registro Central de Detenidos.

—¿Y eso por qué?

—Porque es el procedimiento, caballero, no puede quedarse aquí en el aeropuerto toda la noche. Además, allí hay calefacción y podrá dormir mejor antes de ir mañana al juzgado.

—¿Pero entonces mañana ya me soltarán?

—Eso no lo decidimos nosotros, sino el juez.

—¿Y pueden probar que han llamado de verdad a mi abogada?

—Claro que sí, mañana le darán a usted todas las pruebas que necesite. Ahora coja sus cosas —indicó el policía abriéndole una sala donde había dejado previamente su maleta y su mochila— y póngase aquí.

En ese mismo pasillo había ya cinco personas más. Esposaron al primero con el segundo, al tercero con el cuarto y al quinto con Fran.

—¿Pero esto es necesario? ¡Yo soy periodista, no un delincuente! —recriminó Fran visiblemente molesto.

—Señor, usted está acusado de lo que está acusado por muy periodista que sea. Y, aunque estuviera acusado de robar una cartera, como nosotros no los conocemos de nada, lo que hacemos es seguir el procedimiento establecido para el traslado de detenidos, que no es ni más ni menos que este. Si tiene alguna queja...

—Sí, sí, que cuando salga la ponga en el Ministerio del Interior —completó Fran con su tono de impertinencia habitual.

—Exactamente. Y ahora, si nadie tiene nada más que decir, nos vamos.

Un agente iba delante y dos más detrás, los acompañaron hasta una salida donde esperaba un furgón de detenidos de la Policía Nacional, subieron los seis y el furgón se puso en marcha.

«El furgón daba asco y encima nos llevaban a oscuras, la única luz que entraba era la de la calle por aquellas pequeñas ventanillas diminutas que tiene el furgón en la parte superior. Es vergonzoso. Soy consciente de que allí trasladan cada día a delincuentes, pero creo que se

debería hacer eso en condiciones mínimas de salubridad. El trayecto duró una media hora y yo solo podía mirar cómo un vaso de cola que había en el suelo iba de un lado a otro, mientras uno de los que tenía en el banco de enfrente bien pasado de alcohol le decía a su mujer lo arrepentido de todo que estaba.

Al llegar, el agente se hizo el sorprendido porque la luz estuviera apagada, pero su cara de cinismo le delataba. Debía gustarle hacer eso a los detenidos para sentir que aleccionaba a la gente. Muy triste».

—Venga, bajamos por favor, cogéis vuestras pertenencias, firmáis el documento que os den mis compañeros y seguís sus indicaciones.

«Dejé mi maleta y mi mochila en una habitación llena de cosas similares, pero me negué a desprenderme mi abrigo. Tenía mucho frío. Me encerraron en una celda mucho más grande, con otra gente. Eran varias celdas, y en cada una había entre seis y diez personas. Nos dieron una colchoneta y dos mantas. Me enrollé en las mantas y traté de dormir. El ruido lo hacía muy complicado, había gente en otras celdas a las que les gustaba armar follón y meterse con otros detenidos o con los propios agentes de Policía. Cada vez que llegaba un detenido nuevo, las luces se abrían y volvía aquel ruido terrible de las puertas de acero.

No sé ni cuánto ni cómo pude, pero algo dormí, me imagino que al final el propio cansancio de tu cuerpo te hace caer rendido más tarde o más temprano.

A las ocho de la mañana se volvieron a encender las luces, esta vez todas las del recinto. Nos dieron unas galletas y nos permitieron ir al baño mientras se iban firmando los papeles de salida y recogíamos las pertenencias.

Tocaba de nuevo un viaje, y me confirmaron que íbamos ya para los juzgados de plaza Castilla en Madrid.

El trayecto fue corto, al menos, se me hizo más corto que el del día anterior. Bajamos del furgón de detenidos, este era más cómodo que el de anoche, entramos al juzgado, nos registraron escaneando nuestra mano y nos asignaron una de las celdas. Aquí tenían a los detenidos separados por grupos, por lo que pude entender, en función de la gravedad del delito que habían cometido o de la urgencia en que pasarán por delante del juez.

Los calabozos de estos famosos juzgados son realmente asquerosos, húmedos, antiguos..., llevo aquí sentado más de dos horas cuando por fin oigo mi nombre».

Fran fue llevado a una sala de vistas ante un secretario judicial.

—Señor Ballester, ¿es consciente de los hechos por los que se encuentra aquí?

—Sí, señoría, pero yo soy inocente.

—Yo solo soy la secretaria judicial, si es inocente o no, se lo explica luego al juez.

Falsa alarma. Fran se vuelve a desmoronar, esto solo era otro trámite.

—A continuación, necesitaré que me firme la lectura de sus derechos y estos documentos, después le volverán a llamar para subir a declarar ante su señoría.

Fran no articuló ni media palabra, firmó todo y volvió a sentarse. La secretaría judicial pidió que se lo llevaran mientras le entregaba a Fran la copia de los documentos que había firmado.

«Otra vez sentado de nuevo en este maldito calabozo rodeado de gentuza. He hecho bastantes entrevistas en mi vida y muchas personas me han contado cómo vivían este momento, pero nunca creí que fuera así, la verdad. Miro a mi alrededor y solo veo gente que claramente parece culpable y, en cambio, yo, que no he hecho nada, me tienen aquí retenido vete a saber hasta cuándo. Solo quiero que me llamen ya y esta pesadilla se acabe. Espero que hoy mismo pueda coger un avión, marcharme de aquí y dormir en mi casa. A mi lado hay un borracho acusado de un delito contra la seguridad vial, un maltratador, un narcotraficante, uno que por su olor y sus pintas parece ser vagabundo y un chico joven que no habla, pero que tiene sangre en su camiseta. ¿Qué diablos hago yo aquí?».

—¡Oiga! ¡Agente! —bramó Fran desde la puerta del calabozo golpeándola fuerte.

—¿Qué ocurre? —Un funcionario abrió la puerta con tez enfadada por la actitud de Fran.

—¿Puedo ver a mi abogada, por favor? Llevo aquí ya muchas horas y esto es inhumano.

—Señor, sea paciente, en breve le llamarán para ir a declarar. Pero, si vuelve a dar estos, golpes le aseguro que me encargaré personalmente de que sea el último en subir.

—Perdón.

Era increíble pero cierto. Fran había emitido por su boca la palabra «perdón», un hecho digno de destacar en una persona con su egocentrismo. Regresó a su sitio, apoyó la cabeza sobre sus puños mirando al suelo y no se movió hasta escuchar su nombre de nuevo.

—Fran Ballester, a declarar.

Se levantó rápidamente, fue hacia la puerta y volvió a ser esposado.

—¿Me van a llevar ante el juez así?

—Hombre, podría ser usted un asesino. ¿Cómo quiere que le llevemos?

Fran se mantuvo en silencio mientras subía el primer piso de escaleras.

Vio a Jean Paul sentado en una silla desde el pasillo por el que estaba subiendo hacia la segunda planta. Eso le dio cierta tranquilidad, de algún modo, quería decir que no era una trampa.

Llegó a la segunda planta y le sentaron en una sala. Se oía mucho barullo de gente entrar y salir. Estaban pasando muchas cosas y parecía que había bastante trabajo. Entró su abogada.

—Buenos días, Fran, mi nombre es Antonia García, soy amiga de Jean Paul y soy la abogada que te va a asistir en el proceso.

«Cuando vi a aquella chiquita entrar pensé que me iba a morir en prisión. Era rubita, pelo largo, muy guapa, delgada, bajita y con un tono de voz muy suave. Yo me esperaba a una superabogada de metro setenta y cinco, con cara de enfadada, un maletín en su mano y que, tajantemente, me dijera: “Soy Antonia y vengo a sacarte de aquí ahora mismo”».

—Hola, Antonia, encantado de conocerte.

—¿Cómo estás?

—Pues, hombre, imagínatelo...

—Es complicado, además, te acusan de algo muy grave.

—Yo no he matado a nadie, te lo juro.

—Pues eso no es lo que dice la Policía...

—¿Y en qué se basan? Yo considero que esto es alguien que quiere hacerme daño.

—Bueno, el chico que ha aparecido muerto en el parking había estado contigo y hay personal del hotel que dice que os enfadasteis y él se marchó. Justo después aparece muerto en el garaje y a la hora de la muerte tú ya no estabas en el bar del hotel.

—Si no estaba en el bar, estaría en mi habitación o en la calle.

—En la calle no, porque las cámaras de la entrada no registraron tu salida. Y en la habitación no lo sabemos porque no hay ninguna cámara en esos pasillos que demuestre que no te encontrabas en el parking.

—¡Yo no he matado a nadie!

—Bien, y yo te creo, pero tenemos que demostrarlo y darle al juez, ahora cuando entremos, argumentos suficientes para que te deje en libertad a la espera de que en el juicio se puedan ver todas las pruebas con claridad. El problema es que vives en París, por lo que el juez podría

decretar tu ingreso en prisión provisional por riesgo de fuga...

—Pero Jean Paul podría ayudarme, seguro que podría quedarme en su casa unos días si fuese necesario, no tengo ningún interés en fugarme porque no he hecho nada.

—No te preocupes, él ya me ha dicho que ayudaría en lo que fuera necesario.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

—Repasemos los datos que tiene la Policía. Te explico: el chico fue asfixiado con una bolsa en la cabeza como ya sabes, tú mismo diste la noticia. ¿Cómo tuviste los detalles de la muerte?

—Fue muy sencillo, me despertaron las sirenas y, cuando vi que llegaba tantos policías al hotel y que alguien había dicho que sucedió algo en el garaje, hice mi trabajo, escuché a la gente que hablaba, con toda la información que recopilé avisé a una de las agencias con las que trabajo de que podría dar la noticia, les pareció estupendo y eso fue lo que hice a primera hora de la mañana.

—Entiendo. ¿Y qué cenaste aquella noche?

—Comí un sándwich en mi habitación que había comprado en una máquina en el metro el día anterior y que, finalmente, no me comí.

—¿De qué era ese sándwich?

—De jamón y queso. ¿Qué tiene eso que ver con que yo esté aquí?

—Una de las pruebas que la Policía está analizando son los restos de una hamburguesa que parece ser que el asesino se comió en el parking y, cuando vio a la víctima, tiró al suelo.

—¿Y cómo saben que esa hamburguesa es del asesino?

—Porque la bolsa que lo asfixió tenía marcas de aceite y salsa que coinciden exactamente con los encontrados en la hamburguesa que había en el suelo.

—¿Y no han analizado las huellas para descartar que sean mías?

—Sí, pero no había huellas.

—¿Entonces qué pruebas tienen contra mí?

—En realidad, ninguna, pero sí indicios. Que fuiste la última persona que vio a la víctima con vida, que un testigo dice que tuvisteis una pequeña discusión antes de que el chico asesinado se marchara y otro que afirma que te gustan mucho las hamburguesas.

—Pero es ridículo. ¿Y me van a mandar a prisión por pelearme con un maricón que quería sexo conmigo y porque me gustan las hamburguesas?

—Mi consejo es que evites ese tipo de expresiones delante del juez.

—Es que es todo ridículo, Antonia, yo no he matado a nadie.

«Aquella rubita no me tenía nada convencido, aunque las pruebas eran ridículas. Confío en que si Jean Paul me la ha recomendado es porque debe ser buena abogada, pero ¿y si realmente es una abogada nefasta más preocupada de que sus uñas luzcan con un esmalte maravilloso que de que yo me vaya a mi casa y con eso él consigue hacerme daño y que me envíen a prisión? No puedo más, necesito que esto acabe ya».

—No te preocupes, si eso es así, lo demostraremos y más tarde o más temprano esto habrá acabado.

—Pero yo no quiero ir a prisión.

—Entiende que eso es algo que puede ocurrir, y yo no te puedo garantizar que no vayas, pero voy a hacer todo lo posible para que eso no suceda. Además, también sé que Jean Paul ha hablado con sus contactos en la Policía.

—¿Y de qué me sirven esos contactos si quien decide es el juez?

Sonó el teléfono de Antonia.

—Jean Paul, estamos a punto de entrar a declarar, no puedo hablar ahora.

—¿Puedo hablar con Fran?

—No, ya sabes cuál es el procedimiento, si ven por las cámaras que le doy el teléfono al detenido, entrarán de inmediato y los dos tendremos un problema.

Fran no entendía esa inflexibilidad, estábamos en una habitación a solas y no había nada de malo en hablar con él unos segundos.

—Por favor, Antonia, es muy importante.

—Jean Paul, no insistas, conoces las normas.

—¿Y si te digo que tengo una información muy importante que puede cambiar toda la investigación?

—Entonces dímela a mí y yo sé la explico a Fran si es necesario.

Jean Paul confiaba en Antonia, pero hubiera preferido transmitir la información directamente a Fran para que él supiera cuál es de primera mano.

—Ok, uno de mis contactos, que ha formado parte del equipo de análisis de las pruebas, me ha dicho que la hamburguesa que ha encontrado un policía en el suelo del parking llevaba cebolla.

—¿Me tomas el pelo, Jean Paul? ¿Y qué quieres que yo haga con esa información?

—Pregúntale a Fran y él mismo te podrá responder.

Jean Paul colgó el teléfono sin dar oportunidad a Antonia a contestar.

Se abrió la puerta de la sala.

—Fran Ballester, a declarar.

—Necesitamos unos minutos, por favor —pidió Antonia al funcionario.

—Señora, esto es un juzgado, hay que ir a declarar —señaló el funcionario de modo muy desagradable.

—Entiendo que esto es un juzgado, pero este señor que ve aquí es alguien a quien le están acusando de asesinato. ¿Le parece suficientemente importante como para pedir a su señoría que espere cinco minutos porque la vida de esta persona está en juego?

El funcionario no replicó y cerró la puerta de la sala.

«En aquel momento, la rubita me conquistó. Ahora confiaba en ella».

—¿Qué te ha dicho Jean Paul, Antonia?

—No lo he entendido y no sé si esto es algo entre vosotros porque claramente me estaba hablando en clave, pero quiero la verdad, Fran, o desistiré de ser tu abogada y me marcharé.

—Que sí, que yo no he matado a nadie, te lo he dicho una y otra vez.

—Jean Paul ha comentado que la hamburguesa que encontraron en el suelo tenía cebolla.

—¡Joder! ¿En serio? ¿Cebolla?

—¿Me puedes explicar de una maldita vez qué significa? —Antonia comenzaba a sentirse molesta y un tanto enfadada.

—¡Soy alérgico a la cebolla! Por lo tanto, si la única prueba fiable que tiene la Policía es que el que se comió la hamburguesa con cebolla mató al chico, claramente no fui yo.

—Fran, eso podría darte la libertad inmediata. Vamos a explicarlo claramente al juez, intenta no perder los nervios durante el interrogatorio, por favor, el juez tiene que ver que todo esto ha sido un error, que eres una víctima y que tú diste la noticia simplemente porque hacías tu trabajo como hubiera hecho cualquier otro periodista. Voy a avisar al funcionario.

El funcionario vino a recoger a Fran, no medió palabra y lo condujo al despacho donde el juez le iba a tomar declaración.

«Era un despacho enorme y muy luminoso. Claro que después de tantas horas a oscuras, hasta una alcantarilla podría parecerme luminosa. El juez era la primera persona a la que no le vi, desde mi detención, cara de enfadado o de hastiado de la vida o de su trabajo. Tendría unos sesenta años y toda su mesa llena de papeles con mi investigación, eso me dio cierta tranquilidad. Para mí significaba que aquel hombre había tenido la deferencia de, aparentemente, estudiarse mi caso con detalle, en lugar de enviarme a prisión provisional sin motivo y pasar al siguiente caso para irse pronto a su casa».

—Buenas tardes, señor Ballester.

—Buenas tardes, señoría.

—Bien, veamos, está usted aquí en calidad de detenido, acusado del asesinato del señor Jordan Aurelio Pinto García en el aparcamiento del hotel donde usted se hospedaba. ¿Reconoce usted los hechos? ¿Quiere declararse culpable?

—No, señoría, al contrario, yo soy inocente. No he matado a nadie.

—De acuerdo, señora fiscal, ¿quiere preguntar al detenido?

—Sí, señoría.

—Señor Ballester, ¿de qué conocía a la víctima?

—Nos conocimos en el hotel donde yo me he estado alojando unos días.

—¿Dónde vive usted?

—En París.

—¿A qué ha venido a Madrid?

—Estoy aquí por trabajo.

—¿Y a qué se dedica usted?

—Soy periodista.

—¿Qué tipo de periodista?

—Señoría, con todo el respeto, estamos aquí para interrogar a mi cliente sobre lo ocurrido, no acerca de su trayectoria profesional, estamos en una declaración, no en el acto de juicio —se

anticipó la abogada de Fran.

—Se acepta —dijo el juez—. Señora fiscal, ciñámonos a los hechos.

—Entendido, señoría —asintió la fiscal—. Señor Ballester, ¿usted se ha relacionado con alguien más en ese hotel?

—Que yo recuerde ahora mismo, no, pero suelo hablar con mucha gente cuando viajo solo por trabajo, me gusta conocer gente nueva, no me aburro, y alguna vez hago planes con esas personas.

—¿Hizo algún plan con la víctima?

—No.

—¿Pretendía hacerlo?

—La verdad es que no, simplemente, charlamos un rato en el bar.

—¿Pretendían, tal vez, mantener relaciones sexuales en el hotel?

—No.

—¿Ninguno de los dos o solo usted no lo pretendía?

—Yo solo puedo hablar por mí. No sé lo que él pensaba. De hecho, Jordan había bebido bastante.

—¿Y usted tuvo algún desencuentro con la víctima?

—Él se enfadó por una diferencia de ideología política conmigo y se marchó.

—¿Y dónde fue?

—No lo sé.

—¿Y no es más cierto que usted quería un encuentro sexual con la víctima y esta se negó y, al hacerlo, usted, preso de ira y bajo los efectos del alcohol, fue hasta el garaje y allí lo mató?

—De ninguna manera. Desconozco cuáles eran sus intenciones sexuales, pero a mí no me gustan los hombres, de hecho, estoy felizmente casado con una mujer.

—¿Qué cenó aquella noche, señor Ballester?

—Un sándwich.

—¿De qué?

—De jamón y queso.

—¿Y no es más cierto que usted comió una hamburguesa mientras esperaba que su víctima bajara al garaje y, cuando lo hizo, le puso la bolsa del local donde había comprado esa hamburguesa en la cabeza?

—No.

—Sin embargo, una de sus comidas preferidas es la hamburguesa. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto, pero yo no he matado a nadie.

—Entiendo. No hay más preguntas, señoría.

—¿Cuál es la petición de la fiscalía? —consultó el juez.

—Nuestra petición, señoría, es denegar la libertad al detenido y enviarlo a prisión provisional sin fianza a la espera de juicio.

—Letrada, ¿quiere interrogar a su cliente?

—Sí, señoría —respondió la abogada convencida de poder despejar las dudas que había intentado generar la fiscal.

—Seré breve, señoría, entendiendo que no estamos en el acto de juicio como parece que pretende o siente la señora fiscal. Señor Ballester, ¿tiene usted alguna alergia alimenticia?

—Irrelevante, señoría. De modo que yo no puedo preguntar por su trabajo, pero ¿su abogada sí que puede cuestionar por sus intolerancias alimenticias? —La fiscal intentó invalidar la pregunta de la abogada, sabiendo que detrás de ella había alguna estrategia procesal.

—Señoría, la pregunta es muy relevante, y, si le permite a mi cliente contestar, tendremos este asunto resuelto en cuestión de minutos.

—De acuerdo, se acepta cuestión, conteste a su abogada, señor Ballester —indició el juez intrigado por conocer la respuesta.

—Yo soy alérgico a la cebolla.

—Señoría, la abogada ha tenido acceso a la investigación policial y ahora pretende hacernos creer que su cliente es alérgico a la cebolla para invalidar la prueba que consta en autos de que la persona que comió la hamburguesa que encontramos en el suelo es la misma que mató a la víctima porque la bolsa era del mismo establecimiento que la hamburguesa y, además, porque esta tenía restos de aceite de la propia hamburguesa. —A la fiscal se le escapaba la estrategia de las manos.

—Con todos los respetos, señoría, pero si usted así lo requiere, podemos llevar a cabo un experimento ahora mismo, pero no quisiera poner en riesgo la vida de mi cliente solo para contentar a una fiscal que desea enviar a un inocente a prisión.

—¿Tiene más preguntas, letrada? —inquirió el juez a la abogada con ganas de concluir el acto.

—No hay más preguntas, señoría.

«Yo no entendía nada, pero quería confiar en Antonia. No comprendí en ese momento por qué no me hizo más preguntas que pudieran dejar más claro aún que no tenía nada que ver con el asesinato de ese chico; tampoco el empecinamiento de la señora fiscal en que yo me fuera a prisión».

—Bien, a la luz de estos hechos, decreto la libertad provisional del detenido con prohibición de salir del país hasta que acuda a un laboratorio a efectuarse una prueba de alergias que nos certifique que, efectivamente, es alérgico a la cebolla y que, por lo tanto, se pueda decretar su libertad sin cargos a la espera de que en el juicio se analice todo lo sucedido.

—Gracias, señoría, mañana mismo iré a hacerme esa prueba. —Fran, aliviado, abrazó a Antonia mientras la fiscal salía de la sala—. Gracias, de verdad. —Fran volvió a mostrarse agradecido con Antonia.

—No hay de qué, ahora debes permanecer en custodia policial unos minutos mientras yo voy a buscar tu auto de libertad. Tan pronto lo tenga, vendré a recogerte y ya podrás marcharte.

—Vale, esperaré, no tardes, por favor, ya no puedo estar más aquí.

—Tranquilo, haré lo posible porque el secretario judicial prepare los documentos rápido.

—Gracias.

Al salir de la sala, Antonia encontró a Jean Paul.

—¿Cómo ha ido? —quiso saber angustiado.

—Muy bien, lo van a poner en libertad.

—Me alegro. ¿Se ha demostrado que él no ha hecho nada?

—Bueno, por ahora, el juez le da la libertad provisional para que vaya a hacerse una prueba que certifique que es alérgico a la cebolla y así comprobar que él no pudo ser el asesino, porque la hamburguesa que el asesino se comió tenía cebolla.

—¡Genial! Pero eso es fácil y rápido. ¿Y con eso ya está?

—Bueno, como mínimo, eso será suficiente para que pueda regresar a casa, pero muy probablemente lo citarán para venir el día del juicio, al fin y al cabo, él fue la última persona que vio a la víctima con vida.

—Sí, es normal. Pero, bueno, será un trámite sin más si él no tiene ninguna responsabilidad.

—Sí, yo espero que todo haya quedado en un susto y ya está. Voy a ver si ya tienen los papeles para que pueda salir.

—Vale, muchas gracias.

—De nada, ahora vengo.

Sorprendentemente, el auto de libertad estaba preparado mucho más rápido de lo que Antonia hubiera esperado, se notaba que era la hora de la comida y los funcionarios tenían ganas de marcharse, así que, satisfecha con el trabajo, volvió hasta la sala de detenidos donde Fran aguardaba impaciente.

—Ya está, Fran, ya te puedes marchar, eres libre. Te enviaré más tarde un mensaje con dos laboratorios donde puedes ir mañana por la mañana a hacerte la prueba para entregarla al juzgado cuanto antes. El funcionario me ha dicho que, si la entregas mañana, tal vez el mismo día tengamos el auto modificado y ya estarás en libertad sin cargos y sin medidas cautelares.

—¿Y ya podría volver a casa?

—Sí.

—¡Qué bien! Muchas gracias.

—Vamos fuera, hay alguien esperándote.

Salieron de la sala y, después de caminar todo el pasillo, Jean Paul vio a Fran y fue a abrazarle.

—Gracias por tu ayuda, Jean Paul, no sé qué hubiera sido de mí sin ti.

—Por un amigo, lo que sea —contestó Jean Paul visiblemente emocionado.

—Perdonad que os interrumpa —se adelantó Antonia—. Fran, tienes que ir a recoger tus cosas a la sala B28. Yo me voy, tengo que atender a un cliente en el despacho, pero para cualquier cosa, Jean Paul, envíale mi teléfono y datos de contacto y mañana tan pronto tengas el certificado de la prueba llámame y lo presentaré al juzgado.

—Mañana a las nueve seré el primero en la puerta del laboratorio, tenlo por seguro —confirmó Fran.

—Perfecto, esta noche descansa mucho, que han sido un par de días moviditos.

—Yo me lo llevaré ahora a comer, lo dejaré en casa y cuidaré de él, no te preocupes. —Jean Paul se mostró voluntarioso sin ocultar un afecto excesivo hacia Fran.

Fran se sentó en la escalera para ponerse los cordones de los zapatos. Jean Paul le contemplaba en silencio. La escena le parecía curiosa, incluso graciosa, aunque no era el momento de hacer bromas. Fran se levantó, le miró y sonrió.

—¿Nos vamos?

—Claro, vamos a comer y te vienes a mi casa a descansar —le propuso Jean Paul.

—No te preocupes, prefiero ir a un hotel, descansar y no molestarte. Además, ¿tú no estabas en Palma ya?

—Sí, pero cuando me llamaste dejé todo, compré un billete y me vine para aquí a las seis de la mañana en el primer avión.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, Jean Paul.

—No hay de qué, Fran. Seguro que tú hubieras hecho lo mismo por mí.

Fran no contestó acerca de ese asunto y movió los labios solo para manifestar:

—¿Nos vamos a comer entonces?

—Sí, vamos —señaló Jean Paul entristecido.

En realidad, no se esperaba ese silencio. Ni se lo esperaba ni se lo merecía después de todo lo que Jean Paul había hecho por él.

Fran salió por la puerta del juzgado, se detuvo, miró al cielo y respiró. Esa sensación era indescriptible. Había recuperado una libertad que nunca pensó que le quitarían y que aún no entiende por qué perdió. Sin duda, han sido las veinticuatro horas peores de su vida.

—¿Estás bien? —se interesó Jean Paul preocupado.

—Jean Paul, vamos a emborracharnos, lo necesito.

—¿Cómo vamos a ir a emborracharnos? No digas tonterías, venga, sube al taxi.

—Bueno, como contigo y luego ya veré lo que hago.

—Fran, por favor, ven a casa y descansa, lo necesitas.

—Si voy a tu casa, me emborracharé allí.

Se hizo el silencio. Jean Paul no sabía qué tenía que responder.

—¿Ves?, no te gusta la idea. Me iré solo —se apresuró a formular Fran.

—No es que no me guste, Fran, soy yo el que te ha ofrecido mi casa. Pero necesitas comer y descansar, no emborracharte.

En el fondo, Jean Paul quería que se emborrachara y ya estaba fantaseando con lo que podía ocurrir en una situación así, pero debía ser prudente y consciente.

—Señores, ¿van a subir? —recreminó el taxista que hacía algunos minutos que miraba su conversación desde la puerta de atrás, la cual Jean Paul mantenía abierta.

—Sí, perdón. Vamos al Escondite de Villanueva, por favor, en la calle Villanueva esquina con Lagasca.

Fran no preguntó, como de costumbre.

—Vamos para allá —aseguró el taxista aliviado.

—Gracias por preguntar qué me apetecía —mencionó Jean Paul en tono irónico.

—Yo ya sé lo que te gusta.

—Mejor no te contesto a eso, Fran.

La comida fue muy bien, Fran se había relajado y, cuando estaba así, todo salía mejor. Justo cuando llegaba el postre sonó el teléfono de Fran, era Elena.

—¿Qué hago, Jean Paul? ¿Le contesto?

—Hombre, no sé, es tu mujer. Tendrás que explicarle dónde estabas.

—Tengo mil llamadas perdidas tuyas, debe estar enfadadísima...

—Fran, ¡cógelo y da la cara!

Sorprendentemente, Fran le hizo caso.

—Hola, cariño —saludó Fran con un tono y una amabilidad jamás apreciadas en él

—¿Cariño? Llevo llamándote desde ayer tarde, ¿tú te crees que es normal estas borracheras que te coges y desaparecer como lo haces sin ni tan siquiera avisar o cogerme el teléfono? ¡No puedo más, Fran!

—¿Puedes escucharme un momento?

—¡No! Estoy harta de tus juergas, de tus borracheras, de tus fiestas, ¡ni una más, Fran, esto se ha terminado! ¡No lo aguanto más! ¡Se acabó! —Elena estaba realmente fuera de sí.

—Elena...

—¡Ni Elena ni Eleno! Olvídate de mí, Fran. ¡Se acabó!

—¡Elena! —gritó Fran, dando un golpe en la mesa.

Se hizo el silencio.

—Ayer me detuvieron en el aeropuerto, he salido ahora de los juzgados y por eso no he podido responder a tus llamadas.

—¿Detenido? —Elena había cambiado radicalmente su tono y se calmó.

—Sí, detenido, Elena.

—Esto ya es el colmo, lo que me faltaba. Estar casada con un delincuente. A saber qué has hecho. No quiero volver a saber nada más de ti. ¡Olvídame!

—Elena...

Ya era tarde, Fran no podía replicar. Elena había colgado. Fran quedó sorprendido y sin palabras.

—Bueno, supongo que es normal de primeras, no te preocupes, se le pasará —valoró Jean Paul para tratar de restarle importancia y que cambiara la cara.

—Mira, ¿sabes qué? Si no se le pasa, me da igual. Estoy harto de ella, que se vuelva con su madre y se dé cuenta de que su vida de desgraciada no tiene sentido si yo no estoy en ella.

Reapareció el Fran de siempre, no había durado mucho aquel espejismo de ternura y buenas maneras. Jean Paul no mencionó nada sobre su desafortunada frase, no deseaba estropear la comida.

—¿Pagamos y nos vamos a mi casa? —Jean Paul aún no había perdido la esperanza.

—Vale.

—¿Vale?

Jean Paul quería morirse. No debía haber dicho eso, pensó en voz alta.

—Sí, vale, pero solo si tienes alcohol. —Fran continuaba convencido de que necesitaba emborracharse.

—Tengo, tengo. Pero primero querrás dormir un poco, ¿no?

Jean Paul ya estaba nervioso. Era su oportunidad. Esa tarde o esa noche tenía que intentar algo con Fran. La siesta era su primera oportunidad.

—Sí, necesito una siesta en tu sofá.

—O en la cama, donde tú prefieras.

—El sofá está bien, gracias. ¿Nos vamos?

—Claro.

Llegaron a casa y Jean Paul le señaló que se sentara, se pusiera cómodo y que el sofá era todo suyo.

—¿Tú no vas a dormir un rato? Túmbate conmigo en el sofá, cabemos los dos.

Es cierto que cabían los dos y a Jean Paul le encantaba la idea.

—Si a ti no te molesta, por mí, vale.

Dicho y hecho, se tumbaron juntos. Fran se durmió rápidamente y su pierna tocaba la de Jean Paul, que estaba tumbado en la chaise longue. Puso su mano encima de la pierna de Fran como si estuviera dormido.

Fran no se enteró y Jean Paul decidió ir a más. Se deslizó con los ojos cerrados poco a poco hacia la izquierda, centímetro a centímetro, hasta que su cabeza quedó sobre las piernas de Fran. El corazón de Jean Paul latía a cien por hora y estaba muy nervioso por si Fran se despertaba. No lo hizo, por eso Jean Paul siguió acariciándole poco a poco, como si de un sueño se tratase. Sería su excusa ideal si Fran se despertaba, lo tenía todo pensado, diría que estaba durmiendo, quizá soñando y que no sabía lo que hacía.

Pasaba sus manos hacia arriba y hacia abajo suavemente, llegando ligeramente con sus dedos hasta la cintura de Fran. Aquella situación le tenía muy excitado. Dio un paso más y metió la mano por debajo de su jersey.

Mala elección.

—¿Qué coño haces? —Fran se despertó y saltó del sofá.

—¿Cómo? —Jean Paul se hizo el dormido, frotándose los ojos.

—Me estabas metiendo mano.

—Debía estar soñando, Fran, perdona, me voy a la cama si lo prefieres.

—El que se va soy yo.

—Fran, no te enfades, ha sido sin querer, estaba durmiendo.

—Yo me voy a un hotel y tú deberías irte a Mallorca, te recuerdo que tienes un trabajo pendiente.

—No hace falta que te vayas de verdad, yo me voy mañana a Mallorca, puedes quedarte en mi casa si quieres. Yo me marcho a la cama y ya está.

—Mira, me voy a quedar porque estoy muy cansado. Vete a la cama y no me vuelvas a poner una mano encima porque te reventaré la boca. Yo no soy como tú.

Fran se mostraba molesto, pero Jean Paul creía que simplemente era fachada, no parecía enfadado de verdad.

—Da igual lo que seas, Fran, nadie te va a juzgar y aquí estamos solos tú y yo.

Fran guardó silencio y se volvió a tumbar en el sofá. Jean Paul le miraba esperando una respuesta.

—¿No te ibas a la cama?

—Sí, ya me voy, si prefieres venir tú, ya sabes.

—¿Pero tú eres tonto? Me voy. —Fran volvió a levantarse del sofá.

—Fran, relájate. Lo que quería decir es que, si tú prefieres la cama, yo me quedo en el sofá sin problema.

—Que no, que no, el sofá está bien. —Fran se tumbó de nuevo.

Y ahí fue donde Jean Paul vio la erección de Fran. No entendía nada, le miró, Fran le vio y cerró los ojos.

Jean Paul no comprendía por qué tenía esa actitud y mucho menos por qué no se dejaba llevar. Era evidente que aquella situación le había excitado y, por algún motivo, seguramente muy complicado, Fran prefería reprimir sus sentimientos.

Su plan había fracasado, pero más tarde el alcohol le ayudaría a volver a intentarlo, o eso creía.

Un fuerte golpe despertó a Jean Paul de su siesta. Le costó reaccionar, estaba profundamente dormido. Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que el ruido había sido la puerta de la entrada. Brincó de la cama y fue al comedor. No se lo podía creer. Fran se había marchado. En el espejo del recibidor encontró un post-it que decía: «Espero los resultados del trabajo que te encargué. Buen viaje a Mallorca.

Su plan había fracasado definitivamente. Desde luego, Fran no quería nada con él y había resultado un error hacer un primer intento en la siesta. Debía haber esperado a la noche, con el alcohol seguro que hubiera caído. Jean Paul estaba convencido. Optó por resignarse y ni tan siquiera le llamó por teléfono. Haría la maleta, cenaría y mañana volaría a Palma para investigar a Adrien tal como Fran le había encargado.

Aquella noche se durmió con el teléfono en la mano. Miraba continuamente para ver si Fran le había escrito. Aún tenía la esperanza de que volviera a su casa a dormir, pero no ocurrió. Fran ya estaba en un hotel y dormía hace horas. No volvió a decirle nada más.

Capítulo seis

Je t'aime... moi non plus

Las ocho y cuarto. Como estaba previsto, sonó la alarma para que Jean Paul se fuera hacia el aeropuerto para volar a Mallorca. El tiempo jugaba en su contra, había perdido un día y a Adrien le quedaba una jornada menos en su estancia en la isla antes de retornar a París.

Tenía muy claro lo que tenía que hacer, cómo y dónde. Fran le había dado con todo detalle las indicaciones que necesitaba. Solo debía tener un poco de paciencia y saber desplegar bien sus encantos para que Adrien mordiera el anzuelo.

Mientras, en Madrid, cuando Jean Paul volaba, Fran cumplió su promesa a la abogada y fue el primero que llegó a los laboratorios para hacerse las pruebas que esperaba que le dieran su libertad definitiva para marchar a casa.

Le atendieron muy rápido y se sentó en la sala de espera al salir. Estuvo allí sentado, muy nervioso, casi quince minutos.

—¿Fran Ballester? —llamó una voz desde el mostrador.

Fran saltó de la silla y se aproximó rápido esperando recoger los resultados.

—La prueba ha salido correctamente, ya se puede marchar.

—Pero... ¿Y los resultados?

—Los resultados tardarán entre siete y diez días y le avisaremos cuando estén disponibles para que venga a recogerlos.

—Pero... eso no puede ser..., yo los necesito hoy, son muy urgentes.

—Lo siento, señor, pero este es el plazo aproximado que le damos, tal vez los tenga en menos tiempo, aunque no se lo puedo garantizar.

Fran enfureció.

—Mira, chica, he estado detenido y en un calabozo acusado de cosas muy graves y lo único que me va a permitir volver a mi ciudad es que me deis esos malditos resultados y yo se los lleve al juez, si puede ser, hoy mismo. —Fran perdió las formas como era habitual cuando no tenía lo que él quería.

—Yo le entiendo y voy a hablar con el responsable para que le dé la máxima prioridad a su prueba y me comprometo con usted a que, en cuanto estén, yo le llamaré y le enviaremos los resultados o podrá venir a recogerlos.

—¿Pero has entendido lo que te he dicho? —manifestó Fran con tono intimidador.

—Yo le he entendido perfectamente, pero no puedo decirle nada más. Y ahora, si me lo permite, tengo que atender a más gente. —La empleada ni se inmutó con los intentos de intimidación de Fran, le daba absolutamente igual lo que le dijera, estaba entrenada para aguantar situaciones como la que estaba viviendo.

Fran modificó radicalmente su tono.

—Señorita, por favor, es muy importante para mí. Necesito ese informe para ir a mi casa, yo no vivo en Madrid y mi familia me está esperando.

—Señor, le comprendo y le he dicho que haré lo posible para que los tenga rápidamente. Y ahora si me lo permite, tengo más gente a la que debo atender.

El tono de víctima no había funcionado. Fran salió del lugar enfurecido, aquella chica no había mostrado ni el más mínimo punto de empatía por él y su situación, aparentó que le daba absolutamente igual lo que le pasara, así que Fran no tuvo más remedio que marchar al hotel y esperar.

Jean Paul llegó a Palma de Mallorca, fue a su hotel, dejó sus cosas y empezó con el seguimiento a Adrien. Sabía que hoy debían coincidir. Antes de ir a Madrid por el caso de Fran, Jean Paul ya había estado haciendo averiguaciones en la ciudad y tenía muy clara cuál era la rutina de Adrien allí, había sido muy fácil delimitarla con las indicaciones que Fran le había proporcionado. Tenía poco tiempo y debía lograrlo. Tenía que demostrarle a Fran que no había fracasado y volver a acercarse a él. En realidad, Jean Paul se sentía estúpido porque sabía que nunca conseguiría nada con Fran, pero, sin saber por qué, no podía parar de intentarlo.

Había más de treinta grados en el exterior y Adrien no podía más, estaba realmente asfixiado de calor y decidió sentarse en una terraza a la sombra, como hacía cada día a esa hora. Aunque estuviera allí haciendo unas gestiones de trabajo, también necesitaba aprovechar aquellos días en la isla como unas pequeñas vacaciones. Desconectar del trabajo con Fran, de las investigaciones, pero, sobre todo, del propio Fran.

En realidad, siempre creía que había olvidado a Fran. Él sabía que no era bueno para él, pero, en el fondo, sin conocer el motivo, Adrien tenía la esperanza de que aquello un día podría funcionar. Era una esperanza absurda, seguramente, más propia de una fantasía sexual que realmente de lo que podría llegar a ser una relación de amor. Adrien era un romántico, no podía evitarlo. Le gustaba el sexo innegablemente como a la mayoría, pero él deseaba encontrar a su hombre ideal, aquel que le hiciera feliz, con el que compartir aficiones, viajes y pasiones, y, aun sabiendo que muy probablemente ese no era Fran, no estaba dispuesto a dejar perder la batalla tan fácilmente, y todo esto pese a que Adrien había visto multitud de gestos homófobos por parte

de Fran, su carácter agresivo, los continuos conflictos con su mujer, etc. Eso no podía augurar nada bueno, aunque, desafortunadamente, Adrien creyera que, si él llegara a su vida, Fran se convertiría en una persona nueva porque comportaría como él quiere ser realmente.

Era muy injusto que siguiera obsesionado con Fran, había llegado un punto en el que tenía que ser consciente de que había que separar su relación personal de la profesional. Tal vez merecía la pena luchar por él como persona en lugar de implorarle que volviera a contratarle. Adrien creía que Fran era su amigo, pero era evidente que muy probablemente nunca lo haya sido y que solo se juntó a él por una cuestión de intereses profesionales y económicos, porque sabía que Adrien era bueno en su trabajo, que contaba con fuentes y que le salvaría delante de quien fuera. La suma de todos estos factores daba un claro resultado y es que Fran no era la persona que Adrien se merecía, porque él se había ganado ser feliz, luchar por lo que él ansiaba ser y darse la oportunidad de enamorarse de alguien normal, y Fran claramente no lo era.

De pronto, mientras bebía su gin-tonic, apareció delante de él un chico alto, con gafas de sol, pantalón verde y camisa blanca. Iba siempre allí a la misma hora, nunca había visto a un chico tan guapo. Adrien quedó en shock. Le parecía que poseía la sonrisa más bella que jamás había observado. El chico hablaba por teléfono, al parecer, con su madre, le contaba lo contento que estaba con su vida y con su trabajo. Lo que Adrien no sabía es que todo estaba preparado y que Jean Paul solo estaba allí para averiguar si él tenía algo que ver con las muertes que Fran investigaba. Lo que Jean Paul desconocía era que se encontraría a otra persona que también estaba enamorada de Fran.

La terraza estaba llena. No había ninguna mesa libre y solo la de Adrien se encontraba ocupada por una persona. Era el escenario ideal para Jean Paul.

—Disculpa, ¿podría sentarme? Prometo no molestarte, solo por poder tomar algo rápido — preguntó muy sigilosamente Jean Paul.

—¡Vaya! ¿Eres francés? —Adrien se sorprendió por su acento—. ¡Claro!, siéntate.

Jean Paul parecía que se lo había ganado en la primera frase.

—Sí, bueno, hace mucho que estoy en España. ¿Tú también?

—Sí, pero yo sigo viviendo en París.

—¿Estás de vacaciones aquí entonces?

—Bueno, en realidad, vine por un tema de trabajo, pero estoy aprovechando este tiempo estupendo para descansar y desconectar un poco de mi vida en París.

—Vaya, ¿no estás contento allí?

Jean Paul pidió también un gin-tonic igual que el de Adrien al camarero.

—Sí, estoy contento, pero me he peleado con mi socio, o jefe o no sé bien qué era, me ha despedido, fui a Madrid a hablar con él y casi no quiso hablar conmigo... Bueno, una película.

No quiero aburrirte.

Jean Paul sonrió.

—No me aburres, me parece superinteresante lo que me cuentas. ¿A qué te dedicas?

—Soy periodista, o eso intento.

—¡Qué bien! ¿Y por qué te ha despedido tu jefe?

—Porque es idiota. Hay días que no le soporto, pero creo que estoy un poco pillado por él.

—¿En serio? ¿Y te ha despedido porque estés pillado por él?

—Bueno..., es una larga historia... Es que él, además, está casado con una mujer.

—Ufff..., esto suena a complicado.

Jean Paul estaba sorprendido de que Adrien también tuviera esos sentimientos por Fran.

—Es muy difícil, ya no sé qué hacer.

—De momento, te puedes pedir otro gin. —Jean Paul reía, convencido de que con alcohol todo sería más fácil, así Adrien le daría toda la información que necesitaba.

Adrien sonrió y le hizo caso, llamó al camarero y pidió otro igual. Jean Paul prefirió seguir indagando acerca de su trabajo y luego retomar el tema de Fran.

—¿Y qué tipo de periodista eres?

—Ahora mismo ninguno porque estoy en el paro. —Adrien reía a carcajadas.

—No, hombre, sé positivo, seguro que tu jefe se lo piensa y te vuelve a contratar y, si no, seguro que hay muchos más sitios donde puedas trabajar.

—Sí, pero yo quiero hacerlo con él, somos buenos investigando juntos y pienso que podemos hacer cosas muy grandes.

—¿Investigador entonces?

—Sí, investigo sucesos por mi cuenta y luego vendo las noticias a los medios.

—Suena muy interesante. ¿Y qué investigas?

—Tú quieres saber mucho sobre mí, pero yo aún no sé nada de ti.

Jean Paul sonrió de modo cómplice.

—Pues yo me llamo Jean Paul y soy profesor de educación primaria.

Adrien reía.

—Debe ser difícil aguantar a tanto niño junto.

—No creas, hay días en que mi trabajo es muy divertido. Pero sí, no te negaré que algún día tengo ganas de matarlos a todos.

La frase no era gratuita. Era un anzuelo que Jean Paul esperaba que Adrien picara y así fue.

—Y luego yo tendría que investigarte.

—¿Investigas muertes? ¡Tu trabajo sí que es apasionante entonces!

—Bueno, no creas, tiene días que son horribles. Cuando no avanzas en las investigaciones, cuando hay gente que muere y no encuentras una explicación...

—Me imagino, cada trabajo tiene sus cosas. Cuéntame más, por favor. —Jean Paul apoyó la cabeza en sus manos demostrando su máximo interés en lo que Adrien le estaba contando.

—¿Y qué quieres que te cuente?

—No sé... ¿Qué investigabas cuando tu jefe te despidió?

—Pues una serie de muertes que han ocurrido en París.

—¿Una serie es porque son varias?

—Sí.

—¿Un asesino en serie?

—Bueno, algo así. Es lo que estamos intentando descubrir.

—Si no quieres darme detalles, no pasa nada.

—Sí, sí, perdona. Es que suelo ser escueto en estas explicaciones, pero te hago un resumen.

—¡Venga! ¡Por el resumen! —propuso Jean Paul levantando su copa para que Adrien brindara con él.

—¡Por el resumen! —correspondió Adrien.

Había conexión. El plan de Jean Paul estaba saliendo a la perfección.

—Pues mira, resulta que hay alguien que mata a gente y deja una carta en la escena del crimen con un as de corazones.

—Ufff, no parece una investigación muy agradable de ver, aunque seguro que apasionante de hacer. ¿Y qué motivos creéis que tiene el asesino?

—O asesina, quién sabe...

—O asesina, claro.

A Jean Paul ese comentario le había llamado la atención y, en realidad, no sabía cómo interpretarlo. ¿Lo hacía para desviar su posible atención sobre él mismo o porque realmente tenía alguna pista que le llevaba a pensar en que el asesino fuera una mujer? ¿Estaría Adrien sospechando de Sophie? Decidió avanzar con la investigación.

—Pero si lo dices así es porque, sin duda, consideráis que es una mujer.

—No, no, para nada. En realidad, lo que más me preocupa es que no tenemos ni idea de quién puede ser. Bueno..., sospechas, pero nada más.

—¿Y las sospechas son de una mujer entonces?

—No, de un hombre.

Jean Paul ya tenía las preguntas justo donde él quería.

—¿Y de algún hombre en concreto?

—No entiendo la pregunta. Pareces un policía.

Jean Paul rio.

—Quizá era mi vocación de niño y por eso lo parezco.

Seguía riendo a carcajadas y Adrien aprovechó para tratar de cambiar de tema.

—¿Querías ser policía?

—Bueno, todos los niños soñamos con querer ser muchas cosas: policías, médicos, abogados, astronautas, y luego la vida te enseña cuál es la realidad y te lleva por el camino que considera, que algunas veces es diferente al que tú soñabas. Pero no me cambies de tema. Mi pregunta quería decir si sospecháis de algún hombre en concreto o si solo tenéis pruebas o indicios de que ha sido un hombre.

—Indicios..., ¡ves! Hablas como si fueras policía, ja, ja, ja. Yo no he matado a nadie, ¡eh!

El alcohol empezaba a hacer efecto y Adrien reía ya más de la cuenta. Esa frase había vuelto a llamar la atención de Jean Paul, por exactamente los mismos motivos que la anterior.

—¿Y no te gustaría matar a nadie? —cuestionó Jean Paul directamente.

—Supongo que todos lo hemos pensado alguna vez.

—Bueno, habla por ti... —dijo Jean Paul riendo—, que igual te gustaría matar a tu jefe.

`--¿Cóóóóóómooooooooooooo?`

—¿Ves? Ya he hablado demasiado.

La cabeza de Jean Paul en ese instante iba a estallar. Estaba bloqueado por la combinación del sol, el calor, el alcohol y aquella información. ¿Fran sospechaba de Adrien y Adrien sospecha de Fran? Imposible comprenderlo.

—¡No pasa nada, hombre! ¡Cambia esa cara! ¡Si yo ni te conozco a ti ni a tu jefe, no pasa nada porque me cuentes la historia!

—Solo si quieres, no te sientas obligado, es solo que me parecía bastante interesante lo que estabas explicando, igual un simple profesor te da su opinión y alguna luz se enciende dentro de ti, no sé...

—En realidad, tienes toda la razón, lo siento. Los periodistas a veces somos desconfiados por naturaleza y, realmente, no tiene mucho sentido serlo.

—Vale. A ver, voy a tratar de resumir la historia porque tampoco quiero tenerte aquí seis horas explicándote mi vida o historias que igual solo tienen sentido en mi cabeza.

—Pues verás, yo tengo una amiga que trabaja en la oficina forense de París. ¿Sabes lo que es un forense?

—Bien, pues resulta que me dio una información que estaban manejando los investigadores: los muertos tenían en común que todos habían sido inyectados con un veneno que produce una rana.

—¿Una rana?

—Sí, una rana amarilla asquerosa que puedes comprar en tiendas de animales por cuatro duros, resulta que produce un veneno que, si te lo inyectan, mueres.

—¡Vaya! Y... ¿qué tiene que ver tu jefe con esas ranas?

—Pues resulta que él tenía ranas como esas en su casa.

—¿Un periodista con ranas en su casa?

—Sí, a él le gustan mucho los reptiles, y tenía un pequeño terrario con esas ranas y más bichos.

—Pero, bueno, podría ser que no fuera esa rana en concreto y tú te estés confundiendo, ¿no?

—La verdad es que yo ya no sé qué pensar, pero, en realidad, estoy casi convencido de que las fotos que vi en internet de esa rana eran idénticas a los bichos que tiene Fran en su casa.

—Entiendo que Fran es tu jefe.

—Sí, pero da igual cómo se llame. El tema es que estoy muy rayado por este tema.

—Ya me imagino, debe ser muy complicado lidiar con esto y pensar que la misma persona con la que has compartido tantas cosas y que encima te ha despedido pueda ser un asesino.

—En realidad, me cuesta creerlo, pero no creo que haya mucha gente en París que tenga esas ranas en su casa.

—Bueno, a veces la vida te puede sorprender...

Y nunca mejor dicho. Jean Paul había quedado muy asombrado a la par que desconcertado.

¿Fran podía ser un asesino? ¿Le había enviado a Mallorca diciendo que desconfiaba de Adrien solo para despistarle?

Si algo tenía claro Jean Paul es que Adrien no parecía ser el asesino y que tendría que manejar esta información con mucho cuidado delante de Fran. Ahora mismo, no sabía si había ayudado a salir del calabozo a un asesino, al amor de su vida o, lo que sería peor, a ambos.

Sin percatarse, habían permanecido hablando casi tres horas especulando sobre la posibilidad de que Fran fuera el asesino. Adrien había explicado a Jean Paul que algunas de las víctimas eran conocidas por Fran. Adrien no tenía pruebas, pero sí sospechas por la forma de actuar de él con muchas de las víctimas. Jean Paul se moría de ganas de explicarle que Fran había estado detenido, aunque no podía hacerlo porque eso haría saltar por los aires toda su investigación y rompería de inmediato su «amistad» con Fran, asimismo, no tenía tampoco claro que Adrien fuera totalmente inocente. Tal vez todo aquello era una historia que le había contado para generarle interés, quizá las ranas eran realmente suyas o, incluso, sabía que era amigo de Fran y estaba tratando de despistarle. Jean Paul no tenía ninguna certeza clara en la mesa, así que lo mejor era retirarse a reflexionar en todo.

Era el momento de marcharse. Jean Paul ya tenía toda la información que necesitaba, aunque indudablemente aquel chico le gustaba más de lo que se hubiera imaginado.

—Adrien, ha sido un placer, de verdad. Si quieres que nos volvamos a ver, por mí será un placer.

—Para mí también, ¿quieres mi teléfono?

—Claro, guárdamelo aquí. —Jean Paul abrió la agenda de contactos, pulsó en «nuevo contacto» y le dio el móvil a Adrien para que anotara su teléfono allí.

Mientras anotaba el teléfono, el destino jugó en contra de Jean Paul. El nombre de Fran aparecía en la pantalla. Estaba llamando a Jean Paul cuando Adrien sostenía el teléfono. Lo tiró de golpe en la mesa. Jean Paul se apresuró a mirar y colgó. Reaccionó rápidamente y con simpatía, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tranquilo, no era tu jefe.

—Perdón, después de todo lo que hemos hablado, he visto Fran en la pantalla y el corazón se me ha parado, sin llegar a pensar que era tu teléfono y que lógicamente no era el mismo Fran.

—No pasa nada, estas cosas a veces las hace el destino para reírse de nosotros. —Jean Paul respiró aliviado, había colado su mentira disfrazada de aparente sinceridad—. ¿Has podido acabar de escribir el número?

—Sí, ya lo tienes. ¿Me llamarás?

—Si tengo tiempo, prometo que lo haré. Y, si no, quién sabe, tal vez en otra ocasión o ciudad podamos reencontrarnos. ¿Cuándo vuelves a París?

—Tengo un billete con fecha de regreso abierta, si puedo acabar esta tarde mi trabajo, mi idea es volverme mañana mismo, salvo que me propongas un plan mejor.

—¿Hablamos más tarde? —Jean Paul necesitaba ahora mismo pensar en todo y valorar si realmente quería quedar con alguien que, aunque le gustara mucho, podía ser un asesino.

—Hablamos cuando quieras.

Se levantaron, se dieron dos besos y no volvieron a hablar. Había algo entre los dos sin duda, pero cada uno con sus reparos, no se atrevieron a dar el paso de llamarse para volverse a ver.

Jean Paul esa noche se marchó a su hotel caminando durante más de una hora junto al mar, necesitaba meditar todo lo que había escuchado para tratar de sacar sus propias conclusiones. No sabía qué tenía que hacer ni qué iba a decirle a Fran. ¿Y si estaba enamorado de un asesino?

Su teléfono volvió a sonar, no necesitaba mirar la pantalla para estar seguro de que era él de nuevo. No había hablado con Fran desde que se marchó de su casa y no sabía cómo iba a reaccionar.

Observó la pantalla varios segundos pensando en si debía o no contestar, pero sabía que más

tarde o más temprano tendría que hacerlo. Se armó de valor, respiró hondo y descolgó:

—Hola, Fran. ¿Cómo estás?

—Hola, J. P., te he llamado antes.

Jean Paul estaba sorprendido de que le hablara como si nada hubiera pasado.

—Sí, y te dije que no me llamaras mientras estuviera en Mallorca. Justo estaba con Adrien y ha visto tu llamada.

—¿Ya la has jodido entonces?

—No he jodido nada, Fran, obviamente, ha pensado que era otro Fran porque, por si no lo recuerdas, no nos conocemos de nada.

—Muy bien, ¿y entonces qué?

—¿Qué de qué?

—¿Te lo has follado y aún no te llega la sangre a la cabeza para pensar?

—Pues mira, no, no lo he hecho, y ganas no me han faltado, la verdad.

—Haz lo que quieras. A mí háblame de lo que me interesa.

—Hay poco para contar, Fran, yo creo que este chico no ha hecho nada, la verdad. Igual me equivoco; si puedo, volveré a quedar con él, pero considero que nada tiene que ver. De hecho, tampoco pienso que tengas grandes motivos para sospechar de él.

—Los motivos que yo tenga son cosa mía, tú haz tu trabajo, que para eso te pago.

—Perfecto, te tendré informado. ¿Algo más?

La tensión se podía sentir en ambos lados del teléfono.

—Nada más. ¿Qué más quieres que te diga?

Fran creía entender que su pregunta iba por lo que ocurrió en su casa y no estaba dispuesto a demostrar que recordara nada, al menos, hasta que Jean Paul acabara su investigación. Después ya se vería.

—Hombre, Fran, no sé, pero has salido de un calabozo y tenías que hacerte una prueba para volver a París. Pues seguramente me interese saber si ya te la has realizado.

—¡Ah, la prueba! —Fran hizo ver como si fuera algo irrelevante—. Sí, he ido esta mañana.

—¿Y bien?

—Todo bien.

—¿Todo bien qué significa? ¿Ya puedes regresar a París?

Jean Paul desconfió incluso de ese «todo bien», daba la sensación de que Fran intentara ocultar algo.

—No, aún no tengo los resultados.

—¿Y cuándo los tendrás?

—No lo sé todavía. Pero estoy muy tranquilo, ya llegarán.

—Bueno, lo que cuenta es que tú estás tranquilo.

—¿Acaso tenías alguna duda de mí?

Silencio.

—Mmmm, no, Fran, no dudo de ti.

Jean Paul sabía que estaba mintiendo y era consciente de que Fran lo había notado.

—No te preocupes, en cuanto tenga los resultados de la maldita prueba, te los enviaré a ti el primero, yo no he matado a nadie —aseveró muy enfadado y colgó el teléfono.

—Fran, yo no...

Aquella contestación aún le generaba más dudas. ¿Realmente una persona que ha matado a alguien está tranquilo ante los resultados de esa prueba? ¿Sabiendo que va a enterarse del resultado, aunque él lo quiera ocultar, defendería así su inocencia?

Jean Paul tenía casi la total convicción de que Fran era inocente. Pero no tenía tampoco ninguna sospecha de que Adrien fuera culpable. ¿Mentía uno de los dos? ¿Alguno le estaba engañando? ¿Tal vez ninguno era culpable? ¿Y si su sospecha de Sophie fuera cierta? Tal vez era su modo de vengarse.

Fran llevaba ya dos días esperando el resultado en Madrid y ya no podía más, así que optó por ir al laboratorio de nuevo a implorar por sus resultados.

El único recurso que tenía para demostrar su inocencia era presentar la dichosa prueba ante el juzgado para que le dejaran volver a su casa en París y poder continuar con su trabajo.

Fran sabía que el tiempo era esencial y decidió volver al laboratorio para pedir sus resultados. Al llegar al laboratorio, se encontró con una larga fila de personas que también estaban esperando, la atención no era especialmente rápida, pero tenía claro que no se movería de allí sin los resultados, en realidad, tampoco tenía nada más urgente e importante que hacer que salir de allí

con esos papeles. Estuvo casi cuarenta minutos aguardando y, cuando finalmente logró hablar con la recepcionista, le informaron que aún no estaban listos y que tendría que esperar como ya le explicaron el primer día.

Fran estaba desesperado y preocupado, ya que no quería estar más tiempo en Madrid, deseaba regresar a su casa y reanudar la investigación. Pidió hablar con el responsable del laboratorio, para lo que tuvo que esperar casi media hora más. Cuando le atendió, el gerente se mostró comprensivo, pero le dijo que no podía hacer nada más para agilizar el proceso.

Fran salió del despacho del gerente enfurecido y decidió actuar a su manera, entrando por su cuenta y riesgo dentro del área de análisis para buscar los resultados. Estaba fuera de sí, lloraba, gritaba y solo decía:

—Quiero mis resultados, quiero volver a mi casa. ¡No puedo más!

Rápidamente, entró un guardia de seguridad al que, llorando de impotencia, le explicó su situación. Después llegó el gerente. Nunca sabremos si aquel era realmente el verdadero Fran, el Fran que también podía llorar, el Fran que tenía miedo de ir a prisión, el Fran que antes de ser deleznable era también un ser humano.

El gerente se comprometió personalmente a que haría todo lo posible porque sus resultados estuvieran listos esa tarde como una excepción por la situación que estaba atravesando.

Llegaron casi a las siete de la tarde. Fran había recibido en su correo electrónico los resultados de las pruebas con el informe del laboratorio que corroboraba que tenía una alergia severa a la cebolla. Llamó a su abogada, le explicó que ya contaba con ellos y que se los reenviaba de inmediato.

—Son muy buenas noticias, Fran, porque esto, aunque el proceso judicial no ha terminado, es un argumento sólido para demostrar que no estuviste en la escena del crimen comiéndote la hamburguesa.

—¿Entonces ya me puedo volver a París, Antonia? —preguntó Fran esperanzado.

—En realidad, todavía no. Mañana presentaré un escrito en el juzgado aportando estas pruebas y el juez tiene dos días para elaborar el auto donde te levante la prisión provisional y haga uno nuevo por el que quedas en libertad sin cargos y sin ninguna medida cautelar.

—Entiendo. ¿Y puedes hacer algo para que el proceso sea un poco más rápido? Necesito volver a París.

—Tan pronto entre el escrito, llamaré al juzgado para pedirles que le den prioridad, pero piensa que es algo que no depende de mí y que no te puedo garantizar.

—Lo entiendo, haz lo que puedas, por favor, necesito marcharme ya y olvidar esta pesadilla.

—Te tendré informado. Ahora intenta descansar y no pensar.

—Gracias, Antonia.

—No hay de qué, buenas noches.

Fran llegó al hotel, se tumbó en su cama mirando al techo realmente agotado. Cayó rendido y se durmió en cuestión de minutos.

Mientras, en Mallorca, Jean Paul preparaba sus cosas para marcharse y decidió salir a cenar para disfrutar de su última noche en la isla. Caminó por las calles de Palma hasta que encontró un bar que llamó su atención. Había pasado por allí antes cuando hacía el seguimiento de Adrien y le pareció un sitio ideal para cenar.

Entró, se sentó y pidió su bebida. Mientras miraba su teléfono, Jean Paul notó que alguien lo observaba. Al levantar la vista, se encontró con los ojos verdes de Adrien. La sorpresa, la confusión y también la alegría invadieron su rostro al toparse con el chico que tanto había estado en su mente los últimos días. Adrien, por su parte, se acercó a Jean Paul con una sonrisa y, sin dudar, se abalanzó sobre él para abrazarlo.

Se sentaron juntos y empezaron a conversar. Jean Paul enseguida detectó que Adrien llevaba ya un par de copas tomadas. La noche transcurrió entre risas y complicidad, como si no hubiera pasado el tiempo desde la última vez que se vieron. Jean Paul se sentía atraído por Adrien y deseaba que la noche no acabara nunca. Sabía que aquello podía desvirtuar parte de lo que había venido a hacer a Mallorca, parte de su investigación por la que Fran le pagaba, pero le daba igual, la vida es una y no estaba dispuesto a dejar de vivir aquello, aunque en su subconsciente seguía rondando la idea de que Adrien podría ser un asesino.

Tras cenar, optaron por dar un paseo por la ciudad. Caminaron por el precioso casco antiguo de Palma, disfrutando de la belleza de las calles iluminadas por la luz de las farolas. Se detuvieron en un parque cercano y se sentaron en un banco a charlar frente a la imponente catedral. La conversación se fue haciendo más íntima y Jean Paul no se resistió a acariciar la mano de Adrien.

Sin saber cómo, se encontraron besándose apasionadamente. La conexión entre ellos era evidente y no podían negar la atracción que sentían el uno por el otro. Se abrazaron de nuevo y se prometieron que se volverían a ver en un futuro no muy lejano.

Adrien acompañó a Jean Paul hasta su hotel con el propósito de subir a su habitación. Tenía claro que quería pasar la noche con él. Sabía que Jean Paul se marchaba al día siguiente, pero no quería que su historia acabara ahora y quedarse esperando con ansias el momento en el que se encontraran de nuevo para continuar con lo que habían comenzado.

Cuando llegaron al hotel, Jean Paul se bloqueó y se volvió a despertar su mal presentimiento en el estómago. A pesar de la maravillosa noche que había pasado con Adrien, algo no estaba bien dentro de él. No podía sacudirse como si nada la sensación de que la persona con la que estaba a punto de tener una noche de sexo en su habitación podría ser un asesino.

A la vez que miraba a Adrien y le acariciaba, se preguntaba por qué Adrien se había mostrado

tan evasivo al hablar acerca de su trabajo, por qué había parecido tan nervioso cuando Jean Paul se interesó por su familia, incluso algo en su mirada le parecía un poco siniestro, como si estuviera ocultando algo. ¿Y si se disponía a pasar una noche con alguien que había cometido un crimen tan espantoso? ¿Y si él fuera su siguiente víctima?

Jean Paul se sentía confundido y asustado.

—Voy un segundo al servicio, ahora vengo —advirtió Jean Paul para intentar evadirse, pensar solo y decidir qué hacer.

—¿No subimos a tu habitación? —consultó Adrien con un tono muy insinuante.

—Mmmmm, ahora vengo. —Jean Paul no podía decir ni sí ni no. Al menos, en ese momento. Necesitaba respirar unos segundos.

Se sentó en la taza del váter con la puerta cerrada, no sabía qué hacer con la información que pasaba por su cabeza. ¿Debía confrontar a Adrien con sus sospechas o, simplemente, alejarse de él y olvidar todo lo que había pasado esa noche? ¿Tal vez llamar a la Policía y contarles todo lo que sospechaba de Adrien?

Salió del baño con una decisión tomada. No había sido nada fácil. Adrien apreció en sus ojos que algo había cambiado en él.

—Adrien, yo..., yo...

—¿Qué pasa, Jean Paul?

—Yo...

—¿No quieres que suba? Solo tienes que decirlo y ya está.

—Prefiero que no, la verdad. Me lo he pasado muy bien, pero creo que es mejor que no subas.

—¿Y si cambias tu billete, te quedas un día más y mañana pasamos el día juntos? Incluso puedo ir a Madrid un día contigo si quieres. —Adrien se mostraba desesperado porque aquella no fuera la última vez que viera a Jean Paul.

Jean Paul se agobió más aún al escuchar aquello y cortó por lo sano.

—Adrien, prefiero no volver a verte.

Adrien se rompió, no entendía nada y empezó a llorar.

—¿Pero eso por qué, Jean Paul? Hemos pasado una noche estupenda.

—Lo sé, pero ahora mismo no estoy preparado para esto.

—Déjame ir mañana a Madrid contigo.

—No es buena idea, Adrien, no insistas, por favor. Me voy a dormir.

—Te prometo que iré a Madrid a verte y te arrepentirás de no haber pasado esta noche conmigo, sé que podemos estar juntos y comenzar algo bonito los dos cogidos de la mano.

—Ahora mismo no quiero nada, Adrien. Gracias, de verdad, eres un chico estupendo, pero ahora mismo no puedo. Me voy a la habitación.

—Por favor..., mírame. —No podía parar de llorar.

Jean Paul no era capaz de mirarlo más y, con paso firme y decidido, sin echar la vista atrás, marchó a su habitación. Se sentía aliviado porque creía que había hecho lo correcto, pero también triste. La noche que había pasado con Adrien había sido una de las más memorables de su vida, pero la sentía manchada por la sospecha de que pudiera ser un asesino. Aunque había resultado una experiencia maravillosa, no podía ignorar las consecuencias de estar cerca de alguien que podría haber cometido un crimen. O más de uno. Nadie lo sabía. Optó por dejar de pensar y prometerse a sí mismo que en un futuro sería más cuidadoso y no dejaría que los sentimientos se entrometiesen en su trabajo. No obstante, era consciente de que no lo podría cumplir, Jean Paul era una persona altamente sentimental, intenso, enamorado. Un trabajo no podía parar aquello. Ahora tenía ganas de ver otra vez a Adrien y no quería regresar a Madrid. Su cabeza era una bomba de relojería y, entre pensamientos contradictorios, consiguió quedarse dormido.

Adrien, por su lado, caminó por las calles de Palma con la cabeza gacha y llorando sin comprender nada, no entendía ese cambio tan brusco por parte de Jean Paul. ¿Qué había ocurrido en ese baño para que todo diera ese giro tan brusco? ¿Habría llamado a alguien? ¿Quizá tenía pareja y se dio cuenta de que no quería serle infiel? Se sentía triste y solo, preguntándose si su pasado lo perseguiría para siempre. ¿Cómo podía escapar de su propia historia?

A medida que avanzaba por la ciudad, Adrien recordaba su encuentro con Jean Paul. Había sido una noche increíble, llena de risas, complicidad y conexión. Pero ahora todo se había ido al traste, y lo peor es que no sabía por qué.

Adrien llegó a habitación y se dejó caer en la cama. Miró alrededor y se sintió abrumado por tanta tristeza. Estaba casi convencido de que iría a Madrid a ver a Jean Paul y tratar de arreglar esto. Pero también tenía trabajo en París y resolver lo de Fran, pero era tan fuerte lo que sentía que Fran había empezado por primera vez a importarle muy poco.

Desconocía si era lo correcto, pero no podía dormir y necesitaba una voz amiga que le ayudara a determinar qué hacer.

Después de algunos tonos, Sophie finalmente contestó:

—Hola, Adrien —dijo con una voz fría y distante.

—Sophie, perdón por la hora, pero necesito hablar contigo.

Sophie rápidamente pensó que iba a confesarle algo.

—Sí, Adrien, ¿de qué quieres hablar?

—Es sobre algo que ha pasado con Jean Paul.

—¿Quién es Jean Paul?

—Un chico que he conocido en Mallorca del que creo que me he enamorado, pero, de pronto, cuando estábamos en la puerta de su hotel, ha decidido que no subiera a la habitación y se ha ido solo.

Sophie se quedó en silencio durante unos segundos antes de responder. Claramente, no era la información que esperaba y eso la dejó un tanto fuera de juego.

—Entiendo. Pero, Adrien, es un chico que has conocido durante una noche.

—Bueno, en realidad, dos días. Da igual, déjalo, es absurdo que esté así, tienes razón.

—Bueno, son tus sentimientos, Adrien, y yo no puedo juzgarlos, pero si el chico no quiere nada contigo, no hay mucho que tú puedas hacer.

—He pensado en irme a Madrid mañana, que es cuando vuelve él, para demostrarle lo que siento.

—Adrien, deberías venir a París.

—¿Por qué lo dices tan convencida?

—Porque pienso que deberías hacerlo, aceptar las consecuencias de todo lo que hayas hecho, tratar de arreglarlo y que algún día puedas encontrar la paz que necesitas.

—No te entiendo, Sophie. ¿Qué consecuencias? ¿Por lo de Fran? No recordaba habértelo explicado.

Sophie trató de seguir con normalidad:

—Sí, por lo de Fran. No es necesario que tú me lo contaras. Pero vuelve a París, es lo mejor.

—No lo entiendo, pero vale.

—Por favor, dime cuál es tu hora de llegada y estaré allí.

—Llego a las doce de la mañana a Orly.

—Perfecto, pues me aseguraré de estar allí.

—Gracias por todo, Sophie.

—Buenas noches, Adrien.

Adrien apagó su teléfono y se propuso dormir y desconectar del mundo para aclarar sus pensamientos y saber qué hacer con su vida.

Sophie se sentía un poco mal por aquella conversación, pero solo estaba haciendo su trabajo y lo que su conciencia le dictaba, al final, ella era una funcionaria. El día que abandonó la comida con Adrien estaba decidida a contar todo a sus superiores. Tenía que explicar sus sospechas para que la Policía pudiera investigarlo y así lo hizo. Lamentablemente, cuando Adrien llegara a las doce a París sería detenido para ser interrogado, así lo había pactado con Isabelle.

—Hola, Isabelle. ¿Cómo estás?

—La verdad es que satisfecha con lo que me contaste porque por fin vamos a detener a Adrien.

—¿Es el asesino?

—No lo sabemos todavía, pero hay muchos indicios en su contra y vamos a detenerle cuando regrese a París en el mismo aeropuerto, lo interrogaremos y veremos qué tiene que contarnos.

—¿Puedo ir al aeropuerto cuando lo detengáis?

—No sé si sería lo más adecuado, Sophie...

—Quiero hacerlo, necesito mirarle a los ojos.

—Como quieras, te mantendré informada entonces.

—Gracias, Isabelle.

—Gracias a ti, Sophie.

Llegaron las doce de la mañana y su vuelo había aterrizado quince minutos antes. Sophie estaba en el aeropuerto dispuesta a enfrentarse a un momento muy complicado de su vida. Se hallaba en la terminal con dos agentes de Policía que conducirían a Adrien hasta la para ser interrogado.

Llevaban allí casi una hora y Adrien no había salido. Lo llamó una y otra vez y el teléfono estaba apagado. Los agentes empezaron a investigar para tratar de encontrar a Adrien, tal vez se había parado a comer algo o a comprar en alguna tienda y no podían permitir que se escapara. Revisaron las cámaras de seguridad y preguntaron a varios empleados del aeropuerto si habían visto a alguien que coincidiera con la descripción de Adrien.

Ningún resultado. Se había evaporado. Fueron a la compañía aérea para comprobar los listados de vuelo y ver si había embarcado en ese avión, si viajaba en otro o, incluso, que ya hubiera llegado y la información que le dio a Sophie fuera falsa para despistarla, lo que estaría claramente demostrando que es culpable.

Después de revisar todo ni rastro de Adrien, aquel día ni había llegado a París ni se le esperaba en ningún otro vuelo.

Sophie se sentía muy preocupada porque esto podría ser una señal de que sus sospechas eran

ciertas y Adrien estaba haciendo algo mal.

Decidieron volver a comisaría y tratar de solicitar la busca de Adrien en España. Sophie explicó a los agentes, a su jefe y al comisario que, debido a la conversación que habían tenido ayer noche por teléfono, ella intuía que, o bien debía estar en Mallorca, o bien haber viajado a Madrid.

—Lo lamento, Sophie, pero no podremos hacer nada hasta que no vuelva a París —señaló el comisario Pommier.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Son temas policiales, Sophie, no podemos pedir la detención de alguien en otro país sin una acusación en firme y sin pruebas concretas. Aquí, por ahora, solo hay sospechas.

—¿Y si voy yo a España?

—Tú no eres policía, Sophie, y, si las sospechas sobre tu amigo se confirman, estarías poniendo en juego tu vida. No puedo dejar que hagas eso.

—¿Y por qué no envían agentes allí a detenerle?

—Sophie, la Policía francesa no puede hacer nada en suelo español porque no es su jurisdicción.

—¿Y entonces qué hago, comisario? ¿Qué hacemos?

—Esperar. Es lo único que podemos hacer. Nosotros ya hemos puesto una alerta en el sistema de búsqueda y, si llega en cualquier vuelo a Francia, será detenido y conducido a comisaría para que lo interroguen.

Sophie salió del despacho enfadada y decepcionada. Había muchas emociones en su cabeza y no sabía si lo correcto era que acertara o que no. Si estaba en lo cierto, tendría que ver a quien fuera —y que tal vez aún sea— el amor de su vida entrar en prisión y, si no, lo perdería para siempre, pues Adrien no cree que Adrien la perdonara nunca. Justo al salir del despacho del comisario, se encontró a Isabelle.

—¿Cómo estás, Sophie? —quiso saber Isabelle poniéndole la mano en el hombro.

—Nada bien, la verdad. No sé qué hacer. Mis sospechas sobre Adrien son cada vez mayores y ahora ha desaparecido, no puedo dejar de pensar en que algo malo está pasando y en que algo peor va a suceder.

—Lo sé, Sophie. Entiendo que estés preocupada, pero debes tener paciencia y confiar en que lo vamos a encontrar, así podrá aclarar todo esto. Mientras tanto, ¿por qué no te tomas un descanso? Vamos a por un café y hablamos acerca de lo que está pasando.

Sophie aceptó la oferta y ambas se sentaron a beber un café. Isabelle escuchó con atención mientras Sophie compartía sus preocupaciones en cuanto a Adrien y su temor de haber tomado una decisión equivocada al denunciarlo.

—Todo eso es lo que pasa por mi cabeza, Isabelle, y, al final, me duele que, pase lo que pase, siento que le perderé.

—Mira, Sophie, sé que esto es difícil para ti. Pero hiciste lo correcto al informar de tus sospechas. Ahora, tienes que esperar a que hagamos nuestro trabajo y tratemos de esclarecer todo. Trata de mantenerte ocupada y enfocada en otras cosas. No te obsesiones con esto. Tú ya has hecho todo lo que podías.

—El problema, Isabelle, es que mantuve una relación con Adrien en el pasado y aún sigo teniendo sentimientos hacia él...

Isabelle la miró asombrada.

—¿Tú también tuviste una relación con Adrien?

—¿Yo también? ¿Tú has estado con Adrien? —dudó Sophie realmente sorprendida.

—Sí. En realidad, no se le puede llamar relación, fue un tonto y él no sentía claramente lo mismo por mí.

Isabelle era una rubia con una melena rizada espectacular, se llevaba a todos los tíos de calle y Adrien no era para nada su perfil, así que Sophie estaba tranquila porque seguramente solo había sido sexo.

—Por eso precisamente puedo entender mayormente cómo te sientes con este asunto. Mis sentimientos fueron casi inexistentes hacia él, pero es cierto que es una persona a la que le guardo cierto cariño.

—¿Y cómo lo superaste? —Sophie se mostraba ansiosa por ver si le daba la clave para olvidar a Adrien.

—No fue fácil, Sophie; estas cosas nunca lo son. Me llevó algún tiempo, pero, como te digo, lo nuestro fue solo un tonto, al final, me di cuenta de que no podía aferrarme a alguien que no sentía lo mismo por mí; de que merecía alguien que me quisiera de verdad, que me valorara, y eso es lo que tú tienes que centrarte en buscar, quien te quiera, te valore y esté para ti en los buenos y en los malos momentos.

Sophie asintió lentamente, procesando las palabras de Isabelle. Sabía que tenía razón. Tenía que dejar ir a Adrien, incluso si eso significaba que lo perdería para siempre.

—Mira, Sophie, si te sientes más tranquila, yo diré que todo esto vino de un confidente anónimo y así, tanto si sale bien como si sale mal, Adrien nunca sabrá que fuiste tú quien lo denunció.

—¿Harías eso por mí?

—Por una compañera que ha tenido el valor que has tenido tú, lo que haga falta. Hablaré con el comisario y estoy segura de que lo entenderá perfectamente. Además, aún no sabemos si Adrien es culpable o no, lo que sí sabemos es que tenemos que seguir investigando. Tal vez haya alguna

pista que nos hemos perdido o algo que no hemos considerado, pero tienes mi compromiso de que haré todo lo que esté en mi mano, aunque ya sabes que es algo que no decido yo y no puedo garantizártelo al cien por cien.

Sophie se secó las lágrimas y sonrió a Isabelle.

—Gracias por tus palabras, me hacen sentir un poco mejor, más reconfortada y veo las cosas desde otra perspectiva.

—Cuenta conmigo para lo que necesites, Sophie.

Sophie sonrió de nuevo y abrazó a Isabelle.

Jean Paul había llegado a Madrid, estaba muy triste y tenía previsto encontrarse con Fran para decirle que no creía que Adrien tuviera nada que ver con los asesinatos, pero que existían pequeñas cosas que sí que le hacían sospechar.

Jean Paul salía de su casa y pensaba pasar por el hotel de Fran sin avisarle previamente. No tenía ganas de volver a hablar con él por teléfono, quería dar esto por zanjado cuanto antes y en el menor tiempo posible.

Jean Paul nunca llegó al hotel.

—Son las tres. Bienvenidos a los servicios informativos. Tenemos que informar de una tragedia que ha tenido lugar hoy en pleno centro de la capital española, en la ciudad de Madrid. Un ciudadano francés ha sido encontrado muerto en un callejón cercano a su casa, después de lo que parece haber sido un asalto. Las autoridades están investigando el caso y tratando de encontrar pistas sobre quién podría ser el responsable, no descartan que su muerte esté relacionada con el asesino del as de corazones, que, como ya sabrán, ha actuado varias veces en París.

»Las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado han pedido ya la colaboración ciudadana para encontrar a esta persona que ven en las imágenes y que podría estar relacionada con el crimen del joven. Si tienen cualquier información al respecto, contacten con las autoridades a través del 112. Es necesaria su ayuda para encontrar al responsable de este asesinato.

»Cambiamos de tema. Hoy en Francia...

Isabelle y Sophie casi no habían acabado de abrazarse y se quedaron perplejas al ver y escuchar aquello en la televisión del office.

—Pero no ha podido ser Adrien porque él estaba en Mallorca, ¿verdad, Isabelle?

—Bueno, en realidad, lo que nosotros sabemos es que no volvió a París, pero desconocemos si

tal vez viajó finalmente a Madrid, de hecho, tú misma me dijiste que era una opción. No te preocupes, hablaré ahora con la Policía española y trataré de enterarme de más información.

—Gracias, Isabelle.

—No hay de qué, es parte de mi trabajo y de mi investigación. Mi hermano y yo llegaremos al final de todo esto, no te preocupes. Voy a buscarle, vete a casa y descansa por favor.

—Gracias, Isabelle, hablamos pronto.

Fran también estaba viendo el informativo en ese instante y no sabía de quién podía tratarse. Él seguía en Madrid esperando el dichoso papel firmado por el juez y pensó que podría aprovechar su estancia allí para investigar esta muerte.

Rápidamente, se puso en contacto con dos de sus fuentes.

En primer lugar, llamó a uno de sus contactos en la Policía para obtener información sobre la investigación en curso. Su amigo le dijo que la Policía estaba trabajando en el caso y que había algunas pistas que podrían llevar a la identificación del asesino, pero que era demasiado pronto para saber quién podría ser el responsable. De hecho, la víctima no había sido identificada todavía porque tenía la cara quemada con ácido.

Irremediablemente, a Fran aquello le recordaba a las muertes del asesino del as de corazones, aunque pensó que de momento podría ser una coincidencia o, incluso, una imitación.

Después llamó a un periodista y le dijo que ellos no sabían nada y que eran los compañeros de El Mundo quienes tenían la investigación muy avanzada, de hecho, ellos eran los que habían facilitado las imágenes de las cámaras de seguridad a la Policía. Automáticamente, cuando escuchó ese nombre, se le vino la cara de Ana a la mente. Era muy complicado llamarla después de lo que había pasado, pero necesitaba hacerlo.

Ana no contestó a la primera llamada. Fran era insistente y lo volvió a intentar.

—Sí, dígame —dijo con un tono muy serio.

—Hola, Ana...

—Hola, Fran. ¿Qué quieres?

—Necesito tu ayuda.

—Me parece increíble que tengas el valor de llamarme después de lo del otro día para pedirme ayuda.

—Ha habido un muerto en Madrid y me han dicho que en El Mundo sabéis algo.

—¿Pero tú has escuchado lo que te estoy diciendo, Fran? ¿Recuerdas cómo te fuiste de mi casa?

—Sí.

—¿Y crees que después de eso sin haberme pedido ni media disculpa puedes llamarme para que te ayude con otro tema?

—Joder, Ana, cómo eres...

—¿Cómo soy, Fran? ¿Realista? ¿Justa? Lo que hiciste estuvo fatal.

—¿Podemos vernos?

—La verdad, no sé si me apetece.

—Voy donde tú me digas y tomamos un café.

—Ven a la redacción, tienes quince minutos. Ni un minuto más.

Fran salió del hotel rápidamente, tomó un taxi y se fue al encuentro con Ana.

Cuando llegó, ya estaba esperándole, sabía que tenía que sacar sus dotes de actor para convencer a Ana.

—Lo siento, Ana.

—Te comportaste como un verdadero cretino, Fran.

—Lo sé y lo siento, por eso he venido a pedirte disculpas en persona.

—Disculpas y a sacarme información.

—No me la des si no quieres, pero yo ya te he pedido disculpas.

—¿Y qué haces aún en Madrid? ¿No deberías estar en París?

—Sí, pero es una historia muy larga. Otro día que estés menos enfadada te la contaré.

—Ya veré si me apetece escucharla. Bueno, ¿qué quieres de mí? Tengo varias reuniones.

—No seas tan borde conmigo, por favor —le suplicó Fran.

—No soy borde, Fran, pero es que me dolió mucho que te comportaras así. Yo te consideraba un amigo, acababa de salir del hospital, te recibí en mi casa sin ganas de ver a nadie solo porque eras tú y me trataste como una verdadera mierda. Y lo peor de todo es que no tenías ni la más mínima razón en lo que decías. Aun así, te intenté hacer reflexionar y te marchaste dando un portazo y diciéndome barbaridades.

Fran agachó la cabeza.

—Lo siento. Prometo que te recompensaré.

—No me hace falta ninguna recompensa, me basta con que no vuelva a ocurrir ni conmigo ni con nadie, no puedes ir así por la vida.

—Tienes razón.

En realidad, no sentía lo que estaba diciendo. Fran seguía empeñado en que él lo había hecho bien y que le había dicho lo que sentía en ese instante porque creía que Ana no se estaba comportando bien. Pero prefería no debatir y centrarse en el motivo que lo había traído hasta aquí.

—De nuevo, lo lamento.

La observó a los ojos, tratando de esgrimir una mirada llorosa, algo demasiado complicado para alguien tan frío.

—Está bien. Dime qué necesitas de mí, me queda poco tiempo, tengo mucho trabajo hoy.

—Ayer murió un chico en Madrid...

—Sí, Fran, eso ya me lo has dicho antes. ¿Qué quieres saber?

—¿Se sabe quién es?

—Sí, es un profesor de primaria de origen francés, pero que vivía y trabajaba en España.

A Fran le llamó mucho la atención que fuera de origen francés, pero en ningún momento se le pasó por la cabeza lo que iba a escuchar a continuación.

—¿Y su nombre?

—Jean Paul.

Fran soltó de golpe su vaso de agua.

—¿Jean Paul?

—Sí, Jean Paul. ¿Lo conocías?

—¡Claro que lo conocía! Me tengo que ir, Ana.

—¿Y me vas a dejar así?

—Esto es muy gordo, no puedo explicarte ahora mismo nada más. Confía en mí.

—Solo espero que, si hay alguna información, me la hagas saber cuanto antes para ayudar a mis compañeros. Con eso me daré por recompensada.

—Lo haré, te lo prometo. Gracias, Ana —se despidió Fran ya casi saliendo por la puerta.

La verdad es que Ana estaba muy desconcertada, pero, como conocía a Fran, tal vez se trataba de algo irrelevante, así que optó por no darle más importancia y no comentarlo con nadie. Subió las escaleras y retomó su trabajo.

Sonó el teléfono de Fran.

—Hola, Fran, tengo buenas noticias.

—Hola, Antonia, qué bien escuchar eso. ¿Ya me puedo ir?

—Sí, Fran, ya tengo tu auto de libertad provisional y sin medidas cautelares. Puedes volver a París, pero recuerda que tienes la obligación de regresar para el juicio.

—Sin problema, no tengo nada que ocultar y creo que ya sé quién es el asesino.

—¿En serio? ¿Lo has descubierto?

—Sí, pero todavía no tengo la certeza. Prometo que, cuando vuelva, te invitaré a cenar, te contaré todo y te agradeceré lo que has hecho por mí, te debo mucho.

—Solo he hecho mi trabajo, Fran. Estoy muy contenta de que todo esto haya salido bien.

—Gracias, Antonia, hoy mismo regresaré a París.

—Sin problema, te enviaré el auto por email más tarde para que lo tengas en tu poder por si lo necesitaras para algo.

—Gracias de nuevo, eres la mejor.

—Me halagas, Fran. Gracias a ti.

Fran colgó. Había olvidado completamente que Antonia era amiga de Jean Paul; a juzgar por su llamada y por cómo hablaba, no sabía nada. Fran pensó sobre si debía informarla, pero no iba a quedar muy bien. Al fin y al cabo, a él tampoco le interesaba, ya tenía su libertad y no tenía por qué hacerle ningún favor a aquella chica.

A quien Fran debía llamar es a su contacto en la Policía francesa para que detuvieran de inmediato a Adrien.

—Hola, Antony, soy Fran.

—Hola, Fran. ¿Cómo estás?

—Bien, escucha, no tengo mucho tiempo. ¿Te acuerdas de mi compañero Adrien?

—Sí...

—Pues tengo una exclusiva para ti.

—A ver, cuéntame.

—Es un asesino.

Hubo silencio al otro lado de la línea durante unos segundos.

—¿Y tú como has llegado a esa conclusión?

—Pues verás, envié a un colega a investigarlo mientras él estaba en Mallorca con otro tema que hacemos allí para un cliente. Nosotros tenemos entre manos el asunto de los asesinatos del as de corazones; hace días que desconfío de él por determinadas cosas.

—Ajá...

—Total, que el colega que envié a investigarlo ha aparecido muerto esta mañana en Madrid y, casualmente, el otro día murió otro chico en Madrid y he tenido que... Bueno, esto ya te lo explicaré con más calma, es largo de contar. La cuestión es que estoy seguro de que también lo mató Adrien.

—Ajá...

—¿Puedes dejar de decir ajá? Me estás poniendo muy nervioso. ¿Podéis mandar a alguien a detener a ese asesino?

—¿Y qué motivos crees que tiene ese tal Adrien para ir por ahí matando gente?

—Pues mira, lo que creo es que este chico está enamorado de mí y, como no ha sido correspondido, mata a cualquier persona que se acerca a mí y está intentando que yo parezca el culpable.

—Entiendo. Bien, Fran, te voy a compartir algo de forma totalmente confidencial, ¿puedo confiar en ti?

Fran no entendía la calma de Antony mientras le explicaba estos hechos tan graves.

—Claro, dime, Antony.

—Adrien es sospechoso. ¿Conoces a los inspectores Serrané?

—La rubita de los rizos y su hermano, ¿no?

—Exacto.

—¡Claro que conozco a la rubia! Me la follé varias veces hace un tiempo.

—Vaya, no lo sabía. Y tampoco me interesa, la verdad.

—Pues deberías probarla porque es una máquina sexual.

—Fran, ¿podemos dejar de hablar de guarradas y centrarnos en el tema?

—Vale, perdón. ¿Qué pasa con estos dos?

—Son los encargados de la investigación.

—Lo sé.

—Estaban esperando esta mañana a Adrien en el aeropuerto de Orly para detenerlo. Al parecer, volvía en un vuelo desde Mallorca, pero nunca llegó.

—¡Ostras! Entonces ellos tienen más información que yo, ¿no puede ser! ¿Qué motivos tienen ellos para ir a detenerlo?

—La verdad es que no lo sé, la investigación es secreta, pero quizá deberías tratar de hablar con tu amigo y, sin decirle nada concreto, hacer que vuelva a París.

—Voy a llamarle ahora mismo, te pongo en espera. Dame unos segundos.

—Ok.

Fran intentó contactar con él, sin embargo, el teléfono de Adrien se encontraba apagado.

—Tiene el teléfono apagado, tío. ¿Tú crees que se ha fugado? Menos mal que lo despedí.

—No lo sé, Fran. Pero considero que tú deberías también venirte a la comisaría y hablar con los inspectores.

—Yo estoy en Madrid.

—Justo donde han matado al chico...

—¿Qué insinúas, Antony?

—Yo no insinúo nada, pero creo que deberías venir a comisaría urgentemente y hablar de todo esto.

Fran era consciente de que Antony sabía algo más que no le estaba contando. ¿Tal vez la Policía francesa se había enterado de su detención en España y también tenía sospechas de Fran? ¿Quizá habían descubierto que había tenido relación con varias de las víctimas y ahora pensaban que él era el culpable? Fran estaba muy desconcertado y, de nuevo, el miedo invadía su cuerpo.

—Mañana mismo iré a comisaría y explicaré todo.

—Es lo mejor que puedes hacer, Fran.

—¿Me van a detener en el aeropuerto?

—Yo no puedo responderte a esa pregunta. ¿Has hecho algo por lo que debieran detenerte?

—Déjalo, Antony, gracias igualmente por tu ayuda. Supongo que te veré mañana.

Fran estaba aún más desconcertado. Las últimas palabras de Antony claramente confirmaban que él sabía algo más.

Era el momento de ser valiente, reservar un vuelo y regresar esa misma noche a París, consciente de que sería muy difícil no sentir miedo cuando el avión aterrizara por si la Policía le estuviera esperando en el aeropuerto y tuviera que volver a pasar por el mismo infierno que en Madrid.

Fran procuró una vez más llamar a Adrien de camino al aeropuerto, pero su teléfono seguía desconectado.

«Aquella cama me tenía absorbido. La llamada con Sophie no me sirvió de mucho y pensé que el alcohol haría algo por mí. Claramente, me equivocaba. No recuerdo nada de lo que pasó anoche, pero tengo una resaca tremenda. Puede que me bebiera todo el minibar y que pidiera alguna copa al servicio de habitaciones porque hay tres vasos encima del mueble del televisor que no recuerdo que estuvieran antes.

La resaca era monumental. Miré el reloj y salté de la cama. No me podía creer la hora que era. Había perdido el vuelo. Me miré al espejo y me dije: “¿Y qué más da, Adrien?”.

Una de las personas por las que siento algo está casada y no quiere nada conmigo, la otra, que no está casado y podría tener algo conmigo, se ha bloqueado y se ha vuelto a su casa porque no me quiere volver a ver.

Me gustaría saber qué le he hecho yo de malo a la vida para que esta sea la recompensa que me da.

No tengo ganas de salir de la cama y tampoco de ir a París. Al menos, no hoy».

—Recepción, buenas tardes. ¿En qué le podemos ayudar?

—Hola, buenas tardes. Mira, tenía que salir hoy, pero he pasado muy mala noche y me he quedado dormido.

—Sí, veo que han dejado nota de que han entrado a su habitación porque pensábamos que ya se había marchado, le vieron durmiendo y prefirieron no molestarle. Afortunadamente, no teníamos ninguna entrada prevista hoy para su habitación. ¿Va a salir ahora entonces?

—Si es posible, me gustaría quedarme una noche más.

—Claro, caballero, sin ningún problema, lo dejo aquí anotado en su reserva y lo cargaremos a la tarjeta que dejó como garantía el día de la entrada.

—Muy bien, muchas gracias.

«Colgué el teléfono. No encendí el móvil y seguí durmiendo. Y vaya si dormí, casi once horas más seguidas.

Ahora son las cinco de la madrugada y ya no tengo sueño. Sigo pensando en que irme a Madrid podría ser apasionante, pero tal vez el resultado solo me haría daño, así que lo mejor que hago es cogerme un avión y marcharme a casa. Ahora que ya han pasado varios días, puede que, volviendo a hablar con Fran, consigamos entendernos.

He visto que me ha llamado varias veces, y eso es seguro porque está preocupado por mí o porque quiere que le haga algún trabajo, aunque sea por interés, eso significaría que volvemos a trabajar juntos. No voy a devolverle la llamada, prefiero llegar a París y aparecer en su casa por sorpresa. El único problema podría ser que estuviera su mujer, pero, si es así, le propondré bajar a Le Loir y ya está, no quiero llamarle, prefiero cogerle desprevenido y ver cómo reacciona.

He reservado mi vuelo, me ducharé, haré el check out del hotel y me iré hacia el aeropuerto. Siento que una nueva etapa podía empezar en París. Hoy me siento recargado al cien por cien de energía».

Lo que Adrien no sabía es que esa etapa que él anhelaba comenzar al llegar a París iba a ser muy diferente a lo que él creía.

Fran había viajado a París la noche anterior. La llegada fue horrible. Se sentía observado a cada segundo en el aeropuerto, volvía a estar miedoso, hasta el momento en el que subió al taxi no se notó libre. Él creía que no había hecho nada para sentirse así, pero era inevitable, y percibía que mañana al ir a la comisaría se podrían confirmar sus sospechas.

Se levantó cargado de valor, con lo que tenía que decir muy ensayado y aprendido, sabiendo que Isabelle sentía debilidad por él, y eso le daría juego para llevarla a su terreno. Ella jamás diría que tuvieron algo en el pasado porque eso implicaría que la apartaran de la investigación. Fran era consciente de que tenía la sartén por el mango.

Poco antes de las nueve estaba ya entrando en la comisaría.

—Buenos días, vengo a hablar con la inspectora Isabelle Serrané.

—De acuerdo. Por favor, espere allí sentado. La inspectora no ha llegado todavía.

Isabelle entró con su hermano por la puerta al cabo de quince minutos. Fueron quince minutos eternos para Fran. Al verla, se puso de pie y se paró delante de ella.

—Hola, Isabelle.

Isabelle no podía creerse que Fran estuviera allí, y era inevitable pensar que algo quería y que podía perjudicarle en su investigación si no se lo daba.

—Hola, Fran. Tenemos mucho trabajo, ¿qué quieres?

—¿Podríamos hablar a solas?

—Claro, pero no tengo mucho tiempo. Martin, voy a la sala de juntas y te veo en nuestro despacho en unos minutos.

—No tardes, Isabelle, tenemos mucho que hacer.

Isabelle y Fran entraron en la sala sin hablarse y nada más cerrar la puerta Isabelle fue clara y directa:

—¿Me puedes decir qué coño haces aquí, Fran?

—Tranquila, fierecilla, que vengo a ayudarte.

—Primero, no me llames así y, segundo, no necesito tu ayuda para nada.

—Sé que vais a detener a mi compañero Adrien y tengo algo de información que puede ayudarte.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Tengo mis fuentes. —Fran sonrió con despotismo.

—¿Y tengo que darte algo a cambio?

—Solo quiero saber si yo soy sospechoso en la investigación o si tenéis previsto detenerme.

—No te puedo dar esa información.

—Vale, entonces yo tampoco la mía. Me voy y tan amigos.

—¿Harías una declaración jurada?

—Sí, claro, si tú me respondes a lo que te he preguntado, no hay ningún problema, lo haré como tú quieras. —La mirada de Fran era muy provocadora.

—Vale, vamos a ir a un sitio y tú me vas a seguir —ordenó Isabelle ante el desconcierto de Fran.

Salieron de la sala y subieron por las escaleras de la comisaría a la segunda planta. Caminaron por un largo pasillo hasta el final y entraron en una habitación oscura llena de cajas.

—¿Qué hacemos aquí, Isabelle?

—¿Hace falta que te lo explique? —respondió Isabelle muy cerca de él desabrochando el primer botón de su pantalón.

—Estás loca. Nos pueden pillar. Esto es una comisaría, tía.

—Lo sé, trabajo aquí. Y aquí no nos van a pillar, te lo garantizo.

Isabelle comenzó a besar su cuello, el bello de Fran se erizaba y él soplaba.

—Basta, no sigas o ya no podré parar esto —advirtió Fran acalorado.

—¿Y quién te ha dicho que quiero que pares?

Continuó desabrochando los botones de su pantalón. Notaba que el miembro de Fran palpitaba sin parar y ella lo cogía con la mano y apretaba. Fran se mordía los labios. Aquel pantalón iba a explotar. Fran la besó y le desabrochó su pantalón. Empezó a acariciarle todo el cuerpo. Se puso de rodillas y comenzó a besarla desde su pecho, siguió por el ombligo y fue bajando hasta escuchar un leve gemido de Isabelle. Fue el instante en el que se puso de pie y le introdujo sus dedos despacio. Isabelle mordía la otra mano de Fran y contenía la respiración para no gritar y que se escuchara desde fuera. Estaba disfrutando muchísimo. Bajó los calzoncillos de Fran, se acercó a su oído y le susurró:

—Fóllame y fóllame duro.

—Tus deseos son órdenes —asintió Fran muy excitado.

La levantó en el aire con sus brazos musculados, la apoyó sobre un archivador y la penetró mientras la agarraba por la espalda.

—Más, Fran. ¡Más!

Isabelle se excitaba solo sintiendo aquellos dedos clavándose en su espalda. Miraba fijamente el pene de Fran penetrándola y los duros abdominales que asomaban por debajo de su camiseta azul que no se había quitado y que ella acariciaba decididamente, le gustaba apretar su mano contra esos abdominales de hierro. El orgasmo estaba cerca, lo veía en sus ojos, él la contemplaba muy fijamente, con una mirada que incluso podía dar miedo, pero eso a Isabelle le excitaba.

—Cógeme del cuello —le pidió Isabelle.

—¿Cómo?

—Quiero que me ahogues —reiteró Isabelle muy excitada.

Fran puso la mano en el cuello de Isabelle y apretaba suavemente. Aquella situación los estaba volviendo locos de placer a los dos.

—No aguanto más —dijo Fran fuera de sí.

—No tienes que aguantar más, quiero sentirte dentro de mí.

Aquello excitó a Fran descomunalmente y eyaculó en cuestión de segundos. Gimió y sudaba de placer mientras Isabelle le mordía la mano llegando al orgasmo.

Los dos intercambiaron vistazos y suspiraron.

—¡Joder!

—Estás muy loca.

—No sabes cuánto. Escúchame bien: ahora yo saldré, tú contarás hasta diez y saldrás salvo que yo dé un golpe en la puerta —comentó subiéndose las bragas y abrochándose el pantalón.

—¿Y ese juego?

—Te recuerdo que trabajo aquí, no quiero que nos pille nadie. —Isabelle se componía para marchar de allí como si nada hubiera pasado.

—Entiendo.

—Me alegro, hay otra cosa que tienes que entender. Esto ha estado muy bien y ha sido muy divertido, pero ahora tienes algo que hacer. Y cuidado con no hacerlo como hemos acordado porque te aseguro que acabaré contigo.

—¿Me estás amenazando?

—No te estoy amenazando, te estoy advirtiéndote de que tengas mucho cuidado porque igual me tengo que poner a llorar sin parar y decir que me has violado y que, además de presunto asesino, eres un violador.

—No serías capaz.

Isabelle se acercó a escasos milímetros de su cara. Fran sentía su aliento. Conocía el sistema, es lo que él hacía siempre para intimidar a la gente.

—Ponme a prueba y verás de qué soy capaz, Fran.

Isabelle había conseguido intimidarle. Siguió al pie de la letra sus indicaciones y la acompañó a declarar.

Entraron en el despacho, donde estaba su hermano Martin sentado.

—Martin, el señor Ballester va a declarar.

Martin conocía bien a su hermana y veía su cara, sabía de dónde venía y el precio que había pagado por esa declaración, no era la primera vez que lo hacía. Su hermano creía que a veces tenía un problema con el sexo, era casi adicta, pero siempre que se lo había dicho, Isabelle se lo tomaba a broma.

—Vale, ¿quieres que lo haga yo?

—Sí, por favor.

Isabelle no era tonta. Sabía que, si en algún momento Fran se iba de la lengua o alguien descubría lo que había ocurrido en el pasado o dentro de ese cuarto hoy, su declaración sería

invalidada, en cambio, si era su hermano el que la tomaba, no había riesgo de que hubiera problema alguno, puesto que era alguien totalmente ajeno a sus relaciones personales.

—Bien, señor Ballester, dígame, ¿qué desea declarar?

Fran explicó durante cuarenta y cinco minutos todas sus sospechas de Adrien y que había decidido dar el paso de venir a declarar cuando se había enterado de la muerte de su amigo Jean Paul, al que había contratado para investigar a Adrien durante su estancia en España.

—Muchas gracias, señor Ballester.

—¿Muchas gracias? ¿Eso es todo? ¿No van a hacer nada más?

—Como ya debería saber, lo que nosotros hagamos después de su declaración es confidencial. Nosotros tendremos en cuenta lo que usted ha manifestado y actuaremos como creamos.

—Isabelle —quien estaba sentada en su mesa—, ¿lo vais a detener?

—Como te ha dicho él, es algo que no podemos confirmarte. Tendrás noticias en breve, no te preocupes.

Fran sabía que no podía forzar más la situación, prefería marcharse y evitar una disputa que al final solo le podía traer consecuencias negativas para él. Ya había dormido una noche en un calabozo y no tenía ganas de volver a dormir en uno, así que optó por irse sin rechistar.

—Vale, muchas gracias por su ayuda, inspectores. Que tengan un buen día.

Cuando Fran cerró la puerta, Martin se levantó de su silla, miró a Isabelle y sonrió.

—Te lo has tirado, ¿verdad?

—¿Y qué más da eso ahora, Martin? Vamos a centrarnos en encontrar a ese tipo.

—Tía, te conozco y te lo has tirado, además, por tu cara, seguro que ni tan siquiera es la primera vez.

Isabelle rio a carcajadas.

—Me conoces bien, hermano. Pero no pasa nada, por eso te he dicho que tomaras tú la declaración.

—¿Pero te lo has tirado aquí dentro de la comisaría? —Martin estaba perplejo—. ¿Y si te pillan?

—No pasa nada, está todo controlado. Un día te enseñaré mi escondite por si lo quieres aprovechar tú también. Y ahora, ¿podemos centrarnos en encontrar y detener a este tipo?

—Flipo contigo, de verdad. ¿Y seguro que te lo has tirado extorsionándolo para que cantara lo que sabía?

—En realidad, no, le he dicho que, si no declaraba lo que prometía, diría que me había acosado y violado y le hundiría la vida.

—Estás muy loca.

—Así soy yo. Pero ha declarado y lo ha dicho todo como debía.

—No hay mal que por bien no venga... A ver, ¿qué hago? ¿Llamo a España para ver si conseguimos que ellos hagan la detención si está alojado en un hotel o esperamos a ver si vuelve a Francia?

—Yo creo que deberías llamar a España para saber como mínimo dónde está registrado y, a partir de ahí, ya vemos cómo actuar.

Martin procedió como su hermana le había indicado. Cogió el teléfono y estuvo varios minutos hablando con los compañeros de la Policía española.

Colgó.

—Esto es muy raro hermana.

—¿Por qué? ¿Qué te han dicho?

—Resulta que el tal Adrien estaba registrado desde hace días en un hotel de Mallorca, pero no aparece registrado en ningún otro establecimiento hotelero del país. Entonces, han llamado al hotel para confirmar si realmente lo habían visto allí, algo que les han confirmado.

—Pero ¿entonces el muerto de Madrid?

—Pues eso he preguntado yo... Según me han dicho, el tal Adrien debería haber salido del hotel, algo que ya sabemos porque tenía un vuelo y lo esperábamos hoy para detenerle. Bien, pues resulta que el equipo del hotel entró en la habitación y el tío seguía allí durmiendo, a pierna suelta.

—¿Simplemente se durmió y perdió el avión?

—Eso parece..., porque tiempo material de ir a Madrid a matar al otro chico y volverse a Palma a dormir no ha tenido.

—¿Y quién ha matado al chico de Madrid?

—No tengo ni idea, hermana, pero mucho me temo que no ha sido nuestro sospechoso. Aunque yo creo que, si hoy llega a París, deberíamos detenerlo igual y acusarle de esa muerte para ver por dónde sale. En realidad, tampoco podemos estar seguros de que el testimonio del equipo del hotel fuera cierto, de que no les haya sobornado o, incluso, que el que estuviera en la habitación durmiendo fuera otra persona y así él tener una coartada.

—Es muy probable. Yo sigo pensando que ha sido él. No olvides que también tenemos la declaración de Sophie y el tema de la batracotoxina. Deberíamos pedir una orden de registro de

su casa para ver si tiene allí esas malditas ranas.

—¿La pido ya o esperamos a detenerle?

—¿Tenemos la confirmación de que llega hoy?

—Sí, en tres horas, si no se vuelve a dormir.

—Pídelo ya y así ya la tendremos, tal vez esta noche mismo o mañana a primera hora podemos hacer el registro de su casa.

—Me pongo a ello.

Son las cuatro de la tarde y Martin e Isabelle estaban ya esperando a que aterrizara el avión de Mallorca en el que había embarcado Adrien. Tenían la confirmación de que había entrado en el aeropuerto y había subido al avión. Hoy se produciría su detención.

Salió del avión y allí estaban esperándole, no tardaron en reconocerle. Estaban uno a cada lado de la pasarela, no tenía escapatoria posible.

—¿Adrien Dubois? —preguntó Isabelle enseñándole la placa.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Tiene que acompañarnos —prosiguió Martin mientras le cogía de un brazo.

—Pero ¿acompañarlos dónde?

—A comisaría. Está usted detenido. Al llegar, le leeremos sus derechos y le informaremos de los motivos de su detención.

—Pero si yo no he hecho nada, agentes.

—En ese caso, no se preocupe, en comisaría lo podrá aclarar —expuso Isabelle.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad? ¡Despechada!

—Yo no sé de qué me habla, caballero —le contestó Isabelle con indiferencia.

—Sí, lo sabes.

Isabelle se giró y se acercó a él. Muy cerca. Igual que hizo con Fran, necesitaba intimidarle.

—Escúcheme bien: yo a usted no lo conozco de nada, y usted no me conoce a mí. Y ese es el escenario que más le puede ayudar en este momento, ¿queda claro?

Adrien tragó saliva asustado, nervioso.

—Muy claro.

Llegaron a comisaría después de conducir casi media hora. Allí lo dejaron en la sala de detenidos. Esa media hora en silencio fue eterna para Adrien, y con lo que él no contaba es que durante toda esa noche solo habría más silencio, que no habría interrogatorio y que dormiría en un calabozo.

En el primer instante que Isabelle y Martin se quedaron solos, este aprovechó:

—¿A este también te lo has tirado?

—Sí, pero a este hace muchísimo tiempo.

—Tía, se nos va a ir la investigación a la mierda por tu sexo desenfrenado.

—No te preocupes, no va a dar problemas, este es una mosquita muerta y al otro ya has visto por dónde lo tengo agarrado.

—Y estás encantada.

—Pues sí, la verdad. Además, este está colgado por la ayudante del forense.

—¿Por Sophie?

—Sí. Y ella por él.

—Madre mía, no me cuentes, no quiero saber más, prefiero vivir tranquilo.

Ambos reían con una sonrisa cómplice, tenían claro que de nuevo iban a conseguir resolver una investigación, y esta, sin duda, era la más importante de su carrera.

Capítulo siete

La venganza

Son las siete de la mañana y suena el despertador en casa de Isabelle y Martin.

Adrien se ha quedado toda la noche detenido y ha dormido en un calabozo de la comisaría. Nadie le ha hecho ninguna pregunta. Querían cansarlo psicológicamente, desconcertarle. Buscaban que, estando bajo de reflejos en el interrogatorio que hoy se disponían a hacerle, fuera mucho más sencillo que aceptara su culpabilidad.

Tenían claro que el comisario, la prensa y la sociedad necesitaban simplemente un culpable, y lo tenían encerrado en un calabozo, por lo que creían que la parte más difícil ya estaba hecha.

Ambos llegaron a la comisaría dispuestos a cerrar el caso hoy mismo.

—Inspectores, a mi despacho —instó el comisario Pommier en cuanto entraron por la puerta.

Martin e Isabelle le siguieron sin rechistar.

—Siéntense, por favor.

El comisario parecía raro.

—¿Ocurre algo, comisario? —quiso saber Martin.

Isabelle prefería callar. Estaba interiormente suplicando al destino para que la expresión extraña que tenía el comisario no estuviera relacionada con su furtivo encuentro sexual en la comisaría. Creía que, si se tratara de eso, el comisario la hubiera llamado a ella sola, pero, al ser Martin su hermano, tal vez pensaba que la había encubierto y por eso los había llamado a los dos al despacho nada más entrar. Tenía un nudo en el estómago y no podía dejar de imaginar los diferentes escenarios en su cabeza. El comisario los miraba a los dos fijamente, con un silencio que se estaba haciendo eterno.

—¿Son conscientes de que hoy es un día muy importante?

—¿Por la detención del señor Dubois se refiere, comisario? —tomó la palabra de nuevo Martin.

Isabelle empezaba a respirar tranquila.

—Claro, inspectores. ¿Por qué si no iba a ser?

Se confirmaba que el oxígeno volvía a fluir por el cuerpo de Isabelle con normalidad. El comisario prosiguió con su discurso:

—Tenemos en el calabozo a un asesino en serie. Es la primera vez que ustedes llevan una investigación tan compleja y relevante. Espero que estén seguros de lo que están haciendo y, por supuesto, que demuestren que están a la altura de las circunstancias y de la confianza que deposité en ustedes cuando les asigné este caso. Ayer tarde, cuando la prensa dio la noticia, me llamaron de la prefectura y la presión que tengo desde arriba es muy grande. Tenemos también aquí a dos policías españoles y al abogado del detenido. ¿Están convencidos de que la persona que tenemos arrestada es el asesino?

Se hizo el silencio y ambos hermanos se miraban para ver quién respondería.

Isabelle tomó la iniciativa:

—Estamos casi convencidos, comisario. Solo nos...

—¿Casi? —interrumpió el comisario—. ¿Casi? ¡Inspectora!

—Sí, comisario. Solo hay algunos detalles que nos faltan por confirmar y que, seguramente, podremos cerrar hoy en el interrogatorio.

El comisario Pommier asintió.

—¿Son ustedes conscientes de la presión que tenemos encima por parte de los jefes, de la prensa, de la sociedad y de la Policía española?

—Sí, comisario —confirmaron ambos al unísono—

Bien, entonces espero lo mejor de ustedes. Vayan a su despacho, Marie les presentará al abogado del detenido y a los dos policías que han enviado para ayudar en la investigación, querrán interrogar también al detenido si lo consideran oportuno.

—Muchas gracias, comisario —manifestaron ambos.

Salieron del despacho del comisario Pommier, cerraron la puerta, intercambiaron un vistazo y los dos a la vez respiraron hondo y expiraron. No había marcha atrás y la presión sobre ellos era enorme, tenían que conseguir resolver aquello y armar toda la investigación para enviar al detenido ante el juez y que fuera enviado a prisión de inmediato.

—Inspectores, vengan por aquí, por favor —les pidió Marie, la asistente del comisario—, les voy a presentar al abogado del detenido, que lleva aquí casi una hora, y a los policías españoles que llegaron unos minutos antes que ustedes.

Los inspectores asintieron y siguieron a Marie a una sala.

—Este señor es Serge Geneanet, es el abogado del detenido.

—¿Y esa niña? —cuestionó Isabelle.

—Es mi hija Olivia. Me he separado y estoy solo con ella y no he podido dejarla con nadie, prometo que no molestará durante el tiempo que esté aquí y espero que más tarde pueda venir alguien a recogerla.

Isabelle no pudo evitar su expresión de desacuerdo. Marie continuó con las presentaciones.

—Estos son los agentes Noelia Fernán y Alexis López. Ellos han sido enviados por la Policía española para ser testigos de la investigación y poder interrogar al detenido, ya que, como hay dos crímenes que se cometieron en territorio español, habrá que ver si el detenido es juzgado aquí por esos crímenes o en España.

—Entendido —formuló Martin—. Gracias, Marie.

—Les dejo trabajar entonces. Si puedo ayudarles en algo, estoy a su completa disposición.

Marie abandonó la sala.

Isabelle se adelantó a la cabecera de la mesa.

—Bien, señores, buenos días. Yo soy Isabelle Serrané y él es mi hermano Martin, somos los inspectores que estamos al cargo del caso. Señor letrado, lo primero que haremos será interrogar a su cliente. Agentes, ¿ustedes quieren estar presentes en el interrogatorio?

Ambos realizaron un gesto de afirmación con la cabeza.

Perfecto, les dejamos aquí unos minutos en la sala. Al salir, señor Gene...

—Geneanet —completó el abogado—. Puede llamarme Serge.

—Prefiero llamarle señor Geneanet. Bien, abogado, lo que le iba a decir es que, cuando vengan al interrogatorio, pueden avisar a Marie para que ella se quede con la pequeña Olivia, a falta de un mejor cuidador.

—Muchas gracias, así lo haré, le garantizo que en unas horas alguien venga a recogerla.

—Gracias, vamos a nuestro despacho y los avisaremos cuando tengamos el interrogatorio preparado.

Isabelle y Martin salieron de la sala y se dirigieron a su oficina.

—Martin, ¿tú crees que esto va a salir bien?

—Bueno, a los españoles también les interesa enmarronar a este tío y cerrar el caso. Ellos deben tener la misma presión que nosotros. Probablemente, más aún, porque nosotros jugamos en casa y ellos no. Nosotros tenemos acceso a todo y conocemos la investigación al completo, ellos no.

—Entiendo... Bueno, veamos, ¿qué tenemos contra él? —inquirió Isabelle mientras se sentaba

en su silla—. Hagamos un repaso, yo aún no tengo claro con qué móvil vamos a plantear que asesinó a toda esta gente.

Martin se acercó a la pizarra donde estaba todo escrito.

—Mira, esto es lo que tenemos contra él: está enamorado de su jefe y es un amor no correspondido. No podemos situarlo en la escena de los primeros crímenes, pero tampoco hay nadie que nos pueda rebatir que realmente estaba allí. Después tenemos una muerta en Barcelona que seguramente tenía alguna relación con su jefe y optó por cargársela como venganza, que es lo mismo que pasó en Madrid, al chico del garaje lo mataron después de haber estado con su jefe y él estuvo en ese hotel y hay testigos. Y el segundo muerto en Madrid había estado con él días antes en Palma, había querido algo con él y le había dicho que no. Fue detrás de él y lo mató. Es claramente una persona que no acepta un no por respuesta. Muy probablemente, el siguiente muerto hubiera sido Fran Ballester.

—Pero... ¿por qué no mató a la segunda víctima de España en Mallorca?, era mucho más fácil. ¿Cómo se fue en tan poco tiempo a Madrid y regresó al hotel de Palma?

—Tal vez en Mallorca no lo pensó y el ataque de ir y ganas de venganza llegaron más tarde. Y lo de Madrid, igual con tantos vuelos como hay entre Mallorca y Madrid tampoco es una idea descabellada. Sin dejar de lado que, como ya habíamos hablado, no tenemos ninguna constancia de que la persona que estaba en esa habitación de Mallorca durmiendo fuera él.

—Ya, pero entonces será nuestra palabra contra la suya.

—Bueno, pues que el juez decida, pero el caso estará cerrado para nosotros.

—¿Y si enviamos a un inocente a la cárcel? —dudó Isabelle muy pensativa.

—Bueno, inocente del todo no debe ser. La diferencia es que pagará más o menos, pero pagará por lo que haya hecho igualmente, nosotros habremos cerrado el caso, seremos bien vistos por todos los jefes y puede que nos asciendan o, incluso, condecoren.

—Bien, llamemos al abogado y a los españoles y a ver qué dice.

Justo en ese instante, Sophie abrió la puerta de la sala donde estaban reunidos. Se veía demacrada, lloraba sin parar.

—¡Por favor, Isabelle! ¡Déjame verlo! —gritaba Sophie fuera de sí.

—¡Sophie, no puedes estar aquí! Sal inmediatamente —ordenó muy seriamente Isabelle.

—¿Y esta tía qué pinta aquí ahora? No entiendo nada. —Martin estaba muy confundido.

—¡Isabelle, por favor! ¡Me lo debes! —Sophie no paraba de sollozar.

Isabelle era consciente de que había cosas que no había explicado y optó por intentar hablar con ella y tranquilizarla. Se levantó y fue hacia ella.

—Sophie —articuló con voz muy suave—, no puedes estar aquí ahora, vamos fuera, tienes que tranquilizarte.

Sophie asintió y acompañó a Isabelle.

—Ven, vamos allí —señaló otra sala vacía—, ahí podremos charlar tranquilas —mencionó Isabelle.

Caminaron juntas, Sophie seguía llorando. Una vez dentro, se sentaron.

—Por favor, Isabelle, necesito verle. Él no puede estar en un calabozo, no puede ir a la cárcel. Llevo días sin dormir y soy incapaz de no llorar, no debería haberos dicho nada, la sensación de culpa me está matando.

—Sophie, tú no has hecho nada malo, al contrario.

—¡Pero yo le amo!

—Pero, Sophie, si este chico es gay, este tipo te tiene claramente muy engañada.

—Yo puedo vivir con eso, que se acueste con quien quiera si es capaz de mirarme y abrazarme a mí en nuestra casa y con nuestros hijos.

Isabelle suspiró, no podía creer las estupideces que estaba escuchando.

—¿Y no será más fácil asumir que este chico tiene otros intereses? Yo de ti me buscaría a alguien que te pueda hacer feliz de verdad, Sophie.

—Yo le quiero a él. Está encerrado por mi culpa. Déjame verlo, por favor, aunque sea por última vez, necesito verlo y decirle que le quiero con locura, que lo siento y que voy a estar aquí para él.

—Pero vamos a ver, Sophie. Es que él no sabe que has sido tú la que has dado ninguna información. Ni él ni nadie, ni siquiera mi hermano, que se ha quedado muy sorprendido cuando has irrumpido en la sala de esa manera.

—Lo siento, pero no podía más. Por favor, déjame verle.

Sophie se arrodilló en el suelo llorando y suplicando sin parar. Isabelle era una tía dura, pero ver aquello la conmovía. Estaba casi a punto de llorar ella también.

—Está bien. Cinco minutos, ni uno más. Y yo estaré presente.

—Gracias, gracias, gracias, gracias.

—Ven, vamos a ir por las escaleras de atrás para que nadie nos vea, esto me puede ocasionar un problema grave.

—Me lo debes.

—Bueno, yo no te debo nada, lo hago porque entiendo lo que te ocurre y quiero ayudarte, pero lo que hiciste era tu deber.

Bajaron las escaleras rápidamente y entraron al calabozo donde Adrien estaba detenido. Se sorprendió al ver a Sophie.

—Sophie, ¿qué haces aquí? ¿Qué pasa?

Sophie volvió a arrancar a llorar y fue hacia él a abrazarle.

—Lo siento, mi amor, lo siento —decía mientras sollozaba y le daba besos por toda la cara.

—Sophie, está bien, tranquilízate, ¿qué pasa? Yo no he hecho nada, puedes estar tranquila, voy a salir de aquí. Inspectora, ¿qué sucede?

—Yo solo vengo de acompañante, señor Dubois.

—Te quiero y lo siento, mi amor, te amaré para siempre —manifestaba Sophie entre sollozos.

—Es hora de irse, Sophie —avisó Isabelle acercándose para cogerla del brazo.

—¡Déjame a mí aquí y libéralo a él! —bramaba Sophie desesperada.

—Ya sabes que eso no puede ser, sabes cómo funciona esto. Te he traído hasta aquí jugándomela durante estos cinco minutos, ahora necesito que te relajes y volvamos por donde hemos venido.

Sophie le dio un último beso a Adrien y lo abrazó.

—Nos veremos pronto, te estaré esperando —le comunicó sonriéndole.

Salieron del calabozo.

—Ahora debes marcharte a casa, Sophie, el día va a ser muy largo y no sabemos cómo va a acabar esto, te prometo que te mantendré informada.

—Gracias por todo, Isabelle.

Sophie la abrazó y se fue llorando de la comisaría.

Isabelle entró de nuevo a la sala y suspiró.

—Disculpa. Ella no está bien, he necesitado un poco de tiempo para calmarla y que se volviera a casa.

Martin la miraba expectante y muy interesado, pero no le preguntó nada más, simplemente asintió. Isabelle tomó el teléfono y llamó a Marie para pedirle que llevaran al detenido a la sala de interrogatorios y para que avisara a los policías españoles y al abogado del detenido. En pocos minutos, los seis estaban sentados en la sala de interrogatorios.

—Comienza el interrogatorio del señor Adrien Dubois, acusado de asesinato. El interrogatorio está dirigido por los inspectores Serrané en presencia de tres personas más: el abogado del detenido, señor Serge Gen... Geneanet y dos policías españoles debidamente autorizados, la señorita Noelia Fernán y el señor Alexis López. Señor Dubois, ¿es consciente de los hechos que se le imputan?

—Sí.

—¿Quiere firmar un acta de reconocimiento de los hechos y así hacer más sencillo el procedimiento?

—No, yo soy inocente. Yo no he hecho nada.

—Bien, podría indicarnos si conoce a esta persona. —Isabelle puso sobre la mesa una fotografía de Jean Paul.

—Sí, le conozco.

—¿Le mató usted?

—¿Cómo? ¿Jean Paul está muerto?

Isabelle suspiró, Martin lo observaba fijamente.

—¿Ahora qué pretende, que pensemos que usted no sabía nada?

—Yo no he matado a nadie. —Adrien rompió a llorar—. Jean Paul, Jean Paul, no puede ser... ¿Está muerto de verdad?

—Señor Dubois, tal y como le ha dicho la inspectora, el señor está muerto y usted es sospechoso de su muerte.

—Yo no lo he matado —negó sin parar de llorar—, yo estoy enamorado de él.

—¿Es cierto que la víctima de la fotografía le había rechazado la noche anterior?

—Sí, es cierto.

—Entonces parece ser que él no estaba tan enamorado de usted. ¿Eso generó rabia en usted?

—No, generó dolor e incompreensión. Pero él se marchó a su hotel y yo al mío, no volví a saber de él.

—¿Qué hizo en su hotel?

—Dormir.

—¿Solo?

—Sí, no había nadie más conmigo.

—Me refiero a si solo durmió o hizo alguna actividad más.

—Bebí.

—¡Ah! ¡Bebió! ¿Y bebió tanto como para irse a Madrid y matar a la víctima?

—Imposible. No salí de la habitación.

—Señor Dubois, ¿conoce usted qué es la batracotoxina?

—¿Batra... qué?

—Batracotoxina.

—No tengo ni idea.

—¿Conoce este animal? —Martin colocó encima de la mesa una fotografía de la rana Phyllobates.

—Sí.

—¿Conoce a este animal y no conoce que es la batracotoxina?

—Sí, conozco ese animal porque tengo un amigo que ha tenido en casa.

—Entiendo, un amigo... ¿Y qué amigo es ese?

—Fran Ballester. Bueno, en realidad, no sé si es mi amigo, trabajamos juntos, es mi jefe. Bueno, lo era, me despidió.

—Señor Dubois, ¿podría por favor ordenar sus ideas? ¿Es su amigo? ¿Su jefe? ¿Su compañero? ¿Su amante?

—No, no es mi amante. Fue mi jefe y creía que mi amigo, pero me despidió.

—¿Y por qué le despidió?

—Pues aún no lo sé. Es una persona dictatorial que se enfada con facilidad y decidió despedirme.

—Entiendo... ¿Y ha tenido alguna vez relaciones con el señor Ballester?

—No.

—Pero le hubiera gustado.

—Sí.

—De acuerdo. ¿Y qué puede decirme de esta persona? —le mostró una fotografía de Jordan, el chico muerto en el parking del hotel.

—No sé quién es.

—¿Está seguro? ¿Puede ser que estuviera tan bebido que no recuerda cómo lo mató?

—Yo no he matado a nadie. ¿Puedo coger la fotografía?

—Sí, claro, mírela con detenimiento.

—Ya recuerdo...

—¡Ah! Celebro que le vuelva la memoria tan rápido, señor Dubois. ¿Lo mató?

—No he matado a nadie, se lo he dicho ya varias veces.

—¿Entonces de qué recuerda al señor Pinto?

—Estaba con mi jefe en un hotel de Madrid.

—¿Y usted estaba en esa reunión, en ese encuentro?

—No.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque los vi.

—¿Usted estaba en el mismo hotel?

—Sí.

—¿Y qué hacía allí?

—Había ido para hablar con Fran.

—¿Y para nada más?

—No, solo para hablar con él y pedirle que me devolviera mi trabajo.

—¿Esa visita fue después de despedirle?

—Sí.

—Usted pretende que nos creamos que, viviendo en París, su jefe del que está enamorado lo despide y usted, en lugar de llamarle por teléfono o esperar a que vuelva, se coge un avión y le sigue hasta para pedirle que le devuelva su trabajo, ¿correcto?

—Así fue.

—Muy bien. Así que, cuando llegó allí, vio que su jefe estaba tonteando con otro tío y, preso de los celos y de la rabia, usted decide acabar con su vida.

—No. Yo llegué al hotel, ambos nos vimos y él pasó de mí, como si fuera un desconocido.

—Y eso provocó en usted más ira y mató a su acompañante porque era un blanco más fácil que su jefe, ¿no? Señor Dubois, su testimonio no se sostiene, es mejor que confiese.

Marie interrumpió el interrogatorio.

—Señor Geneanet, su hija le necesita.

—Perdón, discúlpeme un momento, detengan el interrogatorio.

Todo el mundo estaba sorprendido. Isabelle se le echó al cuello.

—Abogado, con todos mis respetos, su hija me parece una niña adorable, pero este no es un sitio para una niña de su edad, si usted no puede asistir debidamente a su cliente, tal vez debamos llamar a otro abogado.

—Por favor, deme solo cinco minutos. Iré a atenderla y volveré rápidamente. Lo lamento mucho.

—Más te vale que me saques de aquí —interpeló Adrien visiblemente enfadado.

—¿Está amenazando a su abogado? —preguntó Martin.

—No.

—No se preocupe, inspector, mi cliente tiene toda la razón con estar molesto. Salgo a atender a mi hija y vuelvo en unos minutos. Recuerden que, sin mi presencia, cualquier presión a mi cliente está totalmente fuera de la legalidad.

—Conocemos el procedimiento, abogado, atienda a su hija.

Martin, sin apartar la vista de Adrien, procuraba intimidarlo. Isabelle prefirió saltarse las normas.

—¿No vas a confesar? Vas a ir a prisión igual. Tú verás. De ti depende lo que dure esta tortura.

—No voy a confesar algo que no he hecho solo para que todos vosotros os vayáis pronto a comer a casa.

—Bueno, como tú quieras, pero de aquí te vas al juzgado directo y, del juzgado, a prisión.

—¡No tenéis pruebas de nada! —gritó Adrien dando un pequeño golpe en la mesa.

—Señor Dubois, le aconsejo que no se altere o todo será aún peor —advirtió Martin.

—No diré nada más hasta que no vuelva mi abogado.

Poco antes de cinco minutos, Geneanet retornó a la sala, donde la tensión era irrespirable.

—Disculpen la interrupción, espero que no vuelva a suceder. Podemos continuar.

—Bien. Señor Dubois, ¿conoce a este chico?

Adrien comenzaba a exteriorizar su nerviosismo. Isabelle puso en la mesa la foto de la segunda víctima, el chico encontrado en el Louvre.

—No.

—¿Está seguro? Fíjese bien, a ver si resultará ser como la víctima anterior.

—No lo conozco de nada, solo he visto sus fotos muerto, que son a las que tuve acceso como periodista de la investigación del asesino del as de corazones.

—¿Cómo supo usted que las primeras cartas eran también un as de corazones?

—Por la prensa.

—Entiendo, ¿quiere hacernos creer que usted, que estaba investigando las muertes, se enteró a la misma vez que el común de los mortales a través de la prensa?

—Sí.

—Está mintiendo, pero bueno, ya se lo explicará usted al juez también, y espero que no lo haga tan nervioso como ahora, si es que pretende que su señoría le crea.

Adrien se apreciaba visiblemente nervioso. Estaba mintiendo, pero debía proteger a Sophie.

—¿No conocía personalmente a este chico?

—No.

—¿Podría decirme cómo puede ser que salgan juntos en esta fotografía?

Isabelle sacó de la carpeta una foto de Adrien en un pub de París donde, junto a él, salían tres personas más, una de las cuales era la víctima.

—Inspectora, no recuerdo ni el día ni la hora en la que me hice esa foto; me hago muchas cuando salgo de fiesta.

—Que la víctima salga en esa imagen no quiere decir que mi cliente tenga que conocerlo, inspectora —interrumpió Geneanet.

—¿Usted se hace fotos con desconocidos habitualmente?

—Cuando salgo de fiesta y bebo, sí. Puedo hablar con mucha gente, hacernos una foto y no volver a vernos en la vida.

—Curioso. Y volviendo a Jean Paul, ¿usted sabía que el también conocido como J. P. era un colaborador habitual de la Policía española?

Cuando Adrien escuchó a J. P., automáticamente le vino Fran a la cabeza. Fran habló con un J. P. que, casualmente, se encuentra con él en Mallorca y ahora resulta que era un colaborador de la Policía. ¡Fran lo sabía todo! En la cabeza de Adrien pasaba tanta información que no sabía cómo ordenarla para poder explicarla y que lo comprendieran. Era consciente de que estaba empezando a sudar y eso no era bueno para demostrar su inocencia.

—Señor Dubois, ¿se encuentra bien? —se interesó el Geneanet—. Podemos hacer una pausa si lo necesita.

—Señor abogado, con el debido respeto, pero quien decide aquí si se detiene el interrogatorio o no somos nosotros —increpó Isabelle.

—Mire, inspectora, con el debido respeto también, pero, si mi cliente no está bien, es totalmente legal, además de su derecho, que se pueda realizar una pausa, en caso contrario, no tendría más remedio que suspender el interrogatorio y acusarles de presionar a mi cliente y vulnerar el procedimiento y su legítimo derecho de defensa.

—No voy a debatir con usted, abogado. Señor Dubois, ¿está usted bien? ¿Se siente capacitado para seguir? —el tono de ironía estaba provocando enfado en Geneanet.

—Inspectora.

—¡Abogado! Estoy preguntando a su cliente, déjele que responda. ¿Señor Dubois?

—Estoy bien, puedo seguir. Pero necesito una pausa y hablar a solas con mi abogado.

—Lamentablemente, eso no puede ser. Usted decidió que no fuera previo a la declaración y ahora no podemos volver a interrumpir el interrogatorio para que usted hable con su abogado.

—Inspectora, es habitual que eso suceda —apeló el abogado.

—Lo sé, pero, como sabe, es una cuestión que queda a juicio de quien dirige el interrogatorio y, en un caso tan grave como el que nos ocupa, entiendo que no procede. Cualquier cosa que su cliente quiera explicar lo puede hacer con nosotros delante y, por supuesto, usted podrá asistirle.

—Está bien, Adrien, cuenta lo que quieras si consideras que será bueno para ti —le comentó Geneanet.

Realmente, le estaba diciendo a Adrien que no debía manifestar nada que le perjudicara, algo que él, por suerte, captó a la primera. Ahora a Adrien le daba todo igual; si tenía que mencionar a alguna fuente, lo haría, por delante de la fuente está su vida, él tenía claro que no quería ir a la cárcel.

—Señor Dubois, le escuchamos, no tenemos todo el día —apremió el inspector.

—Bien, voy a tratar de explicarles cómo ha ocurrido todo de la forma más resumida que pueda: comenzamos esta investigación con el cadáver de la Gare du Nord y muy poco después apareció el chico del Louvre. En la primera víctima no tuve ninguna sospecha de él, pero en la segunda, cuando llegamos a la escena del crimen, Fran se quedó helado al ver al chico. Lo recuerdo perfectamente, estuvo mirando unos minutos el cadáver sin reaccionar. Tuve claro que lo conocía.

—¿Y le preguntó al señor Ballester?

—Sí, y me negó que lo conociera, pero se fue apresurado de la escena del crimen, no quería estar allí. Sigo. Después llegó el cadáver de Barcelona y él me dijo que su mujer le había llamado porque, estando allí, había pasado en el mismo hotel un asesinato. ¿No le parece demasiada casualidad?

—¿Está insinuando que la chica de Barcelona fue asesinada por Fran Ballester?

—No lo sé, pero a mí me parece muy curioso que se fuera tan rápido a Barcelona y qué casualidad que era porque había allí otro muerto con un as de corazones en la mano. ¿Y si él no estaba en París como decía, se encontraba ya en Barcelona y fue quien mató a la chica? Luego vino el cuerpo en la azotea. Recuerdo que le llamé varias veces y no conseguí contactar con él, apareció al día siguiente como si nada. ¿Y si era él el culpable y por eso ni me cogió el teléfono ni apareció por la escena del crimen? Uno de esos días quedé a comer con una amiga, de la que prefiero de momento guardar su anonimato, que me explicó que el departamento forense sabía que las víctimas estaban muriendo por un pinchazo del veneno ese que usted ha mencionado antes.

—¿Batracotoxina?

—Sí, eso. Me aclaró que ese veneno lo producía la rana amarilla que ustedes me han enseñado en la fotografía, yo me puse muy nervioso y me fui de la comida sin decir por qué; y el motivo era que yo había visto esas ranas en casa de Fran.

—Si usted tenía todas estas sospechas, ¿por qué no acudió a la Policía?

—Porque solo eran eso: sospechas.

—Entiendo, entonces usted ve normal pensar que su compañero de trabajo se dedica a matar gente y prefiere seguir siendo su amiguito. ¡Por favor, señor Dubois! ¿Nos toma por imbéciles? —Isabelle se desquició.

Martin le puso la mano en el brazo a Isabelle para que se tranquilizara y siguió interrogando:

—Bien, supongamos que todo esto es tal cual afirma usted: que su jefe, o lo que quiera que fuese o sea, mató a la chica de la Gare du Nord, que mató en el Louvre a un chico que ya conocía de antes, que luego se fue Barcelona y mató a otra chica y que también mató al chico de la plaza de los Vosges. Hasta aquí, supongamos que todo esto lo hizo el señor Ballester. ¿Cómo explica

usted que su jefe matara también a la persona con la que usted estuvo la noche anterior y que, además, usted mismo ha explicado que era su amigo y lo conocía?

—No lo sé, inspectores, pero yo no lo maté. Tal vez era un plan ya preconcebido. Quizá Fran pretendía hacer todo esto y después culparme a mí.

—¿Y considera que un asesino en serie dejaría de matar en ese instante? —dudó Isabelle.

—No entiendo a qué se refiere, inspectora.

—Si el señor Ballester mató a todas esas personas para inculparle a usted y al final usted es detenido, ¿piensa que alguien que es un asesino en serie pone fin a su instinto criminal una vez ya le ha jodido la vida?

—Pues tal vez sí... Insisto, no lo sé, ese, con los debidos respetos, es su trabajo, yo lo único que puedo decirles es que no he matado a nadie.

Marie golpeó la puerta de la sala de interrogatorios y entró sin esperar a que le dijeran que podía hacerlo.

—Inspectores, ¿pueden salir por favor?

Isabelle se giró y la miró con unos ojos tales como si estuviera poseída.

—¿No ves que no, que estamos en medio de un interrogatorio? ¿No te han enseñado que cuando llamas a una puerta no se entra hasta que no te dicen que puedes hacerlo? Es la segunda vez que lo haces hoy.

—Discúlpeme, inspectora, pero he entrado porque es algo urgente que tienen que ver.

Isabelle quedó extrañada.

—Salgamos entonces —asumió Martin.

—Sígueme, ¡rápido! —instó Marie mientras los conducía a la zona office de la comisaría a paso acelerado.

Allí se encontraba encendido el televisor y en un programa hablaban sobre la detención de Adrien. Sentado en el plató, estaba Fran Ballester.

—Justo acaba de empezar. Lo he visto cuando me preparaba un café y fui corriendo a avisarlos, por eso interrumpí el interrogatorio, me parecía muy importante y creía que debían saberlo.

—Muchas gracias, Marie, siento haberte hablado mal. El interrogatorio está muy tenso. ¿Nos puedes dejar solos, por favor?

—Por supuesto.

—Y que no entre nadie, cierra la puerta —pidió Martin.

El titular que leían en pantalla era meridianamente claro: «La Policía detiene al asesino del as de corazones gracias a mí». Los inspectores estaban boquiabiertos.

Fran explicó en la entrevista que él había enviado una serie de información anónima a la Policía, la cual había conseguido gracias a sus investigaciones, y que eso había facilitado la detención del asesino, alguien a quien, además, él conocía muy bien.

—¿Cómo se siente después de haber convivido con un asesino en serie y haberlo descubierto, señor Ballester? ¿Es consciente de que esta cadena le ha propuesto como candidato de última hora a los premios periodistas del año?

—La verdad es que me siento muy bien por el reconocimiento a tan duro trabajo. Es la recompensa al trabajo de toda una vida. Me he jugado mi vida por esta y otras noticias, pero, en este caso, me he implicado profesional y personalmente para lograr dar con el asesino.

Isabelle golpeó la mesa.

—¡Basta ya! ¡Esto es puro amarillismo! ¡Este tío no ha hecho nada por nosotros ni por la investigación!

—¿Pero es cierto que él ha enviado algo? —quiso asegurarse Martin.

—Sinceramente, no lo sé, tenemos decenas de cosas sin revisar. Pero en cualquier caso ese tipo no está detenido por ninguna información que él nos haya dado, sino por nuestro trabajo.

—Bueno, pero le viene bien explicar eso para colgarse la medalla. Ha sido más rápido que nosotros.

La entrevista proseguía.

—Señor Ballester, ¿qué opina de que un periodista tenga que hacer el trabajo de la Policía que, claramente, se ha mostrado incompetente para resolver este caso?

Isabelle cogió el mando muy enfadada y apagó el televisor. Martin rio.

—No te rías, no me hace ninguna gracia. Este tío es un descarado, un mentiroso y un oportunista, encima critica nuestro trabajo.

—Tal vez sí, pero tenemos que reconocer que se nos ha adelantado y nos ha ganado la partida, al menos, de cara a la opinión pública.

Marie golpeó la puerta de nuevo.

—Adelante —señaló Martin.

—Inspectores, perdonen que les interrumpa otra vez, pero deberían ver esto.

—Marie, ahora tenemos que seguir con el interrogatorio —expuso Isabelle tratando de ser cordial.

—Insisto, inspectores, cuando vean esto, tal vez se planteen si necesitan seguir con ese interrogatorio.

—No te entiendo, Marie —soltó Isabelle confundida.

Marie se sentó. Traía con ella un sobre de color marrón. Sacó los documentos y los puso encima de la mesa.

—Un mensajero acaba de traer todo esto. Lo he abierto porque solo estaba a la atención del departamento. Parece ser una serie de informaciones que apuntan a que el asesino del as de corazones no es la persona que ustedes tienen detenida.

—¿Cómo dices? —prorrumpió Isabelle con gran incredulidad.

—Muchas gracias, Marie, déjanos solos y no digas nada de esto a nadie, si en quince minutos no te hemos dicho lo contrario, pide a los dos policías españoles que vengan —solicitó Martin.

—Así lo haré, inspector.

Marie se levantó y salió. Martin e Isabelle estaban estupefactos. No podían creerse lo que estaban viendo.

El sobre contenía todo tipo de pruebas que incriminaban a Fran Ballester en los asesinatos del as de corazones. Un documento mostraba días y horas que casi minutaban sus movimientos en las zonas donde ocurrieron los crímenes, incluso fotografías que lo relacionaban con las víctimas.

En una de las fotografías se veía a Fran con la prostituta asesinada en la Gare du Nord, según se leía en el pie de foto; en otra imagen aparecía casi dormido encima del chico del Louvre en un bar, una más junto al chico de la azotea de plaza de los Vosges y una última con el chico muerto en Madrid sentados en un sofá de un establecimiento público, seguramente, el mismo hotel donde apareció asesinado.

Eran cuatro fotografías que, en realidad, no probaban nada, pero que eran claros indicios de que Fran Ballester conocía a esas cuatro víctimas, y no solo las conocía, sino que había compartido determinados momentos con ellos.

Además de esto, había fotografías del móvil de Fran donde se podían ver conversaciones de Whatsapp con las víctimas.

Era otra prueba irrelevante, pero que se sumaba a los indicios anteriores y que demostraba claramente que quien había enviado aquel sobre y quien tenía esa información era alguien cercano a Fran o, como mínimo, de su entorno, porque solo alguien de ese círculo podía acceder a su teléfono para hacer las fotografías.

Junto a todas esas pruebas o indicios, una carta:

«Atentos policías:

Es de vital importancia que hagan llegar este sobre a los encargados de investigar las muertes del asesino del as de corazones. Este contiene pruebas más que suficientes para que se den cuenta de quién es realmente el asesino. Vayan a por él, deténgale y denle el escarmiento que realmente se merece.

Ha sido un placer colaborar con ustedes.

Un saludo».

La carta era extraña. Martin la leyó una y otra vez y algo en esas líneas no le cuadraba. ¿Podía dar por buena toda esa información como pruebas contra él? Si esa información estaba manipulada, ¿quién del círculo cercano a Fran le odiaba tanto como para hacerle esa jugada si realmente la información no era cierta?

Isabelle incluso pensaba en que esas pruebas las podría haber enviado Sophie para exculpar a Adrien y limpiar así su conciencia y salvar a su amigo especial, pero ¿cómo había tenido Sophie acceso al móvil de Fran o quién se lo había facilitado y por qué?

Pasaron los quince minutos y llegaron los policías españoles.

—¿Qué ocurre, compañeros? —preguntó Noelia.

—Miradlo vosotros mismos.

Isabelle puso toda la información a su disposición. El silencio se hizo en la sala durante un rato mientras Noelia y Alexis revisaban todos los documentos.

—¿Qué opináis? —consultó Martin.

—Es vuestra investigación y nosotros solo venimos de observadores y de apoyo, pero, si todo esto es cierto, habría que detener a Fran Ballester —valoró Noelia mientras Alexis asentía.

—El problema es que Fran Ballester estaba en la televisión hace media hora explicando en una entrevista que, gracias a él y a su investigación, la Policía incompetente había detenido al asesino del as de corazones. —Isabelle estaba agotada y muy desconcertada.

—¿Eso en Francia es un motivo para no detenerle? —dudó Alexis.

—En realidad, no —se apresuró Martin—, pero entiendo que la inspectora se refiere a que, si procedemos a la detención del periodista que se ha atribuido en televisión el éxito de la investigación, primero, parece que estamos yendo contra él precisamente por eso y, segundo, nos ponemos el foco mediático directamente encima de nosotros; si al final resulta que él no es culpable, sería un daño incalculable a la imagen del cuerpo y a nosotros nos enviarían el resto de nuestra carrera al archivo a ordenar carpetas. ¿Eso querías decir, Isabelle?

—Tal cual. Yo no podría haberlo explicado mejor.

Marie volvió a llamar a la puerta.

—Adelante —concedió Isabelle con tono desquiciado.

—Perdón de nuevo. Inspectores Serrané, ¿podrían salir un minuto?

—Marie, puedes decir lo que sea, ellos están al tanto de todo lo relacionado con la investigación.

—Bien, France Télévision acaba de confirmar definitivamente que Fran Ballester recibirá mañana uno de los premios periodista del año.

Isabelle llevó la mano a su frente y empezó a tocarse su frondoso pelo rizado.

—Está bien, Marie, de forma totalmente confidencial, averigua dónde se hace esta entrega de premios, el horario, quién asiste, a qué hora llegan los invitados, etc., toda la información que nos pueda ser útil y, sobre todo, ¡sin que nadie se entere! ¡Es confidencial!

—Sí, inspectora, no se preocupe.

—Pero nadie es nadie, Marie, ¿entendido?

—Sí, entendido, inspectora.

Marie salió apresurada.

—Yo no quisiera presionaros ni inmiscuirme, pero tenéis o tenemos un detenido en la sala de interrogatorios —recordó Noelia.

—¿Qué hacemos, Martin? —consultó Isabelle.

Martin se rascaba la perilla con su mano derecha.

—Creo que tenemos que ir a detener a Fran Ballester.

—Sabes que, si nos equivocamos, nos jodemos la vida, ¿no?

—¿Y si preguntáis a vuestro comisario y que sea él quien tome la decisión final? —sugirió Alexis—. En España es lo que haríamos, pasarle la pelota al jefe; si luego le tienen que cortar el cuello a alguien, que sea a él.

Isabelle y Martin se miraron y Martin contestó rápidamente:

—Tienes toda la razón, compañero. Hagamos una cosa, mientras nosotros hablamos con el comisario, vosotros volved a la sala de interrogatorios y aguantad aquello un tiempo, decidles a él y a su abogado que estamos haciendo unas comprobaciones de una información que nos ha llegado, pero no comentéis que es en favor del detenido. Vamos a seguir presionándole por si acaso se desmorona y .

Vamos a ello —afirmó Noelia.

Todos se levantaron de las sillas y marcharon los cuatro de la sala; Noelia y Alexis hacia la sala de interrogatorios y Martin e Isabelle hacia el despacho de su jefe.

Isabelle llamó a la puerta del comisario Pommier.

—Adelante.

—Comisario, ¿tiene unos minutos?

—¿Ya tenemos culpable, inspectores? —Se apresuró el comisario.

—Lo que tenemos es un problema y una duda, comisario. —Martin sonrió levemente, seguramente, fruto de los nervios.

—Inspector, no creo que sea un tema como para reírse. Salgan de mi despacho y no vuelvan hasta que tengan un culpable.

—De eso se trata, comisario, disculpe a mi hermano, estamos muy nerviosos y necesitamos su ayuda para que todo esto salga bien.

—Está bien, siéntense. ¿Qué ocurre inspectora?

—Bien, como usted sabe, el señor Dubois sigue detenido y lleva algunas horas de interrogatorio, continúa abajo con su abogado en la sala de interrogatorios, junto con los dos compañeros que enviaron de España. El detenido niega radicalmente los hechos y asegura que él no ha matado a nadie. Hasta cierto punto, incluso su versión es coherente, de hecho, con la última muerte en Madrid, puesto que puede ser que el detenido tuviera una coartada en Mallorca. Asegura que todo esto ha sido una trama orquestada por su jefe, Fran Ballester, que él es realmente el asesino del as de corazones y que ha hecho todo esto para inculparle.

—Pero... —el comisario intentaba hablar.

—Discúlpeme, comisario, permítame y acabo —interrumpió Isabelle—. El tal Fran Ballester esta mañana ha sido entrevistado en un programa de televisión, donde se ha atribuido el éxito de la investigación, supuestamente, por una información que él nos ha hecho llegar, pero que nosotros no hemos recibido, y, según parece, él relaciona la detención de Adrien Dubois con la información que envió, por lo que a los ojos de la prensa los policías somos unos incompetentes y él es, y nunca mejor dicho, el periodista del año, galardón para el que France Télévisions le ha incluido a última hora en la entrega que se celebra mañana y que, como se puede imaginar, estará llena de prensa. Por si todo esto fuera poco, hemos recibido hace un rato un sobre con suficiente documentación como para creer que realmente el asesino del as de corazones es precisamente Fran Ballester, pero desconocemos quién lo ha enviado.

—¿Ya ha terminado, inspectora?

—Sí, comisario, disculpe, quería que tuviera toda la información que manejamos.

—¿Y qué quieren que yo haga exactamente ahora?

—En realidad, necesitamos su consejo y su ayuda —expuso Martin con un tono afable para que no sintiera que era pasar la pelota a su tejado, sino poner el broche a su trabajo como inspectores y apoyarse en la sabiduría que acumulaba por sus años de trabajo y su posición de comisario.

—Entiendo. Entonces tenemos a un detenido que es sospechoso de varias muertes y a un periodista con muchas ganas de protagonismo que parece ser realmente un asesino y está en libertad, ¿correcto?

—Bueno..., sí..., algo así... —sostuvo Isabelle.

—Entonces yo creo que la respuesta es sencilla, inspectores, si hay un presunto asesino en libertad, lo que hay que hacer es detenerle para interrogarle y, precisamente, nuestro trabajo es dilucidar si es o no el culpable. Además, me dicen que mañana irá a una entrega de premios, que considero es la oportunidad ideal a nivel mediático para proceder a esa detención.

Isabelle no estaba entendiendo muy bien al comisario.

—¿Y si Fran Ballester no es culpable y nosotros le hemos detenido delante de todos los medios de comunicación?, ¿eso no perjudicaría nuestra imagen?

—Seguramente, no, nosotros solo hicimos nuestro trabajo y cumplimos con nuestro deber de policías de detener a cualquier sospechoso, y más en un caso de tanta relevancia como este. De todos modos, lo que deben hacer es asegurarse de que hay motivos suficientes para proceder a su detención, y, sin duda, hacerlo en un evento tan importante, primero, le va a dar repercusión mediática al buen trabajo que hace la Policía y, segundo, si es culpable, elevará la imagen del cuerpo a niveles inimaginables; si no lo es, será porque un juez lo diga de aquí a unos años y todo el revuelo mediático habrá pasado.

—¿Entonces le detenemos mañana durante la entrega de premios? —quiso asegurarse Martin.

—Así es, inspector.

—¿Y qué hacemos con el señor Dubois? —se adelantó Isabelle.

—Se queda aquí detenido hasta mañana para evitar que se pueda fugar si es el culpable.

—Entendido, comisario.

—Gracias por su ayuda.

Los inspectores salieron del despacho del comisario y se dirigieron a la sala de interrogatorios.

—Perdón por la interrupción —mencionó Martin—. Tenemos información relevante que podría cambiar el curso de esta investigación y, en consecuencia, el de este interrogatorio, por ese motivo debemos suspenderlo.

—¿Me puedo marchar?

—Me temo que no, señor Dubois —aseveró Isabelle—, se va a tener que quedar aquí detenido durante, al menos, un día más.

—¿Y qué motivos hay para ello? —exigió saber Geneanet—. La detención solo debe mantenerse durante el tiempo necesario e imprescindible para que la Policía haga las averiguaciones oportunas.

Isabelle miró fijamente al abogado.

—Y eso es precisamente lo que estamos haciendo, las averiguaciones oportunas. Su cliente está acusado de varios asesinatos, esto que estamos tratando no es el robo de una cartera, es un asunto muy serio. Por eso, su cliente se quedará detenido y en los calabozos de esta comisaría. Mañana se le indicará a qué hora se reanuda el interrogatorio o si, directamente, se le envía a disposición judicial.

—O si queda en libertad por falta de pruebas, ¿no? —puntualizó Geneanet.

Isabelle estaba furiosa, pero entendía que era parte de su trabajo, pero, además, era un escenario muy probable si toda la información que tenían de Fran era cierta.

—Exacto, o que quede en libertad a la espera de juicio. ¿Alguna pregunta más?

—Ninguna, inspectores, esperemos que mañana esto quede finalizado y no tengamos que iniciar acciones contra ustedes por vulnerar los derechos de mi cliente.

—Eso no pasará, se lo aseguramos —enunció Martin tratando de ser conciliador—. Solo intentamos hacer nuestro trabajo lo mejor posible en beneficio de todas las partes implicadas.

El abogado salió de la sala junto a Martin, que fue a llamar a otro agente para que devolviera a Adrien al calabozo.

—No entiendo que lo dejéis encerrado un día más aquí. ¿Creéis que mi cliente es culpable? Porque, si es así, no entiendo por qué no lo lleváis ya ante el juez —le increpó Geneanet.

—Yo no puedo hablarte de la investigación, pero créeme que, si lo hacemos, es por su bien.

—Bien, ya lo veremos entonces. Voy a recoger a mi hija y mañana intentaré venir solo.

—Sería lo mejor, sí, esto no es un lugar para niños. Hasta mañana.

En este instante, Adrien era conducido a los calabozos.

Los dos policías españoles salieron de la sala y se despidieron de Isabelle y Martin rumbo a su hotel.

Los inspectores se quedaron revisando toda la documentación que inculpaba a Fran y preparando cómo sería la detención en el hotel Ritz de París.

Mientras, Fran llegaba a su casa, feliz, muy feliz.

—Cariño, ¿has visto las noticias? ¿Te has enterado?

—Sí, felicidades —comentó Elena visiblemente contenta.

—¿Me acompañarás mañana a la entrega de premios?

—Claro que sí, no me lo perdería por nada del mundo. ¿Estás alegre?

—Mucho, es lo que llevo esperando bastante tiempo, ya sabes que hace mucho que lucho para que se reconozca mi trabajo.

Fran se acercó a Elena y la abrazó con fuerza para que sintiera la emoción en su cuerpo, pero su interior le decía que algo no estaba bien.

—¿Pasa algo, Elena?

—No, es solo que echaba de menos esto.

—¿Seguro que solo es eso? Te noto extraña.

—Es normal, Fran, han pasado muchas cosas entre nosotros, y yo necesito mi tiempo para volver a la normalidad.

—A partir de ahora todo va a ir bien, ya verás, vamos a ser muy felices.

Fran la abrazó de nuevo y le dio un beso en la frente.

—De ahora en adelante, disfrutaremos de muchos instantes juntos, todo va a ir bien —aseguró Fran, intentando transmitirle tranquilidad a Elena.

Elena pensaba que ojalá ese comportamiento, esas palabras y esas promesas hubieran llegado antes, ahora sentía que era demasiado tarde.

—¿Vamos a dormir? Mañana va a ser un día muy importante.

—Sí, vamos a la cama —asintió Elena, quien no deseaba seguir hablando del tema.

Isabelle y Martin seguían en comisaría revisando la documentación, asegurándose de que todo estaba en orden para la detención de Fran. Sabían que iba a ser un momento muy delicado e, incluso, peligroso, por lo que debían estar preparados para cualquier eventualidad que pudiera surgir.

—Todo parece estar en orden, según esto, es evidente que es el asesino, pero, aun con todas las pruebas, hay cosas que no entiendo —razonó Isabelle, repasando una vez más los papeles.

—¿Qué no entiendes?

—¿Qué motivo tenía para hacer todo esto?

—La enfermedad o el desorden mental de una persona a veces no tiene explicación, Isabelle, tal vez simplemente fue matar por matar. En realidad, puede que nunca lleguemos a saber los motivos, pero toda la información y las pruebas que tenemos son más que suficientes para detenerlo y que el juez lo encierre por una buena temporada.

—Quizá tengas razón. Pero me gustaría llegar a comprender qué le ha llevado a hacer todo esto, también sería más fácil para el informe al juzgado poder explicar que tenía un móvil para matar a toda esta gente.

—Lo sé, Isabelle, pero tenemos lo que tenemos y la realidad es que hay que cerrar el caso ya. El jefe desea un culpable, la ciudad también, igual que España. Contamos con un candidato en el calabozo y otro que detendremos mañana. A Adrien Dubois lo dejaremos en libertad provisional y que el juez decida; a Fran lo llevaremos directamente ante el juez con todas las pruebas que tenemos.

—¿Y quién crees que nos ha hecho llegar esto?

—Tal vez haya sido él mismo, Isabelle. Hay varios casos de asesinos que se han acabado delatando solo para cubrir su ego y salir en todos los medios de comunicación.

—Sí, supongo que tienes razón...

—¿Nos vamos a casa? Mañana va a ser un día largo.

Isabelle asintió. Recogieron sus cosas y se marcharon de la comisaría en coche.

Fran no podía dormir, Elena tampoco.

—¿Y qué vas a decir en tu discurso? —se interesó Elena.

—Pues hablaré de mi trabajo y de lo mucho que he luchado durante estos años para lograr este premio, creo que lo dedicaré a todas las víctimas del caso para que se haga justicia con ellas.

—Me parece buena idea, seguro que todo saldrá bien mañana.

—Gracias por tu apoyo, Elena, es muy importante para mí tenerte a mi lado mañana.

—Para mí también es muy importante estar allí, aunque me resulta complicado aceptar que Adrien hizo todo eso. Él no era santo de mi devoción, ya lo sabes, pero me resulta difícil creer que sea un asesino en serie.

¿Dudas de mi investigación? —Fran se mostró notablemente molesto.-

No mi amor, solo que es difícil asumirlo. —Elena ya volvía a ver a Fran a la defensiva. Era consciente de que cualquier frase más en esa línea podía desencadenar un nuevo enfrentamiento —. ¿Intentamos dormir?

—Sí, no quiero tener mala cara mañana cuando toda la prensa me haga fotos y entrevistas. Buenas noches.

—Buenas noches.

Mientras tanto, Isabelle seguía reflexionando en las pruebas que habían revisado en la comisaría.

—Todavía no entiendo cómo alguien puede hacer algo así. -dijo formuló Isabelle visiblemente frustrada.

—La verdad es que es difícil de entender —consideró Martin—, pero te repito, lo importante aquí es que tenemos suficientes pruebas para detenerlo y que pague por todo lo que ha hecho.

—Sí, tienes razón. Pero sigue habiendo algo que no me cuadra, eso me come por dentro. Aun así, espero que, aunque no podamos llegar a entender sus motivos, al menos, obtengamos justicia para las víctimas y sus familias.

—Estoy seguro de que lo haremos, Isabelle. Hemos trabajado muy duro en este caso.

—Voy a tratar de conciliar el sueño. Buenas noches, que descanses.

—No pienses más, Isabelle, no hay nada que vayas a lograr esclarecer, al menos, esta noche. Duerme y descansa, mañana puede que sea un día muy largo.

—Sí, buenas noches.

Isabelle caminaba por el pasillo rumbo a su habitación, pero, pese a lo que le había dicho su hermano, no podía parar de repasar en su cabeza toda la investigación punto por punto, buscaba los motivos que le habían llevado a Fran a matar a esas personas, y en algunos casos no los tenía nada claros.

Capítulo ocho

I will always love you

Seis y cuarto de la mañana. Fran se despertó y ya no era capaz de dormir, se sentía muy nervioso por el gran día. Faltaban casi tres horas para que sonara el despertador.

—Cariño, ¿desayunamos? —sugirió Fran a Elena mientras le daba golpecitos en el hombro.

—¿Qué hora es?

—Es pronto, pero no puedo dormir.

—Déjame un rato más, por favor —pidió Elena sin moverse y con los ojos cerrados.

Fran suspiró y se levantó. Fue a la cocina y se preparó un café, tratando de relajarse un poco. Mientras esperaba a que el café estuviera listo, miró por la ventana y pensó en todo lo que había conseguido con su trabajo y el éxito que le reportaba esta investigación.

Había estado años esforzándose para ser reconocido, enfrentándose a obstáculos y detractores por el camino. Pero ahora, por fin, estaba a punto de recibir lo que merecía. Ser nombrado uno de los periodistas del año era un logro que poco más de una decena de personas conseguían alcanzaban cada año, y él tenía claro que lo había alcanzado gracias a su esfuerzo y dedicación, y consideraba que, sin duda, era merecidísimo.

Sin embargo, algo en su interior no terminaba de estar en paz. Se sentía ansioso, inquieto, aunque desconocía qué era. Tal vez los nervios previos a un gran momento en su vida o, quizás, algo más.

De repente, sonó un mensaje de texto en su teléfono. Provenía de un número desconocido: «Fran, no vayas a los premios. Te están vigilando. Corre, vete lejos, tan lejos como puedas».

Fran se quedó sin aliento y fue a toda prisa hacia la habitación para vestirse y hacer una maleta. Elena se despertó con el ruido.

—Fran, ¿qué pasa? —indagó todavía somnolienta y frotándose los ojos.

—Tenemos que irnos... O tengo que irme, no lo sé, pero ya.

—¿Qué dices? ¿Qué pasa?

—Mira el mensaje que acabo de recibir.

El pulso de Fran temblaba levemente mientras sostenía el móvil en su mano derecha.

Elena se mostró también nerviosa al leerlo, pero procuró mantener la calma al hablar con Fran:

—Cariño, relájate. ¿No has pensado que se puede tratar de una broma o, simplemente, de alguien que no quiere que vayas a los premios para que no te lo den?

—Es verdad, no lo había pensado. Estoy muy nervioso, no sé qué hacer.

—Tienes que estar tranquilo, en unas horas nos vestimos y nos vamos a los premios, tal y como habíamos planeado. Ese mensaje no debería cambiar tu derecho a recoger ese premio.

Fran dudó por un minuto, pero, finalmente, decidió seguir el consejo de Elena y prepararse para la gala, aunque su expresión denotaba una gran preocupación. A pesar de que no sabía si el mensaje era real o no, no podía evitar sentir cierto temor ante la posibilidad de estar en peligro.

—¿Vamos a los premios entonces? —preguntó a Elena.

Elena estaba sorprendida porque no estaba acostumbrada a ver a Fran tan inseguro.

—Sí, y todo va a ir bien.

Fran asintió y se volvió a meter en la cama con Elena. La abrazó. Empezó a besarla. Elena se dejó, tal vez era la última vez que iban a mantener relaciones sexuales y la idea de continuar aquello no le disgustaba, además, decirle que no a Fran podía desencadenar cosas desagradables y hoy no era el día más indicado para eso.

Al acabar, se quedaron dormidos alguna hora más. Sonó la alarma y Fran saltó de la cama.

—Elena, es la hora. Tenemos que ducharnos y prepararnos.

—Fran, relájate, estamos convocados a las seis de la tarde.

—Sí, pero quiero preparar muy bien mi discurso.

—Vale, pues ponte con ello y después lo revisamos juntos si quieres.

—Sí. —Fran salió de la habitación sin mediar palabra.

Elena se levantó al cabo de un rato y se dirigió al cuarto de baño para ducharse. A pesar de que había dormido un poco más, se sentía muy cansada.

Cuando ella acabó de ducharse, Fran ya estaba vestido con traje y revisando su teléfono.

—¿Algún mensaje nuevo?

—No, nada nuevo —negó Fran—, pero todavía estoy algo preocupado. No puedo dejar de pensar en lo que decía ese mensaje.

—Lo entiendo, pero intenta no pensar en eso ahora mismo y concentrarte en preparar los premios. En cuanto al traje, ¿no deberías esperar a más tarde para ponértelo?

Fran asintió con la cabeza y, sin más respuesta, se dirigió a la habitación para quitárselo.

Volvió al salón y, mientras Elena leía, se sentó en la mesa para preparar su discurso. Estuvo allí más de dos horas sin articular palabra, muy concentrado.

—Creo que he terminado. ¿Quieres leerlo?

Elena cerró su libro.

—Claro. ¿Quieres hacerlo delante de mí como si fuera el público?

—Vale.

Fran se levantó y fue hacia el sofá, se quedó de pie delante de ella para comenzar:

—Queridos amigos, compañeros, invitados... ¿Por qué pones esa cara?

Elena expresaba un claro gesto de desaprobación ante lo que estaba escuchando.

—Es un poco machista y antiguo hablar a la gente solo en masculino.

Fran ponía cara de enfadado.

—Elena, toda la vida se ha dicho así, y yo ahora no lo voy a cambiar.

—¿No te parece mejor algo como «queridos amigos y amigas»?

—No, no me gusta. ¿Puedo seguir?

—Claro, adelante, es tu discurso.

—Gracias.

—Queridos amigos, compañeros, invitados, quiero empezar agradeciendo a todos los que habéis venido hoy a este encuentro en uno de los mejores hoteles de París y del mundo, sin duda, es lo que demuestra la importancia casi mundial de este premio.

Elena tose.

—¿Ahora qué? —Se detuvo Fran visiblemente molesto—. Si me interrumpes tantas veces, no acabaré nunca.

—¿No te parece un poco excesivo? Son unos premios importantes en Francia, pero dudo que tengan tanta relevancia. Yo lo digo por ti, porque no quedes como un egocéntrico.

—Vale, puede que aquí tengas un poco de razón.

—Queridos amigos, compañeros, invitados, quiero empezar agradeciendo a todos los que habéis venido hoy a este encuentro en uno de los mejores hoteles de París y de Francia, sin duda, es lo que demuestra la importancia nacional de este premio. Llevo toda una vida dedicada al periodismo, luchando en muchos frentes y contra bastantes situaciones por la noticia, para que las personas estuvieran informadas, supieran la verdad y ningún medio de comunicación pudiera engañarlas o manipularlas. Llevo meses investigando lo que, como saben, se ha convertido en una historia terrible, en la crónica de un asesino en serie del que probablemente nunca llegaremos a saber por qué decidió hacer valer su maldad contra personas inocentes. Es triste recoger un premio que parece que va relacionado con la muerte, pero es muy satisfactorio hacerlo sabiendo que, gracias a mí, el asesino de esas personas hoy duerme en prisión. Muchas gracias a todos.

—Bueno, está bien —valoró Elena.

—¿Solo bien?

Elena no quería hacerle enfadar, necesitaba estar relajada y ser lo más empática y comprensiva posible.

—Sí, a ver, en realidad, está muy bien. Es claro y directo. Es muy difícil resumir en el poco tiempo que te dan todo lo que te has esforzado en tu vida.

—¿Pero crees que mi discurso será el mejor de todos?

—Claro que sí, Fran —Elena hizo valer el mejor de sus tonos convincentes, sin creerse en realidad nada.

—¿Comemos? Tengo hambre.

—¿Puedes preparar algo tú, por favor? Me apetece seguir leyendo, estoy casi a punto de acabar el libro.

—No es mi trabajo cocinar, así que deja eso para luego y ponte, que nos tenemos que preparar para ir al evento. Yo voy a pasar el texto a limpio y a imprimírmelo en unas tarjetas.

Elena inspiró, retuvo el aire y expiró. No quería discusiones. Haría lo que Fran mandaba antes de desencadenar un encontronazo que acabara en aquello de: «aquí mando yo». Estaba muy cansada como para ponerse a pelear ahora y prefirió ir a la cocina y hacer algo rápido de comida para los dos.

Ambos comieron en silencio, Fran tenía la mirada perdida.

—¿Estás bien?

—Sí, nervioso. Pensaba de nuevo en lo del mensaje de esta mañana.

—¡Ay, Fran! ¡Ni caso a eso! ¡Sería cualquier perturbado aburrido!

Fran no la miraba.

—Puede. Intentaré no pensar más. Voy al sofá a relajarme mientras tú recoges todo esto. No dejes que me duerma, por favor.

Elena volvió a contener sus ganas de expresar lo que sentía, tomó los platos de la mesa y se fue hacia la cocina. Estuvo allí más de una hora para no molestar a Fran.

Se acercó a él, que estaba con los ojos cerrados, y le dijo:

—Fran, son casi las cuatro, ¿no deberíamos comenzar a prepararnos?

—Suerte que te dije que no me dejaras dormirme.

—No pensaba que estuvieras durmiendo y, si lo hacías un rato, no pasa nada, así estarás más descansado para tu gran día.

—Vístete rápido, por favor, quiero llegar muy puntual y, si puede ser de los primeros, mejor que mejor, que toda la prensa tenga la oportunidad de entrevistarme durante el tiempo que necesiten.

Fran volvió a coger el traje que se había puesto por la mañana y se encerró en el baño. Tardó más de media hora. Elena escuchaba cómo ensayaba su discurso una y otra vez, suponía que frente al espejo.

Cuando abrió la puerta, Elena ya estaba lista.

—¿Qué tal me ves? ¿Estoy guapa?

Elena se había puesto un vestido azul largo con brillantes realmente precioso. Hace mucho que lo había comprado, pero lo guardaba para una ocasión muy especial y hoy era el mejor día para sacarlo de su armario y ponérselo.

—Muy guapa. Tal vez demasiado escote, pero, por esta vez, te voy a dejar que vengas así porque vamos justos de tiempo.

Era habitual que Fran le criticara la ropa que elegía si él creía que no era adecuada, Elena, acostumbrada a eso, no estaba dispuesta de nuevo a debatir.

Llamaron al timbre.

—Voy yo —se anticipó Elena con el bote de perfume en la mano.

Era el conductor que había venido a recogerlos.

—Fran, es el coche, ¿estás listo?

—Sí, vamos.

Salió de la habitación y observó fijamente a Elena.

—¿Vamos? ¿Seguro? —dudó.

—Sí, seguro.

El trayecto en el coche hacia la plaza Vendôme donde estaba el hotel Ritz resultaba interminable para ambos. Había mucho tráfico.

Cuando el coche entró en la plaza, Fran respiró profundamente y cogió a Elena de la mano apretando fuerte.

—Todo va a salir según lo previsto, no te preocupes —le aseguró ella.

Fran abrió la puerta y bajó. Esperó a Elena y la cogió del brazo. Elena se sentía una privilegiada y reflexionaba que ojalá Fran hubiera sido así siempre con ella, un caballero; de ese modo se comportaba cuando se enamoró de él. Desafortunadamente, eso no era la norma ya, sino la excepción, y ella tenía claro que no podía continuar su relación por mucho que lo quisiera, si es que aún le quería.

Fran caminaba y estaba sorprendido por toda la gente que estaba allí, por las luces, los flashes de las cámaras y por la impresionante moqueta de color azul que conducía desde la bajada de los coches hasta la entrada del hotel.

Centenares de personas estaban agolpadas allí para ver a sus ídolos, famosos, a la gente de los medios que tenían esa tarde la oportunidad de contemplar en persona antes de que entraran a la gala.

Justo delante de él en la alfombra se encontraba una cantante francesa con un vestido de color mostaza que a Fran le parecía espectacular, no podía dejar de observarla. Posaba con mucha naturalidad, sonreía a las cámaras y los periodistas se agolpaban para captar su brillante sonrisa y su belleza extrema.

Llevaban caminando cinco minutos delante de aquella chica. A Fran casi ni le miraban y su cara entristecía por instantes hasta que llegó a la entrada del hotel. Miró a la prensa para la foto oficial, Elena sonreía, él estaba serio, prácticamente descompuesto. Frente a él aguardaban Martin e Isabelle.

Elena soltó su brazo.

«En ese momento, pasaron delante de mis ojos todas y cada una de las víctimas. Recordé los detalles de lo que había hecho con cada uno de ellos.

El primer asesinato fue el único de todos en que no sentía dentro de mí el deseo de matar, pero sí la necesidad. No había experimentado antes ese placer, no sabía aún lo que iba a llegar a sentir. Estaba fuera de mí y la rabia podía conmigo. No soportaba más aquella situación, no era lo que yo esperaba de la vida, tampoco lo que me merecía.

¿Por qué ella y no otra? Porque ella merecía morir. Me utilizó para conseguir lo que quería y, cuando lo tuvo, dejó de ser importante en su vida, le dejó de ser útil, se le cayó rápidamente el disfraz y yo debía castigarla por ello.

Compré el ácido en una página web siguiendo cuidadosamente las explicaciones que encontré en un foro, casi sin darme cuenta, en unas horas me había convertido en una persona experta en informática.

Hubiera preferido que no fuera ella la que muriera, pero pensé que, de esa forma, mataba dos pájaros de un tiro.

Recogí el pedido tres días después en un locutorio a una docena de calles de mi casa, sentía el poder en mis manos.

Mi primera idea era que fuera bebido para poder contemplar su destrucción minuto a minuto, pero esto me hubiera llevado mucho más tiempo y me exponería demasiado, así que opté por la vía rápida. También encontré varios consejos en internet acerca de esto.

Estuve varios días siguiéndola. Su rutina era casi cada día idéntica y siempre volvía a casa a la misma hora y haciendo exactamente el mismo recorrido, por lo que solo tendría que esperar la oportunidad adecuada.

Estuve en aquella calle hasta tres días seguidos, pero siempre había alguien que me estropeaba el intento. Tenía claro que el sitio debía ser aquel. Era lo más discreto y oscuro que había en toda su ruta diaria. El cuarto día, acerté.

Jornadas antes escuché a un operario de mantenimiento de la estación decir que la cámara de la primera puerta hacía tiempo que no funcionaba. El destino sin quererlo había elegido dónde iba a morir esa desgraciada. Del resto de cámaras, en ninguna de ellas yo entraba en su ángulo de visión.

El primer día casi lo consigo, me acerqué a ella y, de pronto, salió de la nada un vagabundo que nos asustó y no se movía de la calle. Lo acepté, no todo en la vida sale bien a la primera. Volví a entrar en la estación, tomé el metro y regresé a mi casa con el bote de ácido en la mochila.

El segundo intento fue un coche de seguridad del edificio contiguo el que me frustró. Justo cuando ella salía de la estación, el coche entraba en la calle. Otro día que me marchaba a casa sin haber conseguido lo que quería y me metía en la cama como si nada hubiera pasado.

El tercer día tres personas del servicio de limpieza de la estación estaban justo en esa calle fumando y hablando entre ellas, estuvieron allí más de media hora. Tampoco pude hacer nada. De nuevo, contemplé cómo ella pasaba delante de mí sin que yo pudiera actuar.

El cuarto fue mi día. Justo se paró a encender un cigarro en esa puerta. No lo pensé, actué. Di un vistazo rápido a mi alrededor y no había nadie. Era la misma hora de siempre y casi no había luz, todo estaba en silencio. Hacía unos minutos que esperaba que la rutina se repitiera y apareciera. Yo la aguardaba con el bote de ácido en la mano, con el tapón casi destapado. Apareció puntual, me acerqué a ella, destapé el bote completamente y se lo lancé en la cara,

dejé caer el bote y le asesté un golpe en la cabeza con una figura de piedra que traía en la mochila. Era poca cosa, sabía que aquello bastaría para tumbarla. Y así fue. Cayó al suelo desplomada y pude ver que el ácido se iba comiendo cada milímetro de su piel. Fueron segundos, pero el placer era indescriptible. Me tenía que ir, pero no lo pude resistir, mi adrenalina estaba por las nubes y le di una patada en la cabeza. Seguramente, si aún estaba viva, aquello la remataría, como mínimo, así dejaría de gritar. Pude ver cómo su mandíbula se desencajaba y el placer que yo experimentaba era inmenso. En realidad, mi idea inicial no era matarla, solo desfigurarla y que sufriera, pero conforme avanzaba en mi plan, la rabia que llevaba dentro me pedía más y más.

Volví a mirar a mi alrededor, no había nadie y ella casi no había tenido tiempo de gritar. Mi plan se había cumplido con éxito. Comencé a caminar con paso acelerado y entré al metro cuatro o cinco estaciones más allá de la Gare du Nord. No quería que las cámaras de dentro pudieran grabarme. Mi plan tenía que salir bien. Y así resultó.

Es sorprendente, pero aquella noche dormí como nunca, no tuve remordimientos de conciencia, algo dentro de mí me decía claramente que había hecho lo correcto, lo que se merecía.

Mi sorpresa fue cuando, al cabo de unos días, algunos medios de información decían que podía tratarse de un asesino en serie o con algún tipo de simbolismo porque, al parecer, se había dejado junto al cadáver una carta de póker, un as de corazones, aunque era una información que las fuentes oficiales no habían confirmado. ¿Alguien podría explicarme quién dejó una carta encima de aquella tía? Porque yo no. Pero la idea me gustó. Me fascinaba convertirme en alguien famoso por lo que estaba haciendo, dado que, al fin y al cabo, no era más que justicia, no era más que poner a la gentuza en el lugar que merecían, acabar con su vida era acabar con el daño que hacían a la mía.

Inexplicablemente, tenía muchas ganas de repetir. Había encontrado la manera de que, si la vida no me daba lo que me merecía yo pudiera obtenerlo.

El segundo fue más fácil que el primero. Era un sitio mucho menos concurrido. Aquel niño trabajaba como taquillero en el Louvre, no tenía más vida que su trabajo y salir de copas. Cada día hacía lo mismo. Supe que trabajaba allí después de encontrar su fotografía en una red social que había publicado el bar de copas donde salía muchas noches, su perfil estaba abierto, y con eso pude enterarme de toda su vida casi al minuto porque subía muchas publicaciones. Con la chica, el método que usé me funcionó, así que no me planteé cambiarlo y repetí los pasos uno por uno: entré en la misma página web para hacer el pedido, esperé tres días, lo recogí en otro locutorio más lejos aún que el primero y me pasé varias jornadas siguiendo a ese chico. Debía tener poco más de veinte años y no pesaría más de sesenta kilos.

En el primer intento tampoco tuve suerte. Justo cuando salía de trabajar y yo veía cómo pasaba entre las columnas, sonó su móvil, era una videollamada. Podría haberlo hecho, pero un teléfono no era un factor que controlara. Aunque debo reconocer que me daba cierto morbo, preferí que el chico fuera feliz con su videollamada, sabiendo que yo mañana volvería a tener una nueva oportunidad. Carecía de prisa, más tarde o más temprano, su vida acabaría. Esta semana, además, nadie me esperaba en casa, con lo cual aún sería mucho más fácil hacerlo sin tener que dar explicaciones o inventar historias.

El segundo día aquel chico no apareció. Esperé una hora más de su horario habitual de salida. No podía entender qué había ocurrido, llevaba mucho siguiéndole y siempre hacía exactamente lo mismo y a las mismas horas. La situación era extraña porque no había publicado nada en sus redes sociales hacía catorce horas. En realidad, si le había pasado algo, para mí ya estaría bien. Algo o alguien había hecho el trabajo sucio y yo había conseguido el mismo resultado, pero necesitaba sentir ese placer una vez más.

Mis dudas se despejaron de madrugada. Había subido una foto en su cama diciendo que estaba malito. Algo tremendamente comprensible si tenemos en cuenta que ayer acabó a las seis de la mañana y se fue a un after hasta más de las diez. Iba todas las semanas allí, pero nunca permanecía más de una hora, así que algo muy interesante debió encontrarse dentro para quedarse durante tanto tiempo.

Y como hay veces en la vida que a la tercera va la vencida, a la tercera noche gané la partida. Allí estaba como siempre con su camisita blanca metida por dentro de su pantalón de pinzas negro. Lo veía desde lejos caminando por la Cour Carrée, acercándose a la salida de rue Marengo, yo le esperaba allí entre las columnas. Tenía claro que esta vez primero le tiraría al suelo y después le lanzaría el ácido, seguramente, así sería más fácil. Y así fue. Siempre iba mirando su teléfono móvil, podría haberle saludado y preguntado cómo estaba y casi no hubiera levantado su cabeza. Pasó por delante de la tercera columna, conté hasta tres y le di con la figura en la cabeza. Cayó al suelo fulminado. Creo que ya estaba muerto, pero ahora que iba a ser una persona conocida por hacer justicia no podía dejar pasar la oportunidad de que este se relacionara con la anterior víctima. Abrí el bote tranquilamente y dejé caer el ácido en su cara. Ahí pude disfrutar más. Nunca había nadie a esa hora por allí. Pude pararme a contemplarle durante algunos minutos y comprobé cómo su cara, su cuello y su camisa blanca eran devorados por el ácido. Dejé la carta en su mano, ahora esa era mi firma, le miré por última vez y me marché caminando tranquilamente. Misión cumplida.

A la tercera hace tiempo que le tenía ganas, probablemente, era la que más ganas le tenía porque no era la primera vez que me hacía daño. Necesitaba estar en Barcelona unos días y mi trabajo era la excusa perfecta para eso. Era preciso recibir el pedido allí porque, lógicamente, no podía ir en avión con un bote de ácido en el bolso.

Mis planes no salieron como esperaba. Mi pedido nunca llegó y no obtuve una explicación clara sobre qué sucedió. Al cabo de unos días, la página web cerró, por lo que supongo que ese era el motivo.

Estaba en Barcelona tras aquella guarra que no sabía cómo matar. Me había alojado muy cerca de ella para tenerla más a mano.

Estuve toda la tarde buscando en los mismos foros que había encontrado la información del ácido y, después de muchas horas, di con la solución. Tanto tiempo sabiendo de la existencia de esa ranita dorada bella y resulta que no sabía que su veneno era mortal. Fui a cuatro tiendas diferentes hasta que la encontré. Pagué casi doscientos euros por ella, pero estaba convencido de que iba a ser un dinero bien invertido. En una farmacia compré dos jeringuillas con aguja, por si una me fallaba, que tuviera un repuesto.

Me sorprendió que tuviera más problemas para comprar una jeringuilla con aguja que una rana cuyo veneno es mortal. Así de curioso es el mundo.

Seguí paso a paso todas las indicaciones para extraerle el veneno. No fue fácil y tampoco saqué una gran cantidad, apenas un par de gotas. Según había leído, el equivalente a dos gramos de sal era más que suficiente para tumbar a alguien. Decidí guardarlo en la nevera como indicaban en internet y esperar a ver si al día siguiente lograba una cantidad adicional para la segunda jeringa.

Increíble pero cierto, llené la segunda jeringa con el triple de la dosis que necesitaba y me sobró para completar la primera, aquel bicho era una máquina de generar muerte cuando se sentía atrapado, la dejé toda la noche dentro de un vaso, así que más atrapada y estresada dudo que se pudiera sentir. Más vale que sobre a que falte. Acabado el trabajo para el que había venido a mi habitación, la puse en libertad, abrí el inodoro, la dejé salir y tiré de la cadena. Cerré la tapa y volví a tirar por si no se había ido. Puse la oreja para ver si escuchaba algo, abrí y ya no estaba. La generadora de mi arma mortal se había ido por la alcantarilla. Buen viaje, pequeña.

Compré un uniforme en una tienda a dos calles del hotel. No era exactamente el mismo que llevaba su personal, pero no considero que ella se parara a pensar en eso, ni era tan inteligente ni tendría tanto tiempo para reaccionar.

Llamé a su puerta y le dije que venía a revisar un problema con su conexión del detector de incendios. Me pidió si podía venir en otro momento porque ahora estaba ocupada. Le dije que lo lamentaba mucho, pero que era una cuestión urgente de seguridad y que necesitaba entrar de inmediato a su habitación, le garanticé que solo serían unos minutos.

Dentro me sorprendió lo que vi. Tenía toda la cama llena de artilugios sexuales. Parecía que estaba esperando a alguien, por lo que no podía entretenerme demasiado.

Había cometido un error. No había comprado nada para golpearla y aquella tía no era precisamente endeble. No sabía cómo le inyectaría el veneno si antes no la atizaba con algo en la cabeza para dejarla, al menos, atontada.

Miré por toda la habitación, pero no había nada que me pudiera servir y que fuera lo suficientemente contundente como para dejarla sin sentido. No podía permitirme ningún error; si se daba cuenta, saldría corriendo fácilmente y todo mi plan se habría ido al traste, y lo peor de todo es que no tardarían en encontrarme, detenerme y llevarme a prisión. No lo podía permitir bajo ningún concepto. Todo el daño que me había hecho tenía que pagarlo y debía ser en aquel instante.

Cuando se giró para coger algo del armario, la agarré de su sedoso pelo rizado y la pinché. Al sacar la aguja, arañé su cara. La reacción fue casi inmediata. Quedó paralizada, trataba de mover los labios y no podía. La sensación era —de nuevo— indescriptible. Había sido menos violento que las anteriores ocasiones, pero igual o más de placentero. Seguramente, debería haberle inyectado menos veneno, de esa manera, podría haber visto cómo moría delante de mí lentamente, le inyecté tanto que cayó fulminada.

Esta vez quería seguir jugando a los asesinos en serie. Me encantaba que la prensa hablara de

mí y nadie supiera quién soy. Todos los medios franceses hablaban de lo que había ocurrido en París, ahora lo harán también los españoles, además, cuando se sepa que han muerto a manos de la misma persona, la noticia correrá por todo el mundo.

Sin quererlo, el odio y la rabia me estaban dando la fama que me merecía, podría pasar a la historia. Debía tener mucho cuidado, pero es cierto que cada día tenía más claro que podían cogerme, es más, el hecho de que me atraparan también me resultaba morboso, de ese modo, todo el mundo sabría quién fui, con nombre y apellidos.

Subí a aquella tía asquerosa a la cama. No fue fácil, nunca había levantado tanto peso y ella misma me dio la idea de cómo adornar la historia: la iba a violar con sus propios juguetes. Tampoco fue tarea sencilla, no sé qué exactamente, puede que el veneno, pero tenía la vagina muy contraída y el ano también. Aun así, hice toda la fuerza que pude, debía parecer que la habían violado. Tras eso, puse la almohada encima de su cabeza y apreté muy fuerte, lo suficiente para dejarle marcas. Debía parecer que la habían violado y después asfixiado o viceversa. Paré de penetrarla cuando ya vi un poco de sangre. Seguro que con eso era suficiente.

Estaba empezando a agudizar mi ingenio, a profesionalizarme, a crear, a ser artista de la muerte. Me gustaba la sensación. Esto era ya imparable, dejé la carta, mi símbolo, mi firma, y me marché.

El destino quiso que el siguiente fuera antes de lo que yo pensaba. No entendí la necesidad de aquel chaperó de hacerme daño, pero tenía claro que él iba a correr la misma suerte que el resto. Merecía morir y lo haría en su propia casa.

Le seguí, como a todos, durante varios días. Es cierto que su rutina era variable, por eso decidí que sería en su casa, ya que era el sitio donde volvía cada día casi a la misma hora. En el hotel de Barcelona sentí mucha comodidad y tranquilidad, aprendí que era más seguro y menos arriesgado dentro de una casa que en la calle, donde podía aparecer o verte cualquiera y arruinarte el plan.

Aquella noche me vestí de negro, me puse un gorro nuevo que había comprado en la calle. Nunca usaba la misma ropa para que, si alguna cámara me grababa, no pudieran relacionarme. Posiblemente, era algo absurdo, pero a mí me daba tranquilidad y algo de seguridad.

En la plaza donde vivía aquel deshecho de la sociedad había diferentes galerías de arte, algunas con varias cámaras de seguridad, y, aunque mi recorrido lo tenía muy claro y lo había realizado de día, prefería extremar las precauciones, todo estaba yendo muy bien y no deseaba que se estropeará. Estaba a punto de conseguir mi objetivo final.

Tenía dos opciones, la primera era golpearle en cuanto me abriera la puerta y la segunda era esperar a que durmiera, colarme en su casa y hacerlo mientras dormía. La primera era arriesgada por si hacía ruido y alertaba a algún vecino y la segunda era temeraria por si se despertaba y la situación no era tan sencilla. Opté por hacerlo a cara o cruz. Que el azar escogiera. Y el azar determinó la segunda.

Había pasado horas estudiando cómo abrir una cerradura como la suya con una ganzúa.

Aprendí que era algo totalmente mecánico. Siempre me había llamado la atención con la facilidad que los cerrajeros te abrían una puerta, incluso, en algunos casos, con una simple radiografía. Compré varias cerraduras y practiqué bastantes veces. Solo me decidí cuando, en más de cien veces seguidas, logré desbloquear la cerradura.

Fui hacia allí como siempre en metro, bajé en la estación de Saint-Paul. Después caminé unos diez minutos. Cambié algunas veces de calle para que, en caso de que alguien tratara de investigar mi recorrido, le fuera imposible o, como mínimo, complicado. Mientras caminaba por la plaza, fui dejando caer sangre artificial que había comprado en una tienda de disfraces. Quería disfrutar cuando la Policía se volviera loca tratando de averiguar de dónde había salido toda esa sangre repartida por la plaza.

Llegué a su portal, al número dos. Debía esperar a que alguien me abriera la puerta. Según los días que había venido antes, un vecino muy raro bajaba a pasear al perro a estas horas. Para el caso de que no sucediera, venía con un plan alternativo y trataría de abrir también la cerradura del portal, pero era arriesgado por si alguien me veía, por eso prefería no correr riesgo alguno y, si fuese necesario, posponerlo para otro día.

Tal y como estaba previsto, el vecino apareció, siempre lo hacía con el periódico doblado en la mano, no prestaba atención a nada más que no fuera su periódico, de vez en cuando miraba a su perro de reojo y seguía leyendo el periódico. Hacía lo mismo durante unos diez o quince minutos y, cuando su mascota ya había hecho sus necesidades, abría la puerta con su llave sin quitar la vista de su periódico y entraba al portal. La puerta era antigua y tardaba unos treinta segundos en cerrarse. Era el tiempo exacto que él se demoraba en subir al ascensor —que ya estaba allí si ningún otro vecino lo había usado—.

Cuando entró, me acerqué a la puerta y esperé a que se montara en el ascensor. Aguanté la puerta con un dedo para evitar que se cerrara y que él me viera. Accedí al portal. El ascensor seguía subiendo. Salió de este y oí que cerraba la puerta de su casa. Tenía vía libre y debía darme prisa por si algún vecino entraba o bajaba en ese instante.

Abrir la cerradura fue un juego de niños, fue casi más sencillo que con las que había practicado. Entré sigilosamente en su apartamento, todo estaba a oscuras. Fue fácil encontrar su habitación, dormía con la puerta abierta, muy probablemente estaba borracho, pues se encontraba tirado encima de la cama sin deshacer con la misma ropa que lo vi en la calle. Me planté con mi pasamontañas junto a él, con disposición de sacar la jeringa que había preparado. No haría falta golpearle, solo inyectarle el veneno, ver cómo se despertaba y no podía hacer nada porque se le paralizaban todos los músculos del cuerpo.

No salió bien. Se despertó, me vio y yo me bloqueé. Corrió hacia la puerta y yo fui detrás de él para impedirle que saliera a la calle, no podía permitir que se escapara. Fue al otro extremo del pasillo y abrió una puerta que tenía unas escaleras hacia arriba. Mierda, esto no lo tenía controlado. Fui detrás de él, parecía ir a la azotea. Era una azotea que comunicaba varios edificios. Esta estaba llena de sábanas tendidas, de un tirón cogí una por si la necesitaba. Saqué la figura de siempre de la mochila porque creí que la iba a necesitar. El destino de nuevo jugaba a mi favor: mientras pasaba entre los cables de la ropa, su cuello se enganchó en uno y cayó al suelo. Era mi momento. Le asesté un golpe con la figura, saqué la jeringa del bolsillo de mi

chaqueta y se la clavé. Su boca chorreaba sangre, era muy excitante. El veneno le hizo abrir los ojos, intentaba mover sus manos, su cadera, pero era imposible. Le miré fijamente a los ojos y pude comprobar el dolor y la impotencia en sus pupilas. Quería escapar de allí, pero no podía, todos sus músculos se estaban paralizando lentamente. En cuestión de segundos, el músculo más importante también se paró. Emitió un pequeño suspiro y dejó de intentar moverse. Se quedó con los ojos abiertos. No se los toqué, me gustaba, era más terrorífico para quien lo encontrara. Usé la sábana para pasársela alrededor del cuello y apretar. Tenía que parecer que había sido asfixiado y que podría estar relacionado con la muerte de Barcelona.

Dejé mi carta en su mano. Eso era lo más importante, dejaba mi huella y con ello le hacía saber al mundo que nadie estaba a salvo de mi ira.

El quinto se me hizo eterno. No lo disfruté tanto como los anteriores porque perdía emoción con tanta espera. Estuve en el coche aguardando casi cuatro horas a que aquel tío saliera del hotel. No sé qué estaría haciendo y casi prefiero no saberlo, pero me cobré con creces esa espera, pues, además, me hizo correr y por poco se escapa, fastidiándome el plan.

Comencé a gozar cuando vi que le faltaba el aire. Tenía su vida en mis manos, era una sensación distinta a las anteriores, mientras la bolsa se empañaba porque no podía respirar, yo sentía una excitación extraña, a la par que la adrenalina corría por mi cuerpo ante el miedo a que alguien entrara en el parking y nos encontrara.

Volví a mi hotel pensando en que lo había hecho muy mal, recordaba perfectamente que había dejado cosas en la escena del crimen y ese no era mi estilo. Todo se me fue un poco de las manos. Tantas horas esperando y, de pronto, salió de la nada y me cogió comiendo porque me moría de hambre. Recuerdo que por el suelo quedó algún pañuelo o tal vez una de las servilletas que venían con la hamburguesa, no lo recuerdo con exactitud. La cuestión es que, para mi sorpresa, nada de lo que yo pensaba que había hecho mal tuvo consecuencias. Seguía constantemente las noticias y siempre decían lo mismo, que la investigación iba a su ritmo, pero nadie aclaraba nada. La Policía española estaba muy perdida. No lo debí hacer tan mal entonces.

Eso me hizo más fuerte todavía. Me veía capaz de viajar a otro sitio, hacer de las mías y salir impune otra vez. Tenía que meditar quién sería el siguiente.

Había otra persona a la que le tenía muchas ganas. El francesito de las narices. El maldito Jean Paul debía morir también. Cuál fue mi sorpresa cuando me enteré de que estaba en Madrid. Fue el más improvisado de todos, también el más sencillo. No puso resistencia. Fui a donde vivía, era una zona poco transitada. Salió por el portal, miré a mi alrededor, no había nadie. Me miró, se sorprendió de encontrarme y justo cuando me reconoció le golpeé con una piedra. Cayó al suelo, le inyecté la batracotoxina y abrió los ojos de repente. Intentaba hablar. Me pareció entender que me decía algo así como esto: “¿Por qué tú? Lo sabía”. No sé qué sabía, lo que sí que tenía claro es que no lo iba a contar ya a nadie. Estiraba los brazos y las piernas y movía su cuello de un lado al otro intentando recuperar sus movimientos, pero no era posible, aquel veneno era mortal. Le miré fijamente a los ojos y le dije: “Au revoir, Jean Paul”. Y desaparecí de allí».

Cuando Elena soltó el brazo de Fran a él le invadió una situación irremediable de miedo en todo el cuerpo.

—¿Fran Ballester? —preguntó Isabelle.

—Sí —confirmó Fran con la voz entrecortada.

—Está usted detenido.

—No me pueden hacer esto delante de toda la prensa, me van a hundir mi carrera, ¡yo no he hecho nada! —Fran elevó la voz.

Elena permanecía en silencio contemplando sorprendida la escena.

—Señor Ballester, es mejor que colabore —dijo Martin mientras le ponía las esposas.

—¡Elena! ¡Mi amor! ¡Di algo! ¡Ayúdame!

Elena bajó un escalón, se acercó a él, le miró a los ojos, sonrió y le susurró al oído:

—¿Y ahora quién manda aquí, cariño?

Continuará...

Agradecimientos

A mi manera

Nunca imaginé estar escribiendo estos agradecimientos, pues nunca pensé que este libro se llegaría a publicar, pero, desde que presenté mis primeras líneas, tengo grabada una frase en mi cabeza: decía Óscar Wilde que, «para escribir un libro solo existen dos reglas: tener algo que contar y contarlo». Esta frase fue la que me dio el impulso necesario para decirme a mí mismo: «David, tú puedes». Y aquí estamos.

Son muchas las personas a las que tengo que agradecer que hoy tú hayas leído esta obra. A mi pareja, J. P., por su paciencia con este humilde escritor, porque sin su apoyo y sin su ayuda incansable este libro nunca hubiera visto la luz. Gracias por leer este libro no sé ya ni cuántas veces y hacerlo siempre con más ilusión que la anterior. Gracias por ser así, gracias por todo lo que me das, gracias por haberme devuelto la felicidad. Te amo.

A mi amiga Ana Saá, por el estupendo prólogo que ha escrito, pero, sobre todo, por sus ideas y por la colaboración en hacer de este un libro mejor. Cosas de la vida estuvieron a punto de separarnos, pero ahora el destino nos ha unido para siempre y el uno para el otro estaremos a solo nueve números de distancia.

A mis tíos, Mari y Jordi. Gracias por ejercer de padres cuando ha sido necesario, gracias por apoyarme, aconsejarme y ayudarme siempre que lo he necesitado. Gracias por ser críticos, objetivos y neutrales. Gracias por entenderme.

A mi suegra. Sí, sí, lo habéis leído bien. Ella es la antítesis de lo que habitualmente se entiende por el concepto tan amplio que puede tener la palabra «suegra». Antònia, recuerdo perfectamente el día que me dijiste: «David, si hace falta, yo voy a ser aquí tu segunda madre, para lo bueno y para lo malo». Gracias de corazón por haber cumplido al milímetro tu compromiso, gracias por ejercer de madre, gracias por ser como eres. Este agradecimiento lo hago extensivo a todos y cada uno de los miembros de tu familia, que ahora también, gracias a su generosidad, siento que también es la mía.

A todo el equipo de Universo de Letras y del Grupo Planeta por su confianza y su ayuda en esta aventura.

A todos y cada uno de los que me habéis inspirado para dar vida a los personajes de este libro, recordad aquello que se dice de que «todos los personajes de esta novela son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura casualidad ;».

A París, por ser algo muy importante en mi vida, mi lugar de retiro, de reencuentro conmigo

mismo y de renacimiento, donde he llorado y reído casi a partes iguales.

Pero, por encima todo, un gracias enorme a todos los que hoy tenéis este libro en vuestras manos y habéis terminado de leerlo, gracias por ser parte de que mi sueño se haya hecho realidad.

La vida no siempre es fácil, pero hay que luchar cada día, y a esta debo darle mi mayor agradecimiento. Permitidme que os cuente, con este artículo que escribí para una revista de psicología hace unos meses, un poco más acerca de mí. Dejadme abrir una parte de mi corazón ante vosotros, para que podáis sentir lo mucho que valoro que hoy tengáis esta obra en vuestras manos.

Cuando me contactaron para escribir este artículo tardé dos minutos en responder y decir que no. Por tres motivos: primero, consideré que no estaba capacitado ni a la altura de una revista tan importante; segundo, porque, cuando te piden que escribas un artículo sobre algo tan amplio como la vida, parece que te están insinuando que tu jubilación está cerca y, tercero, porque tenía un día horrible, de esos que precisamente es la vida la que te regala de vez en cuando.

Diez minutos más tarde me respondieron y me dieron motivos para escribirlo, que más tarde puede que explique, y entonces acepté.

Tengo 35 años y no me da reparo decirlo, no me avergüenza. Cuesta lo suyo aceptar que llegas a los 30, no nos engañemos, es una putada, parece que se acaba un ciclo, una etapa, tu juventud y, para muchos, incluso parece que se acaba la vida entera. Perdonadme, pero es una absoluta estupidez. A partir de los 30, empieza realmente un mundo nuevo de experiencias donde eres capaz de hacer lo mismo que con 25, pero con mucha más experiencia, criterio y optimismo.

«El final se acerca ya,

lo esperaré serenamente.

Ya ves, yo he sido así,

te lo diré sinceramente».

Es a partir de esa edad cuando te das cuenta de que una fiesta hasta las seis de la mañana ya no te da la vida, de que los amigos son los que tú eliges, que tu familia no es la que te ha impuesto la vida, que el trabajo no puede estar por encima de tu felicidad, que el dinero no sirve para otra cosa que para gastarlo con la gente que te importa, que el amor de verdad existe, que el sexo puede ser increíble, que no hay minutos más importantes que los que pasas abrazado a quien amas o viendo a los tuyos sonreír, que eres libre para pensar y libre para decidir con quién compartes tu camino, aprendes a eliminar de tu vida a quien te sigue por interés, te utiliza

como segundo plato, como psicólogo o como financiero, te percatas de que eres libre para pensar, aprender y enseñar, que tu derecho a ser feliz termina donde empieza la libertad de las personas a ser tan feliz como tú.

«Viví la inmensidad

sin conocer jamás fronteras,

jugué sin descansar

y a mi manera».

Tengo 35 años y, como decía Pablo Neruda: «Confieso que he vivido», he tenido la suerte de poder acumular en mi mochila de la vida —la cuál pienso seguir llenando con la misma pasión como mínimo 35 años más— un sinfín de experiencias, buenas y malas, pero de las que no soy capaz de arrepentirme.

De todo he aprendido, y casi siempre más de lo malo que de lo bueno. Ese fue uno de los motivos que me dio el director de la revista para que escribiera este artículo: «David, hay personas que ni viviendo 200 años podrían acumular toda la experiencia vital que tú tienes». La cuestión es que yo no me creo nadie especial por lo que he hecho. He vivido como he querido, en libertad y casi siempre con el apoyo de la gente que me ha querido y con la ayuda, crítica, admiración y cariño inmedible, incesante e incondicional de mi madre, a la que siempre le agradeceré quién soy, cómo soy y dónde estoy. Nunca ha sido la madre que aplaude todo lo que hace un hijo por el simple hecho de que sea su hijo, es más, ha sido dura y crítica cuando me he equivocado. Y, al final, eso es una madre, la que ejerce, no solo la que aplaude y pone en un altar a un hijo por el simple hecho de que sea su criatura, aunque indiscutiblemente este pueda ser un absoluto cretino. Hechos —aún inciertos— de la vida separaron nuestra relación y ella prefirió tomar partido por vivir desde el orgullo en una utopía, una fantasía de esas que a veces construimos para creer que somos felices, pero eso nunca podrá restarle todo lo que aportó a mi vida anteriormente. A veces querer a alguien también es dejarle marchar o, al menos, dejarle reflexionar.

«Tal vez lloré o tal vez reí,

tal vez gané o tal vez perdí,

ahora sé que fui feliz,

que, si lloré, también amé.

Puedo seguir hasta el final

a mi manera».

Tengo 35 años y crecí acostumbrado a las burlas de algunos por ser el «inteligente» de la clase, a comer en las horas de recreo mi bocadillo solo, o hablando con profesores o alumnos mayores de otros cursos, a no escuchar un «te quiero» de boca de mis padres, a ser continuamente infravalorado o despreciado por mi padre, que cruzó demasiadas veces líneas rojas inquebrantables, a anhelar continuamente que el fin de semana vinieran mis abuelos maternos o mis tíos Mari y Jordi para poder hacer algo diferente. Crecí con tantas cosas que no hay suficiente espacio en este texto para explicarlas todas. Aunque podría, no quiero olvidar ninguna de ellas, porque, si un día tengo un hijo, quiero tener bien presente todo por lo que nunca deberá pasar un niño y tener bien claro que mi padre, tristemente, es el ejemplo bien claro de lo que no deberé ser. Todas esas cosas y otras más me hicieron más fuerte a la par que más vulnerable. Me marché de mi casa con 18 años. Nadie me echó, pero decidí ser libre, volar y crecer solo conmigo mismo. Mi padre me dijo: «Volverás arrastrándote para pedirme 5 euros para comer» y, oye, fue la frase de mi vida, porque antes hubiera comido guisantes bajo un puente que haber ido a ese señor a saciarle su egocentrismo. Ahora han pasado más de 17 años y puedo decir que no me ha ido tan mal. Yo le he dado mil y una oportunidades para reencontrarnos y él ha decidido prescindir de su hijo, yo lo he respetado y vivo tranquilo y feliz con su decisión. Puede incluso que me haya hecho un favor, ahora puedo decir que todo lo que tengo en mi vida me lo he ganado yo solo, con mi esfuerzo y sin deberle absolutamente nada, y aprendí que la vida iba en serio.

Soy cabezota, a veces demasiado transparente y directo, pero también soy justo y amigo de mis amigos. He visitado casi 40 países. He vivido en 4 países y en 12 ciudades distintas. He conocido cientos de personas interesantes.

«Viajé y disfruté,

no sé si más que otro cualquiera,

si bien, todo esto fue

a mi manera».

He trabajado en radio y televisión. He recibido una Antena de Plata, dos Premios Max y un Premio Cuore. He vivido en primera persona el terror de dos atentados. He ganado mucho dinero y he sido pobre como las ratas. He vivido en pisos de 3000 euros al mes y en pisos de 300. Sé lo que es gastarse una fortuna en unas vacaciones y devolver un recibo para pagar otros más importantes y subsistir. He cenado con el mismo interés con ministros o jefes de Estado que con prostitutas. He conocido el amor y el desamor. La ilusión y el desengaño. He sabido enfrentarme solo a la enfermedad, a la incerteza de si el día que empezaba iba a ser el último. Sé lo que es tenerlo todo y lo que es no tener nada. He comprado urnas. Nunca he trabajado en

algo a disgusto o por obligación. He defendido mis derechos y los de la gente. He ido a los juzgados más veces que a Mykonos, nunca he perdido, la verdad solo tiene un camino. Me he defendido de mis enemigos con uñas y dientes y sin tocarles ni un pelo. He dormido en un calabozo. Nunca he comenzado una guerra, pero siempre las he terminado. He defendido la democracia cobrando en un despacho, pero pisando la calle. He gritado, he reído y he llorado casi a partes iguales. Pero, ante todo, he tratado de ser feliz sin hacer daño a nadie.

«Hoy sé que firme fui
y que afronté ser como era,
y así logré vivir,
pero a mi manera».

Y al final del día esa es la clave de todo. Tener la capacidad de irte a dormir con la conciencia tranquila, sonriendo y sabiendo que al despertar empieza un nuevo día donde seguirás enfrentándote a esto que es la vida, la que solo vas a vivir una vez, de donde los que se van parece que no vuelven, la que sabes cuándo empieza, pero no cuándo acaba, de la que tienes que aceptar que debes vivir intensamente cada minuto porque nunca sabes cuando puede ser el último.

Ama, siente, quiere, vive y deja vivir, pero, sobre todo, VIVE.

Contacto con el autor: asdecorazones2023@gmail.com

IG: @asdecorazones_udl

Índice

[Prólogo de Ana Saá Brandón 9](#)

[Capítulo uno 13](#)

[Capítulo dos 41](#)

[Capítulo tres 67](#)

[Capítulo cuatro 85](#)

[Capítulo cinco 119](#)

[Capítulo seis 161](#)

[Capítulo siete 207](#)

[Capítulo ocho 239](#)

[Agradecimientos 261](#)